Setenta días en Rusia

Lo que yo pienso

Ángel Pestaña

Literatura del Siglo XX

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE

red.es

ANGEL PESTAÑA

3
112565

Setenta días en Rusia

Lo que yo pienso

3762

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE ANTONIO LÓPEZ
RAMBLA DEL CENTRO 20
BARCELONA

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Esta edición electrónica en formato ePub se ha realizado a partir de la edición impresa de 1920, que forma parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España.

Setenta días en Rusia: lo que yo pienso

Ángel Pestaña

Índice

Cubierta
Portada
Preliminares
Setenta días en Rusia: lo que yo pienso
A modo de prefacio
Apreciación y contraste de las revoluciones
Caída del zarismo
La obra fundamental de la revolución
En la familia
Relaciones entre el individuo y el Estado
Derechos y deberes
Frente a una realidad
Errores políticos
Errores económicos
Crueldades y violencias
¿Marxistas?
¿Comunistas?
La revolución tiende a la libertad
¿Qué es el Soviet?
La tragedia de la revolución
Concreciones finales
Notas
Acerca de esta edición
Enlaces relacionados

A modo de prefacio

En las páginas que el lector tiene ante su vista, dedicadas a estudiar objetivamente la revolución rusa, hemos procurado observar la más rigurosa imparcialidad, pues aparte de que nada hay definitivo en la evolución político-social de los pueblos, el que un hecho determinado haya de servir como punto de partida para llegar a formas de organización superior, obliga a mantenerse en un terreno de severa ponderación.

Uno de los deberes más arduos de cumplir, al par que inaplazables, es el de exponer las enseñanzas que de la observación del hecho ruso se hayan recogido.

No se nos escapa lo difícil que es vencer apasionamientos y parcialidades partidistas, hallándonos tan próximos al acontecimiento, a la conmoción. Sin embargo, hemos de serenar nuestro propio estado anímico para conseguirlo. Las deducciones que hagamos de cuanto vimos, de sus posibles y probables derivaciones, del alcance y trascendencia que puedan tener, han de ajustarse a la imparcialidad más rigurosa. De no ser así, de no mantenernos dentro del círculo de independencia que la exposición de esas observaciones reclama, cometeríamos un error sectario. Que luego cada cual saque las conclusiones que más convengan a sus fines de partido, nada importa a nuestro propósito de acercarnos a la verdad, interpretarla y difundirla. La severa exactitud al enjuiciar los hechos quedará recompensada con el deber cumplido, primero, y después con la contribución aportada en beneficio de multitud de personas que buscan una directriz para sus ideas sobre la revolución rusa.

Establecemos, pues, desde este momento, una separación entre las ideas que defendemos como propias y la objetividad del estudio crítico que emprendemos. Porque, ¿qué adelantaríamos tergiversando o escamoteando la

verdad, si después los acontecimientos vinieran a desmentirnos? Si ocurre algo de esto, no será por falta de sinceridad.

Sabido es que en la mayoría de los escritores y polemistas que se ocupan de los problemas creados por la revolución rusa, existe una desviación de pro y contra. Para nosotros sería estúpido acrecentar esa desviación.

Hoy mismo, mucho de lo escrito sobre la revolución rusa, está fuera de circulación. Nadie lo acepta como veraz y menos como imparcial. ¿Imitaríamos a sabiendas, a quienes propalaron versiones amañadas? ¿Querríamos ser sus continuadores? De ninguna manera. Antes romperíamos la pluma. Verdad es que por ello las cosas quedarían como están; pero no aumentaríamos la confusión existente, no exacerbaríamos las pasiones, ventajas no despreciables en estos tiempos en que tantos escriben con miras poco honestas.

No dejarse arrastrar por la vorágine, por el torrente de impetuosas pasiones, por el halago del aplauso de los bienquistos o de los disconformes absolutos, y mantenerse equidistante de unos y otros, es labor árdua, hasta un poco peligrosa; pero siempre la más acertada para crear un ambiente favorable a la causa revolucionaria.

La revolución rusa, con sus defectos y virtudes, sus aciertos y errores, sus violencias y crueldades, es uno de los acontecimientos más trascendentales ocurridos en lo que llevamos de siglo. No puede hablarse de ella por capricho, ni dejarse al arbitrio de la imaginación. Hay que constreñirse al hecho y al objeto.

A medida que el tiempo pasa, que los días en su inescrutable devenir nos separan de aquel acto, de su iniciación y culminación revolucionaria; a medida que, acompasadamente, nos remontamos en el tiempo y la perspectiva se hace más precisa, nos vamos convenciendo todos de la importancia del sacrificio del pueblo ruso. A través del cendal que los días le tejen, vemos dibujarse ya la silueta del porvenir, aunque algo borrosa aún en las brumas que restan del pasado.

El miedo y el temor en unos, y en otros la confianza y el deseo, desfiguraron en parte aquel acontecimiento. Y mientras que los actores todos del gran drama se debatían en luchas cruentas para forjar un ideal que los guiara, los que no intervinimos ni aun como comparsas, los que, más gráficamente dicho, fuimos curiosos apasionados, nos entretuvimos en forjar una revolución a nuestro gusto, a nuestra medida y tamaño, como si estas grandes conmociones de los pueblos pudieran hacerse a gusto de cada uno y no fueran como en realidad son. Por eso, las gentes de orden, los bien avenidos con una organización social inhumana, hecha a "troquel", donde las pasiones y la personalidad del individuo han de grabarse según la figura troquelada y no como ella sea en sí misma, han hecho de la revolución el espantajo, el "coco", el amedrenta-bobos, y al igual que los cristianos se entretienen en cargar sobre las espaldas del diablo todos los contratiempos que al hombre ocurren, así ellos cargan a la revolución todas las tonterías y ridiculeces imaginables.

Asimismo los que atribuyen a la revolución rusa todas las bienaventuranzas y se empeñan en que los demás aceptemos como artículo de fe, como cosa intangible e indiscutible hasta las más graves equivocaciones, caen en parecido error. A pretexto de "la necesidad revolucionaria" —que viene a ser algo, según se usa, como la maquiavélica "razón de Estado"— nos invitan a aceptar sin discutir, a propagar sin examinar, a dar por bueno sin discernir, todo lo que en Rusia se ha hecho, como si los pueblos existieran para las revoluciones y no las revoluciones para los pueblos.

Tanto lo que dicen los unos como lo que dicen los otros es el producto de parcialidad manifiesta, el criterio de quienes cierran los ojos para no ver, o el de los que los abren demasiado para deslumbrarse. Es decir: criterio de ciegos y ofuscados, o de interesados en mantener sus mútuos convencionalismos, que son los que más abundan.

Colocarse por encima de este nivel es nuestra aspiración al redactar estas páginas, pues sólo así podremos apreciar el alcance de la revolución, comprender su

significado y, lo más importante, verla tal cual es, en sí misma, y no como nosotros querríamos que fuese.

Apreciación y contraste de las revoluciones

Cuando un pueblo está descontento del régimen de gobierno a que le someten sus instituciones, descontento que puede provenir de infinitas causas: exacciones intolerables, impuestos excesivos, abusos de los poderes moderador, legislativo y judicial, tropelías autoritarias, triunfo de camarillas cortesanas y políticas que impiden se manifieste la voluntad del país, corrupción en la administración de la hacienda nacional; cuando, en fin, el favor pospone a la justicia, la arbitrariedad a la ley, la influencia a la razón, la tiranía, a la libertad: si este pueblo se subleva, toma las armas y derroca el régimen que le oprime y esclaviza, ha hecho una revolución o, por lo menos, ha intentado un cambio de las instituciones políticas que le gobernaban.

Es indiscutible que la permutación de un régimen por otro que subvierta las normas seguidas hasta entonces, así como la sustitución de las instituciones o de unas personas por otras, es lo que corrientemente se suele llamar una revolución.

Lo que deja de ser corriente y común, por romper el marco convencional donde esas revoluciones acaecen, es realizar una revolución tipo, una revolución fundamental y de tendencias universales.

Si tomamos como ejemplo lo ocurrido en el terreno religioso con el cristianismo, nos hallaremos con muchos cismas, pero con una sola revolución religiosa: la Reforma.

Algo parecido ocurre en el terreno político: los "cismas" son muchos, pocas las revoluciones. El hecho de suplantar una república a una monarquía, más que una revolución, en el estricto sentido de la frase, y que una transformación profunda, completa y radical; más que anulación de valores viejos y creación de valores nuevos, es un cambio de rotulaciones en el régimen social, con

alteración y mudanza de altos funcionarios del Estado; hechos que se suceden dentro de esos moldes y estructuras que sólo rompen las grandes revoluciones, los verdaderos cataclismos sociales ocurridos en determinados períodos de la Historia.

"Cismas" políticos, pues, revoluciones parciales, ocurren muy a menudo, sin que hagan vacilar siquiera los puntales de la sociedad actual.

En pocos años han cambiado de régimen, para transformarse en repúblicas, Portugal, China, Turquía, Grecia, Alemania, Austria-Hungría y algún otro país de menor entidad. Pero las revoluciones intraterritoriales de estos países, los triunfos de esos "cismas" nacionales, no han traspuesto sus fronteras, no han creado nada nuevo, no han aportado nada, susceptible de operar una modificación sustancial de las normas políticas ya conocidas.

Esas revoluciones se han vaciado todas en el molde, grandioso un día, que para la humanidad conformó el pueblo francés.

Aquel campesino que tan magistralmente nos describió La Bruyere al condenar el régimen feudal imperante; que se mantenía de raíces, que arrastraba su miseria por caminos y carreteras, que no se distinguía de las bestias por su suciedad y abandono; aquel campesino, al tomar las armas, hizo una revolución para él, pero hizo, también, una revolución para los demás.

La revolución francesa, la gran revolución del año 1793, más que francesa fué humana, más que de un pueblo fué de todos los pueblos, más que de una nación fué de todas las naciones. El descamisado que cantaba "La Marsellesa", el "sans culotte", que paseaba su gorro frigio y sil banda tricolor a través de todo el mundo y en todas las latitudes, transformó lo que las leyes llaman el régimen jurídico de la tierra; proclamó unos derechos que han sido adaptados a todas las constituciones de los pueblos; dió humano sentido al pacto de las clases sociales con su ansia de libertad, que ha sido el norte político de los pueblos durante más de un siglo.

Y porque transformó y subvirtió sustancialmente todas las normas de relación y de convivencia social entre los hombres, es por lo que la revolución francesa es una revolución verdadera, es una revolución universal. Al modificar el régimen jurídico de la tierra y las relaciones sociales entre los hombres, da lugar a un nuevo aspecto de la civilización. Abriendo ancho cauce al pueblo, acaba con las razas privilegiadas y con el aristocratismo del nacimiento y de las armas, dando paso al del dinero y, en parte, al de la inteligencia, que es el llamado a triunfar definitivamente.

¿Han hecho algo parecido la revolución turca, la revolución china, la alemana, la griega, etc., etc.? No. Por el contrario, todas estas revoluciones se han vaciado en el molde de la revolución francesa, aceptando sus principios, sus normas, sus métodos y sus enseñanzas. Pero los moldes de esta revolución, en los que todos los pueblos vaciaron sus constituciones políticas posteriormente, habrían de resultar pequeños con el tiempo. Era de esperar, pues, que en un pueblo cualquiera, en una latitud indeterminada e independientemente de las revoluciones nacionales, surgiera otro tipo de revolución, como corolario de la evolución del pueblo.

No puede negarse la necesidad de una honda transformación político-social. Si así no fuera, habría que negar toda evolución, desesperar de todo progreso, declarar que la humanidad camina fatalmente hacia su desaparición definitiva, pues todo lo que se estaciona —y esto sería un estacionamiento— desaparece para dar paso a nuevas formas elaboradas en el eterno renovarse de las cosas.

El esfuerzo gigantesco de la revolución francesa, no podía dilatarse eternamente en la vida de los pueblos, pues realizado en un momento de la historia, responde y hasta supera las necesidades que Francia y los demás pueblos sentían entonces; pero al progresar estos pueblos y adquirir nueva conciencia de sus destinos, adviene una resistencia a conformarse con principios que ya han sido largamente superados.

A nuevos progresos económicos, responden mayores audacias políticas, o viceversa, y en la asociación y equilibrio de los ensayos de unos y otras, hallan los pueblos la incógnita de su porvenir.

Superada económicamente la revolución francesa; elaborado por los pueblos todo un sistema económico que da lugar a que se proclame el "materialismo histórico", los hombres habían de pensar en transformaciones políticas importantes, dando una organización tipo, una organización matriz a las inquietudes espirituales y materiales del día.

Agotada la herencia que la revolución francesa nos legara, la necesidad impulsa a buscar formas orgánicas superiores. Y los pueblos, una vez encontradas, las adaptarán prescindiendo de los obstáculos que los intereses creados opongan. Se progresa por y contra la voluntad de los pueblos. Cuando hay oposición, camina más despacio; a favor de su voluntad, más aprisa. Entre el pro y contra hay una diferencia de velocidad, de impulso, de dinamismo; pero nada más.

Y esta revolución tipo, esta revolución creadora de nuevas formas de convivencia social, ha comenzado ya en el ex imperio de los zares: en Rusia.

Actualmente, en el apasionamiento polémico de las luchas partidistas, toda la bibliografía sobre Rusia gira alrededor de los bolcheviques, de los gobernantes rusos, olvidando o queriendo olvidar que los bolcheviques son sólo un accidente más en la multiplicidad de facetas que tiene el hecho ruso. Claro es que son un accidente de los más considerables; pero no llenan toda la amplitud extensísima que la revolución abarca.

Los incidentes acaecidos en el discurso del histórico acontecimiento revolucionario del 93 francés: aquella escena patética del Juego de Pelota; aquel despedir al guarda-sellos del rey, diciéndole: "estamos aquí por la voluntad del pueblo…"; aquellas luchas entre montañeses y girondinos; entre éstos y los robespierristas; la de los partidarios de Robespierre contra los termidorianos, para

caer en el Directorio y más tarde en el imperialismo napoleónico, cautivan y subyugan. Pero ¿son de por sí la revolución misma? No. Son episodios de la revolución. Estudiados por separado hoy día, nos revelan estados psicológicos del pueblo francés; estudiados en conjunto, en el orden y prelación correspondiente, nos muestran el alma y la mentalidad de un pueblo.

Dígase, propáguese, combátase cuanto se quiera a los bolcheviques; tendrá una gran importancia; ahora que, comparada con la revolución misma, será de una importancia secundaria.

Que los bolcheviques gobiernan; que son dueños absolutos de el Poder y del Estado y de ellos hacen mangas y capirotes; que llegan, aunque por diferente camino y acaso con diferente intención, a hacer buena la frase de Luis XIV: "el Estado soy yo"; es muy posible; pero esto no es toda la revolución ni debe creerse que limita sus inmensos horizontes.

Con intención poco piadosa, con la intención malévola de salvar del naufragio una nave que hace agua "por todas partes", querrá hacerse creer que el bolchevismo es la revolución. Aceptada esta creencia, el fracaso bolchevique seria el fracaso de la revolución; y no es verídico, por cierto.

Mas, volviendo a la revolución francesa, que es el hecho de donde pueden extraerse materiales comparativos, nadie podrá afirmar, estudiándola imparcialmente, que el fracaso de Sieyes, de Mirabeau, de Robespierre, de Tallien, del Directorio, e incluso más tarde el de Napoleón, fuera el fracaso de la revolución francesa. De ser cierta esta afirmación, no nos explicaríamos como aún hoy siguen los pueblos las normas políticas y jurídicas que aquella revolución les trazara.

Al proclamarse Napoleón, Emperador, pudo creerse que los principios de la revolución francesa habían fracasado, cuando en puridad de verdad comenzaban a ser la aspiración ideal de todos los pueblos, por dejarlo de ser de uno sólo, pues su declaración de los Derechos del

Hombre, su abolición del feudalismo y su igualdad política, irrumpían en la vida de las multitudes, despertándolas del letargo en que siglos de esclavitud las tenían sumidas.

Algo parecido, teniendo en cuenta las circunstancias de lugar y de tiempo, ocurrirá con la revolución rusa, con sus principios y sus normas.

La revolución francesa nos dió al ciudadano emancipando al esclavo de la gleba. La rusa nos dará al hombre, porque coloca al ciudadano en camino de sacudir las tutelas económicas que aún le someten.

Proclamó aquélla la igualdad ante la ley y la igualdad política que no se han realizado todavía.

Se pondrá la humanidad en camino de llegar a la igualdad política y social, realizando antes la igualdad económica, cuyos primeros jalones ha plantado la revolución rusa.

Aquella fué el punto de partida para una transformación política; ésta lo será para una transformación social. Aquélla fué idea; ésta es acción. Polaricemos estos dos grandes acontecimientos y tendremos una síntesis de la transformación que va a operarse.

Gritarán contra ella los pusilánimes, los pobres de espíritu, los que sólo ven la tierra como un valle de lágrimas, o los bien avenidos con la suerte, los privilegiado y satisfechos. No importa. ¿Qué innovación no ha sido combatida hasta el crimen y ladrada hasta desgañitarse?

Dijo un pensador que la religión, mejor que combatirla es olvidarla. No podría decir otro tanto de la revolución rusa.

En el campo de la acción humana, que parecía yermo, se ha abierto un surco tan profundo, que en él cabrán todas las instituciones del pasado, todas aquellas organizaciones que parecían eternas e inmutables, todas las normas que regían las relaciones humanas.

Y añadimos: La revolución rusa es una verdadera revolución, no nacional, sino humana; profundamente universal, pues a su influjo se transformarán las condiciones de vida en la sociedad presente.

Caída del zarismo

El proceso revolucionario ruso que había de abatir definitivamente al zarismo iniciase a raíz de terminada la guerra ruso-japonesa de 1905.

A partir de este momento el espíritu de rebelión se intensifica, expoliado por los procedimientos represivos, de execrable tiranía, que los grandes terratenientes, la nobleza y los burgueses de consuno imponían a la masa laboriosa del país.

Perdida la guerra, surge el descontento en las clases populares, lo que da lugar a la famosa revuelta conocida con el nombre de "jornadas sangrientas de 1905".

El pueblo, que había soportado con resignación estoica, humillante, las vejaciones de un régimen cruel y sin par en el mundo y las bravatas de una oficialidad policiaca, de un militarismo y una nobleza groseros y encanallados, tuvo una visión exacta del poder que los tiranizaba, y viendo claro en su propia tragedia, intentó abatir ese poder.

La intentona fracasó. El Zar, sus cortesanos y servidores ahogaron en sangre aquel movimiento de protesta. Pero el régimen, a pesar de sus feroces persecuciones, no tuvo ya un minuto de reposo.

En gentes menos ciegas, menos pagadas de su endiosamiento y menos influídas por prejuicios de casta y de clase que los dirigentes y nobles rusos, los acontecimientos de 1905 les habrían hecho recelar de los procedimientos empleados para sofocar el espíritu de rebelión. Puestas a tono con la Europa liberal, se habría humanizado un poco el sistema de gobierno y abierto cauces a una evolución que todas las necesidades de consuno reclamaban. Mas no fué sí. Ciegos y sordos al clamor de las muchedumbres expoliadas, no sólo no hicieron nada por mejorar su suerte, sino que, hipócritas, fingieron abrir la mano; pero fué para mejor estrangular a

la víctima.

Convencido el pueblo de que nada podía esperar de la magnanimidad de sus gobernantes, pues las ofertas de un trato más justo y más humano que le hicieran, tornáronse siempre contra él y empeoraban su situación, se decidió por las resoluciones extremas y no concibió su libertad sino con la desaparición del zarismo.

Esta convicción prendió en el seno de los partidos de oposición, motivando luchas feroces entre el pueblo y el Poder, en las que el exterminio y la muerte se practicaban por ambas partes.

Durante un período de más de diez años —no el único, ni acaso el más sobresaliente en las historia de las luchas políticas de Rusia, aunque sí uno de los más admirables por el tesón y energía con que el pueblo se preparó para la gesta definitiva— los partidos de oposición no cesaron de hostilizar al régimen, de atacarlo y herirlo, puesta su esperanza en un acontecimiento imprevisto que los llevase a intentar un golpe definitivo.

El acontecimiento llegó. La guerra europea, que arrastró a Rusia en virtud de sus alianzas y compromisos diplomáticos, fué para el zarismo doblemente funesta. Obligado a una lucha exterior, donde se ventilaban intereses impopulares, y a la interior, por la noción cada vez más precisa que el pueblo tenía de su fuerza y razón, quedó a merced de un golpe de audacia revolucionario. Favorecía su advenimiento la paralización de la industria y del comercio, agravada por falta de transportes y el hambre y miseria generales, y la desorganización y abandono en que se deja al soldado y la traición de los jefes que lo mandan. Es ésta una de las páginas más negras y aborrecibles de la funesta tiranía de los Romanoff. No basta a su capricho y compromisos lanzar millones de hombres a una muerte cierta. Para hacer más terrible, más inhumana y cruel la situación, añadiéronse intrigas de Corte y del Estado Mayor del Ejército, obediente a sugestiones extrañas, a compromisos de bandería y a intereses bastardos, preparando la derrota del ejército. Y en los

primeros días de marzo de 1917, se organiza en Petrogrado una manifestación denunciando tales intrigas.

Los partidos de oposición al régimen, desde el "cadete" hasta el anarquista, haciéndose intérpretes del sentir del pueblo y de los soldados del frente, que ven la trágica farsa, dan el primer grito de protesta, levantan bandera de rebelión, excitan a la revuelta, a la indisciplina del ejército y se lanzan audaces contra el régimen, consiguiendo su desaparición en pocos días y con escasa efusión de sangre.

El régimen zarista, hay que decirlo claramente, no tuvo apenas defensores cuando se vió atacado, hecho en el que concuerdan desde los liberales más conservadores, hasta los bolcheviques. Sólo unos cuantos elementos de la nobleza quisieron oponerse al avance del pueblo, pero pronto hubieron de batirse en retirada. Era demasiado odioso, demasiado cruel y bárbaro lo que se atacaba, para que nadie tomara su defensa. Sus errores, sus vicios y sus crímenes le habían enajenado toda simpatía, y hasta los que por conveniencia lo defendían, lo abandonaron. En la tiranía, en las violencias cometidas contra el pueblo, en los abusos de las clases nobles y dirigentes, llevaba los gérmenes de su propia corrupción y muerte. La ausencia de crítica, de discusión y de examen, por débiles que sean, hacen caer en la tiranía al régimen que los prohíba. Y esto pasó al zarismo. Sin fuerzas ni opiniones de contraste, se encenagó en su podredumbre. ¿Cómo defenderlo?

Los regímenes asentados en la tiranía y en la violencia, se quedan sin defensores para sostenerlos, cuando, después de dar satisfacción a los apetitos y ambiciones privadas, más los necesitan.

¿Quién se atrevía a defenderlos? ¿Quién osaría arrostrar las iras populares por instituciones y sistemas asentados en la tiranía, en la abyección y en la arbitrariedad? Nadie. Por mucha convicción que se tenga, por muchos favores que se le deban, por mucho que se aprecie y respete a las personas o sistemas que lo representan, nadie se atreve a defender un régimen que caiga en los vicios y crueldades que había caído el régimen

zarista ruso. Es la consecuencia natural del odio y maledicencia que sembraron a su paso. Por eso, cuando caen, no se tiende ninguna mano amiga para sostenerlos.

La obra fundamental de la revolución

Derribado el gobierno del Zar, rotos los diques que mantuvieron al pueblo ruso en un régimen despótico, sumido en la abyección, nada se oponía a satisfacer sus refrenados anhelos de libertad. Así, pues, avanza presuroso hacia la gran perspectiva que le ofrece la Revolución.

País de inmensas riquezas, de poderosos terratenientes, de señores poseedores de miles de hectáreas de tierra, el agricultor vivía como en el más sombrío infierno. En nombre del Zar y de Dios, se le explotaba y oprimía, y cuando, encolerizado, se revolvía contra sus verdugos, aparecían en escena los cosacos, hordas que se entregaban al pillaje, al incendio y al asesinato hasta por sádico placer.

El orgullo de gobernantes y propietarios era infinito. No admitían se discutieran sus actos. Desacatarlos equivalía a firmar la sentencia de muerte o el destierro perpetuo a las frías y esteparias tierras siberianas. Para que estas rebeliones no se dieran, las clases directoras cultivaban con esmero la ignorancia del pueblo, medio infalible de prolongar y mantener sus privilegios.

En el ejercicio de la autoridad, hay siempre cierto interés privado, de casta o de clase. Puede observarse cuando el desposeído o el inferior jerárquico recurre ante las autoridades contra los abusos y desafueros del que goza de una posición ventajosa por su riqueza, su poderío económico o categoría social.

Por eso, las riquezas enormes de aquel país, más que en ningún otro del mundo, estaba en manos de muy pocos. El resto, hasta los ciento treinta millones de habitantes de aquel vasto imperio, vivía en la más abyecta miseria, dependiendo siempre del capricho, de la voluntad y arbitrio de los propietarios y de la nobleza.

Que Rusia es un país eminentemente agrícola lo demuestra, a quien desconozca su historia y economía, el

saber que ha figurado en sus censos de población con el 85 por 100 de campesinos.

Quien posee la tierra, pues, posee todo: almas y bienes, razón y fuerza.

Si la tierra se halla concentrada en pocas manos, en unos cuantos miles de familias; si pertenece a unos cientos de propietarios solamente, éstos serán los verdaderos amos del país, y quien no se someta a sus caprichos y mandatos, ya sabe lo que se le es pera: la emigración o el presidio, cuando no la muerte.

Esta monstruosa absorción de privilegios, en virtud de la posesión de la tierra en pocas manos, dió lugar a que el odio del campesino hacia el terrateniente fuera de día en día en aumento. A nadie extrañará, por tanto, que el pueblo ruso, una vez derribado el zarismo, desposeyera a los propietarios de la tierra como medida fundamental de la revolución.

Cuando el pueblo ha dominado la situación, y con el dominio, adquirido el derecho de hacer y obrar por su cuenta —pues, aunque sonrían las tratadistas de derecho, ésta es la verdad: no hay más derecho, hoy por hoy, que el creado por el triunfo de la violencia—, expulsa a los propietarios de sus tierras y procede al reparto, después de proclamar el derecho de todos los rusos sin distinción a su justo y equitativo disfrute.

Y el campesino procede rápida y sumariamente. No espera que otros le hagan una legislación justificando antes "su derecho". El derecho, piensa, está en él.

En los grandes dominios, en las granjas, tipo de propiedad muy corriente en la Rusia zarista, los trabajadores expulsan al propietario y toman a su cargo y dirección la explotación del establecimiento. En los centros agrícolas, el reparto varía hasta lo infinito, pues el instinto guía al pueblo mejor que ningún gobernante.

Sin embargo, en el primer período —hablamos de la primera revolución, de la de marzo, de la que llevó al Poder primero a los liberales y por último a Kerensky— hubo vacilaciones y dudas acerca de cómo se haría la

expropiación de las tierras. Los más exaltados pedían la expropiación absoluta y el reparto entre los que hasta entonces no habían poseído tierras, mientras otros querían un reparto que dejara al propietario en posesión de una gran parte de su antigua propiedad. Los titubeos dieron lugar a que interviniera un espíritu de avenencia reformador, para burlar mejor los propietarios las aspiraciones de los campesinos.

Pero cuando los propietarios se dieron cuenta que se iba a la entraña del problema y de que toda dilación podía acarrear males peores, aceptaron el reparto y se sometieron a los acuerdos de los Soviets de campesinos constituídos en todo el territorio.

Empezaron por aplicar sistemáticamente y sin vacilaciones las resoluciones que tomaban, adquiriendo entonces la expropiación de las tierras caracteres de profunda y visible gravedad. Pero el pueblo estaba decidido a llega a los límites más extremos y nada lo detenía ya en su camino.

Las medidas tomadas por el Gobierno provisional primero, y por Kerensky después, retardaron el reparto y exacerbaron las pasiones, pues al encontrar el campesino una resistencia que no esperaba, temió perderlo todo si no precipitaba los acontecimientos, decidiéndose entonces por una acción enérgica contra los propietarios recalcitrantes y convocando un Congreso pan-ruso de los Soviets de campesinos, a fin de obtener del gobierno la legalización del reparto que de las tierras se había hecho.

La luz que arroja en el hecho ruso esta decisión de los campesinos, esclarece uno de los puntos más oscuras de la política seguida después; lo ilumina claramente, negando el absurdo circulado de una posible vuelta al pretérito. El suponía la devolución de las tierras expropiadas y esto no se quería. Lo que se quería era dar forma legal y jurídica a los derechos conquistados por la revolución.

Con el reparto de la tierra debió surgir en la mente del campesino la duda de la utilidad de apropiación y dominio absoluto del pedazo de tierra que en el reparto le

correspondiera.

Las costumbres inveteradas de la Rusia campesina y la tendencia en ella hacia un comunismo más o menos restringido del que todos los escritores que se ocuparon de los problemas sociales en aquel país nos han hablado, hizo vacilar la fe del campesino en el derecho de propiedad absoluta de la tierra y buscó, ya que no se encontraba preparado para lanzarse abiertamente a un ensayo de comunismo libertario, el medio de conciliar sus aspiraciones con la realidad inmediata. Temió ir demasiado lejos; pero era bien visible su manifiesta voluntad de no volver atrás tampoco.

La conciliación de estos dos firmes propósitos: no volver al derecho de propiedad privada y garantir el usufructo del trozo de tierra que en el reparto le había correspondido, la realizó totalmente, declarando el territorio ruso propiedad colectiva, perteneciente a todos los rusos y no a unas cuantas familias o individuos privilegiados.

Quiso el campesino ruso asegurarse la conquista más importante de la revolución, y estableció un nuevo principio que, de cristalizar y arraigar en las costumbres, y esto dependía justamente de su voluntad, haría totalmente imposible que el peligro se reprodujese.

La acción de expropiar y la de solicitar del Poder interino constituído, la garantía para lo hecho, fueron simultáneas, confundiéndose y completándose, lo que prueba la armonía y concordancia entre el pensamiento y la acción. El campesino presiente el alcance de su acción y quiere, sin duda, que no resulte incompleta. La trascendencia del momento no escapaba a la consideración del pueblo, pues se daba cuenta de que en ella estaban los gérmenes de una nueva estructura de la sociedad.

El derecho de propiedad privada de la tierra, lo que jurídicamente se llama Derecho romano y que ha dado su fisonomía a la sociedad actual, pues en él se basan las organizaciones políticas, la estructura de los Estados que nos gobiernan, las instituciones familiares y las leyes todas

que rigen la convivencia y relación social entre los hombres, de uno a otro confín del mundo, queda sustancial y fundamentalmente modificado, transformado; podríamos decir que suprimido.

El campesino ruso, al tomar las armas y desposeer a los antiguos propietarios de aquellas tierras que se transmitían de padres a hijos, no se contenta con un simple cambio de régimen de gobierno; va más allá que a implantar una República donde había un Imperio, y a poner un jefe de Estado electivo en sustitución del hereditario. Hace algo más positivo, más esencial y de mayor transcendencia histórica: establecer un principio que sirva de punto de partida para un nuevo orden social; echar las bases de una nueva forma de convivencia entre los hombres.

No se ha conformado, pues, con un cambio de régimen o de personas. Esto, que también lo llevó a cabo, no es lo entrañable de su obra revolucionaria. Lo que reviste verdadera importancia, es haber transformado la propiedad privada e individual en propiedad comunal, o mejor dicho, colectiva. Esto es lo interesante.

Suprime un derecho que reputaba odioso, tiránico e injusto por dividir a los hombres en clases, en castas, en enemigos de sí mismos, sustituyéndolo por otro que, si no es perfecto, como es de suponer, cumple las aspiraciones populares intensamente sentidas.

La implantación de este nuevo orden, va directamente contra el sistema social presente. Y en el fragor del momento que vive el pueblo ruso, no olvida, porque no puede olvidarlas de repente, las vejaciones que se le han inferido invocando las leyes y privilegios depuestos. Saltando por encima de todo, ese pueblo hace lo que su voluntad le dicta.

Los derechos adquiridos y vinculados en la ley, resultan letra muerta desde este instante. Rechaza de plano sus disposiciones, para volver, aunque por otro camino y con diferente finalidad, al derecho del “primer ocupante”. No es que el campesino ruso pretenda practicar este derecho de ocupación declarándose propietario único de lo que la

revolución haya podido concederle. Decimos que suprime de una vez los derechos que tenían adquiridos otros sobre la tierra, repartiéndola entre todos.

¿Que se cometieron algunas injusticias? Es posible.

Pero por encima de los clamores que puedan alzarse, el pueblo va recto a su propósito, pues no quiere perder tiempo, ni escuchar quejas que lo distraigan de su objetivo final.

Pudiera creerse, al saber como el campesino ama la tierra, que procedió sin reconocer ningún otro derecho que el de la fuerza.. Lo que no es cierto. El campesino, expropió al antiguo propietario y terrateniente y procedió a un nuevo reparto de la tierra, proclamando el usufructo que caduca en cuanto deje de cultivarla o la abandona.

Este nuevo concepto del derecho del individuo sobre la tierra, modifica sustancialmente el Derecho romano. Así como en este siéntase el principio de que el propietario de la tierra puede hacer de ella lo que quiera y venderla, traspasarla o enajenarla, en el derecho que la revolución rusa sienta, nada de este puede hacerse.

La tierra no es propiedad individual, sino colectiva. Y aunque cada ciudadano proclame sus derechos de tenencia, este derecho no es absoluto ni puede convertirse en abusivo, pues en cuanto no responde a satisfacer una necesidad social, queda automáticamente anulado.

Nos hallamos, pues, ante un caso nuevo, ante una concepción jurídica y social diferente.

En los regímenes capitalistas, el derecho de propiedad individual de la tierra puede convertirse en derecho abusivo. Por el solo hecho de haber comprado un individuo una gran extensión de terreno, puede expulsar de él a quienes allí hayan nacido, condenándolos a la emigración y al hambre. Tales casos no pueden darse en Rusia. Al expropiar la tierra, al declararla propiedad colectiva, nadie puede apoderarse de terrenos que otros habiten y expulsarlos. Cierto es que puede hacerlo el Estado, pero el Estado, para expulsarlos, tendrá que demostrar una necesidad colectiva y en ningún caso los dejará

desamparados, o sea sin poner a su disposición otros medios de subsistencia.

Ahora bien: ¿cuáles serán las consecuencias de este reparto? ¿Qué nuevas normas de derecho elaborará? ¿Pueden preverse las contingencias?

La primera contingencia de la obra revolucionaria del pueblo ruso y, por lo tanto, la más esencial, la de más alcance y transcendencia, será modificar el sentido jurídico del derecho de propiedad privada de la tierra, lo que ha de repercutir fatalmente en todos los demás aspectos de la vida. ¿En qué dirección se orientará después de destruir lo que se creía inmutable, perenne, eterno, el Derecho romano?

En virtud del viejo derecho anulado, lo que debía ser de usufructo común y servir al bienestar de todos, se convierte en privilegio de minorías rapaces, sólo atentas a sus intereses y prerrogativas, anteponiéndolos a los de la colectividad, llegando, incluso, a poder negar a ésta el medio de satisfacer el derecho a la vida, inherente a todo ser humano.

El propietario de la tierra puede trabajarla o dejarla inculta, dedicarla a pastos o coto de caza, arrendarla o hipotecarla; puede hacer de ella lo que quiera, aunque a otros hombres, que nada paseen y podrían aprovecharla, dos condene al hambre, a la miseria o a la emigración resignada del paria. El derecho de propiedad, intangible, invulnerable, sagrado, le autoriza a todo. Derecho bárbaro, nacido de una cultura que rendía fervoroso culto a la fuerza, depurado en plena civilización de abogados y tribunos y que se mantiene fundamentalmente inalterable a pesar de cuantos esfuerzos se hicieron a través de los siglos por extinguirlo.

El Derecho romano triunfó del Cristianismo y de la Reforma. La Revolución francesa lo dejó en pie, lo justificó y glorificó. Y si bien la legislación moderna admite la expropiación forzosa, sólo es en casos excepcionales bien concretos e indemnizando con creces al propietario en sus perjuicios.

Toda la legislación moderna, los miles y miles de leyes y miles y miles de escritos para justificar ese derecho de propiedad, que confiere a un ciudadano el privilegio de disponer de grandes extensiones de terreno, aunque esa posesión implique la depauperación de un pueblo; toda esa legislación y sabiduría jurídica, ha prescrito en Rusia desde que el Congreso pan-ruso de los Soviets campesinos, celebrado en el promedio del año 1917, procedió al reparto de toda la tierra rusa, dejando al individuo y a sus descendientes directos el usufructo de la parte correspondiente, impidiéndole, a la vez, venderla o transferirla.

El derecho que crea la revolución rusa, subvierte el romano, considerando la tierra propiedad colectiva. El individuo se beneficia del fruto de su trabajo. Si abandona la tierra, si la deja improductiva, por ley natural caduca el derecho de tenencia y revierte al Estado.

Las consecuencias de esta distribución, que si hoy no se notan por lo lentamente que se transforman las costumbres cíe los pueblos, han de notarse a medida que pase el tiempo, son incalculables, pues nos llevarán, como nos llevaron las derivadas de la revolución francesa a la estructura capitalista, a una nueva estructura social afianzada en la emancipación económica.

No obstante, a la fina percepción de los defensores del Derecho romano, no escapa el alcance que para el concepto de propiedad privada tiene lo hecho en Rusia, y desde ahora, con el firme propósito de mantener en pie lo que se tambalea, se aprestan a la defensa del sacratísimo principio.

No dejan de reconocer, empero, el derecho de los pueblos de manumitirse de todas las tutelas, de todas las expoliaciones y tiranías —que tampoco podrían ya negar—, pero hacen cuanto pueden para retardarlo, obscureciendo, por cuantos medios tienen a mano, las proyecciones que transformación tan importante refleja sobre los actos de la vida social.

Se han vivido siglos de un derecho que generó y glorificó la espada tinta en sangre de millones de víctimas;

en él se asentaron y de su esencia vivieron instituciones elevadas a la categoría de divinas. Murió una religión y nació otra, y la confluencia de ese acontecimiento, que debió ser fatal al derecho que nacía, sirvió para robustecerlo y vigorizarlo, y la religión que prevaleció, a pesar de haber nacido entre los humildes, desposeídos incluso de su condición de hombres, cuando conquistó las más elevadas y supremas jerarquías con un eufemismo, olímpico y absurdo al mismo tiempo: —"nuestro reino no es de este mundo"—, acabó por bendecir y respetar, en nombre de la religión de los iguales, la monstruosa expoliación que contra el hombre se hacía. Y todo esto, que es la esencia del régimen en que vivimos, amenaza ruina al impulso de ese admirable pueblo ruso.

El instinto de conservación aconseja prevenirse del contagio o del peligro; pero cuando no pueden evitarse, más que la prevención vale la expectación, y ante lo inevitable, si no la conformación, lo más positivo es acomodarse a lo porvenir, pues ello evitará choques sangrientos y dolorosos.

Y la revolución rusa es eso: lo que incuba y lo que ha de venir, indefectiblemente.

¿Qué su llegada destruye ese derecho de propiedad tan caro a quienes a su amparo viven espléndidamente olvidando la miseria y el dolor ajenos? Y antes de que él existiera, pues no nació con el hombre, ya que el derecho de conquista vinculado en la fuerza y en la astucia le precedió, ¿no existía únicamente el derecho del más fuerte? ¿Por qué no lo respetaron nuestros antepasados?

Lo que fué ayer no está obligado a seguir siéndolo hoy. Si así fuera, y lleváramos sus consecuencias a los límites extremos, no ya volver a vivir como en los tiempos medievales, aspiración de unos cuantos señores nacidos con indudable retraso, sino al trogloditismo y aún más atrás habríamos de retroceder.

Por eso, si un avance en el camino de la ascensión humana nos lleva a destruir o modificar aquello que fué patrimonio de nuestros padres y abuelos, o les fué grato,

dejémosle irse. Respetemos, si se quiere, la “melancolía” de los bien avenidos, pero nada más.

Así como evolucionó el primer concepto del derecho de propiedad privada de la tierra, cuyo primer fundamento es el derecho del más fuerte, proclamándose el único ocupante, así evolucionará el concepto jurídico más tarde elaborado por la Historia. Es más, ni uno ni otro han esperado el empuje revolucionario para hacerlo. Hasta dentro de los mismos moldes del régimen capitalista existe la evolución, lo que demuestra que nada es intangible ni eterno, y que el hombre procura adaptar a su concepción ideal, aquellas instituciones y aquellos principios heredados de sus antepasados. Las revoluciones sólo son fases violentas de esa evolución.

A despecho de cuantas previsiones se tomen contra la revolución rusa, su influencia, filtrándose a través del pensamiento contemporáneo, lo modificará sensiblemente, contribuyendo a una estructuración más igualitaria de la sociedad y a hacer del ciudadano, hombre, en toda la extensión de la palabra.

Las diferentes matizaciones de esta estructuración podemos observarlas si examinamos la influencia del acto más trascendente de la revolución: la supresión del derecho de propiedad privada de la tierra en algunas de las instituciones que la sociedad actual tiene por consubstanciales con su propia razón de ser.

En la familia

¿Cuál es la organización en la familia actual y cuál será mañana, o mejor dicho, cuál empieza a ser ya a los tenues resplandores de la revolución rusa?

No intentaremos una diatriba contra la institución familiar actual, aunque bien la merece. Mucho se ha dicho acerca de sus defectos, de sus taras y morbosidades; ligada, como se sabe, a las oscilaciones que ha sufrido el derecho de propiedad privada de la tierra, justo es pensar que seguirá las oscilaciones que ésta siga.

La familia —como entidad jurídica, que es su verdadero significado actual, diga lo que quiera esa literatura morbosa y ramplona que pretende hacernos creer en sentimentalismos lacrimosos— nace a tiempo de que, el imperio romano, no muy seguro ya del poder de sus legiones, crea un estado jurídico que dé fuerza legal a sus rapiñas.

Cuando se legitima y legaliza lo que hasta entonces sólo fueran despojos regularizados por las armas y vincúlase en el cabeza de familia el derecho a poseer tierras cuya propiedad nadie puede disputarle, como tampoco el derecho a transmitirlas a sus hijos, surge lo que se llama la familia actual, alternada y combinada hipócritamente con el concubinato, que es su mejor sostén.

Incidentalmente, nos detendremos a señalar, como elemento de juicio para nuestro propósito, el punto de partida de algunas modalidades adaptadas por el derecho de transmisión.

La Historia está pletórica de casos en que reyes, magnates, privados y grandes personajes tuvieron hijos naturales —así lo considera la ley— postergados para la sucesión ante los hijos legítimos, únicos a quienes corresponde ese derecho. Y si bien hoy existen corrientes de opinión favorables al reconocimiento de algunos derechos

al hijo natural, sólo son sugestiones. La realidad es que sólo el hijo legítimo puede heredar a su padre, es decir, a quien como a tal reconocen las leyes.

Es por esto que reputamos la familia como entidad jurídica, más que como agrupación apoyada en el amor.

Cuantas objeciones se nos pueden hacer, no invalidan nuestras afirmaciones. Podrá argüirse que al lado de los intereses de la familia están los vínculos que por sí misma inspira.

No negamos en absoluto que pueda haber amores, cariños, ternuras entre padres e hijos; mas, lo innegable, lo que nadie puede desmentir, es que del concepto emergido del derecho de propiedad privada nace la familia, por lo que su base actual es jurídica, exclusivamente. Quedan bien demostradas en la multiplicidad de manifestaciones que en el derecho de testar existen, diferencias que se reflejan en la familia.

El sentido jurídico que preside a la herencia, es el mismo que establece la jerarquía en la familia, siguiendo, por tanto, un paralelismo que no puede negarse.

Sentada, y suponemos que aceptada esta premisa, se comprende que toda alteración sensible en el derecho de propiedad privada de la tierra, ha de repercutir forzosamente en la constitución de la familia. Es un fenómeno inevitable.

Ahora bien: declarada la tierra propiedad colectiva, ¿cuál será el rumbo que seguirá la constitución de la familia en Rusia, como consecuencia de aquella declaración? ¿Qué suerte le está reservada? ¿Se reorganizará? ¿De qué forma?

Incluso en los países eminentemente capitalistas, se nota ya una evolución muy acentuada tendente a modificar la constitución de la familia, resultado de las restricciones jurídicas que el progreso y la cultura van imponiendo. Cierto que la evolución es lenta; pero no debe olvidarse, para comprender esa lentitud, que toda la organización social está ordenada para conservar ese estado de cosas.

Los primeros ataques se han dirigido a la herencia. El derecho absoluto que antes tenía el cabeza de familia para

disponer a su antojo de lo considerado suyo, va cercenándose poco a poco en las legislaciones modernas. Estas, algo irreverentes con el pasado y dispuestas a congraciarse con las corrientes del pensamiento moderno, de vez en cuando dirigen sus tiros a la fortaleza, consiguiendo abrir algún boquete. Las naciones que se dicen avanzadas, reaccionan contra la herencia, el vínculo más fuerte de la familia, queriendo limitar ese derecho. "¿Por qué —se dice el legislador— un pariente lejano, en cuarto o quinto grado, que a veces ni conoció al poseedor, ha de heredar una riqueza a la que ni de lejos ni de cerca contribuyó? Bien que hereden los hijos de los padres, y éstos de los hijos, y hasta de hermanos a hermanos; pero —repiten—, ¿por qué los parientes lejanos, los que en nada contribuyeron a crear aquella fortuna, han de heredar al faltar los parientes próximos? ¿No tiene el mismo derecho el Estado, la colectividad, acaso más derecho que el lejano pariente?".

Y la justicia que encierra este enunciado la hace positiva y supera la revolución rusa.

Derecho de testar, de herencia, no; derecho de usufructo nada más. Derecho a cultivar, a mejorar y trabajar la tierra; esto sí; pero ningún otro derecho.

La reja de la revolución ha penetrado profundo, ha descuajado raíces arraigadas, por más que no haya llegado al límite que debió llegar. La obra de la revolución rusa es imperfecta. Era excesivamente pesado el fardo del pasado para descargarlo de golpe.

Si no ha señalado normas absolutas a establecer, tampoco podía hacerlo.

¡Cuántos gritos se alzarán, no obstante, contra esa obra redentora! ¡Cuán patéticamente se hablará de este presente, continuación del triste pasado, invocando sus excelencias y blasfemando y maldiciendo al porvenir! Pero ¿qué hacer? Ya no hay remedio, y debemos alegrarnos.

La vida, alejada de las exclamaciones patéticas, nos habla de un porvenir más humano en lucha, y victorioso del pasado.

A los resplandores de esta nueva luz, vemos iluminarse el camino que nos conduzca a la nueva familia, a la familia del amor, a la familia infratricida.

"¡Desaparecerá la familia, institución sagrada y base de toda sociedad!" —gritarán los que todo progreso les asusta, los agoreros y pobres de espíritu, grito que si se refiere a la familia cimentada en el interés y la herencia, será justificado; no si se refiere a lo que la familia deba ser.

La unión legal pasará a ser unión natural y libremente aceptada y consentida. Se llegará a establecer la igualdad jurídica, política y social de la mujer y el hombre, ideal acariciado por muchos pensadores y filósofos; pero impracticable dentro de un régimen económico como el basado en la propiedad privada.

Libre la mujer por no hallarse sometida a la tutela económica de nadie, será dueña de su persona, desenvolviéndose según sus gustos y capacidades, según sus inclinaciones y temperamento.

Cuando crea llegada la hora de constituir un hogar, buscará y elegirá su compañero, sin las trabas ni coacciones que hoy se lo impiden. Económicamente emancipada, no es en la posición social, intereses, rango, donde su voluntad y elección quede cohibida al elegir al hombre con quien constituya el hogar.

Siglos hace que se habla de la total emancipación de la mujer; pero la realidad nos ha demostrado que nada positivo se hizo en la práctica.

Siempre se ha mantenido a la mujer en estado le dependencia absoluta. Y desde la inflexible sanción que establece el Código en los casos de adulterio, hasta el desheredarla en otros casos, pasando por el estado en que se le negaba el derecho a la cultura, todo ha concurrido a mantener a la mujer en una inferioridad que abochorna. Sólo ha faltado que la Iglesia, gran conservadora de prerrogativas y jerarquías a favor del hombre, hubiese proclamado que allá, en el "reino de Dios" la mujer sería inferior al hombre.

Por eso, al leer la Constitución rusa y ver que se

declaraba implícita y explícitamente la igualdad del hombre y de la mujer, y al ver que en la vida de relación social, salvo algunas limitaciones, hijas más bien de la rutina y de la costumbre que autorizadas por la ley, se tendía a practicar lo legislado, no pudimos por menos que reconocer la gran importancia de la conquista revolucionaria.

La mujer en Rusia goza de las mismas prerrogativas que el hombre. Es libre de obrar —dentro de la relatividad de un régimen "alibertario"— como le acomode, y ocupar su actividad en el oficio y profesión que prefiera.

Ha contribuído a ello, como ya lo hemos hecho notar, la transformación en colectivo del derecho de propiedad de la tierra. Cuando el pueblo en armas, pasando por encima de todos los derechos que consideró prescritos y como no existentes, proclamó la transformación del derecho de propiedad de la tierra, consciente o inconscientemente, sabiéndolo o sin saberlo, plantó los jalones que habían de servir para lograr esa igualdad tan necesaria.

La mujer que une a un hombre su destino, unión que se vincula en los intereses que tiene al amor por máscara de un contrato de bienes, ha de seguir forzosamente las cláusulas de ese contrato matrimonial. Y contra esto, que es la costumbre, y además de la costumbre la necesidad, muy poco puede el sentimiento o la rebeldía que se manifieste al truncarse todo ideal humano.

Subvertida y transformada la base que permitía y hasta en ocasiones hacía necesario ese sacrificio, queda más libre la mujer para unir su vida a la del hombre preferido y, al mismo tiempo, adquiere también plena libertad en todos los aspectos que la convivencia social crea.

Basta con que a la materia legislada se adune el espíritu, el hábito, lo que se llama "el hecho consuetudinario".

El acceso de la mujer a las profesiones manuales e intelectuales sin exclusión específica; su derecho a intervenir como electora y elegible en los cargos políticos y de participar con el hombre del acierto o del fracaso en la marcha de la colectividad, la evitará ser como hasta hoy ha

sido la víctima de los caprichos del hombre, la que obligada a sufrir las consecuencias de las cosas bien o mal hechas, jamás era consultada. Compañera del hombre en todo lo íntimo, lo será también en lo externo, en lo que se llama la vida pública de aquel país.

El obstáculo de los hijos, que ha sido siempre el más difícil de vencer, no lo será en el avenir.

La tutela del Estado no es el ideal a que aspiramos; hay algo superior a esa organización estatal; pero la realidad rusa es un Estado en el que se apunta esta acción tutelar de la infancia.

Además, ante el hecho consumado, no hay opción posible. Es. Hay que aceptarlo. Nos queda, eso sí, el deber de mejorarlo, de transformarlo, de superarlo incluso, sin que podamos desentendemos de la cuestión que su existencia nos plantea.

Si interviniéramos en una revolución donde nuestro valimiento fuera reconocido, rechazaríamos de plano la fundación de un Estado cualquiera e invitaríamos a los hombres a organizarse libremente, estableciendo colectividades libres, federadas luego entre sí. Pero ahora no se trata de una revolución por hacer, sino de una que ya está hecha. Y al juzgarla y estudiarla, hemos de colocarnos en un plano de realidades innegables.

Hemos adoptado una posición crítica, objetiva, al escribir estas líneas, sin olvidar por eso la posición ideal.

Relaciones entre el individuo y el Estado

En los países capitalistas, las relaciones entre el individuo y el Estado tienen por base jurídica la propiedad privada, en particular la de la tierra. Transformada ésta, ¿cuáles serán las obligaciones del Estado para con el individuo y de éste para con el Estado en la Rusia de los Soviets? Porque también la estructura del Estado sufrirá la influencia de transformar en colectiva la propiedad privada de la tierra.

No creemos en la plasmación de ese ente, imaginario, sabiamente descrito por Lenin y sus continuadores, llamado "Estado Proletario". Aunque la adjetivación pretenda darnos la idea de una cosa completamente diferente a la conocida, lo cierto es que no modifica sustancialmente la idea del Estado.

¡Estado proletario! ¿Qué es eso de Estado proletario? Lo mismo podríamos decir Estado azul blanco o encarnado, sin que para la definición de lo que es el Estado adelantásemos gran cosa.

Conocemos formas variables, pero una sola denominación autoritaria: teocrática, absolutista, constitucional, monárquica, republicana y hasta neosocialista. Pero a través de toda esta nomenclatura, de estas adjetivaciones y calificaciones, no hallamos sino al Estado, definido por muchísimos pensadores "como algo salido del pueblo, pero dominándolo después hasta convertirse en su tirano".

El Estado, según dicen sus más acérrimos defensores, es la forma de organización superior que se han dado los pueblos a medida que progresan, para mejor regular sus relaciones, garantizando los derechos de todos, los del débil contra los del fuerte, los del bueno contra los del malo y, en última instancia, los derechos adquiridos por el primer ocupante contra la usurpación, siempre posible, del

supuesto rezagado.

De creer a los panegiristas, el Estado —y teóricamente hemos de confesar que parece aceptable la manera de pintar su utilidad— viene a regular las relaciones entre los hombres, evitando el despojo de los débiles, obligando al respeto de la costumbre y transformándola en obligatoria e igual para todos. ¡Bella pintura!

Pero ¡ah!, la realidad, muy otra, enseña cada día cuán engañosa es esa imagen del Estado paternal, previsor, justo e igualitario.

El Estado, ni hoy, ni ayer, ni nunca, dejó de ser todo lo contrario.

El Estado, como atributo del principio autoritario, surgió del temor de los fuertes por la unión de los débiles. Evitar que éstos pudieran por la fuerza numérica aplastar su dominación, fué el genial ardid empleado por los detentadores contra los desposeídos.

¡Dar forma legal a lo ilícito, a todo lo procedente del despojo! ¡Inventar el concepto de legalidad! ¡Hacer creer que leyes divinas y humanas autorizaban esta "legalidad"! ¿Hay nada más ladino?

Legalizada la usurpación, ella ha servido después para regular las relaciones entre el individuo y las instituciones del Estado. La vida individual queda de esta manera prefijada, y cuando alguien se resista, será coaccionado en una u otra forma, pues lo primero que se organizó fué un cuerpo represivo.

Por conducto de sus representantes el Estado ordena y regula, sin que ninguna violencia escape a sus previsiones. Como en todo lo demás, penetra asimismo en las relaciones entre padres e hijos, y a un idiota nonnato lo considerará en la plenitud de sus derechos igual que a un hombre genial, sólo al llegar a una edad determinada en el Código civil. El carácter jurídico de tales relaciones es determinado por los derechos inherentes a la propiedad privada de la tierra. Al transformarse, pues, en colectiva, se transformarán, indefectiblemente, las normas jurídicas.

A una diferente estructuración del Estado, corresponde

un nuevo concepto de la legislación y de las leyes y métodos de aplicarlas. Su misión principal, hasta ahora, era la de acomodar cuanto se legislase a garantir el derecho de propiedad de la tierra, abarcando desde los siete palmas que dicen son precisos para una sepultura, hasta los grandes latifundios.

Pero este derecho lo ha transformado la revolución, ha cambiado en Rusia. ¿Cuál será la orientación futura del Estado ruso, del que salió de la revolución, en sus relaciones con el individuo? Es este un interrogante a merced de los acontecimientos, al vaivén de las circunstancias.

A su debido tiempo hablaremos de lo que el Estado bolchevique ha hecho; pero esto no es lo definitivo, fundamental y firme. El Estado bolchevique no se ha consolidado todavía; le falta para lograrlo que acepte la crítica y la discusión libre de sus procedimientos. Cuando esta libertad sea concedida, y en el choque con otras concepciones del Estado se afiance, podrá conjeturarse fundamentalmente acerca de lo que serán sus relaciones con el individuo. Afirmemos, no obstante esta interinidad, que habrán de ser muy otras que las existentes en los Estados de organización capitalista, salvo en el caso de que la Rusia sovietista retroceda y se adapte al principio de propiedad privada de la tierra, para lo que habría de anularse toda la obra de la revolución. De no ser así, y nos resistimos a creer que tal cosa ocurra, es indudable que el Estado y el individuo en Rusia habrán de establecer normas imposibles de practicar en los Estados de tipo capitalista.

Cuando dice hoy el Estado que vela por el individuo, que le ampara y protege, se sirve de un concepto capcioso, de una incongruencia bien adobada para ocultar el verdadero significado de esta protección. Es uno de los tantos trucos bien presentados para gentes crédulas o taimadas y un estimulante de la servitud.

El Estado dice al individuo: “Yo, ente soberano, y al que has de acatar, represento los intereses más sagrados de la sociedad. Velo por la integridad de la patria, por tu

religión, por las costumbres de tus antepasados, por conservar la tradición y los intereses personales. A cambio, reclamo de ti, individuo, fe ciega y absoluta a mis mandatos y leyes, a mis disposiciones y reglas; que todo lo que haga será para tu bien y felicidad". Así se expresa poco más o menos el Estado. ¿No se trasluce a través de ese lenguaje la situación de servidumbre y mansedumbre en que el individuo se halla colocado? Necio, torpe o malvado será quien lo niegue. ¿En virtud de qué principios, decimos, esas relaciones se regulan?

El Estado ha hecho de sus relaciones para con el individuo una cuestión de orden casi exclusivamente jurídico, y por esta razón, que es la más fundamental de todas, hay que buscar el origen de ese especioso contrato tácito en las entrañas mismas del derecho de propiedad privada de la tierra, esencia y espíritu de todos los demás.

Todas las disposiciones del Estado, hasta las que parecen más alejadas de esa finalidad, si se las estudia atentamente se ve como son la consecuencia fatal de ese derecho. Cuantas modificaciones en él se hagan, repercutirán en las relaciones entre el Estado y el individuo.

Señalar ahora la pauta de esas relaciones o, por lo menos, lo que aproximadamente serán, es cosa que no puede hacerse. El giro que tomen depende de variadas circunstancias que la menor causa, la menos aparentemente sensible, puede modificar totalmente.

Lo incuestionable —y sobre esto no deben hacerse ilusiones los partidarios del Estado actual, enemigos encarnizados de la Rusia revolucionaria— es la modificación sustancial y profunda que sufrirán las relaciones entre el individuo y el Estado en la Rusia de los Soviets, sentando precedente.

¿Serán relaciones de superior a inferior, de quien manda a quien obedece, de quien dispone a quien acata?

Existe un principio jurídico en los países de propiedad privada que es el regulador de las relaciones entre el individuo y el Estado. Cabe pensar, a menos que se crea en lo absurdo, que transformado ese principio se

transformarán también las derivaciones que le son propias.

A reforzar esta afirmación concurren las distintas modalidades que se adoptaron para las relaciones entre el Estado y el individuo después que la burguesía desposeyó de sus inmensas propiedades a los feudales al iniciarse la Revolución francesa. Basta considerar este hecho, en su conjunto, para comprenderlo. Y eso que la Revolución francesa no modificó el derecho de propiedad privada de la tierra. Sólo lo amplió acabando con el privilegio de los reyes y grandes señores en las concesiones de tierras y de comarcas enteras que podían hacer a sus súbditos y favoritos. Si dió lugar esta reforma a grandes transformaciones, ¿quién negará que la transformación en colectivo del derecho de propiedad privada de la tierra, no abarque aspectos casi insospechados en las relaciones del Estado para con el individuo?

No se hagan, pues, ilusiones quienes afirman que lo acaecido en Rusia es simplemente uno de tantos acontecimientos en la vida de un pueblo. Sufrirán amargo desencanto. El concepto que tienen de lo que debe ser el Estado y de cómo ha de entenderse con el individuo, ha sufrido un golpe mortal y no volverá a ser lo que ha sido; es decir: no será como ellos están acostumbrados a comprenderlo.

* * *

A otros muchos aspectos de la vida colectiva podríamos extender nuestro examen de la obra revolucionaria.

Un estudio más amplio nos llevaría a tratar de la transformación en la industria y en el comercio que, ejercidos hasta el momento de la revolución por particulares, habían de ajustarse en su desarrollo a las conveniencias de quienes los explotaban.

Hartos estamos de ver que industrias particulares viven a expensas de los intereses colectivos y nacionales. Y aunque los gobiernos, representantes genuinos del Estado y, por tanto, de la nación, tienen el deber, según las leyes

hechas por ellos, de evitar esas anomalías, por compromisos de partido, de familia o de intereses propios lesionados, al tomar una determinación contra esas industrias se ponen, resueltamente, al lado del interés particular y en contra del colectivo.

Es frecuente el caso de una municipalidad o región en pleito y contienda contra un particular; como lo es también que el particular, por favoritismo del gobierno, salga triunfante en el litigio.

Y cuanto decimos de la industria y del comercio, podríamos hacerlo extensivo a la cultura, a la beneficencia, a las artes y las letras; en fin, a todas las actividades y necesidades humanas, materiales, morales e intelectuales.

Nada escapa a la intervención, tutela y vigilancia del Estado. En ellas reside, de todos modos, la razón de ser de su existencia. Llamado a regular todas las actividades y necesidades humanas, lógicamente ha de pensarse que lo hará según la estructura que le sea propia.

En la tutela de la cultura sólo al Estado le es lícito decir cuándo un individuo está capacitado para ejercer una profesión y cuándo no lo está. El Estado le entrega un título, y este título lo capacita.

Puede un ciudadano cualquiera ser pedagogo eminente, hombre de excepcionales condiciones para ejercer la enseñanza: si el Estado no le ha autorizado para ejercerla, si no le ha dado un título que lo acredite, no puede enseñar ni abrir una escuela. Sus condiciones y aptitudes, para nada o muy poco sirven. No las ha reconocido el Estado, son nulas. ¿Las reconoce? Puede ejercer.

Esta intromisión del Estado en la cultura produce efectos contraproducentes y negativos, pues impone la mediocridad como regla.

Y así todo. El Estado interviene la vida del individuo, y cuantas organizaciones éste funda, siempre quedan reguladas según el carácter del Estado, significación y principios.

El interrogante vuelve otra vez a los puntos de la

pluma: ¿cuáles serán las normas del Estado en sus relaciones para con el individuo en la Rusia revolucionaria y en los demás países a que extienda su radio de influencia?

Derechos y deberes

Las leyes porque se rige la moral social han establecido, indistintamente para todos, derechos y deberes. Es un principio humano, bien armonizado con las corrientes civilizadoras modernas.

Pero sentando el principio, surge al momento la dificultad de aplicadlo.

La cuestión de interpretación es también algo difícil. Cada cual entiende los derechos y deberes a su manera, o algo así; como la distinción entre lo bueno y lo malo, dada por el salvaje: “es bueno cuando yo quito, la mujer al vecino, es malo cuando él me la quita a mi”.

Creemos, por tanto, que la vaguedad y ambigüedad resultantes de la interpretación de deberes y derechos inducen a amparar actos que doctrinalmente se condenan. ¿Cuáles son los deberes? ¿Cuáles son los derechos?

Todo ser humano tiene derecho a satisfacer perentorias necesidades, como la inevitable de alimentarse. Reconocido ese derecho, ¿de dónde emana? Del deber que todos tenemos de ganar el pan con el sudor de nuestros miembros en actividad productora. Y aquí empieza lo incomprensible.

Si el derecho de alimentarse, no se puede separar del deber de producir, quien no produzca pierde ese derecho. ¿Lo entiende así la moral corriente? No En la actual organización social, hay muchos individuos que no producen. Parásitos empecinados, se nutren con lo producido por los demás. Burlan, pues, el deber.

Se dice y se sostiene, que el derecho a la vida es intangible y que, cualquier atentado contra ese derecho es un crimen de lesa humanidad, un acto contra natura. Nada más exacto. Pero ese derecho está en todos, debe ser intangible para todos, pues no se hace exclusión de este o del otro individuo, sino que se refiere al derecho de una ética para todos los seres humanos.

Planteado en tales términos, se desprende, en justicia, que el alimentarse es un derecho que crea el deber de producir. Y más claro y llano: “quien quiera comer ha de trabajar”.

El no alternar deberes y derechos, escinde al conglomerado humano en dos partes: en una están los que viven a expensas de los que trabajan; en la otra, la más numerosa, los desposeídos de los frutos de su trabajo. Estos laboran y no consumen lo necesario para su subsistencia, mientras aquéllos, los parásitos, amontonan para sí en exceso. Rigen para unos los derechos y para otros los deberes. El desequilibrio del principio sancionado por la ética es bien patente. Sobre él está montado el régimen capitalista.

Las revoluciones políticas hechas hasta la fecha, incluso la francesa, proclamaron obligatorios para todo ciudadano los derechos y deberes. Mas, con esta proclamación, ocurrió lo que con otras muchas, que no pasaron de ser una aspiración lírica, entusiasta, pero sin efectividad alguna.

Mientras exista un procedimiento cualquiera que permita acumular riqueza y además transmitirla en herencia, habrá muchas personas para quienes el deber de producir no tendrá significado, que podrán obviarlo sin ningún inconveniente.

Tendrán el derecho a participar de la riqueza producida por los demás, pero no el deber de contribuir a crear esa riqueza. Y esto es notoriamente injusto.

¿Que la posesión de la riqueza es una necesidad, y su manejo por determinados individuos un principio intangible, ya que ha de considerársela como compensación a la gran energía derrochada?

Pudiera admitirse para quienes, empezando con sólo su trabajo, llegaron a reunir una fortuna —ya que si bien es verdad que explotaron el trabajo ajeno para enriquecerse— los comienzos fueron penosos y rodeados de dificultades. Pero una vez la fortuna reunida, quienes heredan, ¿cuándo y cómo cumplen sus deberes de productores?

El razonamiento de que sus progenitores trabajaron para ellos es profundamente inmoral, pues nadie, ni los mismos padres, deben trabajan para enriquecer a sus hijos cuando éstos estén en condicione: de producir. Sólo por una absurda interpretación del deber, se les puede considerar exonerados de la obligación de trabajar.

¡Todos, sin distinción, tenemos derechos; pero todos, también, deberes! Y si el tener bienes de fortuna y centuplicar su valor mediante la explotación del trabajo ajeno, se considera un deber, a su modo y con mayor riesgo personal, el que nos desvalija en un camino, asalta nuestro hogar o nos vacía los bolsillos por medio de hábiles manipulaciones, también se halla en el ejercicio de un "deber" respetable. El ansia del lucro los coloca al mismo nivel moral.

¿Que la actual distribución de la riqueza permite, con su absurda organización, eximirse del trabajo?

Pues, la conclusión es lógica: la organización de la sociedad es injusta, ya que hay quien tiene derechos mermados y deberes ásperos que cumplir, mientras coexisten quienes sólo tienen derechos plenos a gozar y conservar y deberes poco penosos que pueden eludir fácilmente.

Mas, si la organización política y económica ha venido padeciendo hasta hoy defectos y vicios de origen, convengamos en que no deben seguir imperando por más tiempo.

* * *

Con el lema: "¡Todo el Poder a los Soviets!", la revolución rusa dió el primer paso en el sentido de transformar la propiedad, reivindicando el derecho de los trabajadores.

El pueblo ruso quiso acabar con las minorías que se creen llamadas a gobernar y no lo consiguió, aunque anduvo cerca de lograrlo. Como las concepciones puramente idealistas sólo son aplicables a las artes y a las

ciencias, la revolución se detuvo en los derechos políticos, por más que las masas gritaran justamente: “quien quiera comer que trabaje”.

Esta es la cuestión: “quien quiera comer que trabaje”. ¿Qué se pretende con esta fórmula? ¿Obligar a todos a cavar la tierra? No. Imponer a todos, únicamente, el deber de ser verdaderamente útiles a la sociedad. Extraña exigencia, ¿verdad?

Nadie ignora hoy que trabajar no es sólo manejar el azadón, colocar ladrillos, aserrar madera, tejer, coser, o clavetear zapatos. Existen innumerables variedades de trabajo, que son tan útiles a la sociedad como el carpintero, albañil, etc., sin ser esencialmente manuales.

Paralela a esta convicción ha nacido otra: que el ser rentista, propietario, acaparador, comerciante, político, es no ser nada, si no es como en calidad de parásito.

Por eso, la revolución rusa al fijar la fórmula de derechos y deberes en el trabajo, no dijo nada metafísico, ni propuso problemas. Declaró sencillamente que el derecho de consumir iba precedido del deber de producir. Derechos, sí; pero deberes también.

Del terreno de las concepciones vagas y un tanto difusas en que hasta ahora se había vivido con respecto al deber, hemos pasado ya al de las reales y positivas. “Quiero tener derechos” —dice el individuo—. “Muy bien —se le contesta—, trabaja”. Ningún título es capaz de sustraerte a esta obligación. La sociedad necesita del esfuerzo de todos; pero el esfuerzo de los que hacen producir a los demás no le es necesario. Eres joven, estás útil, gozas de perfecta salud; trabaja, sé útil, no vivas del esfuerzo ajeno”. Así habla y procede la revolución.

¿Qué razón hay para que el individuo no sea útil a la colectividad? Ninguna. La fuerza de la costumbre nos ha hecho admitir como cosa natural esa vida de parásito que muchos llevan; pero la razón, que está por encima de la costumbre, iluminó el pensamiento revolucionario, y le dió un contenido.

A las gentes que toda innovación escandaliza, capaces

de horrorizarse por la más insignificante transgresión a la rutina, parecerá una blasfemia abominable esa conclusión. Viven de lo pretérito, de las ideas hechas, de ese sentido conservador que las envuelve, más parecido a la muerte que a otra cosa. Pero el que ellas lo consideren un mal no es una razón para que desoigamos los llamamientos de la justicia.

Derechos, sí; deberes, también. La sociedad en que vivimos y de la que formamos parte, ha de ayudarnos a servirnos de los primeros; mas, en justa reciprocidad, sin la cual la vida de relación no es posible, nos dice que ese goce va acompañado de la obligación de no ser una carga para los demás. Así lo entendió la revolución rusa y lo practicó inmediatamente.

Hasta ahora, hay que hacerlo notar, jamás se había precisado tan claramente la noción del deber. El derecho, venía a ser para la mayoría una especie de entelequia. A partir de este momento ya entra en la categoría de los enunciados que tienen fisonomía propia. Un gran acontecimiento lo ha elevado a la más alta jerarquía, lo ha sentado como principio fundamental.

Cuando alguien en adelante nos hable de sus derechos, preguntémosle si cumple sus deberes, y la contestación que nos dé, servirá para que sepamos lo que es y hasta qué extremo es digno de la consideración social, es decir: si contribuye con su esfuerza a enriquecer el acervo común.

¿Produces? He aquí la enunciación de todo un fundamento moral. Reducido a esta síntesis, que a más de precisa tiene la ventaja de ser clara escandalizará a los partidarios de lo ampuloso, ya que para ellos, todo lo que no es complicado merece su desdén. Pero ved las cosas: el ignaro campesino ruso ha recordado a la humanidad el más principal de sus fundamentos. Lo ha recordado y aplicado. Que es lo más importante.

Se ve, pues, cómo progresan los pueblos. Hace veinte siglos se dijo al hombre: “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, que podemos traducir por: el derecho a consumir va unido al deber de trabajar.

Una moral acomodaticia y tortuosa ha dejado que la sentencia evangélica sea arbitrariamente interpreta. A todo se ha llamado “trabajo”. Los negocios más sucios y las combinaciones más infames han sido tenidas como fruto del trabajo, hasta que hombres sencillos, sin más filosofía ni metafísica que el instinto, han recordado a todos lo que no debieron olvidar.

Esas actividades lucrativas no pueden ser consideradas como el cumplimiento de un deber, ya que su finalidad tiende a hacer más penoso el deber de los demás.

No hay, pues, nada más que un principio lógico: el derecho implica el deber; el que quiera gozar de los beneficios de la vida, ha de sujetarse a los límites que ésta le imponga para el bien común. Todo otro concepto es, a nuestro juicio, arbitrario.

¿Quieres beneficiarte del esfuerzo colectivo? Pon también el tuyo para que el acervo sea mayor. Así pensaba el campesino ruso y así lo ha proclamado.

¿Derechos adquiridos? —“Aquí no hay derechos adquiridos —dijo—. Aquí hay derechos y deberes. Aquí el que quiera comer ha de trabajar”.

Simplificando el problema de la vida, cohonestó los dos polos que la rigen: el positivo y el negativo; como si dijéramos: el de los derechos y el de los deberes.

No; no cumple sus deberes quien no es útil a la sociedad, quien no emplea su esfuerzo en algo, quien permanece inactivo mientras los demás se extenúan y agotan. ¡Casta de parásitos, de zánganos y de aprovechados, ha sonado la hora de vuestro fin!

Valle de lágrimas o jardín de flores, lugar de sufrimiento o de placer, instante de alegrías o de tristezas, el paso del hombre por la tierra, el tiempo que su vida dure, ha de emplearlo, por lo menos, en algo de utilidad general, pues de no ser así, fatalmente ha de convertirse en carga para los demás. Y si una moral elástica, demasiado complaciente y dispuesta a justificar el poderoso, nada más que por hecho de serlo, mostrábase transigente, había de llegar un momento que se la declarase en quiebra y se

llamara al hombre a cumplir sus deberes.

Todo hombre puede ser útil a la sociedad. Su esfuerzo siempre puede ser empleado. ¿Por qué, pues, no lo ha de prestar? ¿Por qué es rico? ¿Por qué es poderoso? ¿Por qué nació en “dorada cuna”? ¿Por qué sus padres acumularon dinero? Ninguna de estas causas es eximente de derechos.

¿Por qué, pues, ha de serlo de deberes? Así lo comprendió el pueblo ruso y así lo proclamó bien alto.

Por primera vez en la Historia vemos consagrado como intangible el deber de producir. Por primera vez también se ha dicho a todos los hombres de un país que quien no produzca no es útil a sí mismo ni a los demás, sino más bien un estorbo y una dificultad.

Agradezcamos al pueblo ruso la afirmación de este principio, afirmemos que obró con justicia, que su revolución ha dado firmeza al enunciado moral del deber y digamos luego: quien quiera tener derechos, cumpla sus deberes, y quien quiera comer, que trabaje.

Frente a una realidad

A la vez que las enseñanzas que puedan sacarse del hecho de la revolución rusa, quien a Rusia llegue en viaje de estudio se encontrará ante una realidad que no puede negarse: los bolcheviques. ¿Quiénes son y por qué triunfaron? Ya se ha dicho muchas veces quiénes son; nadie, en cambio, o muy pocos, han dicho por qué triunfaron. A creer lo que ellos mismos dicen, deben su triunfo, principalmente, a ser los fautores de la revolución.

Expliquemos por qué entendemos que esta afirmación es una gran impostura.

Las revoluciones las hace "el pueblo". Luego, cuando las luchas violentas en la calle culminan en la destrucción del régimen que existía, se impone la colectividad que mejor interpreta el sentir general y los anhelos que impulsaron la revolución, aun cuando más tarde se desvirtué la causa del pueblo como hizo el bolchevismo procurándose la prosperidad del partido.

Al declararse la revolución existen en Rusia varios partidos políticos más numerosos, más arraigados en la opinión y mejor organizados que el llamado después Partido Comunista. Sin embargo y aun contando con ventajas, no despreciables por cierto, o son los partidos mejor organizados, ni los más numerosos, los que triunfan, sino los bolcheviques. ¿Por qué? La razón es obvia… Porque interpretaron en aquel momento más acertadamente que ningún otro partido, las aspiraciones populares.

La trayectoria que siguen estos partidos y la fugaz y rápida preponderancia que alcanzan algunos en los comienzos de la primera revolución[1], confirman sobradamente nuestras aseveraciones.

Declarada la Duma (Parlamento), única soberana, los cadetes, mezcla de liberales y reformistas, y bastante más numerosos y mejor organizados que los bolcheviques,

forman gobierno y tienen en sus manos los destinos de Rusia. Pero dura un momento. Unas semanas apenas.

Impregnados del espíritu liberal y demócrata burgués, no quieren ir más allá de una simple reforma constitucional; acceden, lo más, a destronar al Zar, reemplazándolo por un rey constitucional.

De las reformas anheladas por el pueblo se desentienden por completo. Para ellos la revolución no debía aspirar más que a una reforma constitucional y algunas otras legislativas, y que, después, vueltas las cosas a su cauce, pudiera el pueblo y ellos vieran lo que se podía conceder y hasta qué límite.

Poco tiempo duró su popularidad. Abandonaron el Poder sin que su paso pueda señalarse por algo importante.

No fué mejor la suerte que cupo a los socialistas revolucionarios de cuyo partido era jefe Kerensky.

Empujado por la multitud, elevado sobre ella, que demandaba medidas radicales y la terminación de la guerra, llega al Poder, y si bien en el primer momento alienta las esperanzas del pueblo, pronto lo abandona, pues los compromisos contraídos con la burguesía nacional y los diplomáticos extranjeros le hicieron abandonar su programa y caer sin gloria ni provecho.

Reclama el pueblo el reparto de la tierra, la socialización de las industrias, el reconocimiento de los Soviets de soldados y campesinos y la terminación de las hostilidades. Del cambio de régimen no hay necesidad de hablar. La subida de Kerensky al Poder determina ya la proclamación de la República.

Kerensky se opone al reparto de las tierras y amenaza con duras represalias a los campesinos si no devuelven a sus dueños las expropiadas por ellos espontáneamente. Nacionaliza algunas industrias y reconoce a los Soviets, imponiendo condiciones; pero se niega terminantemente a cesar en las hostilidades en el frente de guerra, contrariando los deseos del pueblo ruso. La guerra fué la causa más eficiente de la revolución, y bastó que Kerensky ordenara una ofensiva contra los ejércitos alemanes para

que se conquistara la impopularidad y arrastrase en su caída el prestigio y la confianza depositados por el pueblo en el partido de que era jefe. Es tal esa impopularidad, que muchos de sus partidarios, no queriendo ligar su suerte a la de Kerensky, lo abandonan y se constituyen en partido disidente, fundando el llamado Partido Socialista Revolucionario de izquierda.

Quedaba otro sector político que podía disputar a los bolcheviques el Poder: los social-demócratas, o socialistas, como decimos nosotros. Pero sus concomitancias con Kerensky y su escaso espíritu revolucionario, tan necesario para triunfar en momentos como aquellos, hicieron improbable su acceso al Poder; por lo que, en puridad, después de siete meses de revolución, desde marzo a octubre, de haberse derrocado el régimen zarista y gastado dos partidos políticos importantes, sólo los bolcheviques quedaban en condiciones de gobernar, contando con la tolerancia y ayuda de los anarquistas y de los revolucionarios verdaderos.

Como el grito de "¡Todo el Poder a los Soviets!" y el de ¡Abajo la guerra!", tenía eco de simpatía en la actuación de los anarquistas, unieron éstos su esfuerzo al esfuerzo de los bolcheviques, y de común acuerdo, ayudados por la fracción de los socialistas revolucionarios de izquierda, derribaron a Kerensky del Poder y en él instalaron a Lenin y sus correligionarios.

No estarían los bolcheviques muy seguros de su fuerza ni de ser ellos los propulsores y aun los autores materiales de la revolución como afirman constantemente, cuando el primer período de su gobierno, o sea, desde su acceso al Poder hasta la firma del Tratado de Paz de Brest-Litowsky comparten el gobierno con los socialistas revolucionarios de izquierda, que desempeñaron en el Consejo de Comisarios del Pueblo, tres importantes Comisariados: Bellas Artes, Justicia y Hacienda.

Y la mediatización que sufren los bolcheviques en la dirección suprema del Gobierno al compartirlo con los socialistas disidentes de Kerensky, alcanzan también a la

obra revolucionaria que el pueblo realiza día por día, donde el predominio de los anarquistas es concluyente, pues trabajan para que los Soviets se incorporen definitivamente a la vida social y política del país, ocupando el puesto que por razón natural les corresponde.

Persiguen los anarquistas el conseguir que el Soviet reemplace en absoluto al Estado; mejor, hacerlo innecesario, tendencia que combaten los bolcheviques y los socialistas revolucionarios. Sospechan que el afianzamiento del Soviet es la soberanía real y efectiva del pueblo, no esa soberanía tan defendida por los demócratas burgueses y representada en un trozo de papel que de vez en cuando deposita el ciudadano en la urna de cristal.

Pero los bolcheviques son hábiles y dúctiles en la aplicación de sus procedimientos. Y hay que reconocer que obraron sin escrúpulos.

Poco les costó poner fuera de combate a los anarquistas. Torpezas, errores y, sobre todo, quisquillosidades y minucias doctrinales elevadas a la categoría de principios, sobre los que toda transgresión, aun en momentos como aquellas en que la acción era más precisa que la discusión, se consideraron transgresión gravísima, los puso al margen de la actividad desplegada. El pueblo, viéndolos entretenidos en discutir si debían o no hacer lo que él estimaba indispensable en aquella hora única, pasó de largo y continuó su camino.

Lo cierto es, sin embargo, que los anarquistas querían hacer del Soviet el nervio de la acción futura, pues se dieron cuenta al instante de que el Soviet era una entidad natural, nacida al calor de la revolución, como lo fueron nuestros municipios cuando el pueblo, para sacudir la tiranía de los señores de horca y cuchillo, se alió a los reyes en contra del feudalismo.

Y mientras los anarquistas discutían si debían aceptar o no cargos en los Soviets, para los que en muchos casos y en numerosas regiones eran elegidos, como no se decidían a aceptarlos, los bolcheviques los ocupaban, adquiriendo de este modo una preponderancia que estaban muy lejos de

tener hasta entonces.

Advertimos que en los comienzos de la segunda fase de la revolución, cuando los marinos de Cronstad se alzaron contra Kerensky y el pueblo en armas y algunos Soviets de soldados de Petrogrado detuvieron la ofensiva del general Brusiloff contra los bolcheviques, estos no habían pronunciado siquiera la palabra "dictadura del proletariado". De haberlo hecho entonces, de no haber engañado al pueblo hablándole de libertad cuando pensaban negársela, es más que seguro que Lenin y sus amigos no hubieran llegado al Poder. Pero supieron ocultar sus intenciones y se hicieron los amos de la situación.

Descartados momentáneamente los anarquistas y disminuida su influencia por no llegar a un acuerdo, en si debían o no intervenir en la actuación orgánica del nuevo estado de cosas, los bolcheviques se situaron ventajosamente, pues con la separación de los anarquistas desaparecía la única fracción que pudiera hacerles sombra. Quedaban aún los socialistas revolucionarios de izquierda; pero el ser los restos dé un gran partido desmembrado como el que acaudillaba Kerensky les quitaba influencia sobre el pueblo, que estaba acostumbrado a verlos unidos.

La habilidad política de los bolcheviques apenas había comenzado a mostrarse. Apuntaba solamente. No ignoraban que entre los socialistas revolucionarios de izquierda, que compartían con ellos el Gobierno, había una fuerza corriente de opinión a legalizar si reparto de las tierras, hecho mediante la aprobación de los acuerdos del Congreso pan-ruso de Soviets de campesinos. Temerosos de que si esta corriente de opinión se imponía, llegase a cristalizar en un partido homogéneo, fuerte y bien nutrido, lo primero que hizo el Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin y reunido en Smolny, fué dar estado legal al reparto de las tierras.

Desde este momento los bolcheviques se colocan en situación muy superior a la de colaboradores y amigos. El golpe era hábil y certero, no hay que negarlo. Con él se apuntaba a dos finalidades: la de atraerse las masas

campesinas al Partido Comunista, y de no lograrlo, evitar, por lo menos, que engrosaran el partido contrario.

Y aún así la posición de los bolcheviques no quedaba afirmada del todo. La influencia de los socialistas revolucionarios de izquierda que tenían al frente la gloriosa figura de María Spiridonova, crece como la espuma y compromete la de los bolcheviques. Otro segundo golpe hábil —el Tratado de Paz con Alemania—, aunque funesto para la revolución, les deja el campo libre y dueños absolutos del poder. Ya han conseguido lo que se proponían. Hacer triunfar su política, la del partido que llamarán Comunista, aunque sea contraria a los intereses del país y de la revolución, apoyándose en las espaldas del pueblo.

Se ha dicho por todos los biógrafos de Lenin, y más directamente por Zinovief, su íntimo amigo y uno de sus hombres de confianza, que el Tratado de Paz de Brest-Litowsky, a causa del cual los tres comisarios que representaban al Partido Socialista Revolucionario abandonaron el Gobierno, es el triunfo más señalado de Lenin, el jefe comunista, y uno de sus mejores aciertos políticos. Según como se considere el acierto, y como triunfo político partidista están en lo cierto, si bien examinando, sin prejuicio ni prevención alguna, debe considerarse el Tratado de Paz de Brest-Litowsky, como una de las calamidades que ha soportado la revolución y como uno de los más tremendos errores sufridos por los dirigentes comunistas.

Desde el punto de vista del interés de la revolución, de lo que convenía a la Rusia revolucionaria y en lucha con numerosos enemigos, el Tratado de Brest-Litowsky es de efectos desastrosos. Lenin vió el afianzamiento de su partido, su triunfo definitivo, y a ello sacrificó todo lo demás.

Con la firma de la paz, daba satisfacción a una de las aspiraciones más claramente manifestadas por el pueblo, cierto es, pero no lo es menos que sacrificaba también a la revolución. El pueblo, en su noble pasión antiguerrera, no

vió claro en lo porvenir y sólo quiso obtener la paz a cualquier precio.

La opinión de Lenin no era compartida por algunos de sus amigos y colaboradores. El mismo Trotzky, firmante de aquel Tratado en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo ruso, se negaba a que la paz se concertara, y sólo por disciplina al Partido puso la firma a las negociaciones de paz.

¿Qué se proponía Lenin con la firma del Tratado? Ganar tiempo y afianzar el Partido Comunista. Y lo consiguió. Sus mismos adversarios, los anarquistas en la social y los socialistas revolucionarios en lo político, con sus vehemencias e impetuosidades, iban a darle hecha la mitad de la tarea.

Las persecuciones contra los anarquistas habían comenzado ya a pretexto de futilezas, de cosas sin importancia, de apreciaciones inverosímiles. Y los bolcheviques, que habían conseguido armar a sus adictos y a los que en todo momento se suman al acompañamiento del vencedor, y le sirven, fauna que se da en todos los países, y hecho creer a una gran parte del pueblo de que los anarquistas se volvían contra la revolución, sacando partido de las indelicadezas y exageraciones ideológicas de alguno de ellos, obligáronles a someterse o los exterminaron metódicamente.

Los socialistas revolucionarios abandonaron el campo menos hostilizados. No quisieron hacerse solidarios de la firma del Tratado de Paz con Alemania, pues lo consideraban leonino y perjudicial para la revolución, y dejaron a los bolcheviques dueños absolutos del Poder. Si fué ésta la finalidad del jefe bolchevique, la consiguió; acaso más plenamente de lo que él mismo lo deseara. No sólo había ganado tiempo, sino que, unos y otros, con sus discrepancias y falta de sentido de la realidad, le dejaban el campo libre.

Los socialistas revolucionarios no quisieron compartir la responsabilidad y, altivos, tuvieron un gesto de desdén y se apartaron. ¡Cara les iba a costar esta actitud! La crueldad

represiva en el exterminio de los anarquistas, iba a repetirse con ellos, pero aumentada. Las víctimas, por ser más numerosos los socialistas revolucionarios, serían en mayor proporción.

* * *

Solos los bolcheviques en el Poder, no ignoran que lo ejercen a precario, y que para continuar en él ha de halagarse a la multitud, prometiendo y mintiendo si es preciso.

En sus manos todos los recursos y resortes de gobierno, usan de ellos con rara habilidad. Lo primero que hacen es imponer la censura a la prensa de oposición, y aprovechando esta medida despótica, acusan a los demás partidos políticos de contrarrevolucionarios, pregonando que la revolución sólo puede salvarse por la práctica de "la dictadura del proletariado".

El pueblo no sabe a ciencia cierta, ni se lo explica qué es "la dictadura del proletariado"; pero la prensa afecta a los bolcheviques, que es la única que se publica2, le hace creer que "la dictadura del proletariado" es el triunfo definitivo del pueblo trabajador, la destrucción y aniquilamiento completo de las clases privilegiadas, la desaparición total de los nobles, militares, ricachos y terratenientes, suprimiéndolos a todos y proclamando el comunismo.

Y el pueblo, deslumbrado por estas propagandas, da rienda suelta a sus odios, a esos odios acumulados contra el zarismo y la nobleza durante siglos de esclavitud, miseria y tiranía. Se entrega confiado a los bolcheviques, viendo en ellos el único partido que puede salvarlo y evitar el retorno del pasado. Y como todas las demás voces se han callado sin que sepa claramente por qué, acepta las razones que se le dan, que son muchas menos que las imposiciones y violencias.

Poco a poco, subrepticiamente, sonriendo o amenazando, los bolcheviques logra» apoderarse de la

voluntad popular, y hoy unos, mañana otros, eliminan a quienes puedan resistirles, evitando la crítica y la oposición.

Hablan más a menudo de la dictadura del proletariado; señalan sus ventajas y conveniencias. Cada día anuncian que para el siguiente, los trabajadores, el pueblo todo, se convencerá de las maravillas de la dictadura. Mientras tanto, hacen "su política". Desarman al adversario; arman a los adictos, comprometen cada vez a más individuos para que no puedan desligarse del Partido. Siguen una política dúctil, suave, serpenteante; pero eficaz a su propósito.

Como el mujik se muestra reacio al bolchevismo y se mantiene fiel al partido socialista revolucionario, que era el más popular entre los campesinos, el Gobierno acuerda que el voto del obrero de la ciudad, el del obrero industrial, represente cinco votos del campesino, y que por cada miembro campesino elegido para el Soviet, elijan cinco los obreros industriales. He aquí un privilegio aristocrático, tan odioso como cualquiera de los Estados burgueses.

Para los cargos de confianza, presidentes de Soviets regionales o provinciales, comisariados industriales o de otros servicios cualesquiera; jefes o directores de empresas industriales, colectividades o instituciones de cualquier naturaleza, son nombrados los hombres más fieles del partido, apoderándose por este sistema de todas las posiciones ventajosas.

Se atiende las ambiciones; se rehacen virginidades con tal de someterse incondicionalmente a las "directivas" del partido; y así, por este ingenioso procedimiento se coloca el pie en el cuello del adversario revolucionario: socialista y anarquista.

La dictadura del partido se hace más ostensible cada día. Ya no oculta sus vergüenzas como al principio: menos púdica y más desenvuelta, se lanza a la calle y desafía con la Tcheka a quien pretenda discutir su genealogía.

Y juzga y condena a muerte, y ejecuta a algunos duques y príncipes; no salen mejor librados algunos bandidos y desgraciados; pero el mayor contingente lo dan aquellos que no quieren someterse a la tutela del partido

bolchevique, que rechazan esa misma dictadura, que combaten la tiranía ejercida en nombre y provecho de quienes la implantaron.

Sistemáticamente, se elimina por la muerte a todo adversario un poco peligroso. Se le acusa de contrarrevolucionario, de entenderse y comunicarse con los jefes reaccionarios que en los Estados limítrofes conspiran y preparan movimientos para restaurar el antiguo régimen, y antes de poderse defender de la infame acusación, la Tcheka ya ha hecho su obra.

Los sacrificados suman centenares y miles. Sobre sus cadáveres, va asentando su poder el partido comunista. Todo esto, según los cánones bolcheviques, se ejecuta para el triunfo de "la dictadura del proletariado", sin que el proletariado —¡cuántos crímenes se cometen en su nombre! — se entere ni sé mezcle en nada.

La dictadura no se contenta con suprimir hombres. Limitada a esta función, pronto se hubiese declarado en quiebra. Tiene tentáculos más largos y poderosos y de ellos va a servirse el Partido para su triunfo.

Invade todas las esferas de la actividad social, y en cada una de ellas por separado y en todas a la vez, deja la huella de su acción, marcando las directrices que convengan al Partido y a los hombres que gobiernan.

Se prohibe al pueblo el derecho de reunión, de emisión del pensamiento, de manifestación y de protesta contra todas las extralimitaciones del Poder, no alcanzando a ver, por nuestra parte, dónde está la dictadura ejercida por el proletariado.

En nombre de este principio, con su forzada aquiescencia, se impone la movilización de los trabajadores, se les aherroja a su profesión y oficio y no pueden abandonarlo hasta que el gobierno así lo considera oportuno. La situación de este proletariado ejerciendo una dictadura, es muy semejante a la del galeote de los tiempos pasados, que atado al banco en que se sentaba para remar, su suerte estaba siempre ligada a la que siguiere la embarcación de la que era un simple instrumento. Ni aun

en caso de irse a pique podía librarse de la muerte. El grillete lo arrastraba al fondo del mar con los restos de la nave en la que remaba, encadenado por disposición de la justicia.

¿Cómo ejercerá, pues, una dictadura aquel a quien se le prohibe hablar, escribir, proponer, vivir, en suma? Si no tiene libertad para manifestar cuál es su voluntad y ha de acatar la voluntad de otros, si no puede expresar su pensamiento y ha de aceptar a "priori" lo que otros ordenen: ¿en qué, cómo y cuándo ejerce esa famosa dictadura? ¿De qué es dictador?

Ya lo dice el propio Lenin, el "descubridor" de este nuevo concepto, en su libro tan citado, "El radicalismo de izquierda, enfermedad infantil", cuando afirma, si no con éstas, con parecidas palabras:

"Creer que el proletariado, todo el proletariado ha de ejercer la dictadura, es una ingenuidad sólo posible en los espíritus simplistas. La dictadura del proletariado la ejerce en su nombre la parte más consciente y capacitada de la clase trabajadora, y como ésta parte ha de pertenecer forzosamente al Partido Comunista, es éste quien ejerce la dictadura en nombre del proletariado".

El truco no puede estar mejor explicado. Esa interpretación de la dictadura del proletariado, encierra una falacia con la que se disfraza el verdadero carácter de la política bolchevique. Descubierta la trampa, el juego pierde la atracción de aquello que cautiva por sus apariencias de verosimilitud.

Esa dictadura proletaria es la dictadura de un partido ejercida contra todos los demás partidos y contra el proletariado mismo.

El Partido, bajo la amenaza de penas severísimas, prohibe toda crítica, observación o protesta contra el Poder constituido. ¿Y a quién se prohibe ejercer esa función soberana de crítica al Poder constituido? Al mismo proletariado, que es, dicen, quien la ejerce.

El obrero en la fábrica, queda sometido a la autoridad de un Comité que el mismo obrero debe nombrar; pero

antes de que lo nombre, ya se le ha dicho quienes son los individuos gratos al Gobierno y los que éste ha elegido para que lo representen. Aquí, a la burla, se une la vileza de obligar al trabajador a que nombre sus verdugos. La tiranía capitalista, en los tiempos que vivimos, ya no se atreve a tanto. Respeta algo más la dignidad de los trabajadores, aunque su suerte material sea la misma.

Cuando de la fábrica pasa al Soviet local, al que pudiéramos llamar órgano regulador de las relaciones entre ciudadanos y síntesis de todos los demás organismos en la vida colectiva, ocurre algo parecido a lo que ocurre en la fábrica. El ciudadano o, mejor, el individuo, es llamado a designar a quienes deben representarle, tanto por la confianza que le merezcan como por la capacidad de que los crea poseedores. Pero ¡oh paradoja!, los individuos designados para ejercer la dictadura que al Soviet corresponda, han de pertenecer al Partido, al único legal, han de ser bolcheviques probados.

¿Dictadura del proletariado? Dictadura de los que han tomado al proletariado por sufrido asno sobre el que poder cabalgar confiadamente.

En todos los aspectos y actividades de la vida social, la voluntad del proletariado, en nombre del cual se gobierna en Rusia, es siempre y en todo momento suplantada por la voluntad de quienes gobiernan, pues ellos son quienes imponen al pueblo los hombres que han de representarlo.

Cuanto más se busca la realidad de que el proletariado sea el dictador, menos se la encuentra y descubre. Ser dictador y no poder dictar, teniendo que aceptar en cambio lo que otros dicten; tener opción a mandar y soportar que otros manden; tener potestad para dirigir y ser dirigidos. No comprendemos como puede compaginarse una cosa con otra. El que manda, no es el que obedece. El que dicta, no es el dictado. Podrá objetarse que se dicta en favor del dictado, cosa bien extraña y que también en los países capitalistas suelen alegar los gobernantes, so pretexto de que laboran en beneficio del pueblo, al que sacrifican. Lo cierto es que quienes mandan se enriquecen, prosperan y

son libres de hacer cuanto quieran, mientras el pueblo vive en la miseria, envilecido y vilipendiado por sus redentores desde el Poder. Todo lo hacen en favor del pueblo, pero este ha de entregar hasta la raída capa que cubre su esquelético cuerpo en pago de tantos favores. Lo mejor sería, pues, que no le favorecieran tanto, que no se sacrificaran por él, que no se condolieran de su "desgraciada" suerte.

De la dictadura, tanto de la del proletariado como de la burguesía, pudiéramos decir lo que dijimos del Estado. Como no admitamos lo de Estado proletario, tampoco podemos admitir eso de dictadura del proletariado. La dictadura es siempre violencia contra alguien. Y ese "alguien" es siempre el trabajador.

Además, no creemos en la felicidad impuesta.

No creemos en la libertad que otorgue el Estado, porque el Estado no puede otorgarla. Y si no creemos en la libertad del Estado, ¿creeríamos en la libertad de la dictadura? ¿Pero puede una dictadura dar libertad? Sí. La dictadura derrama a manos llenas los inmensos beneficios de la libertad: la libertad de oprimir.

Con la dictadura, unos mandan y otros obedecen. Si somos de los que mandamos, seremos opresores, y oprimidos si hemos de obedecer.

La dictadura que se proponga seriamente hacer libres a los hombres, será tan pueril en sus principios como aquellos patriotas que en la Constitución de Cádiz votaron porque todos los españoles fueran buenos y honrados.

No creemos en la eficacia de las leyes. Tampoco en la de la dictadura. La ley no es buena ni mala. Es, sencillamente, la Ley. Una monstruosidad. En cuanto a su dureza o benignidad, son los hombres quienes la hacen más o menos aceptable. La dictadura es igual. Ejercida por los blancos o por los rojos, será siempre dictadura: el derecho que unos tienen a mandar y otros a obedecer; unos a disponer de todo y otros a acatar.

En estas condiciones —y bajo otras no puede considerarse la dictadura— hay que rechazarla de plano,

sin atenuaciones ni distingos.

¿Qué se invocan los intereses del proletariado para justificarla, diciendo que si no la ejerce cuantos esfuerzos haga para manumitirse serán estériles, pues la situación privilegiada de la burguesía hará infecunda la capacitación de las masas laboriosas? Contestemos que no es cierto.

Hemos estado en Rusia; hemos visto como se ejerce la dictadura del proletariado, es decir, lo que como tal se considera, y hemos visto al pueblo gemir bajo la más atroz tiranía, soportar las más horrorosas persecuciones, someterlo a la más inicua explotación. ¿Y quién vejaba, escarnecía y vilipendiaba al pueblo? ¿La burguesía? No. Un partido político surgido de la revolución y que aun hoy dice gobernar en nombre de la clase más atrozmente oprimida.

Si las revoluciones han de servir para cambiar de amo nada más, y no para abatir la tiranía, para conquistar más libertad, para dar un paso adelante en el camino de la cultura, del progreso y de la justicia, ¿para qué las revoluciones?, ¿para qué derramar sangre?, ¿para qué batirse?, ¿para qué matar y morir? La revolución, pasado el primer momento, el de las multitudes desbordadas, ha de orientarse en sentido de libertad y justicia, de fraternidad y equidad entre los hombres. Esta es la verdad eterna. La de la libertad. La revolución rusa no ha desmentido este principio, ni lo abandonó siquiera. Fueron los bolcheviques, al adueñarse del Poder, quienes desviaron la revolución del curso normal; quienes hablaron de dictadura y comenzaron a ejercerla, ¿en favor del proletariado? ¡No! En favor de sí propios, de su partido, al que se sacrificó la revolución.

Hoy ya no caben engaños acerca de los medios al alcance del pueblo para que manifieste su opinión o sus ideas: la tribuna, la Prensa, el libro, la organización y la manifestación.

Cuando estos medios están prohibidos y el pueblo imposibilitado de ejercerlos, no hay más que supercherías. La opinión sólo puede vivir en un ambiente de libertad.

Cuando a un pueblo se le obliga a aceptar cuanto favorezca determinada tendencia o partido, impidiéndole la

crítica y no dejándole exponer su pensamiento, es que se le tiraniza, que no es libre, que se le oprime. Decirle al pueblo que hay un Partido y que debe, a la fuerza, formar parte de él, pues no se tolerará la constitución de ningún otro, es obligarle a la rebelión.

Y este es el caso de Rusia bajo el gobierno de los bolcheviques, de los comunistas autoritarios o de Estado. Gobierna el Partido Comunista, que pretende ejercer la dictadura en nombre del proletariado; pero esto no puede discutir la actuación del Poder constituido. Luego, si hay dictadura, si una dictadura se ejerce en aquel país, no puede serlo en nombre del proletariado, ya que le está prohibida toda manifestación que tienda a ese fin, mientras que los bolcheviques son los que se toman la libertad de hacerlo y ordenarlo todo.

No analizamos ahora si era o no necesaria la dictadura inmediata del proletariado en Rusia, después de la revolución de octubre; pretendemos sólo demostrar que es un retruécano o algo peor calificar el régimen imperante en Rusia de una dictadura ejercida por el proletariado, por el pueblo que trabaja y produce. ¡Es falso!

Debiera ser consustancial a toda organización, como a todo hombre representativo de una colectividad, asumir responsabilidades con todas sus consecuencias; pero, desgraciadamente, cuando los actos son buenos, de esos que dan fama y nombradla, todos los patrocinan, y cuando van seguidos de censuras o vilipendio, nadie los legitima. Esto ha ocurrido en Rusia.

El partido bolchevique debió tener el valor de reclamar para sí toda la responsabilidad a que pudiera dar lugar “la dictadura del proletariado”; pero prefirió decir que era el proletariado quien la deseaba, aunque fuera el partido quien le ejerciera. ¿Para qué este subterfugio?

Hubiese sido más gallardo, por parte de los bolcheviques, confesar que ejercían la dictadura porque así convenía a los intereses del partido, a las aspiraciones y tendencias. “La ejercemos porque nos creemos bastante fuertes para ejercerla, y mientras nuestra posición no se

consolide, mientras nuestro partido no sea el más fuerte, mientras no nos consideremos seguros, la practicaremos". Una declaración de esta naturaleza hubiese parecido un tanto cínica, pero siendo la verdad, lo demás, ¿qué podía importar?

Les ha faltado a los bolcheviques el valor de la sinceridad. No se han atrevido a decir nunca que la dictadura era a ellos a quienes convenía, y que por eso la practicaban. Cierto que no han negado nunca que la practiquen. Al contrario, se alaban y forma parte de su programa el propagar sus procedimientos. Ayer como hoy, en Rusia y fuera de ella, repiten siempre la misma consigna: "para que el proletariado triunfe como clase, para que llegue a clase dominante, ha de conquistar el Poder por medio de la revolución, crear el Estado proletario e imponer la dictadura; y como el proletariado no está capacitado para ejercerla, somos nosotros, los comunistas, quienes debemos hacerlo en su nombre".

Hay que reconocer, por tanto, que les falta valor para decir la verdad, pura y sencilla. Ellos debieran hablar así:

"Cuando una revolución estalle en un país cualquiera, nosotros, partidarios del bolchevismo —hoy leninismo—, tenemos el deber de impulsar al proletariado a la conquista del Poder y del Estado, y una vez conquistados, debemos ir a ellos y ejercer una dictadura que nos afiance en el Poder contra quien sea, incluso contra nuestros amigos de la víspera. Dictatorialmente, impondremos nuestro programa y nuestras ideas, y a quien no las acate o las infrinja, lo declararemos al margen de la ley, llegando con él a las penas más aflictivas".

Este habría sido el lenguaje de la sinceridad.

Errores políticos

Durante nuestra estancia en la Rusia Soviética, cada hecho presenciado o cada institución visitada, nos mereció un juicio que, hoy, a través del tiempo transcurrido, se ha tamizado lo suficiente para exponerlo con sencillez, respondiendo al natural deseo de contribuir a la rebusca y esclarecimiento de la verdad.

Nada más lejos de nosotros cualquier otro motivo de crítica. En la discrepancia de opiniones con las teorías bolcheviques, no usamos de esas censuras que, por lo que tienen de dogmáticas, desvirtúan la serenidad del razonamiento. No deben atribuírsenos intenciones que no están en nuestro ánimo; que no lo estuvieron nunca.

Estamos examinando un acontecimiento de enorme trascendencia, en el cual, los bolcheviques juegan preponderante papel. Si a nuestro modo de interpretar los sucesos históricos, observamos en su obra algo loable, no han de dolernos prendas para ensalzarlo, y la condenación se volverá en alabanza —como lo hemos hecho ya—, sin fijarnos en otra circunstancia que la del respeto a la probidad de nuestro juicio.

La revolución rusa, no nos cansaremos de repetirlo, es un acontecimiento que remonta la corriente de lo vulgar y cotidiano, y si ha de servir, como lo suponemos, para señalar un punto de partida, una fecha memorable en el progreso y evolución de la humanidad, hemos de querer todos que a partir de ella marchen los pueblos con la máxima seguridad en el camino que ante ellos se abre.

Pero la revolución rusa ha incurrido en muchos errores de importancia extraordinaria. La impetuosidad con que el pueblo ruso quiso salir de la esclavitud, lanzándose en el camino de la libertad, habían de producirlos. Y al lado de los que pudo cometer la misma revolución, están los que cometieron los bolcheviques, el Partido que se adueñó del

Poder y gobierna; menos justificables porque fueron engendrados por el deseo de triunfar y de imponerse a cualquier precio. Los errores más graves, los que más han contribuído a desviar la revolución de su camino, son estos. El deber que nos hemos impuesto es el de denunciarlos y que cada cual piense como mejor le parezca.

En el estudio de la política seguida por los bolcheviques, nos interesaba conocer en conjunto las ideas generales, y sobre todo su aplicación en la vida diaria.

La prensa europea nos había hablado del comunismo, y en su exageración interesada, por desacreditar a los bolcheviques, se dijo, incluso, que habían decretado la socialización de las mujeres. Claro que tamaña estolidez rebasaba los límites de la credulidad humana, que es inmensa, y produjo un efecto contrario al que guiaba a la prensa burguesa.

De la lectura de la Constitución Soviética, índice político del Partido Comunista, dedujimos la trayectoria que los bolcheviques seguirían mientras estuviesen en el Poder, pues en ella, y consignadas como fundamento, se cuidaron de especificar algunas de las normas que debían asegurarles el más absoluto predominio sobre el pueblo.

Ríen es verdad que al lado de estas normas había algunas dignas de consideración y respeto, como la promulgación de la libertad sexual de la mujer e igualdad de condiciones, jurídicas y políticas con el hombre, y de las cuales hemos hablado ya.

Ahora bien; frente a este acierto político bolchevique, que por otra parte proviene, como ya lo hemos hecho notar, de instituir la propiedad privada en colectiva, opondremos otro caso que produce dolor en todo corazón revolucionario.

Nuestro concepto de las revoluciones es el de que tienden a destruir las jerarquías y las diferencias políticas y sociales dejando sólo aquéllas connaturales al ser humano: las de la inteligencia.

Nos sorprendió que al obrero industrial se le concediese en toda elección cinco votos, mientras que al

obrero del campo, al agricultor, sólo se le concedía uno. Anomalía tan extraordinaria, que aparte su aspecto moral, pues es deprimente para la mayoría de los rusos, entraña un privilegio indiscutible, el sometimiento de la gran mayoría a una minoría y una de las cuestiones más discutidas en todos los países, ya que ella ha servido para demostrar que el régimen parlamentario adolece del defecto de no representar a la mayoría de ciudadanos de un país, debía tener una razón eficiente, única, característica y especial del pueblo a quien se le imponía. No queríamos creer fuese el resultado arbitrario, caprichoso o antojadizo de los elaboradores de la Constitución sovietista. Rara vez, actos de tal naturaleza, obedecen a causas superficiales o pasajeras; tienen siempre razones fundamentales que deben aclararse y conocerse.

La Revolución tipo más conocida de nosotros, la mejor estudiada y la que ha servido paria que todos los pueblos adoptaran las instituciones políticas actuales, la revolución francesa y los hombres que la dirigieron obraron de modo diametralmente opuesto a como obraron en la revolución rusa los bolcheviques, que es en sentido político regresivo, según nuestro criterio. Sentaron aquellos el principio de que todos los hombres eran libres e iguales ante la ley, y si puede discutir si la posibilidad otorgada al hombre para realizar esta igualdad, no puede serlo el que la proclamaran como el más fundamental de sus principios.

Educados en estas ideas y considerándolas de orden superior y más humanas, justas y equitativas, en medio de sus imperfecciones, que lo habido antes de aquella revolución, había de intrigarnos y espolear nuestra atención este salto atrás, este retorno a un semi-estado de lo anterior a la revolución de 1793, este nuevo sistema de catalogar a los hombres en valores diferentes, no moral y psicológicamente, sino política y gubernativamente, viniendo a señalar un retroceso de lo generalmente admitido, o acaso una faceta nueva, desconocida en el arte de gobernar, en todos los demás países.

Si los hombres nacen libres e iguales; si las corrientes

políticas de todos los pueblos tienden a hacer efectiva esa igualdad; si hasta las escuelas socialistas, en sus variados matices, socialismo, anarquismo, individualismo y demás, concurren también a esa finalidad, ¿qué razón pudo impulsar a los bolcheviques a obrar en sentido opuesto y proclamar consustancial a su credo político diferencia tan notoria?

¿Por qué mil votos de campesinos podían tener derecho a un miembro en el Soviet y al mismo número de votos de obreros industriales se le otorgaban cinco miembros? Hay en ello una arbitrariedad tan destacada, que nos impresionó desde el primer momento.

Inquirimos, como es natural, la razón que pudieron tener los bolcheviques para establecer tal diferencia, pues no podíamos conformarnos con la que oficialmente se nos daba, ya que ella venía a aumentar la confusión en torno el valor del voto.

Decían los bolcheviques haber establecido esa diferencia porque los campesinos, ignorantes e incultos, más asequibles a las palabras de la reacción que el obrero industrial, al concedérseles igualdad de votos llevarían a los Soviets a los elementos contrarevolucionarios lo que había de evitarse a toda costa.

Pronto nos dimos cuenta de lo falaz de este razonamiento. Cierto que el mujik ruso era ignorante; ¿pero es que el obrero industrial no lo era igualmente? Además, un ruso que había votado para elegir un miembro del Soviet local mientras trabajaba en el campo, al abandonarlo y votar el año siguiente en el Soviet de la villa como obrero industrial, se hallaba con que su voto tenía en la segunda votación, cinco veces el valor de la primera. ¿Es que su cultura se había mejorado al extremo de hacerse acreedor a este privilegio? Y a la inversa. El obrero industrial que un día votó para el Soviet de la villa y su voto valió por cinco del de su conciudadano el campesino, al trasladarse desde la villa a la aldea y tomar, estando en ésta, parte en unas elecciones, se hallaba con que su voto valía cinco veces memos que antes. ¿Es que su cultura, si la tuvo, había

desaparecido? Cuestión espinosa y árdua a dilucidar.

La cultura o incultura del pueblo ruso no pudo ser la razón de la desigualdad en el valor del voto. Si hubiera obedecido a razón del nivel de cultura en el pueblo, la fórmula estaba mal planteada, pues la diferencia no debió establecerse entre campesinos u obreros industriales, sino entre cultos o incultos, entre los que supiesen algo y los que no supiesen nada; más claro, entre los que supiesen por lo menos leer y escribir y los analfabetos. Planteada en estos términos, entonces sí hubiéramos creído que la desigualdad en el valor del voto obedecía a una razón de cultura, mas en la forma que lo fue, no nos pareció lógica ni aceptable.

Inútil repitamos aquí lo tantas veces dicho en la Prensa acerca del valor ético del ciudadano que emite el voto en los países parlamentarios, así como de la instrucción que pueda tener. El argumento tantas veces repetido de que un individuo analfabeto puede tener un sentido más lógico y más razonado de lo que es la vida y de lo que debe ser la cosa pública, que otro sabiendo leer y escribir, lo hacemos nuestro y lo aplicamos en el caso concreto de ahora. Por esto mismo, lo hecho por los bolcheviques nos chocó doblemente.

Poco a poco, a medida que nuestra estancia en Rusia se prolongaba y entrábamos en relación con todos los sectores sociales —pues nunca quisimos conformarnos con los informes exclusivamente oficiales— vimos claro en el problema, desdiríamos lo que oficialmente se nos escondía. Se concedió derecho a cinco delegados industriales por cada uno de los campesinos en los Soviets, porque los bolcheviques, sin ningún arraigo, o con muy poco —lo demostró bien la elección a las Cortes Constituyentes— entre los campesinos, no hallaron medio mejor que ese para asegurar la hegemonía de su partido, para obtener mayoría de mandatos en todos los Soviets, para asegurarse el triunfo. No se trataba, pues, de una cuestión de cultura, de la menor o mayor ignorancia de los elementos llamados a emitir su voto; se trataba, sencillamente, de obtener las mayorías, de asegurarse la victoria, de triunfar, aunque los

principios socialistas, estos principios que dicen defender los bolcheviques, quedasen maltrechos y desbaratados en tal contienda.

Peregrina es la teoría y no por eso menos cierta.

La incultura del pueblo; el que fueran los campesinos los más propensos a escuchar la voz de la contrarrevolución, no deja de tener atisbos de verdad, y así lo creyeron muchos; pero lo cierto es, como ya dejamos anotado, que la realidad se presentaba de otra manera; guiaba sus pasos por diferente camino y tendía a alcanzar otra finalidad.

Que el mujik era y sigue siendo, desgraciadamente, más asequible que el obrero industrial a dejarse seducir por el silbo de sirena de la reacción no puede negarse; pero con otra política, con otra actuación, con diferentes procedimientos por parte de los bolcheviques, se hubiesen atraído a la gran masa campesina rusa sin necesidad de llegar a las violencias y a las crueldades a que llegaron más tarde.

Los bolcheviques, al aceptar y reconocer como de "derecho", el reparto que de las tierras hiciera el pueblo, ¿no tenían ya, por este mismo acierto, ganada la confianza de la mayoría del país? En absoluto. De no haber ocurrido así, de no haberse hecho merecedores de esta confianza en el primer momento, no se habrían sostenido en el Poder ni un solo día. La misma negativa a conceder ese derecho, que fué la que desacreditó a Kerensky y barrió del Poder, los hubiese barrido a ellos.

¡Ah! ¡El triunfo del Partido! ¡La necesidad de hacer su política! En todo momento nos encontraremos con estas exigencias. Toda la obra de los bolcheviques está calcada en esta idea fija. La Revolución, los intereses del país, ¡todo mentira! El triunfo del Partido: he aquí la única verdad, la única finalidad, la única preocupación.

Este error político, pues error fué y mayúsculo, enajenó bien pronto las simpatías que los campesinos comenzaron a sentir por los bolcheviques. Sin él es muy posible que muchos hubiesen seguido aceptando de buen grado la

política comunista. Se les dijo que aquello no tenía importancia, que únicamente, se trataba de tomar medidas para evitar el retorno al pasado y que sus antiguos dominadores no los engañaran. Y mientras escuchaban tales cantos de sirena, dejáronse engañar por los bolcheviques. Mas cuando vieron el alcance verdadero de aquellas medidas; cuando vieron que todos los no clasificados como comunistas eran sistemáticamente excluidos de todos los organismos; cuando se dieron cuenta de que el procedimiento adoptado no tendía sino a asegurar la hegemonía de los bolcheviques, quiso protestar. Ya era tarde: los bolcheviques los habían desarmado y comenzado a crear un ejército, organizado la Tcheka y movilizado y puesto en pie de guerra todas las fuerzas de que el Estado puede disponer. fué como una política de habilidad, de la que el pueblo, como siempre ha ocurrido, salió traicionado.

Les hubiera fallado, empero, este subterfugio sin la adhesión que indirectamente les valió la actividad franca de los propulsores de la contrarrevolución. Todas las querellas de los comunistas con el pueblo, el que hubiera terminado por imponerse, las acallaba o relegaba el estruendo de los ejércitos blancos: Kolchak Denikine, Judenik, tan mimados por los gobiernos de los países burgueses, fueron quienes, inconscientemente, apuntalaron y afianzaron el régimen bolchevique.

"¡Ah!, está bien —decían los bolcheviques—. ¿No queréis nuestra política? Pues, temblad. Tendréis la del antiguo régimen, la del zarismo. Judenik, Denikine Kolchak os esperan con sus hordas, con los ejércitos de verdugos y de contrarrevolucionarios; tras ellos, triunfalmente vendrán los antiguos propietarios y entrarán nuevamente en posesión de todo, de la tierra inclusive. Escoged entre ellos y nosotros".

Por lo pronto ya tenían la tierra. Se la habían repartido y podían usufructuada. Y la vuelta a lo pasado, sería tanto como perderla. Además, el terror por los antiguos procedimientos de la nobleza abyecta y de la burguesía avara y egoísta, lanzaba a los campesinos en brazos del

bolchevismo, pues cualquier régimen era preferible a un posible retorno de zarismo o algo que se le pareciese.

Mientras tanto los bolcheviques seguían su obra de dominio y sojuzgación.

A la diferencia de valor del voto emitido por un Campesino o por un obrero industrial, se agregó el mandato de que el presidente del Soviet en la capital de provincia o región fuera, invariablemente, afecto al Partido, incondicionado. Casi siempre, salvando excepciones, como las de Petrogrado o Moscou, estos presidentes eran nombrados por el Consejo de Comisarios del Pueblo, y de ordinario el nombramiento recaía en extraños a la región. Este trasiego de personas servía perfectamente la política del partido; pero entretanto se desvirtuaba la verdadera finalidad y eficacia del Soviet, esa institución popular nacida al calor de la revolución y tan amada por el pueblo.

Esta constatación nos produjo un efecto doloroso. Maquinalmente nuestra mente nos transportó al país nativo, a España, y nos recordó el éxodo de los gobernadores de provincia a cada cambio de gobierno, y según las conveniencias del partido.

Estas costumbres, que reputamos desdichadas, pues conocemos sus perniciosos y maléficos efectos, nos fueron justificadas so pretexto de evitar mayores males, aunque este no fuera el pensamiento del Partido. Lo que pretendía era llevar hambres de su confianza a la presidencia del Soviet provincial, para asegurarse un riguroso “control” en su beneficio. No puede negarse la virtualidad del procedimiento considerado el fin; pero las directrices de la revolución habían sido otras. Un presidente de Soviet provincial, conocedor de las necesidades locales o provinciales no hubiese obedecido tan ciegamente las instrucciones del Poder central, y hubiera procurado ajustar el espíritu de la ley a las necesidades de la provincia que gobernaba.

Y esto, como la tolerancia de sus delegados, no convenía al Partido Comunista; necesitaba gobernar con mano dura, con mano de hierro; hacer sentir el peso de su

autoridad, y de “su dictadura”, y un hombre con vínculos en la provincia no era el más a propósito. Los hacían venir de otras provincias, los importaban, asegurándose así fieles servidores y hombres dispuestos a cometer toda especie de vejaciones y arbitrariedades. No se olvide tampoco la organización interna del Partido. Cada comunista viene obligado a informar al Comité político central de la actividad que desarrollan sus mismos compañeros En estas condiciones, sin saber de quiénes se halla rodeado, el presidente del Soviet provincial venido de otra provincia lejana y por mandato del Partido, ha de vivir siempre en guardia, pues cuando menos se lo suponga y por lo más nimio, se le impondrá un castigo disciplinario contra el cual no cabe apelación.

La inflexibilidad de estos presidentes queda, por consiguiente, explicada. Endurecidos, seguirán ciegamente las órdenes y disposiciones de Moscou, en cuanto sea o crea conveniente a dar fuerza y eficacia a su mandato.

Mientras se asegura por este procedimiento la hegemonía del Partido se va divorciando cada vez más del pueblo. Ve como sus instituciones son mixtificadas por el Poder central. Las abandona, pues, y se reconcentra en sí mismo. La separación moral comienza; después, el tiempo la irá agrandando, hasta hacerla definitiva.

Se ha de suponer, sin embargo, que suficientemente perspicaces, los dirigentes del bolchevismo, para darse cuenta de la situación no contribuirían a que se agravase. Así hubiese ocurrido si el afán de la hegemonía del Partido no los hubiese ocupado por completo. Era ésta, tarea muy delicada y meritoria para que pensasen en los problemas planteados por la revolución y que el pueblo consideraba apremiantes.

El partido comunista hizo lo que hacen los demás partidos cuando afirman que van al Poder a sacrificarse por el pueblo. Es el pueblo el sacrificado a las necesidades, ambiciones o conveniencias del partido, o mejor dicho, de los dirigentes del partido.

La política actual, tanto la de los gobiernos

republicanos como la de los monárquicos —ya que éstos, desde que se llaman constitucionales, gobiernan "según la voluntad del pueblo"—, es la que más beneficia a los componentes del partido, y el paso de este por los ministerios se aprovecha para afianzar esta política, lo que han imitado perfecta y acabadamente los bolcheviques rusos.

Hay alguna diferencia, no obstante, entre lo hecho por los bolcheviques y lo que acostumbran hacer los partidos políticos en otros países, en el nuestro, por ejemplo. Y si esta diferencia existe, se debe a causas esencialmente ajenas a la voluntad de los dirigentes del bolchevismo.

Un partido que llega al Poder después de una revolución tan profundamente renovadora en principio como ha sido la rusa, no podía hacer otra cosa, había de llegar a extremos, en otro caso imposibles de abordar.

El trastorno, la desvinculación que la revolución lleva a todas las instituciones gubernamentales y políticas rusas son completas, absolutas; nada de lo pasado queda en pie: todo ha sufrido enorme sacudida. Al reconstruir, al reedificar, al pretender levantar nuevamente el edificio, no puede ajustarse a su antigua forma arquitectural, pues no sólo se han cambiado los arquitectos que han de hacer el plano, sino que los materiales también son de otra calidad.

Sólo la distribución interna puede decirse que ha obedecido a las mismas leyes: a que el Partido Comunista ocupara una posición de privilegio.

En los países más ponderados por su seriedad política, Inglaterra en especial, hemos visto siempre que cuando han gobernado los liberales se ha seguido casi la misma política que cuando han gobernado los conservadores. Y no nos referimos a problemas de libertad y de justicia, exclusivamente. Nos referimos a la ética de estas dos matizaciones de la vida social y a todas las demás.

En cada país los partidos nútrense más por convergencia de interesas que por coincidencias ideológicas. En esta una observación a la que se llega analizando la posición social de las mayorías que integran

cada partido. Es más: a despecho de todas las propagandas doctrinales, frecuentemente lo primero que une a los individuos, lo que los aproxima y acerca más es una necesidad material, de interés o de índole parecida, y después, el trato, la relación y la amistad despiertan la simpatía ideológica. Esto será, ciertamente, muy lamentable, pero generalizando, así es.

Este principio, es el que induce a cada partido al subir al Poder a realizar determinada política, no en beneficio de los intereses del pueblo, ni siquiera de la riqueza nacional, sino en particular de los afiliados al partido. A esta ley no escapó el Partido Comunista ruso una vez en el Poder y cuando se sintió firme y afianzado. A partir de este momento, toda su política, todas sus disposiciones y orientaciones obedecen al mismo principio: al de que no es el Partido quien debe servir a la Rusia revolucionaria y convulsa, sino ésta la que ha de servir de campo de experimentación para la política que convenga hacer al Partido Comunista.

Bien es verdad que el Partido Comunista, con arreglo a su Programa, improvisado al subir al Poder[3] había de hacer una política propia, determinada, característica; podían y debían hacerla siempre que encajara en el marco que la revolución acababa de construir. De no ser así, de no ajustarse a estas líneas, la política bolchevique estaba en pugna con el espíritu de la revolución que pretendía representar y del pueblo que la había hecho, y consecuentemente, al querer imponer su política, la del partido, habían de chocar más tarde o más temprano.

Cuando el pueblo ruso vió las tretas, violencias y subterfugios que los bolcheviques ponían en acción para captar la voluntad del país y someterlo a sus conveniencias, quiso protestar y rebelarse; pero los otros ya habían tomado sus precauciones y dominaron la situación. Los bolcheviques se impusieron y su política no tuvo ya otra finalidad que sostenerse en el Poder a todo evento.

Todo individuo que no daba pruebas de su comunismo ferviente y de sumisión absoluta al Partido era reemplazado

al instante en la representación que tuviera y la vacante había de ser, como se supone, para un comunista probado, para el individuo a quien el partido designara.

Se suprime por la violencia, que no se detiene hasta la ejecución, toda crítica de la política del Partido Comunista, toda discusión a sus métodos, toda crítica a sus disposiciones. La política comunista es soberana; no se sabe lo que piensa, lo que quiere o lo que anhela el pueblo; sólo se sabe lo que anhelan, quieren o piensan los bolcheviques. El pueblo es como una esfinge amordazada y sumisa, a la que se azota.

Injusto y todo, hubiera sido hasta disculpable que los bolcheviques impusieran silencio al pueblo mientras practicaban y experimentaban su política. Mas, cuando se persuadieron del fracaso cuando hubieron de retroceder ante la magnitud de la obra iniciada por la revolución y reconocieron la inutilidad de su política, ¿por qué se abandonaron en manos de la burguesía mundial?, ¿por qué han caído en las concesiones al capital privado y extranjero? ¿Por qué antes de reorganizar el país bajo el patrón del capitalismo no han consultado al pueblo, o por lo menos invitado a manifestarse?

¿Por qué no autorizaron ni autorizan periódicos de oposición, conferencias, mítines, actos públicos y, en suma, cuantos medios hay para pulsar la opinión y saber cómo piensa?

Antes de recurrir a conocer la opinión de sus gobernados, que era lo lógico y natural, se han entregado al capitalismo europeo, en brazos de aquellos mismos a quienes han insultado, vilipendiado y llamado vampiros. Entre tanto, sigue amordazado, maniatado y ligado el único que tiene derecho a ser consultado: el pueblo. Y es que el partido bolchevique tuvo miedo a ser arrojado del Poder, y esto no convenía a sus intereses. Por eso, antes de consultar al pueblo, de dejar incluso expedito el camino a otra organización que se creyese en poder de normas para organizar la vida social y política de Rusia, han preferido entregarla a los aventureros sin fortuna, a los capitalistas, a

los traficantes con la desgracia, que con ella se enriquecen y de ella viven; para que se esquilme al pueblo ruso, lo exploten y sometan a la tiranía financiera.

Hemos demostrado suficientemente que la revolución no fué obra de los bolcheviques. No queremos, ni pretendemos tampoco, negar que contribuyeran a ella. La revolución fué hecha por la gran mayoría del pueblo ruso, y este pueblo, ni antes, ni después, ni durante la revolución, ha estado representado sólo por el Partido Comunista. Cuando éste se vió impotente para resolver la situación interior del país, ¿por qué en vez de llamar a los agiotistas y financieros internacionales, no consultó a la opinión del país, cuya intervención se hacía imprescindible? ¿Por qué disponer a capricho de millones de seres, de sus vidas y de sus intereses y sentimientos? ¿En nombre de una felicidad y bienestar que no saben proporcionarse? Y aunque se supiera, al igual que si el pueblo corriera a su ruina, no hay derecho a imponer determinados procedimientos cuando ni siquiera ha sido explorada su voluntad.

Se habla en nombre de la libertad y de la soberanía del pueblo; ¿pero qué libertad y soberanía son estas que se le quieren proporcionar sin que se entere, sin preguntarle si son de su agrado?

Los errores políticos cometidos por los bolcheviques son muchos. Pero el que señalamos se destaca por encima de todos.

Ya sabemos que los bolcheviques contestarán a nuestras palabras: Que propugnamos por la contrarrevolución o por un régimen de democracia burguesa. Son sus dos expresiones favoritas. Lo de la democracia es algo que nos deja perplejos. Se invoca actualmente en tantos altares, y tantos y tan variados y de distinto color son sus sacerdotes que, la verdad, empezamos a dudar qué cosa sea democracia. Pero si por democracia aceptamos “el gobierno del pueblo por el pueblo”, como forma de Estado nos parece más aceptable que la dictadura bolchevique, aunque personalmente rechacemos todas las formas de gobierno.

La acusación de contrarrevolucionarios ya es otra cosa. El leerla en sus publicaciones o el escucharla, siempre nos proporciona algún regocijo.

Nuestra ininterrumpida actuación contra los regímenes capitalistas parece que debiera ponernos a salvo de tales acusaciones, pero los bolcheviques, grandes inventores de supercherías, no lo creen así.

Defendemos el punto de vista de que los bolcheviques debieron consultar al pueblo al ver que su política centralista y dictatorial fracasaba, e incluso, si se nos apura, decir que debieron dejar expedito el camino a otro partido que se creyese capaz de salvarlo de la situación a que llegó.

Nos parece llegada la hora de que quienes se erigen en gobernantes no consideren al pueblo menor de edad; de que se le deje obrar; de que los arbitristas, que tan pronto le hablan en nombre de una institución como de otra, se aparten y le permitan resolver sus propios problemas. ¿Qué lo hará mal? ¿Pero es que acaso lo hacen bien los gobernantes? Por las confesiones de los prohombres que la han representado, podríamos decir que la política es una tesis en continuo desarrollo, presentando nuevas facetas a cada nuevo experimento.

Si los arbitristas y todos cuantos se creen con fórmulas perfectas para gobernar, resultan tan ayunos, o poco menos, de todas las cosas, cómo el más infeliz de los mortales, ¿para qué necesitamos sus servicios?

Y el caso de ayer, de hoy y de siempre; es que quienes se ofrecen para gobernarnos, estudian cada día, y sobre los acontecimientos cómo han de hacer para lograrlo y nunca quieren confesarse vencidos. En cambio, al pueblo, que ha de ser el gobernado, por no saberse gobernar, según ellos, no le dejan capacitarse. ¿No es esto paradójico?

Nuestra sana dialéctica, aplicable a los gobiernos de los países capitalistas, tenemos que aplicarla también, en conjunto, al gobierno ruso abortado por la revolución.

También afirma que si gobierna es porque el pueblo no sabría gobernarse a sí propio, y cuando ha fracasado y apurado hasta la última gota el cáliz de los desengaños,

entonces, en vez de dirigirse a sus poderdantes, de hablarles y confesar el error, prescinde de ellos y recurre al auxilio de aquellos mismos a quienes escarneció.

Tenemos confianza en los destinos del pueblo y en su instinto, y creyéndole firmemente, sólo al pueblo confiaríamos el porvenir.

Con toda su ignorancia, el pueblo sabe mucho mejor lo que le conviene que aquellos que se erigen en sus redentores. Por tanto habríamos encontrado más razonable que antes de pedir auxilio al extranjero, el partido bolchevique hubiese consultado al pueblo, exponiéndole la gravedad de la situación para que él determinase.

¿Qué han conseguido los bolcheviques contrariándole con su política? Verse repudiados por el capitalismo mundial y por la gran mayoría de sus coterráneos. ¡Menguado triunfo, por cierto! Para unos no se han humillado lo suficiente: han abusado de la confianza que se les concedió, para otros. Y si con los primeros no han llegado a la solución de las diferencias pendientes, han hecho imposible toda fusión, todo compromiso con los segundos.

Y todo, ¿por qué? Por salvar al Partido de la ruina, del fracaso, comprendido y confesado; por no abandonar el Poder que una circunstancia fortuita puso en sus manos.

Si los bolcheviques hubiesen colocado en el plano que correspondía los intereses de la revolución y en otro inferior los del Partido, cuando llegaron las horas inquietantes e inciertas, hubiesen apelado al pueblo. Pero esto es pedir demasiado. Los dogmas del partido ruso único, rechazaban toda intervención del pueblo. Nunca pasarían los dirigentes y cabecillas por tener que recibir lecciones de eso que, despectivamente, llaman la “masa”, aunque por lo común la masa siempre se muestra superior a los caudillos cuando obra por impulso espontáneo. Si nos fuera dable conocer minuciosamente algunas hazañas que la Historia atribuye a los héroes teatrales, veríamos que fueron elementos pasivos en la gesta que los ensalza y diviniza, debiéndose la acción más importante a un anónimo y

obscuro mortal. Algo por el estilo ocurre en la política.

Los políticos se glorian de las leyes civilizadoras que no son sino confirmación, generalmente retardada, de las costumbres; y las costumbres, ya se sabe, genéranse entre lo considerado como “masa”.

Quienes gobiernan hacen y deshacen a su antojo. Disponen de todo como mejor les parece, y luego, cuando el fracaso apunta, culpan al pueblo, lo tratan de obtuso, incapaz, ignorante e ingobernable. A una ignominia, se agrega otra; a la imposición y tiranía, se añade la injuria, que es, en definitiva, lo que han hecho los bolcheviques en Rusia.

Se apoyaron en el pueblo para llegar al Poder; reclamaron su confianza y el pueblo se la concedió.

Y más tarde, ante la ineficacia de la política bolchevique, los dirigentes del partido prefieren apelar al concurso de los capitalistas extranjeros, restablecer actividades y privilegios que la revolución había suprimido y decir que todo esto lo hacen en nombre del pueblo y para mejorar su situación.

Pero ¿en qué medida representan la voluntad del pueblo? He aquí algo que sería interesante conocer.

Al encargarse del gobierno los bolcheviques disuelven la Asamblea Constituyente, cuyas elecciones se habían hecho cuando gobernaba Kerensky. Fundamentan la disolución, en la más absoluta incompatibilidad de su política con la política democrática de los socialistas revolucionarios. ¿Hasta qué punto es cierta la incompatibilidad?

Ellos no quieren un gobierno democrático. Lo combaten y anatematizan por ser gobierno de clase. En cambio fundan, defienden, sostienen e imponen un gobierno de clase. Claro que es, al decir, de la clase proletaria; pero de clase.

Los gobiernos democráticos se inspiran, mejor o peor —peor de ordinario— en el pueblo. La mitad de los ciudadanos no tienen voto; los que han votado por un candidato en minoría, quedan sin representación. No es la

mayoría del pueblo, en conclusión, la que está representada en el Parlamento, sino la minoría.

¿Qué intereses, qué tendencias políticas, qué principios defienden estas minorías en todos los países? Haciendo excepciones circunstanciales, los de la clase capitalista. No puede ser de otra manera.

En Rusia, el Consejo de Comisarios del Pueblo lo nombra el Congreso pan-ruso de Soviets. Los delegados a este Congreso los nombra el pueblo, pero los bolcheviques no los aceptan si no son afectos a su política. Es cierto que no puede ser elector ni elegible el individuo que no trabaje, que no desempeñe una función útil a la colectividad. El caso es que a fuerza de intrigas, a vuelta de arbitrariedades, el Consejo de Comisarios del Pueblo representa la voluntad de una minoría, de la minoría del partido comunista convertida en casta y en clase privilegiada, por lo que, al final de cuentas, llegamos a no poder establecer distingos entre el Consejo de Comisarios del Pueblo ruso y lo que es un gobierno democrático. Los bolcheviques se esfuerzan en establecerla. Quien no se pague de palabras, ni de conceptos más o menos sonoros y busque la efectividad de las cosas, se hallará perplejo cuando le inviten a establecer la distinción. ¿Para qué, pues, disolver la Constituyente?

Si los bolcheviques hubiesen tenido la intención de orientarse hacia el anarquismo, hacia la ausencia de todo gobierno estableciendo el pacto y la libre federación entre todos los pueblos, la disolución de la Asamblea Constituyente hubiese equivalido a una justificación de principios, dado que la supresión del Estado, hacía inútiles y contraproducentes las deliberaciones de la Asamblea. No siendo así, sólo hay una explicación lógica que nos aclare la enemiga de los bolcheviques por la Constituyente, y que ellos mismos, por fortuna, se han encargado de difundir; que estaban en minoría. En las estadísticas bolcheviques queda comprobada esta aserción. Establecido el cómputo de diputados a la Constituyente, los bolcheviques aparecen con una ínfima minoría. ¡Hay quien aparenta renunciar a la mano de Doña Leonor, pero después de recibir “calabazas”!

La literatura bolchevique al confirmarlo, hablando de la disolución de la Constituyente, trata de justificar esta postura aludiendo al carácter contrarrevolucionario y pequeño-burgués de la mayoría de los elegidos. Se barajan estadísticas, se dan números, se citan ejemplos de las ideas de muchos de los que la componían. Pero si la mayoría hubiese sido bolchevique, Lenin y los suyos, ¿la hubiesen disuelto? ¿Era por principio, por enemiga al parlamentarismo o por conveniencias por lo que se disolvió? Los bolcheviques no lo dicen. Es una incógnita que pertenece a las ideas inéditas del bolchevismo; pero todo hace suponer que fué por conveniencia.

Puede justificar el que se trataba de una cuestión de principios el que después no hayan intentado convocarla jamás. Esto parece deducirse de la realidad. Sin embargo, no es raro a veces que, tanto los individuos como los partidos, por no confesar un error o por conveniencias particularísimas, sean contumaces en cuestión determinada, y aun sin estar convencidos del valor ético de una orientación cualquiera, por necesidad intrínseca vayan hasta el fin, la empujen a sus últimas consecuencias. La política, lo que se entiende como "arte de gobernar" a los pueblos, tiene a veces, en sus "razones de Estado", la justificación de numerosas anomalías.

Si bien las elecciones para la Constituyente, y la fecha probable de la convocatoria, fueron hechas gobernando aún Kerensky, en el interregno del término de las elecciones y la fecha de convocatoria subieron al Poder los bolcheviques, quienes pudieron aplazar la fecha de la celebración, pretextando cualquier inconveniente. No lo hicieron, y, por el contrario, la convocaron. Es que no sabían, a ciencia cierta, el número de sus partidarios elegidos, ni si muchos de los hasta entonces elegidos podían serlo. Hicieron doble juego. Convocaron la Constituyente con la intención de saber si la mayoría les era favorable. No les fue, y por eso la disolvieron. No es, pues, por cuestión de principios, ni de opuesta concepción política del Estado por lo que la disolvieron; fue, sencillamente, conveniencia, oportunismo.

Si la mayoría de la Asamblea hubiese ratificado el golpe de Estado bolchevique y su posesión del Poder, los bolcheviques no habrían disuelto la Constituyente. Pero al hallarse ante una mayoría indócil, poco plegable a sus miras partidistas —aunque es muy posible que tuviese otras — la disolvieron, pretextando incompatibilidad de principios, pero esto, repetimos, no se ha demostrado aún, y nos parece que nunca se demostrará.

Convocar por segunda vez la Constituyente, tampoco les convenía. Batidos en la primera, lo serían igualmente en la segunda. Y el experimento, además, podía resultar bastante peligroso.

Lo arbitrario de esta situación, la de los bolcheviques después de disolver la Constituyente, es que tienen que elevar a principio —contradiciendo las doctrinas del maestro—, establecer como dogma y justificar en sus teorías un principio contradictorio con los que hasta entonces habían seguido. Porque Mane, el "Supremo Hacedor" del dogma marxista, ha dicho que el fin de toda revolución debe ser convertir a la clase trabajadora en "clase dominante" y que, "el sufragio universal debe servir al pueblo organizado". Verdad que él combatía el sufragio universal, pero lo combatía como arma en manos de la burguesía Cuando dice que el sufragio universal debe servir al pueblo organizado, le da un alcance muchísimo mayor que el que le da la burguesía. Marx pretende que la clase trabajadora se valga del sufragio para organizarse en "clase dominante" y llegue a reclutar incluso los obreros que han de dirigir las industrias, recluta que hoy, como es natural, pertenece en exclusiva al patrono, sea éste particular o sea el mismo Estado.

Para remachar el clavo, Lenin dice4: "El medio más seguro de salir del parlamentarismo, no es el de "anular" las instituciones representativas, sino de "transformar los molinos de palabras", que son las instituciones representativas en instituciones "trabajadoras". Y de Marx, en la obra citada, Lenin reproduce lo siguiente: "La Comune debió ser una institución no parlamentaria (se refiere al

parlamentarismo burgués), pero sí obrera y a la vez ejecutiva y legislativa".

Este concepto marxista del parlamentarismo, que permite contradictorias interpretaciones, es el que justificó a Lenin y a los suyos para disolver la Constituyente, como les hubiera justificado para mantenerla de haberles sido favorable la mayoría.

Sin embargo, y dígase lo que se quiera, los bolcheviques son profundamente demócratas, aunque se empeñen en hacernos creer lo contrario.

Además, cuando se persigue como doctrina de partido la formación de un Estado, sea éste teocrático, demócrata o proletario (?) se persigue el gobernar, el dictar leyes, el hacerlas cumplir recurriendo a la fuerza por lo que no nos explicamos esa concepción leninista de antidemócrata con el que el bolchevismo se nos quiere presentar.

Cuando se gobierna, se va por o contra la voluntad del pueblo. No hay otro dilema. Ahora bien; si se gobierna con la voluntad del pueblo, se le consulta y entonces se es demócrata. Cuando se prescinde en absoluto de esta voluntad, se llega a la dictadura, a la tiranía, al gobierno absolutista. ¿Por qué procedimiento se deciden, entonces, los bolcheviques? Si por el primero, han de ser forzosamente parlamentarios, amantes del sufragio universal —aunque éste pueda adoptar modalidades diferentes de las generalmente admitidas— y, por tanto, son demócratas. Absolutos y tiranos, si se dividen por el opuesto.

A juzgarlos por su manera actual de gobernar, diríamos que son absolutistas, tiranos y dictadores, pero ya ellos dicen que esto es transitorio, circunstancial y pasajero. Puede ocurrir también que, imaginativos como lo son, inventarán algún vocablo nuevo para designar lo indesignable, con ayuda del cual pretenderían convencernos de lo que en realidad no existe. De todos modos, para ellos esto no es difícil.

Así, pues, ha de reconocerse que la disolución de la Constituyente fue, más que un error político, una

conveniencia partidista; la confirmación de que para salvar al partido hubo que sacrificar matices del dogma doctrinal. No pudo hacerse otramente. Y si nosotros incluimos como error político la disolución de aquella asamblea, es porque sus derivaciones fueron eminentemente políticas, como política era ella en su esencia.

Otro error de gravísimas consecuencias para la política rusa y más aún para la revolución, fué el Tratado de Paz con Alemania, firmado a los pocos meses de subir los bolcheviques al Poder.

La hora emocionante que vivía entonces Europa, a causa de la defección rusa, vino a hacer más emocionante la firma de la paz entre rusos y alemanes en Brest-Litowsky.

No creemos pueda hacerse jamás un balance exacto de las consecuencias que para Europa tuvo aquel Tratado. Para la Rusia revolucionaria, fueron también incalculables.

Lenin se equivocó al imponer a su partido aquella paz. Si alguna vez sus amigos y admiradores quieren recoger las ideas por él expuestas acerca del particular, veremos cuán grande fué su error.

Porque, ¿qué ganaban la revolución, la Rusia agitada y convulsa ardiendo en el fuego sagrado de la idea y la acción hechas carne y sufrimiento con la firma del Tratado de Paz? ¿La paz que deseaban? No. Y esto debió ser previsto por Lenin.

Las condiciones del Tratado fueron onerosas para Rusia, por la serie de conflictos que la han acarreado después y por las guerras invasores que ha debido sofocar en sangre; y leoninas porque la encerraron en un cordón que aún hoy sirve para estrangularla. ¡Aún hoy, después de tantas concesiones hechas al capitalismo!

Al firmar la paz, Alemania impuso a Rusia el abandono de sus antiguas provincias de Finlandia, Estonia, Lituania, Letonia y Polonia, formando con ellas Estados artificiosos, algunos de los cuales han servido para espolear a Rusia y molestarla constantemente. Lo más doloroso de estas condiciones, es que en algunas de estas antiguas provincias rusas que el Tratado le quitaba, para transformarlas en

Estados-tapón, la revolución imperaba triunfante. Los soviets se desenvolvían y funcionaban admirablemente, y los bolcheviques los abandonaron y sacrificaron sin escrúpulos.

Firmada la paz, los enemigos de la revolución, todas las fuerzas reaccionarias y antibolcheviques de esas provincias, pidieron en seguida protección a Alemania para expulsar a los revolucionarios del Poder y encargarse ellos del gobierno. Alemania, en virtud del Tratado, prestó esa ayuda y la sangre de generosos y abnegados revolucionarios se vertió para que el Tratado entrase en vigor.

Constituídos ya estos Estados y encerrada Rusia en un "cinturón de hierro", hizo Alemania del Tratado de Paz con Rusia lo que antes hiciera con el de la neutralidad belga, que considerándolo un "papel mojado", comenzó su avance hacia el corazón de Rusia, apoderándose de toda la Polonia y de gran parte de la Ukrania.

Ante esta interpretación de las cláusulas del Tratado, el Consejo de Comisarios de Moscou protesta; pero Alemania, entonces victoriosa en todos los frentes, hizo tanto caso de las protestas de Moscou, como el elefante del mosquito.

Era de suponer tal conducta por parte de Alemania. Vencedora en todos los frentes: en el occidental y en el oriental, y éste, no sólo no le oponía la resistencia de un ejército mejor o peor organizado, más o menos numeroso, sino que le abría un país inmenso, de riquezas incalculables y devorado por las luchas intestinas de una revolución que no tiene precedentes en la Historia.

A los ejércitos compactos, bien disciplinados, equipados y alimentados de Alemania, no podía oponerle Rusia sino bandas de hombres desarrapados, hambrientos y con armamentos casi inservibles. No queremos decir con esto que Alemania debiese triunfar por necesidad; decimos solamente que para quien como el kaiser y los junquers alemanes cifran el derecho indiscutible en sojuzgar y esclavizar pueblos a su prepotencia, la ocasión era tentadora por demás, halagaba todos sus caprichos y les invitaba a probar fortuna. Y no la desperdiciaron.

¿De qué valió, entonces, a Rusia el firmar la paz? De nada. Es decir, sí; le valió desencadenar la guerra civil entre los mismos que hasta aquel momento habían marchado unidos, dando asentimiento al sacrificio de valerosos y entusiastas revolucionarios.

Contribuyó también con esta paz a hacer posible lo que más tarde ocurrió: el rodear a la Rusia revolucionaria de un cordón de Estados reaccionarios formados con provincias que habían sido fieles al movimiento revolucionario desde el primer día, y que entregadas al brazo secular de la tiranía capitalista y contrarrevolucionaria, se volverían contra ella en cuanto hallasen una conyuntura favorable.

Claro es que la idea fundamental de Lenin era otra. Personalmente se la hemos oído exponer. Pensó siempre el jefe comunista que la revolución en Alemania, una revolución de tipo bolchevique, era posible. Y a esta idea sacrificó todo lo demás. Sin embargo, a poco que se conozca la idiosincrasia del pueblo germano, a poco que se le haya estudiado, se comprenderá el error psicológico de Lenin, en el que han reincidido sus secuaces. Que Alemania —como Francia, Bélgica o Inglaterra vencidas— estaba abocada a un movimiento revolucionario de no triunfar en los campos de batalla, podía suponerlo cualquiera medianamente enterado en hechos históricos; pero que el movimiento revolucionario alemán se orientara hacia el bolchevismo, sólo lo creían Lenin y sus colaboradores. Y éste fue, como decimos, el error capital de Lenin, que le llevó a imponer a su partido y a la Rusia revolucionaria la firma del Tratado de Paz de Brest-Litowsky, en la esperanza de provocar, mediante una activa propaganda, la sublevación en el ejército alemán y el triunfo del socialismo, llevándolo después a todos los otros países. Acarició Lenin tanto tiempo esta idea, estaba tan enamorado de ella, que en el momento de nuestro viaje a Rusia —julio y agosto de 1920— aún la exponía con optimismo, aunque, ciertamente, con alguna amargura.

Y esta idea obsedente fue, sin duda, la que guió a Lenin y le indujo a someterse a todas las vejaciones y desprecios

que los plenipotenciarios alemanes impusieron a Trotzky.

Como en muchos otros gestos de Lenin, en éste se hace bien ostensible la duplicidad de intenciones y de pensamientos del jefe comunista, ese maquiavelismo tan característico en él y que lo retrata en uno de sus libros: “El radicalismo de izquierda, enfermedad infantil”, cuando viene a afirmar que las intenciones del Partido Comunista no deben ser nunca conocidas por sus adversarios, ni aun por sus mejores amigos y aliados, pues incluso a estos debe engañarlos cuando así convenga a los intereses del partido.

La intención de Lenin al imponer el Tratado de Paz la vemos hoy bien clara: ceder para vencer. Ceder todo lo que Alemania pidiera. Someterse a sus condiciones, pero con la intención de burlar lo convenido o retractarse a la primera ocasión.

“Firmemos la paz —pensó— y minemos la potencia militar política y económica de Alemania, y la revolución comunista y sovietista estallará”. Lenin se equivocó, y sus errores siguen siendo norma del partido.

Rusia no debió aceptar la paz, si bien tampoco hacer la guerra. El estado de ánimo del pueblo ruso, su propensión natural a causa de los sufrimientos físicos y morales que la guerra le había impuesto, era ceder, no proseguir las hostilidades, darlas por terminadas, y esto debió hacerse, pero sin firmar ningún Tratado, sin sancionar ningún acuerdo, sin aprobar ninguna mutilación. Si Alemania invadía Rusia, lo que era probable, retirarse sin combatir, mientras se mostraba al pueblo la obra de los invasores. Es más que seguro que el pueblo, al ver peligrar su revolución, se hubiese opuesto, habría arrollado a los ejércitos imperiales. Entonces hubiera sido el momento de firmar la Paz. Rusia hubiese podido imponer condiciones y no aceptarlas, como le ocurrió.

Alemania vencedora no hubiese respetado el Tratado. Vencida, Rusia podía parlamentar en mejores condiciones. ¿Qué perdía, pues, con esperar, con no hacer la guerra, pero tampoco firmar una paz onerosa y leonina?

La Rusia revolucionaria no perdía nada. Quien perdía

era el Partido Comunista. Sin aquel golpe de efecto su ascensión no hubiese sido tan rápida, su preponderancia tan acentuada y nunca hubiese podido hablar de la “dictadura del proletariado”, de esa odiosa forma de tiranía disfrazada con el ropaje de la emancipación.

Lenin triunfaba, y el Partido Comunista triunfaba. Mas, a partir de este momento, la revolución iba a ser la merienda de un partido y el objeto de sus ambiciones y encumbramiento.

Hemos constatado ya la escasa influencia política del bolchevismo en el período último de prerrevolución y destacado alguno de los errores en que incurrió al aforrarse al Poder. Vamos a señalar ahora el que consideramos entre todos su más grave error político. Fracción socialista el llamado partido bolchevique, de tendencia revolucionaria, pocos años antes separado del partido social-demócrata, sus elementos se reclutaban, preferentemente, entre los obreros industriales. Reducida la industria rusa al mínimo de lo que debiera ser para tan extenso país, sin grandes masas de asalariados concentrados en las urbes industriales, había de ser muy limitada la influencia de los comunistas antes de la revolución.

Partido, por tanto, de oposición frente al zarismo, conservó sus características peculiares en el primer período revolucionario.

Al mezclarse con el pueblo en la revolución, empujándolo a los más extremos radicalismos, adquirió pronto cierta preponderancia que utilizó para llegar al Poder. Y comienza su gran error.

Los bolcheviques debieron permanecer en la oposición, haciendo labor crítica, pero sin la responsabilidad de gobierno, posición ventajosísima para el que sabe aprovecharla.

En la oposición, hubiesen logrado una doble finalidad: impulsar la revolución y hacerse el partido más numeroso, más nutrido y mejor preparado para recoger la herencia cuando todos los demás partidos se hubiesen agotado.

La observación ininterrumpida de los fenómenos

sociales, y aun de la misma Naturaleza, nos ha enseñado que la evolución humana no se hace a saltos, sino continuadamente. Lo que ocurre es que, en momentos dados, en fases determinadas, recorre en breve tiempo, por medios extraordinarios, lo que a su curso normal duraría acaso una centuria. La humanidad no interrumpe su historia en este momento dado para continuaría acto seguido, no; lo que hace es acortar los períodos evolutivos precipitando su floración.

La revolución rusa es un ejemplo. Al desaparecer el zarismo ocupan el Poder los liberales; pero la revolución, que hace más camino en un día que la evolución en cincuenta años, los superó al instante. Incapaces de evolucionar con la celeridad necesaria, quedan rezagados y fueron como buque a la deriva. O si se quiere: envejecieron al punto de nacer.

A los liberales sucede Kerensky, aliado con los cadetes, que viene a ocurrirles poco más o menos lo mismo.

El pueblo ruso quiere destruir todas las instituciones del pasado, para abrir nuevos cauces a sus anhelos. Quiere modificarlo y transformarlo todo, pues en este remozamiento de su vida social buscará los métodos que le pongan a cubierto de retrocesos perniciosos. Y si realiza un avance ten atrevido como es el de proclamar la tierra propiedad colectiva en vez del sistema en vigencia hasta entonces, lo hace porque responde al resultado natural de un deseo intensamente sentido como es el de buscar una estructura superior a la sociedad.

Kerensky, y con él los cadetes, no recogen para estructurarlas en una organización superior las inquietudes y tendencias populares, por lo que el pueblo los abandona y se aleja de ellos en busca de otro partido o colectividad que quiera recogerlos. No acepta ya teorías que considera superadas y quiere organizarse por sí y con arreglo a las normas que en su pensamiento se va trazando.

La situación se agrava y los acontecimientos se precipitan. En pocos meses se agotan reservas políticas que de otro modo hubieran durado unos cuantos años. Los

acontecimientos favorecen el acercamiento de los bolcheviques al Poder.

Así y todo, a pesar de estas favorables circunstancias, hemos de reconocer que la estructura de la organización política y social que anhelaba el pueblo no concuerda con la que los bolcheviques querían seguir. Hay un desnivel acentuadísimo entre lo que el pueblo quería y lo que querían los bolcheviques.

De haber dejado a los socialistas revolucionarios encargarse del Poder, manteniéndose en una oposición sistemáticamente organizada, su situación habría mejorado bastante, pues sin gastarse, como les ha sucedido, hubiesen logrado preparar un ambiente favorable a su política.

Los bolcheviques podrán alegar que esta actitud les hubiese llevado a colaborar en la instauración de una República Democrática. ¿Pero no es hacia la instauración de una República Democrática a que camina actualmente Rusia? No vivamos de apariencias. Después del fracaso del ensayo más o menos intenso de comunismo de Estado, intentado por los bolcheviques, en Rusia no hay otra cosa que una República que tiende a un régimen democrático.

No es, pues, el país, quien ha avanzado hasta los linderos de un comunismo estatal; son los bolcheviques quienes han retrocedido, con la agravante de que ahora son una fuerza política gastada y aniquilada en cuanto a poder implantar en su integridad el comunismo de Estado, como intentaron al principio. ¡Cuánto más firme sería la posición actual de los bolcheviques de no haber tenido tanta prisa por alcanzar el Poder; de haber dejado, aunque contribuyendo con su esfuerzo, a que los acontecimientos les hubiesen hecho dueños de la situación!

Porque la verdad es que, a pesar de cuanto hayan dicho, los bolcheviques no han podido realizar su política, y de concesión en concesión, de claudicación en claudicación, han tenido que hacer la política que encuadraba mucho mejor que en ellos en el programa de los socialistas revolucionarios de izquierda o bien de los mencheviques.

No es de hoy ni privativo de Rusia este fenómeno. En

otras épocas y en diversos países ha ocurrido otro tanto. Partidos políticos que en la oposición desempeñaban papel brillantísimo, que eran una promesa halagadora y una confianza para quienes no conciben la vida sin que un partido cualquiera gobierne, el ansia de llegar al Poder, el temor de que otros les tomasen la delantera, les empujó demasiado aprisa hacia los cargos representativos, malogrando las cualidades que los hacían simpáticos a una parte de la opinión.

¿Es difícil saber cuándo ha llegado la hora en que un partido deba gobernar? Tal vez. Pero entonces, ¿a qué queda reducida la perspicacia política de los hombres que ostentan la jefatura de los partidos y la de algunas minorías de esos partidos?

Y si se tomara como disculpa la imprevisión de esos políticos el que los pueblos se lanzan a veces a movimientos revolucionarios sin finalidad determinada, al menos en apariencia, pronto y fácil se les puede convencer de lo contrario. Si fuera dable reflejar en un estudio comparativo el nivel cultural de los pueblos cada vez que se lanzan a un movimiento de tal naturaleza, veríamos que no obran tan ciegamente como se supone. Se vería cómo el impulso del pueblo en su conjunto, en su equilibrio social, no va más allá de lo que se siente con actitudes para realizar. Ocurre que los partidos políticos o algunas colectividades, o bien individualidades que han logrado simpatías populares, arrastran al pueblo y lanzan a las masas a extremos a que voluntariamente no llegarían. Sólo van por la sugestión a que previamente han sido sometidas.

Pasado el período de entusiasmo o de exaltación, el pueblo abandona a sus caudillos, el impulso cesa, y de la revolución queda únicamente lo que el pueblo ha podido asimilarse y comprender, es decir: lo que formaba su aspiración mínima, verdadero motor revolucionario.

En toda revolución, por otra parte, hay un impulso creador que no es posible saber cómo acabará, aunque conozcamos sus circunstancias iniciales. Este es el aspecto más interesante de una revolución si los elementos que en

él actúan se colocan en el lugar que a cada uno corresponde.

Abierto el paréntesis revolucionario, las fuerzas de la revolución se impulsan unas a otras, y mientras que unas se gastan y ceden, otras ocupan su lugar.

Y no sólo desaparecen consumidas en la vorágine revolucionaria las fuerzas políticas organizadas, defensoras de privilegios o normas ya en desuso; también les ocurre otro tanto a las que aun siendo favorables a la revolución, no se incorporan o asimilan el contenido ideológico del pueblo, su aspiración máxima, su deseo sentido, aunque con frecuencia no expresado.

Y es de ver cómo instituciones u organismos con los que el pueblo se conformaba antes de la revolución, después, cuando está en la calle, cuando las armas le han dado la sensación de la fuerza, no las acepta y quiere superadas, buscando siempre en su ansia de libertad y de progreso, formas nuevas que llenen sus anhelos.

Ahora bien: si no se quiere hacer infecunda esa labor, malograr el ideal popular de la revolución, desorientar al pueblo y que un pesimismo castrador lo anestesie, cada partido, cada colectividad, colocándose en el plano que por su pasado y por su ideario le corresponda, debe hacer el esfuerzo máximo y contribuir a que el impulso popular no se estanque. No importa que algunos partidos o colectividades tan sólo brillen un momento, pasando como una exhalación. En este momento, en este instante de su actuación, alcanzan la plenitud y llenan cumplidamente su misión. ¿Qué más se les puede pedir? Han dado lo que podían dar; han contribuído con lo que podían contribuir a la obra de la revolución. Su existencia, aunque breve, nunca es estéril.

Pero lo más interesante de este emplazamiento de fuerzas revolucionarias, es que contribuyen de manera eficaz, sin entorpecimientos, a que el período revolucionario no se acorte o se malogre, a que no sea infecundo. Enfocar los problemas hacia soluciones rápidas y sentar las bases de una nueva estructura social ha de ser su

tendencia.

Todo este trabajo debe realizarse sin que las fuerzas representadas en los partidos políticos se malogren, y para ello, han de entrar en acción cuando les corresponda y las precedentes estén gastadas. Tan perjudicial para la revolución como para las fuerzas mismas puestas en juego, es llegar demasiado tarde como demasiado pronto. En cualquiera de los dos casos, habrán de recurrir a soluciones que no se armonizan con la misión que les incumbe.

Y este es el caso de los bolcheviques. Sintieron ambición de poder y quisieron hacer una política que el pueblo no estaba dispuesto a sancionar. Un período para los bolcheviques de sistemática oposición y para el pueblo de iniciación política, acaso hubiese evitado el fracaso y el descrédito, ahorrando al mismo tiempo muchas víctimas y muchos horrores. Y a la vez que ganaban en arraigo y en doctrina, hubieran contribuído a mantener abierto más tiempo el paréntesis revolucionario.

Porque, hay que decirlo claramente: los bolcheviques se han pasado más de tres años ensayando modalidades de la política que habían de seguir. Y han hecho esos ensayos sobre un pueblo agotado por el hambre a causa de más de tres años de guerra y de una revolución que en sólo siete meses abarca dos aspectos distintos.

En cuanto al resultado del ensayo, inútil es repetir aquí lo que los bolcheviques han confesado públicamente, aunque la confesión se la disfrace con ropajes de literatura efectista. Ello no ha evitado que el mundo se haya enterado del fracaso.

La “N. E. P.” o “nueva política económica”, por ejemplo, como otras tantas cosas que los bolcheviques nos han contado y cuentan cada día, son saltos hacia atrás, retrocesos en el camino tan ligeramente recorrido en los primeros tiempos.

La política del comunismo de Estado autoritario, fué rechazada por el pueblo, y contra ella, aun ahora que parece definitivamente consolidado el bolchevismo, la realidad de la vida rusa nos muestra cómo el pueblo está

desinteresado de la acción política ejercida desde el Poder. La fuerza de inercia del pueblo es la resistencia pasiva más condenatoria de esa política. Con el fracaso del ensayo de comunismo autoritario se cierra el período progresivo revolucionario para retornar casi al punto de partida. Se va entronizando el capitalismo disfrazado, aun cuando se ha pretendido hacer creer, que a ello les obligaba las condiciones de atraso del país. En el aspecto político las concesiones van más despacio. Pero es indudable que han de producirse.

La transición del régimen, la etapa revolucionaria debió prolongarse más; debió acelerarse estando los bolcheviques en la oposición.

El sano instinto del pueblo es de oposición al Estado, hacia todas las formas de gobierno; si no las suprime y se deja dominar por la rutina, no debe interpretarse como identificación, como aquiescencia con el régimen, sino, simplemente, como tolerancia. Por eso los pueblos aceptan mejor y se compenetran más con la política de un partido mientras está en la oposición que no cuando gobierna. La política bolchevique hubiera sido menos inepta fuera del gobierno que en él.

Al gobernar se desplazaron; impidieron que se hiciese otra política, pero la de ellos también ha quedado por hacer.

Poco a poco, negando sus principios, mejor dicho, abandonándolos, han vuelto al punto de partida; pero han vuelto cuando el paréntesis revolucionario, cerrado, no les permitía retornar a la política que informa su programa. De hecho han invadido el terreno que a otras agrupaciones políticas hubiese sido favorable, por lo que han malogrado sus esfuerzos y los de los demás.

Ahora es ya tarde para rectificar.

Cuando se han cometido errores de esta naturaleza no pueden ya corregirse, y menos por el mismo partido que los cometió. Los bolcheviques hállanse ahora encadenados a la situación que ellos se crearon, y quieran o no, a ella han de ligar su suerte. La rectificación no es posible, y menos

cuando se ha ido tan lejos.

Queda una solución. La confesión franca y sincera del error. Tener el valor, sacrificando los intereses de partido, de decirlo. Pero esto no entra en los cálculos de ninguna doctrina de partido. Ellos gobiernan porque se creen con derecho a gobernar. Imponen la dictadura porque afirman haber así la felicidad del pueblo. Y, en último caso, alegan al mismo derecho a gobernar que los burgueses.

La felicidad hay que dejársela buscar al pueblo mismo. Que él se afane por ella. Que la busque y la encuentre. Es lo importante. Lo menos que puede pedírseles a los partidos políticos o a todas las colectividades que siguen derroteros hacia esa finalidad, es que no tiranicen al pueblo. A quien no sienta íntimamente la necesidad de ser libre, es inútil que se la impongan a la fuerza, pues él, por el procedimiento que sea, buscará de quién hacerse esclavo, y si no puede serlo de algún semejante suyo, se creará una ficción, un símbolo, un ente imaginario cualquiera y le rendirá acatamiento.

“La libertad no se da, se conquista”, se ha dicho, y esto es cierto hoy, como lo será mañana y siempre.

Que los bolcheviques quieran hacer la felicidad del pueblo ruso a la fuerza, es un capricho como otro cualquiera, y nosotros sólo hemos de censurarlo por las víctimas que causa. Mientras tanto dejémosles la responsabilidad de su obra.

Errores económicos

¿Tenían, en efecto, en su programa o en algo equivalente en tácticas de gobernantes, una verdadera y novísima política económica los bolcheviques? Ellos han afirmado siempre que sí. Y lo han dicho y dicen empleando un tono tal de suficiencia que algunos han llegado a creérselo. Pero es el caso que ¡cuántos tildes merecen la afirmación!

En la propaganda, los bolcheviques no han cesado de repetir que su capacidad económica era maravillosa; y así como hay quien a fuerza de leerlo en reiterados anuncios, llega a creer en la bondad de un específico curalotodo, también hay quien, sugestionado por la publicidad propagandista, ha creído en la capacidad económica bolchevique.

Bien que ineficaces para el pueblo, el régimen capitalista posee organizaciones económicas de innegable valor para su sostenimiento. Y si por convicción revolucionaria, por espíritu de clase aherrojada, combatimos esas organizaciones y a las minorías que las montaron para privilegiarse en perjuicio de los productores, no es menos cierto que rinden utilidad y por eso han perdurado a pesar de los ataques del pueblo para destruirlas.

¿Qué habrá de hacer, pues, de esas organizaciones la revolución? ¿Destruirlas o bien transferirlas solamente de las manos de la burguesía a las del pueblo? Creemos que no puede mentarse un principio unilateral. Deberán desaparecer unas; transferirse otras; no faltarán las que, en algunos aspectos, deban ser transformadas y otras mantenidas como hoy lo están, suponiendo, claro está, que éstas serán las menos. Tanto las que estén en iniciación como las plenamente desarrolladas, el pueblo las utilizará como mejor lo crea oportuno. La dificultad surge en las que

deban transformarse. ¿Cómo se procederá?

¿Cómo procedieron, por ejemplo, los bolcheviques al suprimir el comercio?

La necesidad de organismos que ordenen la distribución es indiscutible. El comercio, con sus latrocinios y sus lacras, está explicado por la estructura capitalista. Pero llega un movimiento revolucionario como el ruso y los gobernantes suprimen de repente el comercio. ¿Obraron bien? ¿Obraron mal? ¿Acertaron? ¿Se equivocaron? Digamos que acertaron, que obraron bien. El comercio es el robo autorizado, la sofisticación elevada a principio, la adulteración legalizada, y cuanto se haga por suprimirlo habrá de parecemos poco mientras no se extirpe de raíz. Pero el comercio es útil, tiene una finalidad y la cumple. ¿Qué hacer, pues?

Hacemos un trabajo de crítica objetiva. Si fuera de exposición de ideas, de principios o cosa análoga; si se nos preguntara cómo haríamos la revolución y que normas seguiríamos en ella, la contestación sería adecuada a la pregunta. Por el momento sólo debemos sacar conclusiones de lo ya hecho.

En consecuencia, creemos que los bolcheviques cometieron un error suprimiendo el Comercio en pequeña escala, antes de tener organizado el reparto de la producción.

Es innegable la utilidad del comercio para realizar este reparto en los países de tipo capitalista; aunque no pueda decirse otro tanto para la Rusia postrevolucionaria, que quiere organizar su vida económica con nuevos cánones e ideas.

Ahora bien; suprimir el comercio teóricamente es cosa facilísima. Cuando se dispone de la fuerza y de los medios coercitivos que facilita el Poder, suprimir cuesta poco. La dificultad surge al crear el organismo sustitutivo, si es de ineludible necesidad, como en el caso del comercio.

Los bolcheviques lo suprimen para borrar toda reminiscencia capitalista, aparte de implicar un medio de vida que ninguna sociedad bien organizada puede tolerar.

El comerciante es el parásito que más directamente nos hace sentir su dañina intervención.

Mas si sobran los comerciantes, no sobra la función que realizan; y si bien ésta ha de transformarse —en un régimen sedicente socialista en el amplio espíritu de esta palabra no puede hacerse otramente— de ninguna manera puede suprimirse.

Los bolcheviques suprimen, prohíben el comercio; pero como el pueblo ha de comer, como ha de alimentarse, la función distributiva de productos ha de seguir prestándose. ¿Cómo?

Lo primero que se les ocurrió a los bolcheviques fué confiscar todos los productos, almacenarlos, catalogarlos y concentrarlos en grandes almacenes para recomenzar la distribución. El desbarajuste momentáneo que ocasionan estas medidas es inevitable y ningún reproche sería justo pon ello. Concentrados los productos, comienza la distribución, y comienza también a verse lo inútil del procedimiento.

La centralización de productos en grandes almacenes para organizar la distribución, ocasiona trastornos incalculables, pues como la cantidad de productos a repartir es poca y la parte a entregar a cada persona, reducidísima, se ha de invertir mucho tiempo esperando turno. Podría evitarse parte de esta pérdida de tiempo si la cantidad de productos a entregar fuese mayor; el racionamiento para varios días, supongamos, en los productos de fácil conservación.

Algunos frutos, legumbres frescas, el pescado y otros productos que no pueden conservarse, que han de ser consumidos en el día, necesitan una distribución constante, diaria y profusa. La concentración de estos productos es un error, pues aun cuando los encargados de la distribución fueran numerosos, la pérdida de tiempo es considerable.

Los elementos indispensables a la vida, a la nutrición y alimento de las gentes de las ciudades y de los pueblos, ha de ser rápida, fácil y profusamente hecha.

Si por cada grupo de cuatro o cinco casas en las calles

de las ciudades de tipo capitalista hay un comerciante, no está allí y vive porque a él le haya parecido bien abrir una tienda. Vive y está porque llena una necesidad: la de facilitar rápidamente lo preciso para el consumo diario. El establecer un comercio no responde, pues, a un capricho; es una necesidad social que se satisface. Es más; cuando se abre una tienda que no responde a una necesidad sentida o incompletamente satisfecha hasta entonces para el vecindario de los alrededores, el comerciante quiebra o cesa en su comercio.

Los bolcheviques se equivocaron a] no organizar la distribución antes de suprimir el comercio al por menor. Ya establecieron los grandes almacenes colectores y distribuidores de productos al mismo tiempo; pero el fracaso de estos almacenes era descontado para quien se haya preocupado un poco de estas cuestiones.

La centralización en grandes almacenes, más que facilitar, entorpeció la distribución, como lo aprendieron en la experiencia.

La dificultad en el reparto llegó a ser tan evidente que a veces los productos se pudrían antes de llegar a manos de quien los necesitaba.

* * *

Suprimido el comercio al por mayor y al por menor y convertido el Estado en el comprador y vendedor único de todos los productos en la Rusia sovietista, no halla mejor procedimiento para regular los precios de venta en el mercado que la tasa. Tasar el precio, tanto de compra como de venta, dejando un margen prudencial de ganancia: he aquí lo que pareció acertado.

Razonar acerca de la inutilidad de ese sistema después de lo ocurrido en todos los países a causa de la guerra, nos parece obvio, ya que en todos se ha reconocido lo fecundo del fracaso.

La tasa no sirve para regular los precios en los mercados, produciendo, en cambio, trastornos

incalculables. Hemos visto repetido el caso tan frecuentemente y siempre con resultados negativos, que no se nos alcanza pueda nadie creer en su utilidad y eficacia.

Impuesta ya la tasa por los bolcheviques, les resultó todo lo contrario de lo que pretendían, pues además de no ser ellos quienes regulaban el precio en la mayoría de los productos, disminuían éstos cada día, y escasez ocasionó una especulación sin precedentes. Era natural. Mientras el Estado tasaba en treinta rublos un litro de leche, el campesino podía venderlo a dos cientos rublos en la especulación. ¿Hay probabilidad alguna de que lo venda al Estado? No; porque como el campesino a su vez había de pagar, casa siempre, por un producto un precio varias veces superior al fijado por el Estado, era natural que buscase vender los productos suyos al mayor precio posible. Luego la tasa no originó más que desastres.

Teniendo como tenían en su poder la fabricación de la moneda, no debieron establecer tasas en el precio de los productos, sino pagarlos al mismo de la especulación, o excederlo. ¿Qué este procedimiento arruinaría en un país de tipo capitalista al Estado que lo practicase? Cierto. Pero a los bolcheviques no debía importarles nada tal consideración, ya que su política tendía a prescindir de la moneda.

Los bolcheviques, hombres de concepciones distintas a todos los demás, según dicen, marxistas impenitentes, que, a quien no hable con respeto de la dictadura del proletariado o no la ensalce, lo tratan de pequeño burgués, no supieron sino imitar a los países de tipo capitalista, que cuando quieren hacer bajar el precio de un producto que escasea en el mercado, lo tasan, logrando siempre efectos contrarios: el encarecimiento. Y si alguna vez el producto tasado bajó de precio, ha sido pagando el Estado la diferencia con el dinero del Tesoro nacional.

Las tasas para obtener reducciones en el precio de los productos que se encarecen súbitamente, es un procedimiento anticuado, pero al que recurren los gobiernos en cada ocasión. Y esto que pudiera parecer

garantía de éxito, es lo que mejor demuestra su fracaso, pues viene a decirnos que es únicamente un procedimiento para salir del paso. Apenas se acalla la protesta popular, lo derogan, porque el abaratamiento, si se consigue, es siempre, como ya hemos dicho, cargando la diferencia al peculio del país.

Además, ocurre que las relaciones comerciales o de intercambio de productos se burocratizan y nuevas complicaciones agobian al erario público y a los mismos consumidores. No se concibe cómo puede subsistir el procedimiento de la tasa sino es por esta tendencia tan grata a todos los gobiernos, de plagiarse unos a otros.

Y no sólo complica las relaciones de intercambio, sino que sustrae a la libre concurrencia del mercado los productos y al amparo de la ficticia escasez, provoca la especulación y el encarecimiento. Es ésta, cosa tan sabida, que nos asombró verla amparada por los bolcheviques, partidarios, según ellos, de las más audaces experiencias.

Pretendía el Consejo de Comisarios del Pueblo establecer un principio uniforme para todos los artículos, a fin de que los salarios y el racionamiento no fuesen algo aleatorio. Siendo el Estado el único adquirente de los productos, pensaron poder regular fácilmente los precios que debían alcanzar e "inventaron" la tasa.

Quisieron también, no sólo regular los precios, sino herir de muerte al comercio en todas sus manifestaciones, obligándole, en la clandestinidad donde se desenvolvía, a percibir beneficios tan reducidos, que lo hiciesen imposible.

Como era de esperar, el resultado apetecido no llegó. El comercio clandestino siguió desarrollándose, y él era quien regulaba los precios, y no el Estado que se veía en la necesidad de alterar cada día los de tasa, siguiendo las fluctuaciones del mercado clandestino.

Al propio tiempo, pretendían los bolcheviques alterar el valor de la moneda como elemento de cambio, desvalorizarla, sin fijarse que, con ello, introducían una perturbación en la tasa y en el cambio, sin otro resultado positivo.

Desde el momento que se tendía a depreciar la moneda, debieron renunciar a la tasa. Fácilmente, hubiesen logrado que el mujik, en vez de negarse a vender al Estado, lo prefiriese a todo otro comprador, pagando los mismos o superiores precios que en mercado libre. Este habría sido acierto verdadero, importante, pues, a la par, se granjeaban las simpatías del campesino y convertíase en el único comprador de sus productos.

Puesto que no tenían la preocupación del valor de la moneda del país en el mercado mundial ni el temor de una quiebra en los valores del Estado o de las empresas particulares, no debió preocuparles el precio que los productos alcanzaren, y que debieron igualar cuando no superar a todo otro comprador que pudiera presentarse.

La moneda-papel rusa no tenía valor extraterritorial, y se hallaba limitada a ser tina ficción en el área del país. ¿Por qué, pues, por un lado sometían la moneda a alzas y a bajas, y por el otro tasaban los artículos de consumo?

¿Qué les podía importar el precio de los productos, pudiendo lanzar a la circulación cantidades fabulosas con la emisión continua de papel-moneda? Y si querían convertirse en los únicos adquirentes de toda la producción nacional y acabar definitivamente con el comercio clandestino, objetivo de la política económica que se habían propuesto seguir, ¿para qué la tasa?

El Estado no podía temer la bancarrota, la baja en los valores públicos que no existían; les bastaba pagar, para absorber todos los productos que se presentasen en el mercado. Pretender valorizar el precio de pago con la tasa, que seguía las oscilaciones del comercio clandestino, equivalía a derivar las relaciones de productor a consumidor por vías tortuosas e indefinidas. Por éstas y por otras causas, la absorción del comercio por el Estado era imposible.

Las dificultades para conseguirlo son variadas e invaden, no sólo el aspecto prosaico de la vida, sino también el moral. Los más sobresalientes son: la costumbre de comerciar heredada del régimen pasado en un país

donde viven millones de judíos reducidos de antiguo a este único medio de subsistencia y el trastorno inherente al hecho revolucionario. Se le une también la desconfianza en el afianzamiento del régimen y se verá cuán desdichados habían de ser los resultados de la tasa relacionándolos con la situación general del país, pues no se consiguió regular el precio de los productos y sí un encarecimiento general y una especulación sin precedentes.

* * *

Pero los bolcheviques han de resolver todas cuantas dificultades les ocasione la supresión del comercio y la aplicación de la tasa. A falta de un órgano idóneo para tal menester, de alguna institución que, aunque no directamente, pudiese ocuparse de la cuestión, crean el Comisario de Abastecimientos.

Es indudable que la complejidad de la vida moderna, las necesidades que el pueblo se crea y una más equitativa distribución de la riqueza, obligan a los gobiernos a pensar en la creación de instituciones que vengan a ser como el sistema circulatorio de la colectividad.

La intervención siempre creciente del pueblo en todos los problemas vitales y su constante descontento, han persuadido a la clase burguesa y a los gobiernos a no fingir desconocer necesidades y lógicas pretensiones. Así han podido crearse instituciones encargadas de recoger y encauzar desde el punto de vista del Estado, las ansias populares, aunque implique un contrasentido. El Estado bolchevique no podía ser menos que los gobiernos capitalistas.

La creación, pues, del Comisariado de Abastecimientos, obedece a ineludibles y apremiantes compromisos, a obligaciones que no es posible aplazar.

La misión que le confían, como su mismo nombre indica, es distribuir la producción, regularla, repartir por todo el país lo que se produzca y verificar el intercambio entre unos pueblos y otros. Su misión es de las más

importantes.

Ha de extender su acción sobre una población que excede de un centenar de millones de habitantes y en un país donde escasean las vías de comunicación y que ha sufrido durante tres años el azote de la guerra y de otros tres, largos, el de la revolución. No se olvide, por último, que hasta los hombres puestos al frente de la institución, son nuevos en esas lides y no tienen, para empezar, ningún elemento que les sirva de base ni guía.

Todas estas realidades, que no pretendemos escamotear ni ocultar, y parecen encaminadas a atenuar el fracaso de la institución creada, deben computarse, no en la línea de guarismos de lo que se hizo, sino en la de lo que se debió hacer. Quien no crea pertinente hacer este computo por no apreciar, como nosotros, que hay cosas indisculpables, suspenda todo análisis y renuncie a seguir leyendo.

Lo primero que se le ocurrió hacer al Comisariado de Abastecimientos fué ordenar la confiscación y almacenamiento en los depósitos colectores de todos los productos que había en el país.

La medida no pudo ser más improcedente, por no decir descabellada.

La escasez de productos hacía la vida ya de por sí bastante difícil, y la medida acordada, o sea la confiscación, venía, indiscutiblemente, a empeorarla. ¿Cómo pudo ocurrírseles a los dirigentes del Comisariado, tamaño atentado al sentido común? El obrero vive al día. Tanto por la escasez de los salarios que percibe, como por las condiciones generales de la vida. La confiscación venía a interrumpir ese ritmo normal, pues al ordenar la confiscación de productos en los almacenes generales y su retención hasta que las estadísticas fueran confeccionadas, dejaba al obrero sin poder alimentarse cada día.

Pero esta arbitrariedad, con serlo mucho, apenas si iba más allá de producir trastornos que el sacrificio y el buen sentido del pueblo obvian y resuelven momentáneamente.

La disposición de centralizar todos los productos disponibles, almacenarlos y guardarlos hasta terminar las

estadísticas del racionamiento, para luego proceder al reparto, es completamente irracional. Pero lo grave, lo que nos pone en antecedentes de lo que significaría la política bolchevique, son las ideas fundamentales que presidieron a su iniciación; es el procedimiento, la entronización de un sistema que la razón y el sentido común rechazan de consuno.

El Comisariado de Abastecimientos entendió que sus funciones en el reparto de la producción quedaban suficientemente garantidas con resoluciones dictatoriales. Emprendió una amplia labor preliminar de estadística, en la que figuraban, tanto el número de consumidores específicos como de la producción, en su variabilidad, contingencias y otros factores amigos, pero olvidó las necesidades más perentorias de cada región, sacando de los centros donde abundan, determinados artículos y trasportándolos a otras regiones carentes de ellos, o por lo menos estableciendo relaciones de intercambio, aunque el Comisariado se reservara la misión de armonizar y hasta de intervenir cuando surgieran dificultades.

No habiendo efectuado nada de esto último, la creación del Comisariado de Abastecimientos, sólo sirvió para entorpecer los movimientos de la distribución y cambio.

Centralizar, ¿para qué? Esta es la pregunta que puede hacerse a los bolcheviques ante la desorganización de todos los servicios públicos que trataron de transformar.

Todas las centralizaciones han sido funestas a los pueblos, las políticas como las culturales. El precedente debió servir a los bolcheviques para no reincidir en el error de centralizar un aspecto tan importante de la economía del país, como es la distribución de los productos.

Hasta ahora, en los países de tipo capitalista, la distribución de la riqueza no había sido objeto de trabas ni de obstáculos, pues aparte las leyes tributarias, en lo demás había gozado de una independencia casi absoluta. Y cuando algún gobierno se atrevió a querer regular su funcionamiento, en nombre de ¡la libertad del comercio! hubo de abandonar tal idea.

Pero en Rusia cambia de aspecto. No lo olvidemos. Suprimido el comercio y recabando el Estado para él solo el derecho a comprar y vender la producción nacional, es obligada la modificación en el procedimiento del reparto.

Desde el momento que el Estado suprime toda libertad de transacción entre individuos o intercambio de productos, a él compete el realizar esa función. Obligado a ello por consecuencia doctrinal no es censurable.

¡El procedimiento! He aquí el motivo de censura. Los bolcheviques no supieron o no quisieron ver que la centralización de productos era perniciosa. Lo aprendieron después de cometer infinitas vejaciones y ocasionar enormes e incontables sufrimientos.

Teóricamente, la centralización parece rendir enormes ventajas sobre todo procedimiento federativo; en la práctica, su inutilidad es inconcusa.

Frente a la casi inutilidad del Comisariado de Abastecimientos para satisfacer las necesidades de la población, se alza la iniciativa popular, que por todas partes mina el terreno y aventaja en utilidad a la organización gubernamental. Y ésta, para ocultar su ineptitud, obstaculiza el desarrollo de la iniciativa individual, pero no con una organización superior y más apta, no; sino con disposiciones cada cual más absurdas y contradictorias entre sí.

Después de esto, el fracaso del Comisariado de Abastecimientos con sus procedimientos centralizadores, es ya un hecho definitivo que nadie se atreve a poner en duda.

* * *

La situación económica en Rusia, al producirse el golpe de Estado que dió el Poder a los bolcheviques, era bastante mediana. La guerra, que ya por entonces preocupaba en el aspecto económico, a los países de poderosa organización industrial, como Alemania Francia e Inglaterra, comenzaba a ser el ahogo para Rusia.

Después de la guerra, contribuyó a agravar la economía

rusa, la revolución.

Los períodos de transición son siempre los más difíciles de atravesar para los pueblos. Cuando estos períodos son los comprendidos en el interregno en que una revolución se produce, las dificultades se acrecentarán en la medida que la revolución desarticule la vida del país. Por eso, en Rusia, el ahogo económico se había de sentir más, pues a los estragos de la guerra se unieron los de la revolución, dejando aparte —lo hemos mencionado intencionadamente — su atraso industrial característico.

La guerra paraliza y desequilibra determinadas ramas de la producción, intensificando y desarrollan lo excesivamente otras.

La revolución trastorna y desvincula todo. No se desarrollan, como en la guerra, unas ramas de la producción en perjuicio de otras; se desorganizan y desarticulan todas, por lo que sus perjuicios son considerables.

Pero no es sólo la desarticulación en la producción, lo que hace más sensibles los trastornos en la economía, pues pronta el instinto popular y la necesidad restablecerían el equilibrio. Lo que más le daña en el período revolucionario, lo que la desplaza y descompone, no es que el proletariado abandone las fábricas y los campos, que produzca menos y mal, que emplee más tiempo en disponer que en hacer. Esto, con ser mucho el trastorno que ocasiona, no es la causa principal de la escasez inherente a toda revolución. Al daño que todas estas causas reunidas puedan ocasionar a la economía productiva, han de unirse la desconfianza y la depreciación de la moneda.

La moneda es un valor convencional. Su poder adquisitivo está regulado por la confianza que el país ofrezca en el exterior y las instituciones que lo rigen en el interior. Cuando esta confianza se quebranta, la moneda pierde el valor convencional que tenía y las relaciones de intercambio de productos buscan otras equivalentes que la suplan con ventaja.

Rusia, como se comprenderá, hubo de llegar al máximo

de esta desconfianza. La guerra, primero, la revolución, después, convergían a dar la sensación de hundimiento total.

La repercusión de este fenómeno habría de notarse hondamente en las relaciones que entablara el Estado con el individuo. Regulada esta relación económica por el valor nominal de la moneda, al perderlo y depreciarse hasta lo inverosímil, como ocurrió en Rusia, sus efectos habían de repercutir en las transacciones que el Estado hiciese con el ciudadano. Pronto éste no quiso entregar sus productos a cambio de dinero y exigió el pago en otros productos, con tal que fueran equivalentes, según cálculo que él hacía, a los que entregaba.

Dada la significación que a sí mismo se daba el gobierno bolchevique y su tendencia a desvalorizar la moneda, hasta anularla como signo de cambio, parece como si la negativa del campesino a entregar sus productos a cambio de dinero, facilitasen esta tendencia, lo que no es cierto.

Si los bolcheviques hubiesen tenido productos manufacturados para entregarlos a cambio de los que producía el agricultor, su teoría de desvalorizar la moneda hubiese pasado; pero como carecían de ellos, teniendo, en cambio, abundante el dinero, pues fabricaban cuanto querían, la teoría de su principio se vuelve contra ellos y obra como revulsivo sobre la opinión del pueblo.

Al querer desvalorizar la moneda, debieron pensar en el elemento que la substituiría, ya fuese éste intercambio de productos o la creación de otro signo con un valor determinado y garantido de alguna manera. Pero no lo buscan ni lo establecen y entonces nace el conflicto.

Obligan a que el campesino les entregue el producto de su trabajo; mas, a cambio, ¿qué le dan? La misma moneda, el mismo signo de cambio que desvalorizan y anulan fabricándolo sin limitación. La substitución efectiva y real del dinero, sólo podrá hacerse estableciendo el libre intercambio de los productos, ya sea entre el Estado y el individuo, o libremente. Pero los bolcheviques no tienen

productos para dar a cambio de los que recogen, y de aquí lo incomprensible de su proceder. Los bolcheviques se resisten a confesar el fracaso. No quieren, no pueden, no les conviene confesarlo, y no encuentran cosa mejor para evitar esta confesión que forzar la voluntad del campesino. A este fin organizan las requisas.

Causaron éstas un daño incalculable a la obra de la revolución. Momentos hubo en que el campesino casi deseó lo pasado por no soportarlas. El odio es capaz de impulsar al hombre a las mayores aberraciones, y las requisas sólo despertaban odio en el pecho del mujik ruso.

La tasa, la centralización del Comisario de Abastecimientos y las requisas, pero sobre todo las requisas, son las que impulsan al mujik a la guerra civil, a la caza de soldados rojos, a odiar y maldecir al régimen bolchevique, a no querer oír hablar de comunismo y, lo peor de todo, a abandonar las tierras, dejándolas incultas, condenando al hambre a toda la población rusa: hombres, mujeres, niños, ancianos, en suma, a todos sin excepción.

La tragedia rusa la "escribió" el régimen de requisiciones. El abandono de la tierra, la miseria y el hambre en Rusia, a ellas se deben en gran parte.

Cuando se interroga a los bolcheviques acerca de esa draconiana medida, se disculpan y la justifican diciendo que la provocó el campesino al negarse a vender sus productos al gobierno.

No negaremos que, juzgándolos con cierta benevolencia, tengan algún átomo de razón; pero en lo primero que debieron pensar, fué en la inutilidad de lo que proyectaban. Si como dice el precepto jurídico "el desconocimiento de la ley, no exime de responsabilidad", digamos que tampoco a los bolcheviques les exime de responsabilidad el ignorar las consecuencias que habrían de reportar las requisaciones.

Toda causa produce sus efectos. Así la tasa produjo la requisa. Los hechos se encadenan; unos sirven para enlazar a otros; y las deducciones que se saquen, han de seguir la línea que los acontecimientos tracen.

Cuando el campesino vió al fin que la tasa le obligaba a vender un producto a más bajo precio que especulando en el mercado clandestino, se resiste y procura burlar las disposiciones oficiales. Cuando éstas son excesivamente rigurosas y no se atreve a afrontarlas, emplea otro procedimiento, la inercia, la mala voluntad, la resistencia pasiva, mucho más terrible, porque contra ella no hay fuerza posible a emplear.

Pero los bolcheviques no se conforman. Quieren vencer la resistencia del mujik, sea como sea. Y no hallan medio mejor que forzar su voluntad estableciendo las requisas.

Al principio, un poco perplejo el campesino por la medida adoptada, cede y entrega cuanto tiene. Pero después, cuando lo comprende, se opone haciendo frente a todas las consecuencias.

"¿Qué me das a cambio de lo que me quitas? —dice al Gobierno—. Rublos en papel. ¡Muchos rublos! —No los quiero —responde el campesino—. —Nos es igual —se le replica— nos apoderaremos de tus productos, quieras o no. Tenemos fuerza y a ella recurriremos".

Planteada la cuestión en estos términos, la lucha es inevitable, y desde entonces la inmensa estepa, y las dilatadas llanuras rusas, comienzan a cubrirse de cadáveres y ruinas.

El mujik organiza la defensa, y a más de la violencia contra las personas, recurre al arma más terrible que la astucia pone en sus manos: cultiva sólo lo preciso para mantenerse él y los suyos.

¿Compréndese ahora la tragedia? Es el hambre, el hambre que amenaza a la Rusia revolucionaria, cuando más necesita producir para salvarse de la miseria.

A la actitud, unas veces de resistencia pasiva, adoptada por el campesino, y violenta otras, responde el Consejo de Comisarios intensificando las requisas, violentando más a los campesinos, ordenando que por la fuerza se le arranque hasta el último grano que le quede.

Ya hemos hablado en otro lugar[5] de las luchas feroces y sangrientas que originó el sistema de la requisiciones,

luchas en las que al fin, después de dar generosamente su sangre, triunfó el pueblo, ya que en último análisis la llamada "nueva política económica" de Lenin, iniciada poco antes de su muerte, no es otra cosa que el triunfo del pueblo en su lucha con los bolcheviques. No nos alegremos de esta victoria. La admitimos como hecho consumado y con ciertas reservas mentales, ya que significa el retorno a normas de capitalismo vergonzante; pero la verdad es que el pueblo triunfó de los bolcheviques, y que éstos sólo supieron atenuar su error yendo más allá, retrocediendo muchísimo más que lo que el pueblo suponía.

Las requisiciones fueron una medida odiosa, arbitraria, cruel y vituperable, pues sin beneficiar en nada al Gobierno, consiguió ahondar más que lo estaban los antagonismos entre el pueblo y el Estado.

Durante nuestra estancia en Rusia nos preguntábamos frecuentemente el por qué de todas esas medidas, sin que pudiéramos explicarnos nunca cómo podían ser adoptadas por un sedicente Gobierno comunista.

Todavía entrañaban otro peligro: que el pueblo o por lo menos una gran minoría, se echase en brazos de la contrarrevolución, de los enemigos de la libertad tan heroicamente conquistada.

Negamos que las requisiciones fueran un recurso obligado por necesidades ineludibles, como pretenden hacer creer los bolcheviques. Si se participa de la argumentación por ellos esgrimida, claro es que habrá que darles la razón. Pero todos sus argumentos o son falsos o son amañados al respecto. Los campesinos se negaron a entregarles los productos porque no se les daba nada a cambio. Y el campesino se consideró expoliado y robado. Recibía papel a cambio de lo que entregaba; pero luego, con este papel, nada podía comprar. Y cuando protestó, se le llamó contrarrevolucionario y pequeño burgués, dos adjetivos que para los bolcheviques resuelven las más arduas cuestiones económicas.

El campesino, repetimos, se niega a entregar los productos que recolecta, porque no recibe nada a cambio

de ellos; (suponemos que nadie concederá valor al rublo que los mismos bolcheviques querían desmonetizar); porque el Gobierno le agobia con el peso de una burocracia avasalladora; porque presiente el entronizamiento de una nueva burguesía; porque en el mercado clandestino se le paga un precio superior al ofrecido por los organismos oficiales; porque, en fin, ha salido de una tiranía, y sin tiempo para respirar aires de libertad, se ha dado cuenta de que ha caído en otra.

Y estas razones, que si no tienen otra virtud, tienen al menos la de ver la realidad en toda su crudeza, son las que impulsan lentamente al campesino a la resistencia y las que el Consejo de Comisarios del Pueblo no sabe contestar más que con la requisa brutal, hecha a sangre y fuego a la menor resistencia.

En nombre de la revolución se pide al campesino entregue cuanto ha producido; pero él ve que quienes se lo piden se erigen en sus dominadores y se niega a entregarlo. La requisa tío es, pues, el resultado de su mala voluntad, sino más bien el resultado de la incapacidad de quienes no supieron captarse sus simpatías, elevarlo a la categoría correspondiente, hablarle el lenguaje de la razón y de la verdad. Es, por consiguiente, manantial inagotable de conflictos entre el mujik y los bolcheviques, sin ningún provecho para éstos, sino el de enajenarse la simpatía y la adhesión de la gran mayoría de los rusos.

La producción disminuye rápidamente, reduciéndose en un tanto por ciento muy considerable. El campesino cultiva lo indispensable para él y para los suyos, y como basta esto se le confisca, lo esconde donde y como puede, lo oculta celoso a la mirada inquisitiva del requisidor. Este, a veces, da con un escondrijo y arrambla con todo, hasta con la simiente, colocando al campesino en la imposibilidad más absoluta de seguir cultivando la tierra.

Esta lucha, sostenida durante algunos años, ha sido desastrosa para la obra constructiva que la revolución estaba llamada a realizar, pues los esfuerzos y atención por ello reclamados, eran absorbidos por esta labor de policía.

* * *

El aspecto más odioso, sin embargo, de la requisa no es la requisa en sí, sino las primas ofrecidas a los encargados de la requisición.

Los abusos y arbitrariedades a que daba lugar, son incontables. Y se explican.

La situación económica del país es precaria; todo escasea; y el racionamiento oficial, además de disminuir casi diariamente, algunas veces no se entregaba. El grupo encargado de la requisición, en cambio, aparte del racionamiento que le corresponde, y él mismo se hace, tiene la prima, y obra sin responsabilidad directa alguna. No se le pide sino que traiga grandes cantidades de productos, pues así será mayor el servicio prestado al gobierno.

Llega a ser tan ventajosa la posición del jefe y componentes del grupo, que individuos desempeñando otras funciones solicitan ser admitidos en la requisición. La necesidad es imperiosa, manda y obliga y en este caso, como tiene un principio de satisfacción al ocupar un puesto de los más lucrativos, los candidatos abundan y se multiplican.

Hombres dedicados a otras actividades necesarias al país y más útiles por su finalidad, las abandonan para formar en la requisición. Y es que el heroísmo del sacrificio cuando ha de ser prolongado, cuando aparece como una perspectiva sin fin, cuando sus límites se extienden más allá de lo que concibe la mente humana, no es manjar apetitoso a todos los paladares, y ante una espera prolongada se agarran a lo primero que tienen a mano.

Claro que el mal, la inmoralidad, está en el principio, en el sistema, en el procedimiento, pero es doloroso reconocer cómo nunca faltan desaprensivos que se arrojen sobre el primer mendrugo que se les tire. Es una constatación dolorosa, deprimente, pero es cierta y hemos de confesar nuestra impotencia ante su existencia.

Así vemos a obreros calificados, especializados en

trabajos industriales, abandonar sus puestos a pesar de que su ausencia producirá trastornos en la fábrica, y solicitar su ingreso en los grupos encargados de la requisa, pues piensan satisfacer más cumplidamente sus necesidades, que es lo único que les interesa. Los bolcheviques no pueden responder del egoísmo humano, pero señalamos el hecho, que bien pudieron aminorar, para que se comprenda su alcance y trascendencia, y para que se vean las derivaciones a que un acto de tal naturaleza puede dar lugar.

La requisa es el filón que más produce en la Rusia sovietista, y todos están dispuestos a explotarlo. El médico abandona a sus enfermos; si le piden que vaya al frente de batalla a curar heridos, busca una disculpa cualquiera para eludir la demanda; el burócrata quiere sacrificarse por la revolución y no encuentra medio mejor que sentar plaza en el vasto ejército de perseguidores de productos.

Otro tanto hace el obrero especializado o el artesano, que abandonan el taller, la fábrica, la ocupación diaria.

Todos hablan de sacrificio; lo hacen en nombre de los sagrados intereses de la revolución y para combatir el espíritu pequeño burgués y contrarrevolucionario del campesino. Lo cierto, no obstante, es que mientras los "redentores" de la requisa viven espléndidamente, a veces mejor que los mismos Comisarios del Pueblo, el agricultor se hunde en la miseria, en el hambre y en la depauperación. Esto es lo innegable.

En este caso, malo es el principio, pero no eran mejores quienes de él hicieron el objeto de sus ambiciones. Unos y otros habrían de acarrear a la Rusia sovietista días de dolor y de amargura, de crímenes y crueldades, de violencias y de asesinatos.

* * *

La organización del trabajo en Rusia es bastante rudimentaria. La industria, incipiente al comenzar la guerra, se estaciona mientras ésta y el primer período de la revolución duran. Otro tanto ocurre con la agricultura. Al

visitar nosotros la provincia de Saratof, donde empiezan las famosas “tierras negras”, fértiles para el trigo, y preguntar cuáles eran los métodos de labranza y si la maquinaria agrícola y los abonos artificiales eran conocidos, se nos contestó negativamente. Encontramos tanta semejanza en los métodos allí empleados en el cultivo de la tierra y los que se emplean en algunas provincias centrales españolas, que no precisamos grandes explicaciones para darnos cuenta de la realidad. Y eso que Saratof está relativamente próxima a Moscou, influenciada, por tanto, de las modernas corrientes del cultivo.

Pero donde se notaba más el atraso era en la industria.

La vida de preguerra en Rusia, era, generalmente, la de un pueblo que desconoce la civilización occidental.

Las comodidades, esas relativas comodidades que ya hoy están al alcance incluso del trabajador —con harto desagrado, por cierto, de quienes siempre invocan el pasado— no eran tan profusamente conocidas como lo son en otros países.

Sólo la nobleza y los grandes terratenientes, extranjerizados, llevaban una vida ostentosa y de lujo europeo, como quizá en ningún otro país se haya visto.

El hogar ruso, generalmente considerado, era poco confortable, y así en todos los demás aspectos.

Consecuencias de ello era la falta de industria nacional, pues la nobleza y la burguesía, más por presunción que por gusto, quería cosas de Londres, de París o de Berlín. Desde el mueble más importante hasta las chucherías más banales, todo procedía del extranjero. Lo ruso era considerado como grosero y de aquí que tanto en la industria como en el comercio, al igual que los productos nacionales, fuera todo rudimentario, incipiente, apenas comenzado.

¿Cuál es, pues, la situación industrial de la Rusia postrrevolucionaria? Caótica, desesperada, insostenible.

Era preciso, no obstante, hacer frente a la situación. El bloqueo impide el aprovisionamiento de Rusia; queda encerrada y condenada a bastarse a sí misma con los elementos propios.

A todos estos inconvenientes uníase la emigración de los obreros calificados hacia el campo. La probabilidad de encontrar más medios de vida en las aldeas que en las poblaciones favoreció y alentó el éxodo.

Así las cosas, los bolcheviques ponen manos a la obra e intentan organizar la industria. También aquí les vemos desorientarse y aplicar procedimientos y fracasados en los países capitalistas.

Pretenden, primero, movilizar a los obreros calificados y obligarles a volver a sus antiguas ocupaciones. Fuese porque el procedimiento es un poco antipático, fuese porque no lo creyeran oportuno, prescindieron de él y lo abandonaron.

Establecen luego las primas a la producción, procedimiento eminentemente capitalista y de resultados negativos.

La prima a la producción es desventajosa para el todos los países y para todas las industrias, si exceptuamos las dedicadas a la exportación, a los mercados de competencia, donde ni la calidad ni la resistencia cuentan para nada.

La prima a la producción es desventajosa para el patrono y para el obrero, excluyendo, ya lo hemos dicho, lo que se llama “trabajo de batalla”, donde sólo cuenta el número de piezas, la cantidad de lo producido, el rendimiento en más. Para el patrono porque el operario, atento sólo a una mayor producción no economiza la materia prima, con lo que el beneficio de un mayor rendimiento queda desventajosamente cancelado con un coste más elevado del material. Para el obrero, porque atento sólo a producir mucho, aunque sea mal, pierde todo gusto, y la calidad empeora al extremo de que un buen oficial retrocede a ser casi un mal aprendiz.

Al obrero, bueno se le hacen adquirir malos hábitos de trabajo, y ya sabemos que en las profesiones todas, sin excepción, hay una parte muy importante de hábito, rutina y mecanicismo que nada tiene común con la parte cerebral, y cuando el obrero bueno ha adquirido los hábitos malos, es un artista malogrado, un trabajador que ha perdido el gusto

al trabajo y que raramente se reeduca para conquistar lo que perdió. Las primas contribuyen a que se adquieran esos vicios.

Este sistema, absurdo y contraproducente, lo establecieron los bolcheviques para estimular al obrero y aumentar la producción. Demostrado ya que sus ventajas son nulas en los países de tipo capitalista, para la Rusia revolucionaria habían de ser detestables, pues aparte de que la producción aumentó muy poca cosa, la materia prima malgastada y la inferior calidad en la producción, no compensan el aumento por ésta experimentado.

Y para los bolcheviques, malgastar la materia prima y producir géneros de inferior calidad era tanto como ayudar inconscientemente a los enemigos de la revolución. Y la concesión de primas a la subprodución fué el aglutinamiento de esa labor.

Podían justificar los bolcheviques la concesión de la prima por la escasez en los productos elaborados, ya que una mayor producción cubriría más rápidamente las necesidades de la demanda. Este razonamiento sería válido en el caso de disponer de materia prima abundante y sacrificar ésta a la apremiante necesidad, constantemente manifestada. Pero no es así.

Carecen de materia prima y el tiempo y los brazos les sobran, por ende la concesión de primas por subproducción tenía que ser perjudicial y nociva.

El aprovechar las primeras materias en trabajos sólidos y bien hechos, hubiese beneficiado a todos por igual sin alterar el trabajo ni el método.

Pero los bolcheviques no lo comprendieron así quién sabe por qué, aunque es de suponer que lo fué por incomprensión del problema que habían de resolver.

* * *

La tendencia bolchevique en la organización del trabajo es la de grandes centros industriales, algo así como los “trusts” de tipo americano más o menos ensayados en

todos los países de estructura económica capitalista.

Condenar en absoluto este sistema de organización sería un error, pues si bien tiene la desventaja de absorber todas las actividades industriales que rodean a la que pudiéramos considerar como industria preeminente, formando un todo amalgamado que impone esfuerzos sobrehumanos para hacerlo funcionar regularmente, no deja de producir economías respetables, y como la tendencia del hombre es la de obtener el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo, para algunas industrias es conveniente este sistema de organización del trabajo.

En cuanto a su implantación en Rusia, lo reputamos de error lamentable. Para llegar a la formación de los grandes "trusts" de la producción ha de haber una industria floreciente, en pleno desarrollo, pues sabido es que el "trust" no crea. Es un "poder" y como tal absorbe, centraliza, domina o impone. Y Rusia no se hallaba en este caso.

Ese sistema de organización del trabajo lo reputamos doblemente equivocado, porque sin poder llegar el trust a satisfacer las necesidades del país, por imposibilidad de absorber una industria que no existía, impidió una organización más rudimentaria y en concordancia con las necesidades de la población.

Casi todos los dirigentes bolcheviques, los más influyentes y escuchados, venían de pasar largos años en la emigración: en Francia, Inglaterra, Alemania, y organizar el trabajo en grandes organismos industriales practicando en ellos la más rigurosa división, como se hacía en los países donde habían vivido tanto tiempo les pareció lo más positivo y lo más práctico.

Olvidaban muchas cosas, pero sobre todas, la más esencial: el país donde operaban. La organización del trabajo en industrias colosales no se adapta a la psicología de todos los pueblos, y Rusia es uno de ellos. La idiosincrasia del individuo, su natural indolencia y la parsimonia que son características en el ruso, resultan

difícilmente aplicables a una organización industrial a base de trusts y de una división de trabajo rigurosa y meticulosamente practicada. Exige ésta puntualidad y precisión, extremos justamente impracticables para un pueblo como el ruso.

Pierden, pues, el tiempo los bolcheviques. Gastan en organizar este sistema de producción energías precisas en otras cuestiones e imposibilitan ellos mismos el desarrollo normal de las actividades productoras. Para que éstas sean fecundas han de ajustarse a las características naturales del país, si no el fracaso más rotundo coronará todo esfuerzo que se intente.

Rusia no reúne ninguna de las condiciones requeridas para un ensayo de industrialización a la americana o de otro país cualquiera.

No hay una industria rudimentaria que pueda servir de base a una industrialización en grande escala, y además de faltar esa base, muy importante, por cierto, el temperamento del individuo no se adapta a las necesidades que la "trustificación" exige.

El empeño de los bolcheviques de hacer de Rusia un gran país industrial, es un empeño de origen marxista que daría mejores resultados en Inglaterra o en Alemania, pero en Rusia nunca les dará el resultado apetecido.

Las riquezas naturales de Rusia son incalculables. País virgen hasta ahora y poco propicio por las condiciones climatológicas para que los capitanes o caballeros de industria se decidiesen a invadirlo, permite poder ensayar los procedimientos de explotación que se crean más apropiados. Pero ninguno da derecho a violentar las condiciones naturales del país y de sus habitantes. Mucho y útil enseñan la filosofía y la sociología, pero no han enseñado aún a violentar la naturaleza de las cosas y de los hombres.

La industrialización de Rusia la creemos, hoy por hoy, una equivocación de las más lamentables. En la industrialización —nos referimos a lo que actualmente se conoce por industrializar— vemos más un procedimiento

arbitrario, hijo de una organización social a todas luces defectuosa, que no una producción científica y racional. Realícese hoy, o realícese mañana.

* * *

En el terreno de la economía, preocupa a los bolcheviques la falta de producción. No atinan a organizarla debidamente. Tocan uno y otro resorte y no consiguen nunca poner la mano sobre el que ha de hacer marchar la máquina. Ellos tienen la convicción de que mejor alimentado, el pueblo aceptaría de buen grado las orientaciones políticas de su programa. Lo piensan, lo creen, pero no se deciden hacer la prueba y la convicción no pasa de una fantasía más.

Procedimiento tras procedimiento, recurren a renovarlo y a revolverlo todo, como si fiaran al azar el éxito de la empresa.

Cansados ya de verse burlados en sus disposiciones tan repetidamente condenadas al fracaso, adoptan la medida extrema: militarizan a los trabajadores. Tan bochornosa misión ante la Historia estaba reservada a un gobierno socialista salido de una revolución profundamente renovadora en principio.

Se pretende reorganizar el trabajo con arreglo a procedimientos científicos no comunes, privativos, al parecer, de quienes disfrutan por la fuerza el derecho de hacer y deshacer a su antojo, y como no hay tales procedimientos científicas y sí una capacidad a todas luces manifiesta, lo que no se supo hacer, lo que se fué incapaz de organizar, se carga sobre la espalda del pueblo, y luego se le violenta para culparle de errores de los que no es responsable.

¿Qué razón pudo aconsejar e impulsar a los bolcheviques a militarizar al proletariado? La dictadura se atreve a todo cuando no encuentra solución a nada. Ya sabemos que para ellos, esto de la dignidad y de la libertad del pueblo y hasta el sentido común, son logomaquias,

antiguallas sin valor, expresiones vacías de sentido; conocemos ese lenguaje que, aunque parezca nuevo, es, dicho de otro modo el mismo que han usado hasta ayer aristocracias, castas y clases dominadoras al ocuparse del pueblo. Pero tengan el concepto que quieran los bolcheviques, nosotros preguntamos: ¿por qué y para qué militarizar a los trabajadores? No debían saberlo ellos mismos cuando prescindieron de tal absurdo, aunque no tan completamente que no se quedaran con algo en las uñas.

Abandonaron la idea de militarizar a los trabajadores, pero decretaron la movilización obligatoria, que, en el fondo, viene a ser igual Y volvemos a preguntar: ¿para qué la movilización?

¡No se produce! He aquí la razón que alegan. El obrero no muestra buena disposición hacia ellos; permanece en resistencia pasiva y hay que resolver el enigma de la mala voluntad que manifiesta. No les queda otro remedio que someterlo por la fuerza, coaccionarlo, constreñirlo, obligarlo. Si no quiere producir hay que obligarle a que produzca.

Si su trabajo no rinde lo calculado hay que ejercer sobre él una presión moral y material que le obligue. No obraría de otro modo el gobierno el más despótico país en nombre del orden, de la patria y de la ley. Aquellos lo hacen en nombre de la revolución en peligro.

¿Pero, es que el pueblo no siente la necesidad de identificarse, de fundirse con esas epopeyas en las cuales comienza por ser el actor más destacado? Sí; pero ocurre que alguien se interpone siempre en su camino. A título de proporcionarle la dicha, todos se convierten en arbitristas, desviándole de su camino, y quieren imponerle un bienestar que él sólo conquistará el día que le dejen libertad para hacerlo y que los otros no pueden proporcionarle aunque lo deseen con la mejor intención.

La movilización del trabajo, medida arbitraria y que se presta a las mayores enormidades, no es el medio más a propósito para interesar al obrero en mejorar la producción. Era preciso explicarle antes que la falta de producción es el

hambre, la miseria y el posible retorno de lo pasado.

Dejándole en plena libertad para que obrase, el día que le hubiera faltado lo más indispensable, prácticamente, se habría convencido de la necesidad de producir. Contra este criterio de plena libertad se alzarán muchas objecciones, no lo dudamos; pero hay un hecho cierto y que se ha repetido constantemente en la historia: que siempre ha terminado el pueblo por salvar con su iniciativa y su esfuerzo los períodos de penuria que ha atravesado.

¿Qué concurso moral y material ha de prestar el proletariado ruso en la mejora de la producción, si se le prohibe toda intervención en las orientaciones a seguir y además se le moviliza, es decir, se le obliga a que trabaje en condiciones prefijadas y determinadas sin su concurso?

El recurso sentimental de que labora por el futuro no basta a compensarle del sacrificio que se le impone. Para que el hombre —generalizando— se sacrifique por el futuro, hace falta que empiece por vislumbrar algo de ese futuro.

"Aceptando la movilización —le dicen—, laboras para el mañana". Y como sólo ve el sacrificio que se le impone, y sabe, además, que ha hecho una revolución para ser libre y no lo es, su razón vacila y empieza a desconfiar de quien por hacerle libre, primero lo esclaviza.

No le interesa ya si se produce más o menos, mejor o peor; con ver su poca halagüeña situación le basta.

Por nuestra parte, estamos identificados con esta manera de ver las cosas, y una vez más queda demostrado que sólo el máximo de libertad puede curar los males que la libertad acarrea.

El obrero movilizado, a disposición del gobierno, que puede emplearlo cuándo, cómo y dónde desee, fin previas explicaciones de ninguna clase, bastando un mandato inapelable que ha de acatar, abandonando si se le ordena, familia y hogar, no es el modo más apropiado para interesarle en la producción y menos hacerle comprender el futuro. El pueblo tiene el sentido de la realidad, y como de ella deduce lo porvenir, si esta realidad no corresponde al

concepto que él se ha forjado, desconfía, y en cuanto desconfía se convierte en elemento negativo. Esto ocurrió con la movilización de los trabajadores en Rusia.

* * *

No basta, empero, enajenarse la voluntad del trabajador, violentándolo moral y materialmente, mediante la movilización. Siempre dispuestos a imponer sus ideas, y a que prevaleciesen, la voluntad, las aspiraciones del pueblo, obligado a soportar el ensayo de política bolchevique, no contaban para nada. ¿No se trataba de la felicidad del pueblo? ¿Sí? Pues, a imponerla, fuese como fuese.

Cuando el pueblo consigue dominar la situación una vez la revolución ha sido hecha, toma posesión de la riqueza, y dispuesto a realizar su propia felicidad quiere una intervención directa en la dirección de los trabajos, que hasta entonces hacía imposible el derecha de propiedad de los patronos.

Este ensayo de coparticipación de los obreros en la dirección de la industria, fué una cosa desdichada. Hay que reconocerlo y confesarlo. Pero ¿por qué fué desdichado el ensayo?

Es natural que el obrero ruso cometiese torpezas al intervenir en la dirección de las fábricas y talleres. Nunca había intervenido como entonces y la mayoría de las veces le faltaba la simpatía y la sincera colaboración de los técnicos.

Los bolcheviques se equivocaron constantemente es la gobernación del Estado y jamás pensaron en abandonar el Poder.

En cambio, cuando vieron que el obrero cometía torpezas y equivocaciones en la coparticipación que tenía en la dirección de las fábricas, no supieron proceder de otro modo que arrebatando al proletariado esta conquista de la revolución. Instruirlos para evitar los errores, no; habría sido poco científico; lo mejor era quitarles esa mejora y

confiar la dirección a técnicos nombrados por el gobierno, sin la menor intervención de los obreros.

La medida fué absurda y por demás arbitraria. Sobre todo por lo que tuvo de injusta y de inadecuada. ¿Por qué sustraer la dirección de las fábricas a los obreros? Dirigiendo hubiesen aprendido a dirigir, y la práctica los habría enseñado a no cometer torpezas, o a cometer las menos posibles.

Las censuras dirigidas a los gobernantes rusos por este hecho, las han contestado con evasivas o subterfugios. Han dicho que sustraían la dirección de la fábrica a los obreros porque muchas veces éstos llamaban a coparticipar, en calidad de técnicos, a los antiguos patronos, pretendiendo así hacerlos entrar otra vez en posesión de las propiedades y que lo hacían porque eran contrarrevolucionarios.

Es realmente peregrina la teoría que quiere inculcar la idea de que los trabajadores que habían realizado las expropiaciones colectivas, se arrepintieran y llamaran a los patronos.

Lo que ocurría es que el obrero se daba perfecta cuenta de la capacidad técnica del antiguo patrono y por eso solicitaba, en determinados casos, su concurso. La verdad es esta y la razón estaba de parte de los obreros. Los bolcheviques les reprocharon que en bastantes casos llamaran al antiguo patrono a participar en la dirección de la fábrica que le había pertenecido, y por este solo hecho quitaron al obrero el derecho de coparticipación en la dirección; pero, y después, cuando los mismos bolcheviques llevaron a la dirección de las fábricas a los antiguos propietarios y directores, ¿por qué hicieron lo que condenaron? ¿Es que entonces, cuando los nombraba el gobierno, habían dejado de ser contrarrevolucionarios los ex burgueses y ex directores?

No podemos, no debemos admitir como lógico el razonamiento que pretende justificar el despojo. Sólo justifica una conducta poco escrupulosa. El obrero necesitaba aprender prácticamente a dirigir las fábricas. Sin práctica no se aprende nada; por eso en los países de

cultura superior se han establecido en sus escuelas los métodos teórico-prácticos, convencidos de que sólo así, practicando al par que se teoriza, se consiguen resultados provechosos. Y esta lección, elocuente en su misma sencillez, la olvidaron quienes se consideran los únicos científicos entre todas las demás escudas sociales.

La negaron, sin embargo. Y la negaron con grave daño de la economía del país y de las relaciones que obligatoriamente habían de existir entre el gobierno y la clase trabajadora. Esta pierde el interés natural que por la producción había de tener como conquista de la revolución, y es indiscutible que cuando la pierda, las consecuencias repercutirán en todas las industrias y oficios, quebrantando el ritmo que la economía debe mantener. Este es el resultado de la arbitrariedad.

El obrero se desinteresa por la marcha de la fábrica donde trabaja, y al recordar el despojo de que se le ha hecho víctima, sigue en ella, porque no puede por menos, pero como el forzado, amarrado a la cadena, por necesidad y a la fuerza. Ya no la considera como algo suyo, como algo por lo que deba interesarse y a lo que ha de consagrar alguna atención; todo esto ha desaparecido para él y sólo piensa en pasar lo mejor que pueda las ocho horas de trabajo, considerándose extraño y ajeno a la prosperidad de la industria. No le interesa se produzca bien o mal; se desentiende de todo lo que no sea el salario.

Con esta forma de proceder, el obrero contrae una grave responsabilidad moral, es cierto; ¿pero, quién negará que es mucho mayor la de quienes abusando de la autoridad que el gobernar les confiere, lanzan al obrero por ese camino?

Que el obrero trabaje de mala gana, con poca intensidad, en período tan difícil como lo es para le economía de un pueblo el que sigue a una revolución, merece censuras; mas, cuando se sabe que ha llegado a ese estado por impulso ajeno, por el de quienes tenían la obligación de evitarlo, entonces la responsabilidad de la clase trabajadora disminuye en la misma proporción que

aumenta la de quienes le impulsaron a tomar tal resolución. ¿Cómo iban a ser los mismos trabajadores de la revolución quienes la desvirtuaran?

¿Por qué separar al obrero de la coparticipación de la dirección en las fábricas, talleres y demás lugares de producción? ¿Por qué arrebatarle un derecho que legítimamente, con su esfuerzo y su sangre había conquistado? ¿En nombre de qué principio puede hacerse? ¿Porque producía poco?

¿Qué ventajas tangibles alcanzó el pueblo ruso en la economía cuando tal arbitrariedad se hubo consumado?

Pasemos, pasemos de largo sobre estos extremos que nadie puede aclarar sin que la responsabilidad caiga con todo su peso sobre la política bolchevique.

* * *

La senda seguida en la política económica está sombrada de espinas que se clavan profundamente en las carnes laceradas del pueblo.

Intentan reorganizar el trabajo, y cada disposición se significa por el desacierto. Y es que quienes habían pasado su vida en lucubraciones de metafísica política, carecían de la más elemental preparación para reorganizar la vida económica de un pueblo tan numeroso como Rusia, y mucho menos después de los trastornos a que la guerra y la revolución dieron lugar. No basta haber estudiado mucho. Son precisas, además, otras condiciones que faltaban a los dirigentes del bolchevismo. Su vida de refugiados en Suiza y otros países, consagrada única y exclusivamente a combatir la tiranía zarista, no les permitió observar realidades que les hubiesen sido provechosas. Viviendo un ambiente un tanto irreal y obsesionados por las incidencias de las luchas de cada día, la verdad de las cosas vulgares, de eso que despectivamente llaman muchos “prosaísmo”, pasaba a su lado sin percibido, y lo que aprendieron teóricamente no lo contrastaron jamás en la práctica.

¿Cómo extrañarse, pues, de sus desaciertos?

Extrañarnos, no; ahora que, el no extrañarnos no puede ser una disculpa.

Casi todas sus disposiciones en la organización del trabajo y en todos los demás aspectos de la economía política son la reproducción de lo que hacen esos "malditos burgueses".

Hemos hablado de las tasas, del Comisariado de Abastecimientos con su organización centralizadora; pero no habíamos hablado aún de la especulación.

¡Ah!, la especulación. Lacra pestilente que infecta a toda Rusia. Cuando se habla de la especulación; cuando se han visto sus efectos como nosotros los vimos; cuando se ha presenciado cómo extendía sus tentáculos por todo el país sin sustraerse a su acción ni los mismos dirigentes de la Rusia sovietista; cuando las emanaciones deletéreas de esa corrupción empozoñaban incluso a las criaturas, a pequeñuelos de ocho y nueve años que en la especulación buscaban el suplemento alimenticio a la ración que les daba el Estado, el ánimo se conturba y la razón, vacilante, no atina, rehúye el análisis de sus terribles consecuencias.

La especulación llega a ser institución invulnerable en Rusia. Nada, ni nadie, puede contra ella. Las disposiciones más rigurosas, más crueles y más sanguinarias no consiguen amedrentarla. Serpiente de innumerables cabezas, cuantas más se le cercenan, más y más le brotan.

Especulan los niños y los viejos; especulan los trabajadores y los burgueses; comerciantes arruinados y elementos con cargos oficiales y de responsabilidad. Puede decirse, sin hipérbole, que el noventa por ciento de los ciudadanos rusos especulan, es decir, compran y venden productos que al pasar de mano en mano alteran el precio, con cuyo beneficio el último vendedor ha de lucrarse.

Y la especulación en Rusia llega a convertirse en una necesidad imprescindible de la vida.

El Estado raciona al individuo a razón de un veinticinco por ciento nada más de lo considerado imprescindible para el sostenimiento de una persona. No es posible creer que con una cuarta parte de lo necesario para

vivir, pueda resistir el organismo humano. La miseria fisiológica acabaría por consunción con el pueblo. Este, para no perecer, ha de procurarse el resto, hasta completar una nutrición mínima para subsistir. Las estadísticas oficiales confiesan que el ciudadano se procura en la especulación un cincuenta por ciento de lo que para su sostenimiento necesita, que unido al veinticinco por ciento que el Estado le entrega, hacen un setenta y cinco por ciento de lo imprescindiblemente necesario para la conservación del decaído organismo humano.

Así tenemos que las mismas estadísticas oficiales confiesan que la especulación es fabulosa, pues ella retiene dos terceras partes de la totalidad de la producción, distribuyéndola por conductos clandestinos.

Al prohibir el comercio no se abrió un cauce normal, no se tenía preparado el organismo que fácil y prontamente hiciese llegar al pueblo los productos indispensables al consumo diario. La especulación no es una causa, es un efecto.

Al hablar de las tasas hicimos ver cómo el implantarlas sustrajo a la circulación normal cantidades considerables de productos; pero como el estancamiento de esos productos no podía ser sino eventual, ya que la necesidad había de solicitarlos y obtenerlos fuese por el conducto que fuese, surge la especulación satisfaciendo a este menester.

Las necesidades fisiológicas, estas necesidades que imperiosamente hemos de satisfacer, obligan a saltar por encima de todas las disposiciones oficiales restrictivas. Es condición de vida o muerte.

Al faltar en el mercado los productos indispensables a la subsistencia, cada cual ha de procurárselos de la manera que pueda, por lo que las disposiciones oficiales que lo prohíban, no lograrán sino aguzar el ingenio para burlarlas.

Los almacenes distribuidores del Estado obran con una parsimonia que exaspera, y para colmo de pasividad entregan una cantidad tan irrisoria que más parece cosa de burla que no el cumplimiento de obligaciones por el Estado contraídas.

¿Qué hay disposiciones rigurosas contra el especulador, contra el comerciante clandestino, contra el burlador de las disposiciones gubernativas? ¿Qué le espera la persecución, la cárcel, acaso la muerte? ¡Qué importa todo ello! También el hambre atormenta y mata. Y la disposición oficial que retira de la circulación, en un momento dado, los productos necesarios a la subsistencia del individuo, condena a todo un pueblo al hambre, precursora espantosa de la muerte.

Porque ¿cómo realizan los bolcheviques el reparto de productos, en Moscou, por ejemplo? Establecen diez grandes almacenes, formando cada uno de por sí un centro, al que han de concurrir para aprovisionarse los vecinos comprendidos en el radio asignado a cada almacén.

La aglomeración de gente y la pérdida de tiempo es la característica general del procedimiento. Las personas que han de aprovisionarse, han de parar horas y horas hasta que les llegue el turno. Esto da lugar a una industria lucrativa y, además, se manifiestan los primeros síntomas de la especulación.

Quien entra en posesión de un vale para obtener un producto y no dispone de tiempo o no quiere sufrir la molestia de la espera, se combina con alguien y le cede el vale —que por lo general va extendido al portador— para que recoja el género mediante una prima estipulada.

Como este procedimiento lo utilizan casi el cincuenta por ciento de las personas a quienes directamente corresponde percibir lo que en el vale se especifica, los demás acaparan cantidad considerable de productos, que luego utilizan para sus lucrativas combinaciones.

En el sesenta por ciento de los casos, estas combinaciones se hacen preferentemente con los productos que no son de consumo inmediato.

Una vez en posesión de los artículos: pañuelos, calcetines, medias, hilo de coser, zapatos, sábanas, almohadas, azúcar, café, sal, lo que fuere, el especulador abandona la ciudad y se dirige al campo a realizar sus operaciones, siempre peligrosas; pero al especulador nada le detiene.

El campesino, al principio, muéstrase desconfiado y dice al especulador que aceptará gustoso el negocio que le propone; pero que no teniendo ningún producto para cambiar verse obligado a rechazar la oferta. La verdad es que, su natural desconfiado, teme habérselas con un agente del gobierno.

Insiste el especulador hasta ganarse la confianza del mujik, estableciéndose entre los dos una relación que explotarán cuanto puedan y en cada coyuntura favorable.

El campesino entrega los productos que ocultaba a cambio de lo que más necesite y a veces hasta por cosas superfluas6.

Establecido ya el contacto entre el campesino y el especulador, hay que establecerlo también entre éste y el público, lo que no es difícil. La necesidad hace que se encuentren inmediatamente.

Pero hay que burlar las leyes, y para lograrlo con fortuna y sin percances que pueden ser gravísimos, ha de procederse con cierta precaución.

Entonces surge el intermediario del especulador. Y así, poco a poco y con la intervención de nuevos personajes, se extiende hasta lo infinito, hasta invadir este tráfico a la casi totalidad de la Rusia revolucionaria.

Una vez "montado" el negocio se especializan los especuladores. La mayoría limitan su actividad —sin despreciar, claro está, la ocasión que se les presente de realizar algún beneficio— a determinados artículos, ya que así se aseguran un mercado más fijo y con menos riesgos. Sabiendo de antemano donde hallarán más facilidad, tanto para la adquisición como para la venta de los productos que tengan, los riesgos disminuyen considerablemente.

Los daños materiales que la especulación ocasiona son incalculables. Nada hay seguro. Las estadísticas formadas en los Comisariados han de rectificarse cada día. Donde se habían anotado mil kilos de un artículo, aparecen, cuando llega el instante de utilizarlos, quinientos solamente. Donde había mil pares de zapatos, quedan reducidos a la mitad o a una tercera parte. Todo desaparece, como si tuviera alas.

Hay artículo o prenda de vestir que circulando de mano en mano ha centuplicado su valor.

La especulación reviste variadas formas y aspectos e invade toda la vida social. Cualquier prenda u objeto que se posea y no sea de una utilidad inmediata e imprescindible, utilízase para procurarse un trozo de pan negro o unas patatas.

Un alto empleado oficial, ganando cuatro mil rublos mensuales y la ración, pero que se encuentra con que su mujer, aparte otros gastos, paga cada mes doce mil rublos al peinador, ha de buscar en la especulación la manera de nivelar su presupuesto.

En las fábricas que no funcionan por falta de materia prima o por otra causa, se conserva una parte de obreros para la limpieza y cuidado de las máquinas y el herramental. Estos obreros, que tienen casi todos los días de la semana libres, especulan en grande escala, sobre todo si viven en pueblecitos cercanos a poblaciones de alguna importancia. La posición de estos obreros es ventajosa. Tienen la ración y el sueldo asegurado; además tienen facilidades para viajar, y todo lo aprovechan en su negocio.

A hombros de las personas que no quieren o no saben especular, van a parar todos los cargos. Sobre ellos caen una nube de parásitos, de inútiles intermediarios, que viven sobre el trabajo y el dolor de los demás.

Las trabas y obstáculos que el gobierno bolchevique opuso a la circulación normal de los productos, suprimiendo el comercio, estableciendo las tasas y no organizando automáticamente el instrumento que rápida y profusamente realizase la distribución de cuanto para alimentarse es preciso, derivaron naturalmente hacia la especulación, único cauce abierto a su curso.

El sistema desconcertante de distribución establecido, así como la lucrativa industria a que dió lugar, son la consecuencia de los desaciertos gubernamentales, confesados al declarar que el Estado sólo proporcionaba al individuo el veinticinco por ciento del racionamiento necesario. Y si hubiese podido repartir el ochenta o noventa

por ciento, hubiese ocurrido otro tanto, ya que la especulación es el efecto natural del estancamiento producido por las disposiciones oficiales.

Pero las consecuencias materiales, con ser gravísimas, como se comprenderá por lo dicho, no son las peores, puesto que una producción más intensa las aminora considerablemente. Además, sus efectos son pasajeros y no dejan apenas huella una vez han sido superadas. Hasta un cambio en las disposiciones oficiales puede herirlos de muerte.

El mal mayor del estancamiento en la circulación de productos y su desbordamiento por la especulación no reside, sin embargo, en la dificultad de circulación y en que la que alcancen sea más o menos regular: el mal mayor está en la depravación de las costumbres, en los vicios y corrupción moral que trae consigo. Porque la especulación es esto: la corrupción de la moral.

Los primeros en especular son los antiguos comerciantes, los ex burgueses, nobles y demás familia por el estilo. Verdad es que la especulación no desmoralizará a estos apreciables elementos más que lo están. En el antiguo régimen no se distinguían ya por bus virtudes.

Donde los efectos de la especulación se dejan sentir más profundamente es entre los niños. El niño especula por necesidad. No se da el caso entre ellos, como puede darse entre los adultos, de especular por pasión morbosa, por deseo ilícito de ganancia, por explotar las necesidades ajenas y satisfacer caprichos pueriles o pasiones inconfesables. En los niños no se da este caso. Pero por lo mismo que no se da y de que especula por necesidad física, la influencia que en su mentalidad ejerce el engaño, la mentira y demás supercherías a que ha de recurrir, es terriblemente deplorable.

Figuraos a una criatura, que se levanta por la mañana y sale de su casa obsesionada por la idea de la mentira de que, obligadamente, ha de valerse; que no piense otra cosa que en obtener una ganancia fácil, a veces importante, pero rodeada de peligros. Estas condiciones de vida, durante dos

o tres años, han de desarrollar en el niño hábitos de disimulo, hipocresía y fingimiento, necesarios y compatibles con la vida que lleva. Teniendo en cuenta lo profundamente que se reflejan en el adulto los hábitos y costumbres adquiridos en la niñez, puede fácilmente colegirse lo que llegarán a ser esos niños, hombres y mujeres de mañana.

¿Que las condiciones de vida cambiarán y la especulación no podrá ejercerse? Aceptado. Pero sus efectos corruptores no podrán borrarse jamás. Esas mentes juveniles educadas en una simulación de la que depende su existencia, que la sobrellevan como una disciplina impuesta por las condiciones de una vida fértil en azares, no podrán dar otros frutos que los del fraude. Durante muchos años el pueblo ruso habrá de soportar las consecuencias de esta desdichada política económica, generadora de la especulación y comercio clandestino.

Así, pues, la falta de visión de un problema para nosotros tan sencillo, habrá producido daños incalculables a Rusia; pero no sólo daños materiales, fáciles de conjurar, sino daños de ética social, que dejan tras de sí una estela interminable de dolores.

Consecuencia de esa política imprevisora —ya que debió preverse más racionalmente a la rápida distribución de los productos, antes o a la vez que se decretaba la supresión del comercio—, Rusia arrastrará el peso muerto y siempre inquietante para los pueblos, de una juventud depravada por hábitos del más refinado fingimiento, para la que la mentira, el engaño, la superchería y la defraudación, serán cosas corrientes y admisibles, pues formarán parte de bu propia existencia y a ellas deberá el conservar la vida.

Así, por un lado, tendremos que la especulación ha dado lugar a una fauna especialísima; la del parásito que explota aun más que el comerciante las necesidades humanas; y por otro lado la corrupción e inmoralidad de las costumbres. El ambiente de engaño y superchería en que se educa la juventud a quien la necesidad obliga a buscar en la especulación un suplemento al racionamiento del gobierno,

ha de ser fatal más tarde, cuando estos niños, hechos hombres, entren en la vida y en la plenitud de sus derechos. Los vicios adquiridos se manifestarán más o menos claramente en sus acciones, y la bajeza moral que es su característica predominante, se manifestará, velada unas veces, crudamente otras; pero se manifestará recordándonos las trágicas y angustiosas horas que vivió el heroico y sufrido pueblo ruso por la incapacidad de quienes se erigieron en sus gobernantes.

* * *

Unas palabras sobre el Código del Trabajo ruso.

Recuerdo haber leído en alguna parte, que reprochando un escritor a otro la defensa que hacía de las leyes, por entender que la legislación copiosa sólo sirve a entrabar la libertad del individuo, el aludido, por toda justificación mencionaba la profusa legislación creada por los hombres de la Revolución francesa. Alegaba que entonces las leyes se decretaron a miles, con lo que pretendía disculpar que actualmente se legislase con exceso.

No diremos que los bolcheviques hayan hecho a miles las leyes; pero han legislado sin tregua ni descanso. No extrañará a nadie, pues, que también redactaran un Código que, indebidamente, a nuestro parecer, adjetivaron del Trabajo. Hablemos, pues, del Código del Trabajo. Nos hicimos con él durante nuestra estancia en Moscou. fué una verdadera casualidad. Estaba agotada la edición francesa que hiciera la III Internacional, pero en la exposición de libros presentada en honor de los delegados, había un sólo ejemplar que tuvimos la suerte de conservar en nuestro poder.

Hojeándolo durante nuestra estancia en Moscou, pudimos cerciorarnos de lo arbitrario y tiránico del tal Código del Trabajo. Nos causó una impresión tan desfavorable su lectura, que hablando con un comunista de alta jerarquía no pudimos ocultarle nuestras prevenciones, y llegamos a decirle que en muchos países capitalistas el

obrero trabajaba en mejores condiciones, con más garantías y respetos que a los rusos concedía el Código elaborado por los bolcheviques.

Desde el primer artículo hasta el último no se habla casi nunca de los derechos del obrero; pero sí siempre de los deberes. El obrero "debe" hacer, "debe" cumplir, "debe" acatar. El Código del Trabajo lo dispone muy prolijamente. Si en algún artículo se insinúan los derechos, lo hace tan veladamente, que sus efectos se diluyen y desaparecen en el mar inmenso de los deberes a cumplir.

Se ha querido regular, ordenar y codificar todo. Desde la situación que el obrero ocupa el día de su ingreso en el taller, para realizar el aprendizaje, hasta la obligación de cada día al acudir al trabajo. Todo ha quedado meticulosamente previsto. Sin prever, empero, lo más importante: la imposibilidad de ejecutar cuanto se ordena en el citado Código.

Generalizando menos y ciñéndonos al articulado, pasaremos revista a alguna de sus draconianas disposiciones, verdaderamente incomprensibles, y más que incomprensibles, absurdas.

Dice el Código en uno de sus artículos, que se impondrán sanciones al obrero cuando sea probada su "mala voluntad" para producir. Pártese del supuesto de que, debiendo producir el obrero una cantidad diaria determinada, un día deje de producir lo acostumbrado. ¿Hay nada más absurdo que una disposición de esa naturaleza?

¿Cómo evitar que por causas accidentales o puramente fisiológicas en las que no figura para nada la voluntad del trabajador, llegue un día al taller y no dé el rendimiento estipulado? ¿Quién puede negar de que, periódicamente, no pueden ocurrir casos parecidos? El que deba probarse la "mala voluntad" —puesto que no puede considerarse como mala voluntad el caso citado— parece poner al obrero a cubierto de cualquier arbitrariedad; mas, quedan otros muchísimos casos frente a los cuales está en el mayor desamparo y a merced y capricho de quienes interpreten el

Código. No negaremos que en muchos casos la prueba de mala voluntad sea garantía contra lo arbitrario, pero no en todos los demás, que son muchísimos.

La generalidad de los hombres, por educación, por costumbre, por atavismo o por todo ello junto, tienen predisposición a mandar, a ordenar, a imponer, sea como sea y contra quien sea. Es una desgracia, pero es una verdad ante la que no vale hacerse ilusiones.

Basta examinar la cara de asombro que ponen las gentes cuando se les habla de una organización social sin autoridad, es decir: sin más autoridad que la propia conciencia y la coacción moral resultante de las propias obras.

Primero lo miran a uno asombrados; luego se sonríen beatíficamente, y después, cuando no por loco, lo toman a uno por simple, le compadecen y le conceden indulgencia.

El mismo léxico está plagado de locuciones tendenciosas en ese sentido. Así se habla de la autoridad paternal, de la autoridad que da cierta moralidad en la conducta o de la autoridad del más culto, etcétera, etcétera.

¿Cómo extrañarse entonces que acojamos con reservas y consideremos peligroso dejar al encargado del taller, o a la comisión de "control", el probar la buena voluntad del obrero el día que por haber producido menos de lo acostumbrado quieran aplicarle tas sanciones que el Código del Trabajo señala? Es dejar la puerta abierta a lo arbitrario.

Siempre que se pueda ha de evitarse conceder autoridad a nadie, pues quien lo evita, aleja y conjura un peligro. Dad autoridad a un hombre, y por bueno que sea cometerá injusticias.

Si las queréis evitar, o, cuando menos, reducirlas, no le concedáis autoridad. (No se confunda el respeto que toda persona merece con la autoridad como medio de mando, imposición o mandato de uno sobre muchos). Y en el caso del Código del Trabajo ruso, la autoridad que se concede para especificar si hubo o no "mala voluntad" por parte del obrero, ha de conducir frecuentemente a la injusticia.

Por el Código del Trabajo se autoriza a un encargado o director de una fábrica para despedir a un obrero sin aviso previo ni explicarle las razones. Tamaño abuso de autoridad no lo hay en los Códigos capitalistas. No lo han consignado porque la clase trabajadora organizada se ha opuesto a ello; pero es incomprensible que haya sido un gobierno sedicente comunista y proletario el primero en legislar tan duramente contra el obrero. Tal proceder es admisible en un gobierno burgués, pero deja de serlo para uno sedicente socialista.

Los dos ejemplos citados nos parecen suficientes a ilustrar la opinión acerca de lo que es el Código del Trabajo ruso. fué obra de un momento pasional, acaso difícil, y de aquí sus defectos, que si no disculpables, puede hallárseles explicación. De no ser así, resulta detestable, y, además, infame, pues obra infame es toda la que tienda a aherrojar, a esclavizar y someter al proletariado a la burguesía o al Estado.

* * *

Ningún lugar mejor que en la exposición y crítica de los errores económicos bolcheviques, para hablar de las cooperativas rusas, organismos florecientes y exhuberantes antes de ser confiscados por el Consejo de Comisarios del Pueblo, mustios y lánguidos después de la confiscación.

El cooperativismo era por demás mezquino en la Rusia zarista, antes de la revolución. Unos centenares de cooperativas, reuniendo a cuatro millones aproximadamente de cooperatistas, sobre una población de ciento treinta millones de habitantes era lo que como tal se conocía. Verdaderamente, cuatro millones de cooperatistas habría sido un comienzo no despreciable en cualquier otro país, pero insignificante en un imperio tan vasto y de población tan numerosa como el ruso.

El primer período revolucionario, que va desde marzo a octubre, se distingue por un desarrollo sorprendente de la cooperación. Se multiplican las cooperativas y los cooperatistas, triplicándose casi la cifra de los que había

antes de marzo.

Impulsada por los acontecimientos, la cooperación se extiende por todo el país, cubriéndolo de una red de entidades que prestan servicios muy necesarios en aquellos momentos de escasez y de penuria.

Pero cuando la cooperativa alcanza su máximo esplendor y demuestra su gran utilidad, es al suprimirse el comercio, una vez los bolcheviques alcanzaron el Poder. Es entonces cuando se ve claramente los servicios que a la causa de la revolución puede prestar el cooperativismo y cómo suple ventajosamente al comercio suprimido.

La obligación que tienen todos los agricultores: fabricantes, de vender cuanto produzcan al Estado, en virtud de haberse nacionalizado la producción y distribución, pone en grave aprieto a las cooperativas, y más desde el momento que se empeñan en mantener su fiera independencia y no sujetarse a lo dispuesto oficialmente en relación con la compra y venta de productos.

Desde este momento se hace sospechosa de contrarrevolucionaria para los bolcheviques, y día tras otro, constantemente, van sitiándola, hasta terminar por confiscarla.

Pero antes de que este caso llegue, hubo el gobierno de recurrir a ella en trances de apuro, y gracias a su concurso y disponibilidades salvó la situación, que no dejaba de ser grave. Varios de estos casos ocurrieron durante las luchas contra los ejércitos contrarrevolucionarios de Judenick, Wrangel y demás. Y mientras la burocracia del Estado no fué capaz de organizar una distribución regular entre el pueblo, las cooperativas lo consiguen en parte, y aun extienden su ayuda al ejército, que toda la organización estatal no es capaz de aprovisionar.

Una vez más la iniciativa popular, esta vez vinculada en las cooperativas, se muestra superior, más hábil y emprendedora que la de quienes gobiernan, a pesar de la ventajosa posición de estos últimos.

No somos cooperatistas incondicionales. Mas bien

hemos tenido siempre para estos organismos prevenciones bastante justificadas. Y esta prevención, no se crea que ha desaparecido del todo. Sin embargo, hemos de confesar la utilidad de la cooperativa en el período de transición entre el régimen capitalista y un régimen eminentemente socialista, en el más amplio sentido de esta palabra. Rusia es el más vivo ejemplo de ello.

Todos los escrúpulos que a este efecto pudiéramos tener, los desvanece el papel que, como ya hemos dicho, desempeñaron las cooperativas en la reconstrucción postrrevolucionaria, hasta que los bolcheviques cometieron la torpeza de "burocratizarlas", de convertirlas en apéndice del Estado, haciendo de ellas un organismo más, aunque ya inútil y sin eficacia para la misión que les estaba reservada.

Lo que interesa, sin embargo, no es lo que el Consejo de Comisarios del Pueblo hiciese o dejase de hacer con las cooperativas, sino el vigoroso impulso que alcanzaron por la saturación de la voluntad popular que tan calurosamente las acogió desde el primer momento. Es este tendencia del pueblo a resolver los problemas por sí mismos, lo que interesa, ya que nos descubre una de las facetas más interesantes de eso que llamamos voluntad colectiva. Porque la cooperación es el resultado de muchas voliciones individuales concordantes a determinada finalidad.

El instinto gregario que atribuyen muchos a la multitud, desmiéntese también, y aunque la implantación de la dictadura del proletariado parece darles la razón, el rápido crecimiento de las cooperativas, su magnífico desarrollo, descubren el verdadero sentir del pueblo.

Aun luchando con enormes desventajas, alguna tan considerable como la de la educación, el número de cooperadores en Rusia, que era de unos cuatro millones al estallar la revolución en marzo de 1917, alcanza la cifra de cerca de once millones en un período de tres años, a pesar de las dificultades, obstáculos e inconvenientes que han de vencer para no sucumbir a tantas contrariedades.

La acción tutelar primero, e impositiva después, del Estado, es la que detiene el impulso inicial e impide que

cristalice en una organización perfecta, prometedora de magníficos resultados. Es éste un hecho muy significativo, tanto por su orientación como por sus consecuencias, y digno de que fijen en él su atención las personas especializadas en el estudio de estas cuestiones.

La cooperación en Rusia, aun estudiada a través de defectos que lógicamente han de suponérsele, señala con visible trazo su actuación y enseña cosas que no han de olvidarse.

De hoy en adelante, cuantas revoluciones se intenten, tendrán un matiz social más pronunciado a medida que el tiempo pase, y las audacias de la revolución rusa suprimiendo el comercio, se repetirán allí donde una revolución se haga. Entonces se verá el papel que las cooperativas juegan como órgano supletorio llamado a reemplazar el comercio suprimido.

Al nacionalizarse la industria y suprimir el comercio, el Estado se convierte en monopolizador de toda la producción, haciendo imposible las adquisiciones y ventas sin entenderse directamente con él. Es un monopolio que lo garantizan todas las disposiciones oficiales. Todos los medios coercitivos de que el Estado dispone, cooperan a sostenerlo. Sin embargo, las cooperativas rusas consiguen desenvolverse, ampliarse y desarrollarse con un margen reducido que el Estado les concede. Y su obra es tan superior a la que el Estado mismo realiza, que frecuentemente las requiere para que le presten sus servicios.

Tan superiores se muestran, que el Estado bolchevique, temeroso de su influencia, las confisca o interviene, matando en ellas todo crecimiento. Suprime la intervención que cada cooperador prestaba a la entidad de que formaba parte, suplantándola por la de un comunista probado, un hombre de confianza; y desde aquel momento detiene su desarrollo y declina hasta perder la virtualidad que las hizo pujantes y prósperas. Pero lo interesante de esta cuestión, su fondo, que es la capacidad organizadora y constructiva del pueblo, queda más que cumplidamente demostrada. Y

esto es lo suficiente.

El Estado manda, propone, dispone y ordena; obliga en última instancia. Las resistencias las vence por la violencia. Sin embargo no logra reemplazar al comercio acertadamente suprimido. Pero vienen las cooperativas, y sin disponer, ni mandar, ni ordenar en virtud de un acuerdo tácito, mutua y libremente aceptado entre ellas y el resto de los ciudadanos, consiguen llenar esa misión y suplir ventajosamente las deficiencias que el estado muestra constantemente. ¿De parte de quién está la superioridad y capacidad constructiva?

Porque hay que decirlo alguna vez, sobre todo para que se convenzan quienes hablan cada día de revolución: lo difícil en una revolución no es derribar, sino construir. La obra más seria de la revolución y la más provechosa al mismo tiempo, es la que comienza al día siguiente de lo que se llama la victoria sobre el régimen caído. Entonces empieza la verdadera revolución. Rusia es un ejemplo.

Lo que los bolcheviques puedan decir en contra no tiene gran importancia. Lo que la tiene, y por eso hay que dársela, es ese espíritu organizador, de que da muestras palmarias el pueblo, vinculado en las cooperativas.

No es el beneficio material, obtener mercancías iguales a las del comercio individual, pero a mejor precio, ni tampoco el reparto probable de un dividendo al hacer la liquidación anual, lo que le atraen. Estas dos ventajas, casi las únicas que hasta declararse la revolución impulsaban al cooperatista ruso, han desaparecido, y si pudo temerse que con ellas desapareciese el interés del cooperatita por la cooperativa, la realidad demostró que no, y que el instinto socializador dormitando en el fondo de cada individuo por no haberlo despertado jamás la necesidad, adquiría un vuelo insospechado al presentársele una ocasión favorable. Los hechos están ahí para demostrarlo.

Esa avalancha del pueblo hacia el cooperativismo es prometedora y halagüeña, pues a través del cendal que los obstáculos interponen, se nota un interés vivísimo por cuanto signifique reconstruir una nuera estructura social

basada en la iniciativa popular, libre de las ingerencias del Estado y de la tutela oficiosa y oficial. El dilema que esta cuestión plantea es interesante; invita a la reflexión y al estudio; pero una solución definitiva no la hallará más que en la transformación radical del régimen capitalista. Y aunque en Rusia no se haya resuelto por la intervención estatal, es indiscutible que se ha planteado con caracteres agudos y más acusados contornos que en cualquiera otro país.

Por eso, nacionalizar las cooperativas, convertirlas en vivero de burócratas y en un apéndice más de la organización estatal, fué uno de tantos errores bolcheviques, ya que no tenían ninguna necesidad de obrar de tal manera. ¿Para qué y por qué confiscar las cooperativas y convertirlas en una organización oficial?

Cuando el Estado solicitó su concurso se lo prestaron sin ningún regateo. Y si alguna vez lo condicionaban, fué por culpa del mismo Estado, que tendía a absorberlas, restringiendo su campo de acción. Al darse cuenta de la maniobra quisieron aprovechar cuantas oportunidades se les presentaban para defender su libertad y prerrogativas, y ésta les parecía oportuna.

Por lo demás, sólo el interés de partido, el reconocimiento de incapacidad o el deseo de ahogar toda iniciativa que no fuese obra del Poder pudo aconsejar la confiscación de las cooperativas. Una vez más, el interés económico del pueblo lo ponían en la balanza para hacer de él granjería, motivo de comercio, disputa entre chalanes.

El error fué lamentable. Aparte los daños materiales causados a la población, sirvió para desacreditar la política económica bolchevique, ensalzada hasta la hipérbole por sus adictos, pero nociva, contraproducente y maldita por quienes conservaron un resto lúcido de independencia personal y de amor sin tasa a la revolución.

* * *

Ahora, al dar por terminado el capítulo dedicado a

señalar los errores económicos, volvemos a preguntar: ¿tenían una política económica los bolcheviques en su programa prerrevolucionario? Hemos estudiado algunas de sus disposiciones gubernamentales relacionadas con esa política. La contestación a si tenían o no una política económica ha de ser negativa. No la tenían.

Todo cuanto dispusieron en economía tiene el sello inconfundible de las cosas hechas al azar, fiando a la casualidad y no al raciocinio. Un continuo tejer y destejer. Disponer hoy una cosa y anularla al día siguiente. Decretar por la mañana lo que a la noche ha de ser derogado. Más grave aún: seguir los pasos a la burguesía. Empezar por donde ella termina.

La tasa es un procedimiento tan desacreditado, que ni la misma burguesía que lo creó lo utiliza, si no es en los casos en que no sabe cómo salir del atascadero. Más que una solución definitiva al encarecimiento de los artículos y a la especulación sobre ellos, es su medio expeditivo para ganar tiempo, hacer que se hace y esperar que lo imprevisto aporte una solución. ¿Que un gobierno burgués lo practica? Aunque totalmente inútil, siempre será para él una solución transitoria. Pero para un gobierno socialista es inadmisible.

¿La centralización? ¿Hay nada más absurdo que la centralización como sistema y aplicada a todas las actividades humanas? La centralización ha de rechazarse, además, por los resabios autoritarios que contiene. La centralización no puede sostenerse si no es sobre una disciplina de hierro, una obediencia ciega y una anulación completa del individuo. ¿Puede aplicarse, entonces, como lo hicieron los bolcheviques, para regularizar la distribución de los productos?

En país tan extenso como Rusia, sin vías de comunicación, desorganizado todo, donde la iniciativa individual fué la única que pudo llevar un poco de orden a tanto desbarajuste, ¿habrá quien crea en la utilidad del Comisariado de Abastecimientos organizado para centralizar el aprovisionamiento del país?

Muchas veces, la eficacia o ineficacia de una medida

no está en la relación que guarde con el caso al que ha de ser aplicada, sino en la oportunidad con que se aplique. Y este es el de lo ocurrido en Rusia con el Comisariado de Abastecimientos.

Organizado en otro momento, en circunstancias no tan difíciles como aquellas, su inutilidad siempre habría sido manifiesta, aunque la hubiese atenuado bastante condiciones más favorables. Es malo y detestable el procedimiento; pero resulta más perjudicial en consideración al estado del país sobre el que había de operar.

En cuanto al origen de la centralización, lamentamos disentir del criterio bolchevique, pero no podemos por menos que reconocer su filiación burguesa. La centralización tiene su origen en el afán inmoderado de dominio, y este es una reminiscencia nacida con el sentimiento de sojuzgación política de los pueblos por sus clases dirigentes, que si ayer fueron las teocráticas, hoy, habiendo pasado a otras manos el Poder, está en las de la burguesía.

Y así, al recoger ahora en una síntesis global las disposiciones económicas bolcheviques, las tasas, la centralización, la supresión del comercio, las primas a la producción, la confiscación de las cooperativas y demás, nos hallamos imposibilitados de citar un caso nuevo, no conocido ya y ensayado por la burguesía. Es desesperante esta constatación, y lo es aún más porque parece negar el valor constructivo y orgánico del socialismo sobre el régimen capitalista. Y sin embargo este valor existe.

Si otras pruebas no tuviéramos para poderlo demostrar, bastaría señalar a la misma revolución rusa. Sin definirlos teóricamente, pero sintiéndolos intuitivamente, el ignorante campesino ruso ha sentado principios nuevos, normas que modificarán la estructura de la sociedad. Su instinto creador ha superado, por tanto, al de esa burguesía que se enorgullece del valor orgánico del régimen presente y a los gobernantes rusos, que sólo han sabido seguir las huellas de la burguesía.

Porque la verdad es esta. Mientras los bolcheviques se han pasado la vida gritando, gesticulando y amenazando a la burguesía, llamándola explotadora, idiota e incapaz, no han sabido hacer nada mejor que seguir sus huellas, adoptar los procedimientos en ella comunes, proceder como ella procede, en suma, caer en los vicios, errores y equivocaciones en que la burguesía ha vivido hasta ahora. Esto es lo doloroso para nosotros.

Todos los errores económicos de la burguesía vienen a parar en la formación de potentes compañías o a facilitar a un individuo el medio de acaparar todo un mercado. El acaparador, ya sea individuo o colectividad, es el resultante de la defectuosa organización económica capitalista. Buscando combinaciones ingeniosas y a veces complicadas, se erige en árbitro de la existencia de miles y miles de personas. Su influencia llega a imponer respetos a la ley.

Los errores económicos bolcheviques condujeron a la especulación. Esta fué su síntesis y resultado. Pero ¿es qué podían ser otros? Repetimos que, a veces, la utilidad de un acto está en realizarlo en momento oportuno. La oportunidad es ya la mitad del éxito.

Sin embargo, no siempre es cierta esta teoría. Sistematizada es engañosa. Hay actos que casi nunca son oportunos, ya que su fracaso es consecuencia de vicios de conformación, congénitos a su naturaleza misma. El de centralizar, no importa qué actividad humana, es uno de ellos.

El error de la política económica bolchevique no es de oportunidad ni de tiempo, es vicio de origen, de conformación. Llevada a la práctica en cualquiera otra condición, en nada habría cambiado el resultado Las dificultades que provocó no hubiera podido aumentarlas o disminuirlas la oportunidad. Aplicada antes o después está política económica, su resultado fatal, inexorable, indiscutible, era el fracaso.

Se ha ensayado muchas veces. Y a pesar de la buena voluntad puesta a su servicio en bastantes ensayos, nunca ha salido airosa. Este convencimiento, adquirido por la

práctica, no deja lugar a dudas.

Las complicaciones de la vida moderna y el afán insaciable de una parte de gentes hacen infecunda toda disposición que no nazca en un ambiente de plena libertad, de contratación o de cambio. Es tan conocido este hecho, que la misma burguesía, apenas los intereses económicos en pugna Je dejan un momento de respiro, apela a esa libertad de contratación, y cuando la cohíbe es casi siempre obedeciendo a intereses determinados y en perjuicio de otros.

Y lo que es innegable para los estados capitalistas, no podía dejar de serlo para el ruso, mucho más al decidirse éste a seguir el camino de aquéllos. El valor intrínseco de un hecho no cambia con el nombre. Siempre que el hecho sea el mismo, no dejará tampoco de serlo el valor que se le atribuya. Es, pues, un error, creer que tal o cual cosa tiene una diferencia en su valorización según esté en una o en otra mano.

Para la Rusia sovietista y revolucionaria la política económica bolchevique había de ser perjudicial. El Estado imponiendo normas equivale a subvertir el orden natural y lógico de las cosas. El dinamismo de la vida no es centrífugo, sino centrípeto. No va del centro a la periferia, sino que ha de ir, para ser normal, de la periferia al centro.

Que el Estado bolchevique, recogiendo las palpitaciones del pueblo las encauzase en un sentido de más responsabilidad o estabilidad, no habría tenido nada de particular, aunque al hacerlo hubiese seguido la dirección que los estados capitalistas y burgueses siguen en sus respectivos países y en beneficio de los poderosos; pero obrar distintamente, como lo hizo, no podía conducir más que a la perturbación.

Erigirse en legislador de normas económicas que no estaban en concordancia ni con lo que habían de ser sus principios ni con las condiciones del país, habían de llevarlo a un callejón sin salida, o reconocer como útiles procedimientos que antes calificó de infames y fracasados.

La infecunda experiencia de tres años de esa política y

su abandono casi definitivo al término de ese tiempo, son razones más que suficientes para aleccionarnos de lo que fué la política económica bolchevique.

Murió y bien muerta está. Que sirva de experiencia.

Crueldades y violencias

¿Hasta qué extremo son ciertas las violencias que conjuntamente se atribuyen a los bolcheviques y a la revolución? Caso de haberse cometido ¿son justificables?

* * *

La violencia sistemática organizada es la característica general de la política que siguen todos los pueblos para dirimir las contiendas que surjan entre pueblo y Estado, entre libertad y autoridad. Las clases dominantes en todos los países, la emplean frecuentemente y la han erigido en sistema de gobierno; y unos países a consecuencia de las dificultades que les creó la guerra, y otros por razones de orden interior, es lo cierto que las medidas coercitivas están a la orden del día, y las violencias contra las personas, hacía muchos decenios que no alcanzaban la extensión que alcanzan actualmente.

Aunque todos explican a su manera el motivo que les induce a recurrir a la violencia para forzar la voluntad y la conciencia de los demás, una confesión franca de culpabilidad, más o menos directa, nadie la ha hecho hasta ahora, y con la mayor tranquilidad cada cual la carga en el haber de su contrincante.

Este pueblo recurre a la violencia para defenderse de la actitud agresiva del que tiene enfrente o al lado. Y aquél porque su vecino le provoca.

Para la burguesía obedece a las exigencias cada día más apremiantes de los trabajadores. Y para éstos, porque han de defenderse de la tiranía capitalista. Así, cuando las tendencias humanas parecen inclinarse a favor de métodos conciliadores y al abandono de la fuerza para ventilar sus disensiones, ya sean entre pueblos o entre las mismas clases sociales, las clases gobernantes y dirigentes recurren a la

violencia como único remedio al mal que su existencia crea.

El caso de Rusia, empero, no encuadra en las consideraciones generales que dejamos hechas. Tiene más amplios horizontes y más dilatadas perspectivas.

En Rusia ha habido violencias, crueldades y todos los horrores inherentes a una revolución, al desbordamiento de pasiones y odios sólo contenidos por la tiranía. La revolución, como se sabe, es siempre violencia y coacción; fuerza que inexorablemente va a su destino; crueldad que a veces sacrifica víctimas inocentes.

Aparte, pues, las víctimas sacrificadas a la serie de prejuicios de que la multitud está imbuida, y que son consustanciales a la degradación en que viven las clases populares, no puede negarse que en Rusia hubo crueldades y violencias imputables exclusivamente a la revolución.

Son esos momentos en que toda autoridad coercitiva queda anulada, sin eficacia y sin que nadie la respete, en que las venganzas personales y los odios por cuestiones a veces baladíes, ciegan al individuo y le impulsan a cometer crueldades de las que más tarde acaso se arrepiente.

No existe entonces nada para evitarla. Ni aún la coacción moral, que si no en todo tiempo, muy frecuentemente suple a la autoridad representada en la ley. Sin ella, sin la coacción moral o sin la vinculada en los códigos, los individuos de concepción moral inferior, los ciegos por la pasión y el odio, propenden a satisfacer bajos instintos.

No deben confundirse, sin embargo, los actos revolucionarios, consecuencia de una lucha en la que lo pretérito y el futuro están en juego, con las venganzas a que un individuo o una colectividad pueden librarse. Estas caen de lleno en lo que pudiéramos llamar crueldades y violencias inútiles, infecundas para la causa de la revolución y, además, condenables.

Cuando la multitud se desborda y arrollando todos los obstáculos que se le interpongan consigue derrocar el régimen que la oprimía, no es bastante clarividente para mostrarse generosa y humana perdonando a quienes

considere como a más responsables de su desgracia. Es entonces, en esas horas aciagas, pero inevitables, cuando sucumben bajo los golpes ciegos de la pasión revolucionaria incluso quienes defendieron y ampararon al pueblo cuando gemía bajo el yugo de la opresión ya abatida.

La multitud no razona. Y menos en actos de esa naturaleza. Se guía del instinto. Por lo mismo cuando enfurecida y ciega por el recuerdo de amagos sufrimientos pasados, desahoga su rencor sobre el primero que se le pone por delante, aun cuando sean sus defensores de la víspera, es disculpable, y lo es porque obra impulsada por las fuerzas de determinismos pasionales nacidos de la ignorancia en que se la mantuvo. Los peores sedimentos acumulados en el fondo del alma del pueblo por la vida de humillaciones que ha llevado, emergen entonces, cubren la superficie con sus virulencias, y de las víctimas que la multitud enfurecida cause, hemos de considerarla irresponsable.

El brazo que en aquellos momentos se agita amenazador no lo armó ninguna colectividad política o social, sino la fermentación de las pasiones que el odio y la tiranía acumularan en los individuos. Si antes no desahogaron su furor, fué porque la fuerza colectiva del Poder contenía ese instante de brutal clarividencia.

Pero estalla la revolución, y entonces el individuo quiere cobrarse de todos los agravios que durante años soportara.

Al referirnos a un país como Rusia, donde la ignorancia del pueblo estaba tan extendida, donde el odio y la venganza habían sido bien alimentados por la tiranía del zarismo y de las clases dominantes, cabe preguntarse si eran evitables las crueldades y las violencias de quienes no habían encontrado en su camino otro trato que el de torturas y arbitrariedades físicas y morales.

No hay que contar con la sinceridad de esas exhortaciones a la paz y al orden de que retóricamente tan pródigas se muestran las clases capitalistas.

Cuando sus privilegios están amenazados por las

reivindicaciones populares, se defienden como pueden. Nos hablan, sí, del respeto que todos debemos tener a la persona del prójimo y a sus intereses; pero se olvidan decirnos que ellos lo pierden cuando sospechan que sus prerrogativas están amenazadas. Y si esto ocurre con las clases "modelo", con las clases que se dicen cultas y ponderadas, ¿cómo extrañarse que el pueblo ruso, ignorante, inculto, embrutecido, no se aprovechara un momento de su fuerza y diera rienda suelta a sus odios?

Predicar es cosa relativamente fácil. Exhortar a los demás no exige otro esfuerzo que el de un poco de sentido común. Ajustar los propios actos a las palabras, obrar como se aconseja, enseñar practicando, es algo ya más difícil. Y éste es el caso de que se trata al hablar de las violencias y crueldades que pudieron cometerse en nombre de la revolución rusa.

Pidamos ponderación, ecuanimidad, nobleza y olvido al pueblo ruso. Pidámosle olvide sus ofensas y agravios. Pero ¿puede ser? Si quienes por su educación y superioridad de condiciones no saben olvidar, y si cuando la amenaza que han sentido es pasada, descienden hasta el crimen más repugnante a pretexto de dar ejemplo que recuerde a los demás los respetos que se les deben, sería cándido e infantil pedir a un pueblo en armas, a una multitud victoriosa y apasionada por el triunfo que algún acto reprobable por ella cometido no venga a empequeñecer la magnitud de su gesto.

Ese desbordamiento de pasiones a que una revolución victoriosa da lugar; ese deseo de libertad que de las multitudes se apodera; ese afán insaciable de hacer sentir a los poderosos de ayer el peso de sus injusticias, ¿quién es capaz de contenerlo en su justo límite?

Equivaldría a pedir que los hombres fuesen autómatas razonadores sin sangre en las venas, sin nervios, sin músculos, sin corazón.

El ciudadano que se había visto vejado, maltratado, tiranizado, como el mujik, por sus dominadores, que vió siempre a los representantes de la justicia humillarse ante el

privilegiado, que sintió la afrenta del latigazo con que el poseedor le cruzaba la cara y la ofensa y mofa de que sus gobernantes le hicieron víctima, no pudo contenerse, ni sentir generosidad, ni olvidar todos sus agravios a la hora en que la fuerza lo colocó en el plano de dominador. La venganza había de surgir, inexorablemente.

Había también el temor, el justificado temor de un retorno del pasado. Cada vez que una agitación popular había conmovido a los dominadores rusos, la sangre corrió a torrentes, las víctimas cayeron incontables, la venganza no tuvo más límite que el cansancio o el hastío de tanto crimen, y el pueblo, aleccionado por esta experiencia, comprendió lo que se le esperaba si no era duro. Más aún que al espíritu de venganza, obedeció el pueblo a la sospecha fundadísima de que si llegaba a ser vencido pagaría con creces el miedo que hizo pasar a sus expoliadores.

Las víctimas que sacrificó, las crueldades que pudo cometer, las disculpa un pasado cuyos precedentes hay que buscar en las violencias y arbitrariedades cometidas contra el pueblo.

Los avances en el camino del progreso político y social de los pueblos han tenido siempre impugnadores: unos por convicción y otros por interés. Los más peligrosos son los primeros, pues, aparte el sacrificio voluntario que hacen, siempre de admirar, queda la constancia y firmeza que ponen en su empeño. Suponer, pues, que un acontecimiento como el ruso no tuvo adversarios de esta naturaleza, sería suponer una cosa irrazonable.

Las revoluciones van siempre seguidas de una más o menos intensa y profunda reacción. Es un fenómeno natural. En Rusia la reacción fué bastante intensa. Las condiciones geográficas del país y las psicológicas de los habitantes la favorecían. La inmensidad de las estepas y la ignorancia de casi el noventa y cinco por ciento de sus habitantes, eran terreno abonable para un movimiento contrarrevolucionaria.

Cuando ésta se produce, el contenido espiritual y

progresivo de la revolución peligra, pues quienes la provocaron eran los defensores del pasado, más odioso entonces, porque ya el pueblo se atrevía a mirar las cosas cara a cara.

Las víctimas, pues, que la contrarrevolución ocasionara, das violencias y crueldades a que diera lugar, estaban en el seno de factores previstos. Cuando el pueblo ve peligrar su revolución y a hermanos suyos, obcecados o egoístas, pugnar por ahogar el movimiento libertador, se pone enfrente de ellos y la guerra civil se produce. Al estado de inquietud que surge de las incertidumbres de la lucha, se une la cólera y el enojo de verse combatidos por sus propios hermanos en esclavitud y sufrimiento. Al fragor de la lucha se reavivan las pequeñas diferencias políticas o de intereses habidas entre los habitantes del lugar, y se agrandan de repente envueltas en fanatismos.

Quedan, empero, otras víctimas. Otras crueldades y violencias que son imputables a los bolcheviques.

Son los adversarios sacrificados a la venganza política, a la doctrina de partido, y que víctimas del interés partidista, sucumbieron innecesariamente.

El procedimiento para escogerlas no puede ser más torpemente primitivo. Hay una Comisión Extraordinaria constituida; esta Comisión funciona sin intervenciones ajenas; detiene, o hace detener; interroga, procesa, juzga y condena sin derecho de apelación. Después, para dejar taxativamente justificada su obra, urde a su sabor una trama de falsedades contra su víctima, acusándola de figurar entre los elementos contrarrevolucionarios. Todos los partidos y colectividades desafectos al bolchevismo, pagan a la Comisión el sangriento tributo. De los anarquistas a los liberales no hay una sola organización política o social que no cuente numerosas víctimas inmoladas por decreto de esta Comisión Extraordinaria.

Excluyendo algunas, las menos, que por actos de violencia que cometieran pudieron caer bajo la ley del Talión, las demás, que son muchas, pagaron con su vida el querer mantener la libertad de su persona y de sus ideas.

Las detenciones se efectuaban casi siempre de noche, hacia la madrugada, aprovechando la hora de menos publicidad.

El detenido es presentado a la Comisión Extraordinaria, y a los dos o tres días se le juzga. Entonces se le da a conocer el motivo de su detención. La sentencia permanece secreta hasta el momento de aplicarla, que casi siempre lo es antes de transcurridas las veinticuatro horas después del fallo.

Nadie se entera siquiera de que ha sido juzgado. Sólo al día siguiente de la ejecución —pues casi todas las condenas de la Comisión Extraordinaria son a muerte— se da la noticia en el diario oficial.

El epitafio que a todos se pone es invariablemente el mismo: "fusilado por contrarrevolucionario". Alguna vez, para romper la monotonía de la nota oficial suele cambiarse la oración, y entonces se le acusa de "bandido".

El terror es tan intenso, que nadie vive tranquilo ni seguro. Una delación, cualquier incidente, una sospecha no más, bastan. Si en los antecedentes del detenido, figura el haber pertenecido durante el zarismo a un partido político cualquiera: socialista revolucionario, social demócrata, maximilista, cadete o anarquista y se le condena sólo a varios años de trabajos forzados, puede darse por feliz. Así han impuesto el terror los bolcheviques y diezmado cruelmente a los partidos políticos de Rusia.

Cohonestar la conducta que han seguido para con los demás partidos y la razón en que la fundaban no ha podido hacerse; ha sido demasiado sangrienta e injustificada, demasiado cruel y parcial. Es al adentrarnos en el examen de las violencias y crueldades bolcheviques para con los demás partidos, cuando vemos la obra nefasta de la dictadura del proletariado, el fin para que ha servido y el engaño con que la han sabido adornar.

Las revoluciones no se hacen sin violencias. Desgraciadamente es cierto. El choque entre las fuerzas qué pugnan por emerger a la vida y las que se oponen es inevitable. Pero es humano limitarlas, no ir más allá de lo

que las necesidades exijan. Ya sabemos que la burguesía no es generosa, como no lo es ninguna clase ni casta dominadora. Lo está probando actualmente en todo el mundo. Pero, si nosotros, partidarios decididos de la justicia y de la equidad social, flageladores y acusadores de la burguesía por sus vicios, crueldades y torturas, no somos capaces de colocarnos en un plano de superioridad, de aventajarla en generosidad y humanismo, de superarla en el respeto a los hombres, aunque combatamos sus ideas, ¿para qué acusarla y hostigarla?, ¿para qué la lucha? Si ella no es generosa y nosotros tampoco lo somos ¿dónde está nuestra superioridad?

Se vive de hechos, de actos y no de palabras. La superioridad moral ha de demostrarse al plasmarla en realidades. Si no es así, no merece la pena de hablar de ella ni levantar el dedo acusador.

Si la burguesía rusa hubiese dominado el primer intento de revolución, se hubiese encenagado en el crimen y en la tortura. Es indudable. Los precedentes sobran para creerlo, y 1905 es uno de ellos. Pero ésta no es razón que justifique lo que los bolcheviques han hecho, como se pretende. En tal caso, habríamos de decir que obraba legítimamente esclavizando, tiranizando y asesinando al pueblo. Así se cobraba de lo que había de pagar.

Si los probados actos de unos, han de justificar los de otros, el absurdo triunfa y la razón se obscurece.

Hay un hecho: la Revolución; y una consecuencia: las crueldades y violencias, en su nombre cometidas.

¿Violenta la revolución las conciencias y los individuos?; ¿causa víctimas? Nadie lo pone en duda; nadie lo discute, ni niega. La revolución es un parto doloroso. Mas, no es lo mismo disculpar las víctimas que produce un cataclismo social que disculpar las víctimas que causa un partido político, sólo por el deseo de apoderarse de la revolución y sojuzgar desde el Poder. Aquí ya no es el interés de la revolución quien sacrifica; es el del partido. No deben, pues, confundirse.

Hemos querido, por apurar todos los razonamientos de

descargo, buscar a estas violencias de partido una disculpa. Nos hemos resistido a creer que la metódica y fría manera con que en Rusia se sacrificaba a los adversarios políticos, la personificara exclusivamente el frío interés de partido. Y a vuelta de razonamientos, sólo les hemos hallado justificación en la crueldad que a nuestro ver subsiste en el fondo de algunos pueblos de raza asiática. Los bolcheviques rechazan este punto de vista con groseros epítetos, pero desgraciadamente se olvidan de refutarlo con razones convincentes.

La cultura europea u occidental, si ha llegado a influenciar a los pueblos de origen asiático, no ha sido lo suficiente para destruir en ella las reminiscencias que aún le restan de su origen.

El concepto que del respeto a la vida del individuo se tiene generalmente en Rusia, es muy distinto del que tenemos nosotros. Lo que en nosotros es pasajero, en ellos es permanente. Con más o menos intensidad, pero es permanente. Existe, pues, la diferencia.

No haremos de esto una doctrina justificativa en absoluto, porque no debe hacerse; pero con ella se comprenden hechos que de otro modo resultarían incomprensibles, si no los atribuyésemos a morbosidades educativas y raciales.

La Tcheka, esa institución famosa en el mundo por sus crueldades, ¿quién puede afirmar que sirviera la revolución y no a los bolcheviques? Esta famosa policía en nada se diferencia ya, si exceptuamos su mayor crueldad, de las policías que en todos los países sirven los intereses del Estado.

Se desfigura su misión aduciendo servicios en interés del país, pero lo cierto es que sirve los intereses de quien gobierna, porque es quien manda y quien paga.

Las crueldades que la Tcheka ha cometido en Rusia, no habrá nadie que pretenda cargarlas en el haber de la revolución, ya que sería tanto como falsear los hechos en beneficio de los bolcheviques. Ellos la fundaron, ellos la dieron vida, ellos la invistieron de poderes extraordinarios,

casi indiscutibles y ellos, en suma, la han utilizado para exterminar a quien les estorbase. De las violencias y crueldades que haya cometido, ¿quién es responsable?

El interés del partido, es el de la revolución, y al servirnos a nosotros, se la sirve a ella —alegarán los bolcheviques—. Esto es lo que falta demostrar. Bastantes más pruebas se han dado que demuestran todo lo contrario. Quien leyere sin prejuicios, sin prevenciones, sin la preocupación del dogma de partido o de clase, cuanto sobre la revolución se ha escrito, convendrá que la demostración es clara e incuestionable.

Los intereses del partido bolchevique ruso son unos, y otros los del pueblo. Los de éste se sintetizan en la revolución, de la que la Tcheka se convierte en enemigas. Esta sirve la política del partido, y cuantas crueldades cometa sobre las personas o las cosas, las comete en beneficio del partido y no en el de la revolución. Dar otro giro a esta cuestión, buscarle justificantes que la lógica rechaza, no es incumbencia de la crítica imparcial y recta.

Nosotros fuimos testigos de la angustia de una familia, uno de cuyos miembros acababa de caer en manos de la Tcheka. Reflejar la zozobra y la inquietud de aquellas gentes ante la inesperada noticia, sería tanto como escribir una página torturadora. La preocupación de aquella familia era saber la hora del entierro. Institución a quien el pueblo tanto teme y aborrece, ¿le confiará la salvaguardia de sus intereses? En cambio, un partido político cualquiera, puede hacerlo, ya que, modelándola a su antojo, hará de ella un colaborador apreciado en la obra de sojuzgar y tiranizar al pueblo.

Las instituciones policíacas han tenido siempre la misma misión. Es algo congénita a su naturaleza, su misma razón de ser. Sirvieron ayer a los reyes absolutos contra el pueblo, como sirven a la burguesía y a los bolcheviques. El velar por las instituciones y por el Estado, es su función concreta. Si para ello es preciso llegar al crimen, el crimen se comete; si hay que mentir, se miente; si hay que deshonrar al adversario, se le deshonra.

El terror es el arma que los dominadores han esgrimido siempre contra el pueblo. Dolorosamente hemos de constatar que los bolcheviques rusos no han sabido escapar a esa regla. Y todo, ¿para qué? Para imponer silencio a sus adversarios. Lo impusieron también los bolcheviques a los que no lo eran, salvo considerar adversarios a quienes deseaban más amplias perspectivas a la Revolución. Después de imponer ese silencio de muerte, los bolcheviques no han sabido dar al pueblo, no ya la libertad apetecida, pues que se mostraron en todo momento contrarios a ella, sino la satisfacción de las necesidades más perentorias en nombre de las cuales se impuso la política de las violencias.

Su criterio cerrado y anguloso, tanto en las cuestiones morales como en las materiales, condujo a los bolcheviques a un callejón sin salida. Y no sólo se enajenaron las simpatías y el respeto de la gran mayoría, no comunista o propia a ceder, sino que provocan la resistencia pasiva del pueblo a cuantas disposiciones tomaran o quisieron tomar. La violencia comunista surge entonces más encarnizada. La han querido atenuar haciendo creer que el terror fué nada más una consecuencia de esa resistencia, provocada, como es lo cierto, con su centralización, sus medidas disciplinarias y draconianas, y, sobre todo con sus tendencias liberticidas.

No sirve alegar en disculpa de las violencias la miseria a que la revolución dió lugar. Aun cuando hubiesen logrado satisfacer las necesidades más inaplazables del pueblo, habría éste rechazado el ensayo de un comunismo de Estado en oposición a la tendencia de libertad instintiva que sentía. Por eso, la lucha era inevitable.

El ensayo de una política en pugna con las corrientes étnicas, psicológicas y temperamentales de un pueblo, no pueden conducir sino a una situación de fuerza, de violencias incontrastables, de dominio tiránico, caso del bolchevismo al asumir el Poder en Rusia.

Violentaron las conciencias primero, y como hubo resistencia, violentaron después a los individuos y

exterminaron a los que no quisieron doblegarse.

Y si para lograr este objetivo se invocaba la revolución, la invocación era falsa, pues lo único que perseguían era el triunfo definitivo del partido, al que se sacrificó todo: personas, colectividades y la revolución, de cuyo seno salieron los mismos victimarios.

¿Marxistas?

¿Son, efectivamente, marxistas los bolcheviques? Esta pregunta, a la que no podemos contestar categóricamente, interesa, al posar la mirada en la revolución rusa, por la intervención que los bolcheviques han tenido en ella.

Ellos dicen y repiten que lo son, queriendo acallar las voces que se han dejado oír, negándolo. Tan marxistas se presentan, que se denominan marxistas puros; los únicos defensores de la pura ortodoxia marxista.

Ahora bien; si los bolcheviques no son marxistas como públicamente se viene repitiendo, ¿qué son?

No puede negarse que pertenecen ala gran familia del socialismo, que representa una de sus ramas y uno de sus matices. En la política por ellos seguida en Rusia hay orientaciones marxistas, y si no puede considerárseles como a tales, habrá de buscarse una nueva clasificación que los distinga.

Aparte la cuestión de averiguar si son o no son marxistas ortodoxos, los bolcheviques han seguido en Rusia una política de acuerdo con las directrices que señala el marxismo a todos sus partidarios.

Sin embargo, cabe hagamos una salvedad muy importante: los bolcheviques comienzan a crearse una adjetivación propia, a querer establecer escuela, a separarse de la de origen. Hasta ahora no han dejado de llamarse marxistas; pero simultáneamente a esta calificación comienzan a aplicarse la de leninistas. ¿Por qué? Si son marxistas, no tienen por qué llamarse leninistas, y si son leninistas, es porque quieren dejar de ser marxistas. Sería pueril querer ser las dos cosas a la vez.

No pretendemos descubrir nada extraordinario al señalar esta desviación, que muy bien pudiera ser el principio de una evolución poco en concordancia con la política seguida por los bolcheviques hasta el presente.

De todos modos y en previsión de lo que pueda darnos el futuro, debemos preguntarnos: ¿qué es el leninismo?, ¿en qué puede diferenciarse del marxismo?

Sinceramente hablando no sabríamos apreciar diferencias fundamentales entre el marxismo y el leninismo, y creemos que en la novísima calificación que a sí mismos se dan los bolcheviques, hay más afán de singularizarse que ninguna otra cosa.

Si hemos de estudiar el leninismo a través de la política que han seguido en Rusia los bolcheviques, la diferencia que lo separa del marxismo no es apreciable, casi no puede establecerse. En la organización económica y política del país han adoptado los principios que preconizara Marx en sus obras. Las únicas diferencias son acerca de la dictadura y del parlamentarismo. En la apreciación que generalmente se ha hecho de la obra de Marx, la coincidencia de que el marxismo es una doctrina democrática ha quedado categóricamente establecida. Y si los bolcheviques han negado esta coincidencia, se debe más a una necesidad política circunstancial que a un principio teórico y doctrinal. Al tratar de los errores políticos de los bolcheviques ya apuntábamos esta cuestión. Más por necesidad que por convicción se declararon antiparlamentarios, y después, fuese por lo que fuese, siguieron demostrando su aversión al parlamentarismo.

En cuanto a la dictadura del proletariado, caballo de batalla y origen de la escisión en el marxismo, los bolcheviques afirman que Marx la preconizó como una necesidad para que el proletariado se afirmara como clase dominante. Los demás marxistas lo niegan y sostienen que Marx habló de la dictadura del proletariado circunstancialmente y como acción muy secundaria en la obra a realizar por el socialismo de Estado, una vez hubiese llegado al Poder.

En cuanto al resto programático e ideológico del marxismo y del leninismo no sabemos apreciar la diferencia. Ambas tendencias aspiran a la conquista del Estado en nombre del proletariado para erigir a éste en

“clase dominante”; ambas tendencias quieren llegar al Poder para realizar desde él su política, que llaman política de clase trabajadora, y ambas quieren gobernar para hacer la felicidad del pueblo.

Las normas políticas que unos y otros preconizan tampoco se diferencian. Centralización y disciplina. Unidad absoluta en los procedimientos y obediencia ciega al Poder. El Poder vigilará, incansable, por el individuo, al cual no deben preocuparle el cómo y el por qué de las cosas, sino obedecer dócil y ciegamente.

En lo económico también coinciden. La nacionalización de todas las riquezas, tanto las naturales como las debidas al esfuerzo creador del hombre, figura en los respectivos programas.

Los marxistas, como los leninistas, afirman que sus principios económicos tienden a la socialización de la riqueza, aun cuando el concepto que ellos tienen de la socialización, sea un concepto erróneo.

Socializar la riqueza es ponerla en manos de todos, para que dispongan de ella como sus necesidades lo aconsejen. Socializar es dejar a la iniciativa del individuo o de la colectividad, que libremente organice y distribuya la producción.

Pero si esta iniciativa y esta libertad no existen y, en cambio, existe un Estado que regula tanto la producción como la distribución, y a las normas que el Estado establezca ha de someterse el individuo, no sabemos ver la socialización de que se nos había, y sí la nacionalización, que no es lo mismo.

Para quien no tenga interés en establecer las diferencias, no pequeñas, por cierto, que hay entre un sistema y el otro, parecerá nuestra meticulosa prevención más bien un juego de palabras que no la existencia de una cuestión interesantísima. Sin embargo, no es así. Es tan notoria la diferencia, que mientras con la socialización un pueblo de esclavos se hace libre, con la nacionalización un pueblo de hombres libres se hace esclavo. La socialización contiene en potencia los gérmenes de la fraternidad

humana, la nacionalización, presta arraigo al mantenimiento de clases.

Las diferencias que hay entre unos y otros son secundarias, no de principios: son más de forma que de fondo, extrínsecas que no intrínsecas.

Su ideal es estatificar todas las actividades humanas; desde la más sencilla a la más compleja: desde la que sirve a satisfacer necesidades materiales a la que satisface las morales; desde la que tiene un valor secundario hasta la que lo tenga más apreciable. Este es su ideal.

La política que los bolcheviques han seguido en Rusia está de acuerdo con los principios marxistas. Se les puede reprochar haber establecido la dictadura del proletariado; pero nada más. En cuanto a los Soviets, son una organización eminentemente democrática, siempre que como a democracia aceptemos el gobierno del pueblo por el pueblo, en la acepción política de este concepto. El que los bolcheviques hayan corrompido y desnaturalizado la institución mediante las intrigas y el terror, no desmiente su origen esencialmente popular y la intervención directa que sirviéndose de ellos tendrá el pueblo en la resolución de los problemas que se le planteen.

También podríamos hablar de cómo conciben unos y otros la conquista del Poder. Los primeros dicen que no conseguirán las clases proletarias la conquista del Estado si no es revolucionariamente; con el voto, mediante leyes y obteniendo la mayoría en los Parlamentos, Municipios y demás instituciones políticas, los segundos. Pero ésta es una diferencia de procedimientos, no de principios. Una vez en el Poder, ya lleguen por la revolución o por el voto, unos y otros harán una política de acuerdo con sus teorías sobre el Estado.

Sin embargo, tomando al marxismo como la teoría que aspira a la conquista del Poder para que la clase trabajadora se erija en clase dominante e imponga sus ideas, tan marxistas son los que quieren conquistar el Poder con el voto, como los que quieren hacerlo por medio de la revolución. Lo fundamental es que, unos y otros, van a la

conquista del Estado para gobernar y legislar.

Efectivamente: ¿qué diferencia existe entre el criterio de Kautsky y el de Lenin? Fundamental, ninguna, aun cuando Lenin se haya empeñado en verla.

¿Qué finalidad persigue el teorizante del marxismo alemán, Kautsky? Conquistar el Estado. ¿Qué finalidad persigue el teorizante del marxismo ruso, Lenin? Conquistar el Estado. Así, pues, la dialéctica bolchevique, ¿que pretende?

Conocidos son los insultos que Lenin ha lanzado sobre Kautsky. Pero estos sarcasmos e insultos, más que a una diferencia fundamentalmente teórica entre ellos, se debe a la apreciación que cada uno tiene de cómo han de realizar el escalo del Poder.

Para Kautsky ha de hacerse evolucionando los pueblos; mediante una preparación política que los partidos socialistas deben realizar. Revolucionariamentemente, por el asalto de las masas; estableciendo la dictadura del proletariado cuando éste sea triunfante, para Lenin.

La importancia de esta diferente concepción actuante de los jefes socialistas es apreciable hasta cierto punto, pero conviene no exagerarla demasiado extraviando a la opinión. Que sea revolucionaria o pacífica la manera de conquistar el Poder, lo cierto es que a eso aspiran, para luego imponer al pueblo su política.

Es indudable que el criterio de Lenin de cómo debe conquistarse el Estado es más realista que el de Kautsky; pero esto nada tiene que ver con la política a seguir una vez conquistado. Y si no, veamos.

El criterio de Lenin triunfa. Llega al Poder y gobierna. ¿Cómo lo ha hecho? Si exceptuamos la dictadura, lo mismo que Kautsky preconiza. Y aún no estamos del todo de acuerdo con la excepción que establecemos. En condiciones bastante más ventajosas que los bolcheviques en Rusia, han gobernado los socialistas demócratas en Alemania, y en ciertos períodos la política represiva alemana se ha diferenciado muy poco de la rusa.

La dictadura del proletariado y el que los bolcheviques

hayan forzosamente aceptado una postura antiparlamentaria, no son diferencias suficientes a mantener la división entre kautskystas y leninistas, pues aun cuando los bolcheviques han querido presentarlas como tales, obedeció más a necesidad política que a convicción. Cuando el amargor de las pasionales y enconadas discusiones haya desaparecido y la evolución política que los bolcheviques están realizando alcance la plenitud, se verá cómo, aparte las innovaciones que la revolución haya introducido en la estructura del Estado, a la que los bolcheviques han debido plegarse, como se plegarán también los socialistas, los aparentemente adversarios, hoy, tornáranse correligionarios mañana, ya que los une una misma finalidad ideológica: la conquista del Estado.

Así, pues, la filiación marxista de los bolcheviques no puede ponerse en duda. Que den al concepto de la dictadura del proletariado un valor que los otros marxistas no le dan y acaso una interpretación en la que nunca soñara el mismo Marx, no es suficiente a negarles el derecho a llamarse marxistas. Inversamente, ellos podrían considerar como no marxistas a quienes de la lucha de clases que preconizara el maestro, han hecho colaboración de clases.

Y si ateniéndonos a la interpretación parcial que de algunos extremos de la teoría de Marx ha hecho cada tendencia se negara el derecho a llamarse marxistas a quienes no coincidan en absoluto, entonces nos encontraremos con que no hay marxistas. Los bolcheviques no lo serían; pero los otros tampoco Los mismos bolcheviques, que ahora pretenden llamarse leninistas, para olvidar su verdadera filiación, obran más bajo el poder idolátrico al jefe desaparecido, que a una cuestión doctrinal. Por lo tanto, al hablar de las diferencias que separan a socialistas y leninistas, a través de ellas no creemos pueda encontrarse un fundamento doctrinal que permita establecer una separación de principios. Al contrario, lo que de éstas hay en unos y en otros, los une indefectiblemente y los clasifica en una común denominación.

Los bolcheviques, por mucho que ellos lo nieguen, son demócratas, como demócratas son los socialistas. El tiempo, que es Juez Supremo de las acciones humanas, confirmará la democracia de los bolcheviques, a pesar de sus negativas actuales. En la literatura bolchevique, al igual que en la política por ellos seguida en Rusia, hállanse atisbos de lo que afirmamos. La mejor dialéctica es la de los hechos, y a ésta dejamos el que nos desmienta.

El ruido, el griterío y las exclamaciones actuales de los bolcheviques contra la democracia, son cháchara pura, retórica de circunstancias y gatas de sorprender la buena fe de las gentes.

"¡Abajo el mundo burgués! —gritan los bolcheviques —. ¡Abajo la democracia, que es invención suya!".

Y toda esa clase media que se veía cerca del banquete de la vida, asústase con tales gritos. Y más cuando ha visto levantarse despavoridos a los que tuvieron la fortuna de llegar, masticando a dos carrillos. El pavor de éstos infundió pánico en aquéllos, y todos juntos temblaron por sus privilegios.

Pero ahora, cuando el tiempo les ha demostrado que revolucionariamente no es tan fiero el bolchevique como a sí mismo se pinta, ni como el capitalismo lo presentaba, un poco tranquilizados ya, comprenden que se asustaron sin motivos.

Nuestra convicción está, pues, arraigadísima. Para nosotros los bolcheviques son marxistas, en la interpretación más recta que pueda darse al marxismo.

Y si Marx no teorizó sobre la dictadura del proletariado —mencionándola únicamente en una de sus obras como medida secundaria muy lejos de la rígida interpretación bolchevique— es lo cierto que Marx aspiraba a la conquista del Estado. En cuanto a implantar la dictadura, de haberse encontrado Marx en plena revolución, nada hace suponer que la sistematizara hasta el extremo que lo han hecho sus discípulos. De todos modos, Marx preconizaba la conquista del Estado, y éste, para sostenerse, necesita el recurso de la fuerza.

Insistimos, no obstante, en que los bolcheviques propenden a la democracia, y que la dictadura del proletariado fué para ellos una necesidad circunstancial, en la que persisten por un eslabonamiento de errores.

Además, coloquémonos en un plano objetivo y veremos que los socialistas del resto del mundo, pero sobre todo los alemanes, que fueron los primeros en atacar a los bolcheviques, olvidaron las circunstancias de lugar en que éstos actuaban.

Alemania, en su mínima revolución, pudo tratar con la burguesía. No sólo trató, sino que fué la misma burguesía quien entregó el Poder a los socialistas por ver en ellos la única fuerza capaz de contener a las masas desbordadas. El partido socialista alemán gozaba de una beligerancia política en la que los rusos no podían ni soñar. Y si por éstas y otras causas pudieron contener al pueblo y asegurar rápidamente después de la revolución el funcionamiento del Estado sin recurrir a la dictadura del partido, no pueden hacer un ejemplo de ésta, su conducta, ya que la favorecía las condiciones ambientales.

Otra circunstancia que les favoreció fué que el pueblo no intentara entrar en posesión de la riqueza, en subvertir ningún principio fundamental. Se contentó con una revolución semioficial, con cambiar las personas que representaban al Estado, conservando casi totalmente la estructura que en el régimen anterior tenía. La misma tendencia nacionalizadora de la riqueza que podía haber contribuído a estructurar un nuevo estado, se acusó tan débilmente en el pueblo alemán, que bastó la promesa de llegar a ella por etapas para que se contentara.

Los socialistas alemanes no tuvieron necesidad de recurrir a la dictadura para imponerse, y no fué en ellos ninguna virtud doctrinal, porque no hubo que reprimir la acción del pueblo. Ninguna circunstancia les obligó a emplearla.

El caso para los bolcheviques no es el mismo. Cuando llegan al Poder se hallan ante un pueblo que, no sólo ha nacionalizado las riquezas, sino que ha hecho mucho más:

las ha socializado. Ha repartido la tierra, ha entregado las fábricas a los obreros que en ellas trabajan, ha desposeído a todos los propietarios y se prepara a avanzar más todavía.

Los bolcheviques, al igual que todos los demás partidos políticos en Rusia, no habían sido jamás tolerados por el zarismo, y hubieron de perseguir la destrucción de este régimen, hasta el fin.

Otra cuestión muy interesante se les planteaba: no eran el partido más numeroso ni el mejor organizado; ni siquiera el mejor definido en ideas. Separados de los mencheviques, marxistas como ellos, pero reformistas, que querían llegar al Poder por el triunfo de las mayorías en las luchas electorales, aun cuando no desdeñaran del todo los métodos revolucionarios, los bolcheviques defendían el principio de la conquista del Estado por la revolución. Llegados al Gobierno, a quien primero encontraron frente a ellos fué a sus propios compañeros, que menos audaces en las horas decisivas dejaron escapar la ocasión. Entonces se les plantea la situación en toda su crudeza: vencer, aunque para ello deba recurrirse a las mayores abominaciones.

Si hubieran tenido la posibilidad de vencer en las urnas, es muy probable que los bolcheviques habrían acudido a ellas; pero estaban convencidos anticipadamente de la ineficacia de este procedimiento. A partir de este momento, necesitan justificar su actitud, y esto es lo que no supieron o no quisieron disculpar a los bolcheviques los socialistas alemanes.

Faltó la comprensión del primer momento. Después, ya se sabe; cuando se ha soltado la piedra de la honda hay que preparar la segunda y atenerse a las resultancias de la situación determinada.

Los bolcheviques no podían orientar la revolución en el sentido que lo hicieron los alemanes. Ni la psicología de las masas, ni las condiciones étnicas del país, ni las aspiraciones del pueblo se prestaban a ello. Y para triunfar habían de adaptarse a estos determinismos.

También creemos que en la cruzada de unos marxistas contra otros, juegan preponderante papel las antipatías

personales. Lenin y Kautsky se odiaban La tendencia marcadamente colaboracionista de éste chocaba con el temperamento dogmático de aquél. En diversos congresos internacionales se habían encontrado y combatido encarnizadamente.

Más que a cuestiones doctrinales se debían sus divergencias a una intransigencia de temperamentos repelentes.

El marxismo de los corifeos efervescía en este ambiente.

Lo innegable, en fin, es que en Rusia se ha ensayado por los bolcheviques la instauración de un Estado, en concordancia con las teorías del autor de “El Capital”.

Marxistas o no, los bolcheviques han intentado un ensayo de marxismo. Y esto es lo interesante para el estudio de la evolución política y social de la Rusia revolucionaria.

¿Comunistas?

Comenzábamos el capítulo anterior preguntando si los bolcheviques eran marxistas. La pregunta brota espontánea de la pluma ante las manifestaciones contradictorias en que se les ha cogido.

Nos hemos hallado, al comenzar éste, en el mismo caso que al comenzar el anterior. Los bolcheviques se han llamado y siguen llamándose comunistas. ¿Lo son? He aquí la cuestión que se plantea.

Si el que un partido o una colectividad se clasifique detuviera la crítica, no cabe duda que los bolcheviques podrían llamarse comunistas, como otra cosa cualquiera. Pero si a la calificación han de unirse las acciones que la acrediten, entonces la crítica que se estime ha de poner en tela de juicio el "comunismo bolchevique".

El concepto que del comunismo se tiene hoy día, ha superado ya las fórmulas cuartelarias o conventuales, cuando no utópicas, o bien ancestrales, en que hasta ahora se le había encerrado.

El comunismo es ya una teoría bastante bien definida, un cuerpo de doctrina que exige condiciones ambientales determinadas para su realización; es empieza a ser el ideal futuro de las clases trabajadoras en el camino de ascensión y de progreso que ellas mismas se han trazado.

Hablar, pues, de comunismo a estas alturas, llamarse comunista como lo han hecho los bolcheviques; decir que van a realizar el comunismo y que son comunistas, entraña una responsabilidad y un compromiso del que seguramente no midieron el alcance ni la trascendencia.

Los bolcheviques, para llamarse comunistas, se han atenido, sin duda, al título que dieron al "Manifiesto Comunista" Marx y Engels; pero aparte de que en aquel documento no se define concretamente lo que entendían por comunismo quienes lo escribieron, nadie ignora ya que

el concepto que del comunismo se tenía entonces, ha variado considerablemente.

El comunismo no es hoy un concepto vago, abstracto, casi metafísico, como lo era entonces; es algo definido, concreto, real, formando cuerpo de doctrina y metodizado en fórmulas que se creen factibles y hacederas. Es la síntesis de concreciones doctrinales económicas, que después de haber pasado por todas las escuelas político-sociales y por todos los tamices ideológicos, ha venido a condensarse en una fórmula orgánica de convivencia social.

Entiéndese por comunismo una organización económica basada en la más amplia y plena libertad individual, sin más restricciones que las que la sociabilidad imponga. Donde las reglas que para el trabajo se acuerden obedezcan al mismo principio de libertad y de las que pueda separarse el individuo cuando quiera y no le acomoden. (No se interprete esta libertad en el sentido de que el individuo pueda convertirse en parásito de los demás; es libre de separarse de un grupo cuando así lo crea pertinente; pero sólo, o en otro grupo, como mejor le acomode, vendrá obligado a producir lo que para subsistir necesite).

A cambio de la ineludible obligación de producir o de prestar un servicio útil a la colectividad, el individuo tendrá derecho al usufructo de todo cuanto la cultura, el progreso y la civilización ponga al alcance del hombre.

Libres de toda autoridad exterior, de toda disciplina externa, pero no de la propia, de la que nace de la conciencia del mismo individuo y del respeto que todos debemos a la persona del prójimo, los hombres instaurarán el comunismo como consecuencia ineludible de la evolución política y social de los pueblos, federados libremente entre sí.

La fórmula que mejor sintetiza el comunismo, es la que debemos a Saint Simón, cuando dijo: “de cada uno según sus fuerzas; y a cada uno según sus necesidades”. Esto es el comunismo, y así lo interpretan actualmente las clases trabajadoras.

La misma simplicidad de la fórmula sansimoniana y de que se considere contrario a una posible realización comunista la existencia del Estado o de cualquiera otra forma de autoridad codificada, ha hecho que se tilde al comunismo de utopía, de algo irrealizable; más bien como el retorno a un estado de vida primitivo, muy próximo al trogloditismo.

Sin embargo, a través de las censuras más o menos bien intencionadas; de los sarcasmos o mofas con que la persistente propaganda del comunismo ha sido acogida, hasta los más reacios a comprenderlo y aceptarlo, empiezan por hacer concesiones y declarar que, en un estado de cultura superior, sería posible su implantación.

Ahora bien; analizando y sintetizando la obra política y económica de los bolcheviques, pero sobre todo la económica, ¿puede considerársela comunista? ¿Qué hay en ellos que pueda inducirnos a considerarlos como comunistas?

Hemos dicho ya que el comunismo precisa condiciones ambientales que no se dan en todo momento y que no es compatible con determinadas organizaciones políticas. El régimen instaurado en Rusia por los bolcheviques, ¿es compatible con el comunismo? ¿Son, pueden ser comunistas, juzgando por lo que han hecho?

Dentro de una organización social donde el Estado lo es todo y el individuo no es nada; donde la libertad y la iniciativa individual quedan cohibidas, combatidas, anuladas; donde la superestructura del Estado lo abarca todo y cuya voluntad se impone soberana, ¿es realizable el comunismo? La fórmula sansimoniana ¿es hacedera, practicable, posible?

Es lastimoso que tengamos que contribuir a la desilusión de algunas mentes animadas de generosos impulsos; pero como la verdad es antes que todo, a la verdad hemos de rendir culto llamando a las cosas por su nombre. Y a lo que se ha hecho en Rusia nosotros no podemos llamarlo comunismo.

No sólo no existe en la Rusia sovietista el comunismo,

sino que con la política seguida por los bolcheviques, con sus desplazadas tendencias económicas, con la estructura que han dado al Estado y a las relaciones de este para con el individuo, no hay comunismo posible. En vez de aproximarse a su realización, se alejan de él más y más cada día. La fórmula sansimoniana ha sido preterida y se ha propagado: "de cada uno según su esfuerzo personal para el Partido; a cada uno según el trabajo valorado por el Partido".

Cuando no trabaje, cuando la escasez de la demanda lo expulse de la fábrica, habrá de mendigar, al igual que en los países de tipo capitalista, el socorro del Estado, amargo siempre porque no representa la retribución a un esfuerzo, sino la limosna o el favor. ¿Dónde está, pues, el comunismo?

Una organización social donde el individuo no sea el único determinante de sus actos, donde la coacción moral de la convivencia social no los influya y esté más bien determinado e influido por el Estado, por una autoridad que no nace del individuo en sí, no tiene, en absoluto, nada de comunista. Y este es el caso de Rusia.

En la fábrica el obrero está sometido a una reglamentación confeccionada sin su consentimiento. Y aun contra su voluntad. Hay una dirección que ordena, manda y dispone el trabajo sin que al obrero le quede el recurso de oponer objeciones; el salario no es tampoco el obrero quien lo establece de acuerdo con la dirección. ¿Dónde está, pues, repetimos, el comunismo? El hecho mismo de que se perciba un salario, de que se estipule una remuneración determinada por la jornada, niega rotundamente el comunismo.

No lo niega menos lo que se ha hecho en el campo, las condiciones en que la tierra se trabaja.

Donde no ha sido parcelada y repartida —procedimiento anticomunista— concediendo a cada individuo el derecho a cultivar en usufructo una extensión determinada, que es casi la totalidad, más del noventa y nueve por ciento de la tierra cultivable en Rusia, en la

demás, que son los llamados dominios Comunistas y que pertenecen al Estado, cualquier nombre puede dársele, menos el de Comunistas.

La organización y funcionamiento lo demuestra. El Dominio pertenece en propiedad al Estado. La ordenación interior la hace el Estado. Nombra los directores y peritos agrónomos que han de dirigirlo, y el obrero es admitido a trabajar a cambio de la ración y de una retribución mensual. Hay obreros permanentes y temporeros. Unos y otros pueden ser despedidos cuando la dirección crea que no cumplen o no los necesita. ¿Es esto comunismo? Esto no es comunismo ni nada que se le parezca.

El agricultor que trabaja por su cuenta, al que le tocó la tierra en el reparto, tampoco obra en comunista. Trabaja la tierra y el Estado le compra toda la producción. Luego, el Estado, en su calidad de monopolizador de todas las riquezas y actividades transaccionales, vende al campesino los abonos, las semillas, el herramental y hasta los animales o útiles de labranza que necesite, a un precio que el Estado fija, sin que el campesino tenga más intervención que la de adquirente forzoso de los productos que el Estado le vende, o la de vendedor obligado para los que le compra.

Y así en todas las demás actividades humanas. Algunas, cierto es, han sufrido modificación. La asistencia médica que en los países de tipo capitalista es a expensas del enfermo, si exceptuamos los mezquinos Dispensarios y Hospitales en algunas urbes, en Rusia está establecida a cargo del Estado. Raciona y remunera a los médicos con una cantidad determinada y mensualmente. Pero en esto tampoco vemos el comunismo. A lo más hay cambio en las personas que los han de remunerar; pero nada más. Lo dicho de los médicos puede hacerse extensivo a las profesiones liberales. En realidad, lo que se ha llamado comunismo en Rusia, no es otra cosa que el monopolio de servicios por el Estado.

Creemos, por tanto, que el denominarse “comunistas” los bolcheviques, obedece a una interpretación arbitraria, forzada e inaceptable del concepto comunista. Son

comunistas, según ellos, por haber nacionalizado una gran parte de las riquezas, tanto las naturales como las creadas. Intitular a esto comunismo, alegando que el Estado, entidad suprema, sintetiza toda la vida colectiva del país, es trastrocar el valor real de los conceptos. Un Estado que adopte estos procedimientos, no llega a ser siquiera un Estado comunista.

Estado comunista, o comunismo de Estado, —es igual, pues no hay diferencia entre uno y otro— sería si se obligase a todos los componentes de un país a realizar un trabajo cualquiera y en relación con sus fuerzas físicas o sus conocimientos, y que luego, a cambio, le proporcionase lo necesario para vivir, tanto en el orden fisiológico como en el intelectual; sería si se suprimiese toda diferencia de clase o de tratamiento remunerador, considerando que, por el hecho de ser útil a la colectividad, adquiere ya el individuo el derecho a una parte equitativa y justa de lo que para su sostenimiento necesite. Un Estado que obrase así, sería un Estado comunista, practicando un comunismo de Estado o un comunismo autoritario, que es como mejor lo comprenden las gentes, ya que viene impuesto por la autoridad de quienes gobiernan.

Pero en Rusia ni esto se ha hecho. ¿Cómo considerar, pues, comunistas a los bolcheviques? ¿En qué, cómo y cuándo demuestran serlo?

Y si no son comunistas los bolcheviques, ¿qué son? A lo sumo puede considerárseles colectivistas, aceptando como colectivismo la definición que Vandervelde da en su libro: “El Colectivismo”. Si los bolcheviques la rechazan, entonces no sabremos cual será la más apropiada, ya que la de comunistas no puede aplicárseles.

Dice el socialista belga que el Estado socialista entrará en posesión de todas las riquezas del país allí donde el socialismo sea proclamado. En posesión de ellas, correrán a cargo del Estado todas las atenciones generales del país: beneficencia, hospitales, asilos, casas de maternidad, al igual que el ejército, tribunales e instituciones complementarias; se encargará de la instrucción de los

niños y demás atenciones a ella anejas; organizará la producción y cada obrero "percibirá el producto íntegro de su trabajo", exceptuando una parte que se reservará el Estado para las atenciones que están a su cargo.

La tierra y las fábricas, los campos y los talleres; la explotación de los bosques y los ríos, de las minas y los ferrocarriles todo pertenecerá al Estado, que fijará las condiciones en que el obrero habrá de trabajar. Otro tanto ocurrirá en las profesiones llamadas liberales. Todos los individuos tendrán derecho a la enseñanza superior en academias y universidades y el más inteligente será el preferido. La remuneración que cada uno percibirá estará relacionada con la profesión u oficio que tenga. Según el definidor del colectivismo, un ingeniero, por el solo hecho de serlo, ha de estar mejor retribuido que un minero. Se le considerará —contra la fórmula comunista que afirma ser tan necesario el uno como el otro— de categoría superior, y como a tal se le retribuye.

Las clases o jerarquías, como se quiera, no están determinadas por el nacimiento, ni por la herencia, ni por el dinero. Las jerarquías, dentro del colectivismo, las dará únicamente la inteligencia, la capacidad y la energía. Quien se suponga que presta mejores servicios a la colectividad, será remunerado más largamente. Esta es, sintetizada, la definición del colectivismo.

Comparada con la política que los bolcheviques han seguido en Rusia, ¿no vemos su similitud? ¿No comprende, en su "jurisdicción", a la totalidad de la obra bolchevique?

Empieza por haber en Rusia distintas categorías de salarios. Durante nuestra estada en Rusia eran treinta y seis esas categorías, que oscilaban de dos mil a cuatro mil rublos mensuales. El racionamiento también era diferente. Había las categorías A, B, C y además, las extraordinarias, que se adjudicaban a quienes desempeñaban profesiones especiales. ¿No es este un principio de jerarquías? Según la calidad del trabajo, así la retribución. A quien se cree que desempeña una función más útil, se le remunera más espléndidamente, principio en perfecto acuerdo con la

teoría colectivista.

¿Qué otra cosa que entrar en posesión de todas las riquezas del país, al nacionalizarlas, ha hecho el Estado bolchevique? También aquí hallamos la más completa concordancia entre la doctrina de Vandervelde y la política bolchevique.

El Estado bolchevique ha declarado que la instrucción era cosa privativa suya; que el niño quedaba bajo su tutela desde la escuela al cuartel. También se ha encargado de la beneficencia, de los hospitales, de los asilos. Las universidades y escuelas, sin excepción, del Estado dependen. Las fábricas, suyas son. El Estado hace la ley y paga a jueces y magistrados encargados de aplicarla. En resumen, todas las atenciones del país están a su cargo. Vende y compra, quedándose con un margen de ganancia. ¿No es esto puro colectivismo? ¿Puede negarse la similitud, la relación, la concordancia que hay entre el colectivismo de que nos habla Vandervelde y la política que los bolcheviques han seguido en Rusia?

No son comunistas los bolcheviques, son colectivistas. No han aceptado el principio que considera, ECONÓMICAMENTE, a todos los hombres en el mismo plano y con el mismo derecho a satisfacer todas sus necesidades. Para ellos hay jerarquías determinadas por la inteligencia, a las que debe considerarse, ECONÓMICAMENTE, superiores al resto de la colectividad.

El comunismo tiende a colocar a todos los hombres en igualdad de condiciones para subvenir a todas las necesidades de la vida. La diferencia con que las satisfagan unos y otros, no estará más que en la fuerza intensiva de las condiciones personales de cada una. El acceso a ellas es libre.

Cada cual sólo tomará lo que necesite. Esto es el comunismo.

El colectivismo ya hemos visto que no es así. Los fuertes por la inteligencia, triunfarán; los fuertes por los músculos, triunfarán también. Y como hay un Estado que otorga preeminencias sociales, habrá jerarquías. Los

últimos, los que estén más bajo, sufrirán las humillaciones correspondientes a su inferioridad. Esto es el colectivismo y esto es lo que los bolcheviques han instaurado, aun concediendo que les guiara otros propósitos más justicieros.

Digamos, por último, que el colectivismo está dentro de la más pura ortodoxia marxista. A pesar de que el documento que sirvió de punto de partida para el nacimiento del marxismo se titulase: "Manifiesto Comunista", ni en él, ni en cuanto escribió Marx después, hallamos una definición ni una afirmación precisa de comunismo. En la obra de Marx, como en la de sus continuadores, se ve siempre el principio de las categorías; unos están arriba, otros en medio y otros abajo. De lo que se colige que no son comunistas.

La propaganda marxista o socialista se ha distinguido siempre por sus alegorías. En ella hemos visto, y Rusia lo confirma plenamente en cuantos medios utilizó para la propaganda, al obrero intelectual guiando al manual.

Empleada esta alegoría en el sentido de que el más culto fuera el maestro del más ignorante, representaría la verdadera utilidad de la cultura y la obligación que al hombre culto le impone el serlo; pero ellos la emplean en el sentido de clase, y de clase superior dominadora, por lo que nada puede haber en ella de comunista.

Afirmamos concluyentemente que los bolcheviques no son comunistas. Son colectivistas.

¿Puede inferirse de ello que en la revolución rusa no hubiese tendencias comunistas?

* * *

Una preocupación que nos acompaña siempre que hablamos de Rusia es la de separar la obra de la revolución de la del partido bolchevique. Es una necesidad tan imprescindible hacer esta separación que, a pesar de las dificultades que ofrece, no debe abandonarse. Sólo por medio de esta directriz crítica llegamos a apreciar lo que de bueno y de malo haya en cada una de las partes y la

relación que entre la revolución y los bolcheviques haya habido. La revolución fué la obra del pueblo, de todo el pueblo, donde el matiz político de cada individuo se confundía en la obra total, y la política bolchevique es la obra de un partido que, aun confundiéndose con todos los demás en la obra revolucionaria, en el aspecto episódico de la lucha, cuando ésta hubo terminado caminó por su cuenta y razón y obró con arreglo al criterio de las ideas de sus componentes. La revolución es el resultado de todos los esfuerzos combinados, de todas las voluntades dirigidas a un mismo fin. La política bolchevique es sólo el esfuerzo y la ideología de un grupo, de una minoría. La diferencia como se ve, es bien notable: la que va desde lo real a lo ficticio, desde lo constatado a lo supuesto.

Negar la existencia de una tendencia comunista en la gran mayoría del pueblo ruso, sería negar la verdad. Por condiciones especiales del país, o por atavismo histórico; por reminiscencias primitivas superviviendo a través del barniz de la civilización que Rusia se iba dando o por falta de centros industriales; por inclinaciones naturales en el pueblo, más cerca del clan o de la tribu que de una ciudad moderna; por apego natural del campesino hacia la tierra, o por lo que fuere, lo cierto es que en el pueblo ruso la tendencia comunista no había podido desarraigar jamás, manteniéndose firme a través de cuanto hicieron por borrarla del alma eslava.

Se presenta en una forma u otra. Tan pronto avanza retadora como retrocede atemorizada; espléndida a ratos y a ratos raquítica. Nadie puede, sin embargo, negar el sentimiento comunista de la masa rusa. Lo hayamos esbozado en su literatura, en las descripciones de los viajeros que han cruzado Rusia, en los relatos de sus costumbres, en todo cuanto va impregnado del espíritu del pueblo. El comunismo, en Rusia, es algo congénito a la psicología de los habitantes del país.

¿Qué es el “Mir” y qué el “Artel”? Dos manifestaciones clarísimas de esa tendencia.

El “Mir” y el “Artel” son verdaderas instituciones

populares, nacidas en el seno del pueblo y desarrolladas al calor y al amparo que él les prestó. Sus orígenes se pierden en los comienzos de la historia, siempre recogiendo la misma tendencia hacia una organización del trabajo donde el esfuerzo en común fuese el común denominador.

La autocracia dominante en Rusia antes de la revolución hizo cuanto pudo por ahogar ese anhelo, por extinguirlo definitivamente; pero no lo consiguió. Superior a la fuerza de los poderosos, retoñaba siempre.

Por conveniencias políticas, las clases dominantes no fomentaron la cultura popular. Beneficiándose, por no despertar en el pueblo ansias de mejoramiento, se perjudicaron por otro lado, pues persistiendo en el pensamiento colectivo las primitivas condiciones de trabajo, dejaron latente el deseo de retorno a una vida más en armonía con el esfuerzo del hombre. No quisieron darle la sensación de un pueblo con derechos; pero tampoco pudieron ahogar sus instintos. Con la horca apagaron el resplandor político; más no pudieron, a pesar de todos los esfuerzos, extinguir las refulgencias justicieras. Aniquilaron todo esfuerzo de libertad, y no pudieron hacer otro tanto con las ansias económicas. La burguesía rusa, menos hábil o más orgullosa que la de otros países, no quiso descender hasta el pueblo y darle siquiera una caricatura de libertad y de democracia a bajo precio; pero al dejar en el pueblo latentes sus instintos, estos le recordaron vagamente cada día que trabajando todos y en común, la vida sería más fácil y más llevadera. Y por eso, a cada ocasión que se presentaba, emergía arrogante el instinto popular y se manifestaba en la forma más adecuada a las circunstancias del momento.

La tendencia comunista rusa nace de esa misma esclavitud a que se sometió al pueblo. Limitado el campo de sus ideas a no ocuparse sino del trabajo, el campesino ruso tenía siempre presente los métodos primitivos de sus antepasados, que luego él adaptaba a las condiciones presentes cuando una disyuntiva cualquiera le deparaba la ocasión propicia.

Por eso, el “Mir” y el “Artel” no son arrastrados en la corriente de violencias y arbitrariedades de las clases dominantes rusas contra las multitudes esclavizadas.

Algo apartado culturalmente de la civilización occidental, que con sus espejismos y oropeles embauca a las multitudes haciéndoles creer en un bienestar económico que no gozan y en una libertad que no disfrutan, el campesino ruso conservó las ideas de su tradición respecto al trabajo en común. Aferrado a ellas, procuró instaurarlas cuando al hacer la revolución se creyó victorioso y dueño en absoluto de sus destinos.

El comunismo del pueblo después de la revolución, fué una realidad innegable que ni los mismos bolcheviques pueden olvidar, pues allí donde las disposiciones oficiales no se interpusieron, tuvo un principio práctico de aplicación.

En las fábricas, los trabajadores, después que hubieron expulsado al patrono, nombraron una comisión que administrara y dirigiera la producción le la fábrica, estableciendo el racionamiento por las necesidades y no según las categorías. Los salarios, en cambio, siguieron igual que antes. De acuerdo los obreros, tanto los técnicos como los manuales, fijaban los salarios que cada uno debía percibir, regulándolos por la capacidad y no por las necesidades.

El sistema es imperfecto, adolece de bastantes vicios, es cierto; ¿pero no es superior, se le juzgue desde el punto de vista que se quiera, al sistema capitalista y no tiene, además, una marcada tendencia comunista? Hemos dicho ya que el comunismo no es esa teoría de la igualdad absoluta con que se ha querido alucinar a las gentes crédulas y confiadas. El creer que todos dispondrán de una igual cantidad de productos y de ropas, sin tener en cuenta la mayor o menor apetencia de los estómagos ni la talla de los individuos, es soñar con un comunismo de cretinos. El verdadero concepto comunista, el concepto científico, filosófico y libertario, “es el colocar a todos los seres humanos en igualdad de condiciones para satisfacer todas

sus necesidades". La igualdad no estriba en que todos tengan un pan y un kilo de carne, sino en que quien necesite un kilo de carne y un pan los tenga, lo mismo que el que necesite dos o más. El verdadero concepto de igualdad es el que a cada cual no le falte lo necesario. Lo hecho en las fábricas por los obreros se acerca, sin duda, a este ideal del comunismo.

Instintivamente comprenden que la producción de todos, acumulada, cubrirá aproximadamente las necesidades de los componentes del grupo, y a partir de entonces no se preocupan ya de lo que a cada cual corresponda en equivalencia de su trabajo, sino en las necesidades que tenga, con arreglo a las cuales se le remunera. El racionamiento se calcula por el número de personas menores o mayores —imposibilitadas éstas para el trabajo— que el obrero tenga a su cargo. Principio eminentemente comunista. Los salarios no se calculan así. Se calculan por la capacidad técnica o productiva del individuo. Pero el salario no tiene un valor efectivo y apreciable. El poder adquisitivo de la moneda oscila cada día, a cada hora diríamos mejor, y no puede fijarse sobre su valor ningún cálculo algo serio. En cambio, el valor efectivo del racionamiento es incontestable. ¿Quién puede negar que esto sea una iniciación comunista?

De su arraigo entre las multitudes asalariadas testimonia el que ni aun después de pasar las fábricas a ser propiedad nacional, después de pertenecer al Estado, pudo modificarse el principio. Lo que los obreros iniciaron de mutuo acuerdo, sin presiones externas de ninguna naturaleza, impulsados sólo por su propia voluntad, persistió y hubo de ser respetado y mantenido por quienes se encargaron del Poder. Racionó el Gobierno con arreglo a las necesidades, imponiendo algunas restricciones; estableció tarifas fijas de salarios, alterándolas sólo en los casos verdaderamente excepcionales o para quienes prestaran sus servicios sin compromiso de ninguna clase. A un ingeniero, pongamos por ejemplo, se le dan doscientos mil rublos cada día mientras trabaja en unos planos que se

le han encargado. Terminado el trabajo, terminado el salario. El Estado recobra su libertad de acción, y el ingeniero la suya. Y así en varios otros muchos casos. La regla general, es el racionamiento con arreglo a las necesidades.

En el campo hallamos un más acentuado matiz comunista. La vida industrial, aun en un país tan poco industrializado como lo era Rusia antes de la revolución, y después de ella, en los primeros tiempos, ofrece innumerables obstáculos para la implantación del comunismo, si antes no se transforman en absoluto las condiciones de vida de la ciudad industrial. Y esto no se logra tan rápidamente como se supone. En el campo es diferente.

El campesino ruso conserva muchos hábitos comunistas. Con frecuencia forma parte del "Mir" o del "Artel". ¿Por qué? Por su tendencia comunista. No forma parte de estos organismos en virtud de las ventajas utilitarias o lucrativas que pueden reportarle; pertenece a ellas porque representan un principio instintivamente arraigado en él, al que obedece y respeta, pues lo considera como el ideal supremo y la aspiración más elevada.

Sus clases gobernantes y poseedoras obstaculizan el desenvolvimiento de estas instituciones eminentemente populares. Como éstas están saturadas de la savia popular, resisten todos los ataques y se mantienen vigorosas a pesar de las dificultades sembradas en su camino.

El instinto comunista del campesino ruso no se muestra sólo por su adhesión incondicional al "Mir" y al "Artel". En las relaciones sociales, en las condicionas de vida, en la revolución misma hay pruebas más fehacientes, más vigorosas y más palmarias de su existencia. En todas las manifestaciones de la vida campesina puede buscársele, en todas se hallará. Se destaca por encima de todo.

Las condiciones climatológicas concurren también a robustecerlo. En casi toda Rusia el invierno dura cinco o seis meses. La primavera y el otoño duran apenas unas semanas. Entre la terminación de los deshielos y las nuevas

heladas precursoras del invierno apenas si hay un período de tiempo superior a cuatro meses. Si se quieren evitar sorpresas dolorosas, durante estos cuatro meses han de realizarse todas las faenas del campo. El menor retraso puede acarrear la pérdida de una gran parte de la cosecha. Son, pues, cuatro meses de trabajo intensivo, durante los cuales el agricultor ha de aprovechar hasta los minutos. La intensidad del esfuerzo a rendir y la penuria del tiempo de que dispone, ya que es limitadísimo, le obligan a requerir la ayuda del vecino, y por el resultado que de ella obtiene comprende perfectamente la utilidad productiva del trabajo en común. Este comunismo, los labriegos de algunas regiones españolas que lo practican, lo llaman "prestación de trabajo".

Durante los primeros meses de la revolución este comunismo primitivo alcanzó límites insospechados, mejorándose y adoptando procedimientos y formas superiores a medida que los días iban transcurriendo.

Al realizarse las expropiaciones territoriales, el campesino no procedió, en absoluto, al reparto de la tierra, ni la parceló para dar a cada uno una extensión determinada. Hubo de todo. Sin embargo, la generalidad no procedió así. Lo corriente era reunirse grupos de campesinos, ya fuese por afinidad o por vínculos familiares, y juntos emprender el cultivo de la tierra.

Pusieron en común sus útiles de labranza, sus semillas, su ganado y cuanto poseían, y en común comenzaron el cultivo de la tierra.

La tendencia, empero, no era uniforme. Matizábase más bien, y se diferenciaba en cuestiones de detalle.

Habla grupos de tendencia francamente comunista, que además de haber puesto en común cuanto poseían, aspiraban a que el producto de su trabajo fuere repartido con arreglo a las necesidades de cada uno y no con arreglo al esfuerzo prestado.

Otros grupos, en cambio, pusieron todo cuanto poseían en común, repartiéndose luego el producto con arreglo al esfuerzo de cada uno. Quien a juicio de los demás hubiese

hecho más trabajo, más le correspondería en el reparto.

Los bolcheviques desviaron esta corriente. Al nacionalizar la tierra y declararla propiedad del Estado, procedieron a la parcelación y al reparto, destruyendo de un sólo golpe la fecunda floración comunista que en el pueblo se manifestara.

Además, los campesinos querían que la extensión de territorio que comprendía cada aldea o pueblo fuese propiedad suya, mejor dicho, que sólo los habitantes del pueblo o aldea pudiesen disponer de él, tanto para proceder al reparto, en caso de que así lo creyeran pertinente, como para trabajarlo en común.

Los campesinos tendían a la socialización de la tierra y sus productos, a dar vida propia, personalidad bien definida a cada pueblo, por pequeño que fuese, mientras que los bolcheviques perseguían una finalidad contraria, ya que iban a destruir la personalidad de cada agrupación humana para fundirla en el Estado.

En el pensamiento del campesino ruso hallamos el comunismo en potencia, que someten y por fin ahogan los bolcheviques.

Pero cuando se demostraron mejor las tendencias comunistas populares y las anticomunistas de los bolcheviques, fué al llegar la distribución y parcelación de la tierra, según las disposiciones del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los campesinos la abandonad para realizar prácticas de comunismo libre.

El problema de la tierra en Rusia no tiene, a nuestro parecer, las características que suelen tener en otros países europeos. En éstos es de escasez por la densidad de población, o bien por pertenecer a terratenientes que impiden cultivarla. El que no se pueda dar un paso sin que alguien declare que aquella tierra le pertenece, cohíbe al agricultor y le obliga a un sedentarismo que termina por confundirlo con el agro.

En Rusia era frecuente el caso de hallar inmensas extensiones de territorio que no se les conocía propietario, hasta que alguien las cultivaba y valoraba Se daban casos,

por lo mismo, de grupos de campesinos que, trasladándose de un punto a otro pusiesen en cultivo terrenos que hasta entonces habían estada en barbecho. Sucedía a veces que después, cuando por el cultivo había adquirido algún valor el terreno, aparecía un propietario que imponía exacciones, haciendo valer viejos derechos. Sin embargo, estos casos iban desapareciendo, hasta el punto de que en los últimos tiempos del zarismo apenas si se daba alguno.

Había regiones en donde por costumbre, se procedía periódicamente al reparto de la tierra, y el campesino que en un reparto le había correspondido una parcela mala o mediana, se veía compensado en el lote siguiente.

En la multiplicidad de formas que adopta la propiedad territorial en Rusia, vemos siempre que el campesino, a despecho de lo que ordenan las leyes y los propietarios, no abandona nunca su idea fija de llegar al cultivo en común.

Se explica, pues, que al subir los bolcheviques al Poder y decretar la parcelación y reparto de las tierras —contra el pensamiento general que al expropiarlas quería trabajarlas en común— surjan los primeros chispazos de la rebeldía. Sin que sea nuestro propósito hablar de Ukrania y otras regiones donde se constituyeron verdaderas Comunas libres, o sea pueblos que ensayaron el comunismo libertario, hemos de recordar el caso de los campesinos que abandonando la tierra que en el reparto les correspondiera, roturaban las tierras incultas en prácticas de comunismo. El movimiento llegó a inquietar a los soviets de algunas localidades, hasta que la intervención del gobierno obligó a los campesinos a retornar al pueblo que abandonaron.

Estos campesinos que dejan la tierra que legalmente les corresponde, ¿obran exclusivamente por odio a las disposiciones oficiales, o bien obedecen a impulsos de algún vago idealismo? No puede dudarse que influye mucho en ellos el odio a lo dispuesto autoritariamente. El ruso, como el español, es refractario a la ley más que cualquier otro pueblo. Es el natural impulso de una convicción sin elaborar. Se unen en íntimo consorcio, el desprecio a lo obligado y el deseo de realizar la propia idea.

Nos hallamos, pues, ante una definida tendencia comunista. Alguien la tachará de utópica, de primitiva, de atávica; pero superior, por sí misma a los calificativos y vigorizada por el impulso y voluntad populares, deja huella de su paso y marca con indeleble trazo la suprema aspiración del pueblo que la alimenta.

Los bolcheviques, "comunistas", desconocen el comunismo o fingen desconocerlo. El pueblo ruso, sin llamárselo, ha hecho ensayos de verdadero comunismo. Parco en palabras y fecundo en hechos, ha obrado siguiendo la trayectoria que le trazaban sus convicciones.

En Rusia, al igual que en todos los demás países, las corrientes idealistas del pueblo chocan violentamente con las de los gobernantes. El gobierno es comunista, el pueblo también lo es. ¡Rara coincidencia! Pero mientras el Estado bolchevique aspira a una estructura estatal, donde el comunismo no tiene cabida, el pueblo, firme en su propósito de modelar su ideal, intenta realizarlo.

Las ideas no son vana palabrería o lucubración mental que puede, incluso, servir de pasatiempo. El campesino las tiene y quiere afirmarlas. Acaso estén menos definidas que en la mente del pensador o del "snob"; pero al sentirlas como normas indeclinables pone en ellas el ahinco y la ilusión de que es capaz.

No entiende, colectivamente considerado, de esa duplicidad de propósitos, característica destacada de las otras clases sociales. La clase trabajadora, que es la específicamente considerada pueblo en este caso concreto, no sabe imitar a la burguesía, quien hablando siempre de libertad —ejemplo vivo—, no hace sino esclavizar a las multitudes, sobre las que medra.

Las clases dominantes al explotar la ignorancia y la buena fe de las clases trabajadoras, están en su papel y defienden privilegios y prerrogativas injustas. La peor es que sean elementos salidos de las mismas clases trabajadoras, o de sedicentes defensores de ellas, como es el caso de Rusia, quienes les ayudan en esa explotación.

Siente el pueblo ruso la tendencia comunista. Quiere,

además, instaurarla. Ha hecho la revolución y cree que es el momento más favorable para lograrlo.

¿Quién se lo impide? Los bolcheviques. Los mismos que se han declarado depositarios fervientes de la voluntad popular.

Una vez más, ha visto el pueblo como su ideal de redención ha servido de trampolín para elevarse un partido que se presentó como el intérprete más fiel de los principios de manumisión humana, y una vez más ha visto desflorarse el ideal acariciado.

De que el comunismo bolchevique es una añagaza más, sólo quedan por convencer unos cuantos papanatas que andan por el mundo hablando de lo que no saben ni entienden, que quieren ser más papistas que el papa, capaces de enmendarle la plana al mismo Lenin, si Lenin pudiera venir a contrariarles.

Convencer a estas gentes de que eso del comunismo en Rusia no pasó de ser una intención, si la hubo alguna vez, es perder el tiempo, machacar en hierro frío y tirar piedras a la Luna. La estupidez tiene muchas facetas. La más perjudicial, sin embargo, es la que convierte al individuo en creyente de su propia estupidez. A éste no hay manera de convencerle; vive poseído de ser el depositario de la verdad. Si ha creído que en Rusia existió o existe el comunismo, ¿cómo sacarle del error en que vive? Únicamente podría intentarse llevándolo allá; pero se corre el peligro de que desplace el sentido natural de las cosas y las vea al revés.

En Rusia no hubo más intento de comunismo que el del pueblo, desviado al punto por los bolcheviques, que no permitieron su cristalización. De no haberse interpuesto tantas contrariedades, es muy posible que hubieran llegado tarde para impedir lo que tuvo una acertada iniciación.

El alcance y la tendencia comunista del pueblo es difícil precisarla desde el momento que desapareció apenas comenzado. No obstante, podemos decir que su tendencia fué libertaria y federalista.

Aspiraban a que el pueblo, aldea o agrupación de vecinos tuviese personalidad propia y definida, uniéndose a

los demás en pacto libremente contraído.

La tierra y todos los productos en común, con amplia libertad del individuo para moverse en la esfera de actividad propia. Todo ello rudimentario y apenas esbozado, claro está. No podía ser al principio de otra manera, dada la incultura, el atraso y la ignorancia del pueblo ruso. El instinto se adelantaba al razonamiento una vez más en la corta vida de los pueblos libres. El tiempo hubiese hecho la obra más acabada, más armónica, más perfecta.

La revolución tiende a la libertad

La implantación de la dictadura del proletariado en Rusia fué una sorpresa para todos. ¿Cómo —se decía— se hace una revolución en Rusia, en el país europeo más reaccionario, para volver a caer en otra tiranía? ¿Se combate a muerte el régimen zarista, se le ataca con todas las armas y en todos los terrenos, y cuando se logra, destruirlo se instaura otro igual, o peor?

Quienes así razonan sólo se fijan en lo externo de las cosas, en el tinglado de la farsa política. Ni la revolución rusa, ni revolución alguna, fueron realizadas para instaurar tiranías.

La revolución tiende siempre hacia la libertad, y cuando se detiene o se desvía, no es por impulso propio, sino por influencias de doctrina política, de habilidades de partido, de ambiciones de dominio anidadas en temperamentos audaces.

La dictadura del proletariado, la tendencia autoritaria que imprimen al hecho revolucionario los bolcheviques para empuñar las riendas del Poder, es ajena por completo a la revolución. No sintetiza ni representa ninguno de sus matices.

El régimen zarista oprime bárbaramente al campesino ruso. Un país de más de un centenar de millones de habitantes, cruje bajo una cruel opresión. Lo sojuzga un régimen enemigo del más pequeño conato de libertad, siempre abortada en ríos de sangre.

Cuantas voces se levantaron dentro y fuera de Rusia solicitando y aconsejando un liberalismo tolerante en materias políticas, fueron desoídas, ahogándose en sangre las del interior del país.

Años y años de luchas sangrientas y feroces, no consiguieron abrir el más pequeño intersticio por donde penetrase un rayo de esperanza.

A cada demanda del pueblo se le respondía con la prisión, la metralla y el patíbulo. Toda esperanza de libertad bajo el zarismo quedaba desvanecida.

Pero los pueblos no renuncian jamás a ser libres; no se resignan a permanecer de rodillas; no soportan sin lucha el grillete que degrada. El pueblo ruso, no desmintió la ley general que la Historia, con sus numerosos recuerdos, nos señala.

Inútil hablar del nihilismo. El sólo llena una época heroica, gloriosa, sublime; una época en la cual iban los hombres al sacrificio con la sonrisa en los labios.

Los ataques se dirigen a herir el corazón de la tiranía; alcanzan y destruyen a sus hombres más representativos. El régimen resiste. Sin embargo, comienzan a resquebrajado, a ponerlo en peligro de muerte.

Con un ardor que admira y subyuga se prosigue la obra, cuyo broche ha de ser la revolución. A cada nuevo golpe, acierten o fracasen, sálvense o perezcan, parecen recobrar ánimos y sentirse más seguros de la victoria. Son hombres consagrados a una obra de redención, deudores a su compromiso hasta la muerte.

Una aureola de leyenda y de misterio los envuelve.

Camina hacia la libertad. Ellos desbrozan, con su sacrificio, el espinoso camino que el pueblo ha de recorrer.

¿Puede creerse que estos hombres que tan pródigamente daban su vida y su libertad, que lo sacrificaban todo: amor, familia, bienestar, lo hicieron para implantar una dictadura, désele la denominación que se quiera? Combatían la tiranía objetiva; seguirían combatiéndola hoy y siempre, a fin de suprimirla de raíz.

Enamorados de este ideal, voluptuosamente, se daban a él por entero. No les hagamos la injuria de confundirlos con quienes, aunque quieran aparecer como sus herederos, los deshonran y envilecen.

El ideal de todos los hombres que lucharon en Rusia contra el zarismo, de quienes levantaran el pedestal en que hoy aparecen colocados los sojuzgadores del pueblo ruso, fué un ideal de libertad, y de sus auras está saturada la

revolución.

El período que la precede, intenso y henchido de acciones, relevante por el heroísmo de los hombres que lo prepararon con entereza, nos muestra una cantera de copioso y abundante material que cimenta nuestras afirmaciones.

La perseverancia del pueblo en ayudar a los nihilistas; la resistencia pasiva a obedecer las disposiciones oficiales; la tenacidad en reconstruir las organizaciones que solapadamente autorizan los dictadores para caer sobre ellas al primer gesto de independencia; el estoicismo con que los soldados se dejaban diezmar durante la guerra ruso-japonesa; la negativa a presentarse al llamamiento del gobierno y las deserciones en masa; la famosa revuelta de 1905, aviso trágico para los gobernantes, gesto que, aunque ahogado en sangre, descorrió el velo del descontento popular; la constancia con que el pueblo, incansable, elegía sus diputados a la Duma, como última prenda de lucha pacífica; en suma: la admirable tenacidad demostrada en combatir al zarismo opresor, ¿no es la mejor y la más fehaciente prueba del ansia de libertad sentida por el pueblo?

¿Pudieron ser vividos tales hechos para instaurar otra tiranía? ¿Qué hay en ellos que lo demuestre?

La revolución hecha por un pueblo que puede exhibir tales ejecutorias, sólo puede tener una meta: la libertad.

La dictadura del proletariado no es de progenie revolucionaria. Se ha de inscribir en el haber de un partido que la realiza para su prosperidad. Confundir la tendencia intrínsecamente liberal de la revolución, con los actos de un partido cualquiera, es lo más desconcertante que ha podido decirse del hecho histórico de Rusia.

La revolución rusa es liberal, marcadamente liberal, acaso desbordantemente liberal. Si de algún vicio pecó, tal vez fué de haber corrido demasiado. Los precedentes, el ambiente, el pensamiento de sus hombres representativos, es siempre liberal. Si aun así, puede sostenerse que se inclinaba a la tiranía, habrá que creer la ineficacia de

probar la arbitrariedad de la propaganda bolchevique y en las excelencias del capitalismo.

Examínese, si no, la obra de la revolución. Expropia al poseedor de la tierra; pero acto seguido considera que es hombre, y le dice: "serás igual a los demás: vivirás de tu trabajo".

Destruye privilegios, borra prerrogativas, suprime clases confundiendo a todos en un denominador común: hombres, y después de hacer tabla rasa, de arrancar de cuajo todas las diferencias, exclama: "quien quiera tener derechos ha de cumplir sus deberes; no hay más diferencias que las establecidas por la Naturaleza, sin que tampoco impliquen dominio sobre los demás".

Arguye que la libertad es un bien para todos, y excesivamente generosa en aquel momento, concede plena libertad a los detentadores del día anterior.

Suprime la autoridad, manantial inagotable de arbitrariedades; pero no la suprime sólo para los triunfadores, sino también para los vencidos. Hay en ella caudal tan considerable de generosidad y justicia, que perdona a la casi totalidad de sus verdugos de la víspera, contentándose con arrojarlos del pedestal.

No se han reservado los vencedores el abusivo derecho que la victoria da sobre los vencidos. Olvida y sólo quiere ver tendidos brazos fraternales.

Al propietario de la tierra o de la fábrica a quien desposee, le concede el derecho de rehacer su vida más noblemente que transcurriera hasta entonces.

Una busca minuciosa y detallada de la generosidad revolucionaria, nos llevaría a conclusiones sorprendentes.

El pueblo, cuando comete injusticias, lo hace impulsado por determinismos pasionales y no por bajo espíritu de venganza. La nobleza con que el pueblo ruso procedió para con sus tiranos, lo prueba elocuentemente.

Al desposeer de sus bienes al privilegiado, salvo circunstancias de fuerza mayor, respetó siempre su vida. El pueblo atacó bravamente mientras hubo resistencia; pero después, cuando el adversario depuso las armas, fué

escrupulosamente respetado.

La tendencia liberadora de la revolución queda sólidamente afirmada por estos hechos; ellos dicen en su favor muchísimo más que lo que nosotros podamos decir.

En su obra constructiva, sin embargo, es donde más claramente puede verse cómo la revolución tiende a la libertad.

Socializa a la tierra, y aunque imbuida de prejuicios y resabios atávicos, pretende legalizar una situación que de "hecho" ya lo está. No es menos cierto que por ese auto confirma sus aspiraciones.

El hecho mismo de que cada individuo tenga en usufructo perpetuo el terreno que le ha correspondido, sin poder en ningún caso enajenar, vender o traspasar, habla bien claramente de los principios liberadores que informan a la revolución.

La libertad humana no puede lograrse mientras exista la dependencia económica, y a suprimir esta dependencia tiende la socialización de la tierra. Hacer al hombre económicamente libre, es hacerle libre política y socialmente.

La revolución va también contra el espíritu unitario, centralizador y absorbente del Estado ruso, y acordándose de que hay pueblos oprimidos en el idioma, hábitos y costumbres, los liberta de la centralización, considerándolos hermanos. En su virtud, los que antes eran sometidos, pasan a ser libremente iguales. Se han borrado las diferencias, esas diferencias políticas y sociales que se alimentan del odio y de la injusticia.

El federalismo se afirma en Rusia después de la revolución, tan firmemente, que nada podrá ya desarraigarlo. Considerar a los hombres y a los pueblos iguales y no inferiores, es obra de libertad. Y si más tarde, necesidades políticas han desvirtuado la obra de la revolución, el mal que se haya causado no es imputable a la revolución, sino a quienes han hecho que se perdiera su fuerza moral.

Es tan completa, sin embargo, la obra de la revolución

en este aspecto, que va mucho más allá de ese cierto federalismo a la moda defendido y patrocinado por gentes poco escrupulosas.

Considera la revolución que la libertad reside en el individuo, base de la familia, de los pueblos y de la sociedad. Pensándolo así, no se contenta con proclamar la libertad del pueblo o de la nación, los cuales, aun cuando la consigan, prescinden generalmente de hacerla extensiva al individuo, que sigue tan tiranizado como antes. Va sin titubeos a la entraña del problema y proclama la libertad del individuo, dándole además, los medios de hacerla factible. Considerándole factor básico para alcanzar la plena libertad colectiva, quiere colocarle en un plano donde pueda obtenerla, concediéndole el usufructo de la tierra y los derechos de su libertad política y social.

Los tribunales populares que se organizaron a raíz de la revolución, ofrecen otra prueba de su tendencia liberadora.

Se suprimieron los trámites engorrosos y tontos que en vez de aclarar oscurecían las cuestiones en litigio. Suprímese también al profesional de la justicia; declara abolido el Código. Los tribunales los constituyen ciudadanos elegidos al efecto entre los más capacitados y de probada honorabilidad. No existiendo un Código que defina cada delito, dejan a la conciencia de los jueces el castigo que el inculpado pueda merecer. Esta justicia, que nos distancia tan enormemente de la que estamos acostumbrados a ver en los tribunales atiborrados de ciencia jurídica hasta la congestión, tiene algo de sencillez primitiva, pero es profundamente liberal.

En todos los países, el enviar un hombre a presidio por toda la vida, destruir una existencia y deshonrar a un semejante, se considera como un triunfo personal del encargado de incoar el sumario y del acusador que la sociedad remunera con tal fin. Esa sistematización del delito, que es la gloria de nuestros jueces y togados, no puede darse en tribunales no profesionales, como fueron los que instauró la revolución, ya que por el hecho de su constitución misma, conceden al inculpado el máximo de

garantías, que es también el máximo de libertades.

No sabemos si el modo de juzgar que la revolución rusa estableció, será el ideal de mañana —¿quién puede adelantar con certeza el futuro?—. Ni tan siquiera si es un ideal. Y, sin embargo, no puede negarse su superioridad y tendencia liberal sobre los procedimientos complicados y efectistas de los demás países.

¡El ideal! ¿Cuál será el ideal, en la justicia, entre los hombres del futuro? Imposible adivinarlo; pero indiscutiblemente, no el actual. Hay en él mucho de artificioso, de convencional y engañoso. Si en el avenir subsisten tribunales que juzguen y en ellos predomina la simplificación de formas y trámites, estarán más cerca de los que creó la revolución rusa, por su sencillez y garantías de imparcialidad, que no de los existentes en los demás países. Seguramente que los jueces de esos tribunales no disputarán por si es más elegante juzgar con birrete o con peluca. Les interesaría más el espíritu de libertad en ellos vinculado.

Aquel principio sentado por la revolución de que el procesado podía defenderse a sí propio, como lo podía hacer un miembro de su familia, un amigo, un conocido o un ciudadano cualquiera, indica el grado de saturación de libertad que hubo en la revolución. ¿Cómo pensar, entonces, en dictaduras, en violencias, en coacciones, en nada que niegue el fundamento libertario de la revolución?

Ella vino a romper las ligaduras que sujetaban al pueblo a un pasado liberticida y tiránico. Ha de creerse, pues, que su aspiración era la libertad.

A lo dicho sobre la tierra, sobre el federalismo y sobre la justicia, podríamos añadir lo referente a la cooperación; pero ya hay suficientes hechos acumulados aportando pruebas que demuestran cómo la obra de la revolución fué de libertad.

La revolución rompe violentamente con el pasado; se pone de espaldas a la historia de la Rusia que fue; lanza al individuo en el torbellino de la libertad y le deja que instintivamente se guíe. En este modo de proceder no

hallamos el menor asomo de dictadura, y sí la expresión más ampliamente liberadora, a que puede aspirarse.

¡Cuánta grandeza en ese gesto! Si nosotros, acostumbrados a vivir bajo la mirada inquisitiva del golilla, lo comprendiéramos; si un resto atávico y hereditario no despertase a veces el deseo de mandar, y no tuviéramos inclinada predilección por imponer una autoridad que nace del deseo malsano de hacer sentir a un semejante el peso de nuestra inconsciencia; si una educación que desarrolla todos esos instintos y unas condiciones de vida que nos empujan a mandar o a ser mandados, no destruyesen el sentido de la responsabilidad que se adquiere cuando se pierde la consideración y el respeto a los demás y nos hiciese comprender la magnificencia del gesto, veríamos claro en nuestra propia vida, tan atormentada por miserias del corazón como falta de clarividencia para las grandes acciones.

Apegados a los prejuicios, a las conveniencias, a los rutinarismos, cubiertos débilmente por el barniz progresivo de la época, apenas si podemos comprender, entrever solamente, lo que la revolución rusa significa cuando rompe con el pasado lanzándose apasionada en el incierto porvenir.

Fue un rayo de luz rasgando las tinieblas del presente. Su obra no ha desaparecido del todo, y el sentido de bien definida libertad que la impulsó, resurgirá de las cenizas como nuevo Fénix de anunciación.

El actual eclipse de la libertad en Rusia, la dictadura del proletariado (?) es algo pasajero, fuego de virutas en el que, de todos modos, se quemarán las manos muchos que lo atizan. Estos, liberticidas por el dogmatismo, por conveniencia política y por interés de partido, caerán vencidos por él contenido libertario que la revolución fecundó con la sangre derramada.

¿Qué es el Soviet?

Pregunta complicada y sencilla a la vez. Sencilla, porque el Soviet viene a ser con las naturales diferencias de composición, lo que es entre nosotros el Municipio. No viene el Soviet a resolver problemas como los que tuvo el Municipio en los tiempos medievos, cuando al lado de los príncipes de la sangre luchaban contra la tiranía del feudalismo, o bien, cuando predominando las germanías y los pequeños Estados ducales, eran más administrativos que políticos, ya que la política quedaba reservada al príncipe o a los dignatarios de la Iglesia. Complicada, porque abarcando todas las actividades sociales, interviene en ellas, las regula y modela a su antojo, o al de quien manda.

La curiosidad general ha girado sin descanso en tomo a la palabra "Soviet", pronunciada por unos con unción, y con terror por otros, introduciéndose rápidamente en la literatura a título de exotismo. Basta conocer su equivalencia castellana de Junta o Comisión, para evitar torcidas interpretaciones.

La significación del Soviet queda, por tanto, encuadrada en lo que es un Municipio corriente. La equivale en todos los conceptos y en algunos la rebasa. Representa el Municipio la unión del individuo en lucha contra los señores de horca y cuchillo, incluso contra los primates de la Iglesia.

Si es verdad que éstos sirvieron de dique al feudalismo al agrupar a los villanos en torno a la catedral —primera manifestación de la lucha del pueblo bajo contra los señores —, se unieron luego, y al verse el pueblo desamparado por la Iglesia, evolucionó hacia el Municipio, institución que él creara para defenderse. El Soviet no es otra cosa que una fase superior de esta evolución.

El progreso de los pueblos, la evolución política a que dió lugar el sufragio universal, terminó por desviar a los

municipios de su misión esencialmente administrativa y tutelar, para convertirlos en antesalas políticas, en gimnasios de la palabrería, donde los aspirantes a redentores oficiales, sin riesgo, pero con provecho, hacen sus primeras armas.

Desvirtuada así su finalidad, se malogró la misión cotidiana a él confiada. Quedó desplazado por completo y contra él ha dirigido el pueblo muchas veces sus iras y sus mofas. El Soviet, en el estado rudimentario que nos fué permitido observarle, nos pareció la iniciación de la estructura del futuro Municipio.

El ensayo de esta superestructura municipal no podía hacerse en ningún otro país tan ventajosamente como en Rusia. No existiendo el Municipio en tiempos del zarismo, iniciase el experimento en un país libre de las corruptelas municipales a que tan acostumbrados nos tienen esos organismos. Los inconvenientes de la inexperiencia quedan, pues, compensados, con las ventajas del ensayo en terreno virgen.

Porque lo gesta el pueblo, goza hoy el Soviet de simpatías, como ayer las gozó el Municipio; y también porque es el pueblo quien le da calor y vida.

Ya en el movimiento revolucionario de 1905, intentaron algunas localidades rusas proclamar el Soviet, mejor dicho: lo proclamaron; pero ahogado en sangre el movimiento, de los Soviets constituidos, no quedó sino el amable y sugestivo recuerdo.

Más afortunada la revolución de 1917, constitúyense rápidamente los Soviets en toda Rusia, y a la vez que propagan y extienden el movimiento revolucionario, impulsan las profundas transformaciones orgánicas obradas por la voluntad del pueblo. Representado el campesino en sus Soviets, prepara las condiciones del reparto de la tierra e impulsa y vigoriza a los pueblos que quieren trabajarla en común. Exento de dogmatismos partidistas o de escuela, el Soviet se adapta en todo momento al sentir general.

Constituyen también su Soviet los obreros de las fábricas; los vecinos de cada barriada; a veces los de una

sola calle, y en casos especialísimos los de una sola casa.

La acción de los Soviets se entreteje de tal modo, se complementan tan libre y espontáneamente, que vienen a ser el soporte de la revolución.

En cada localidad asume el Soviet todas las funciones que la convivencia social establece: administra justicia, calcula y reparte la tierra, atiende a los servicios públicos; está encargado de los registros civiles y fiscales; de formar los censos de población para regularizar el racionamiento y otras utilizaciones; de ponerse en contacto con los de otras localidades y establecer el intercambio de productos; de atender a los hospitales y demás establecimientos públicos o de utilidad social. El Soviet, en fin, suple al poder legislativo y ejecutivo en cada localidad. Por su conducto, el ruso de la más escondida aldea se relaciona con todos los habitantes del país, y por él también, se considera obligado a intervenir a fiscalizar la cosa pública.

La tendencia que anima al Soviet de cada localidad es la de convertirse en entidad independiente, libre, autónoma, federándose con las demás. Se orienta hacia la formación de núcleos de población libres, bien definidos, dejándolos en condición de que luego pueden federarse entre sí para todas las necesidades humanas.

Todo esto en los primeros tiempos de la revolución, y más como aspiración futura que como cosa practicada[7].

Es el Soviet el renacimiento de las entidades naturales que el pueblo crea en todos los movimientos revolucionarios, ya que ellas sirven a sus fines y libertad, para ponerlas en frente de las artificiales, que lo esclavizan y someten.

En torno al Soviet se agruparon todos los amantes de la revolución, todos los amigos de la libertad, todos los combatientes que el progreso tenía a su servicio, como antes en torno al Municipio se agruparon quienes querían abatir la tiranía feudal y de casta.

Como el espíritu vivo y fecundo de la revolución vivía en el Soviet, para dominar a Rusia y someterla, era preciso someter y dominar antes al Soviet.

Lenin y sus amigos fueron contrarios al Soviet, y combatieron su constitución mientras pudieron.

Después, cuando vieron que era imposible amoldar a sus pretensiones el impulso de las masas, cambiaron de procedimiento. Oportunistas como siempre, no sólo cesaron de combatirlo, sino que lo utilizaron para sus fines. Sin embargo, nunca mejor demostrado que las entidades a las que el pueblo da su asenso sobreviven a todas las coacciones y arbitrariedades, vengan éstas de donde vinieren.

Los bolcheviques no quieren el Soviet. Lo combaten encarnizadamente, y la consigna del Partido es impedir su organización. Y la oposición bolchevique a que se constituya el Soviet está plenamente justificada, puesto que aspiran a centralizar las funciones legislativa y ejecutiva y dominar desde el Poder. El Estado que desean implantar, siguiendo la línea trazada por Marx, es unitario e indivisible en sus funciones, organismo en abierta oposición con el Soviet. El Soviet es el impulso organizador de la voluntad dispersa del pueblo, que va de la periferia al centro, de lo simple a lo configurado; mientras que el de los bolcheviques sigue opuesta dirección, pues va de lo vario estructurado a lo homogéneo invariable, del centro a la periferia.

Esa oposición es de fondo, de principios, fundamental y como decimos, queda plenamente justificada.

Mas a los bolcheviques no les conviene de momento manifestarse contra la formidable tendencia del pueblo. Comprenden la utilidad del Soviet, y comienzan el asedio para dominarlo. Antes de ponerse delante para ser arrollados por la corriente, prefieren colocarse al lado, y hábiles desviarla de su camino.

La tendencia federalista del Soviet es el principal obstáculo a vencer por los bolcheviques. Impregnado de ella como está, por la enérgica aportación de las masas, ponerse enfrente supone un peligro que no puede arrostrarse sin cierta inquietud. Tampoco pueden ellos hacérsela suya; lo impiden entre otras muchas cosas: el

dogmatismo de partido, la tendencia unitaria del marxismo, el deseo de triunfar e imponerse, la rigidez de su disciplina característica, el temor de la contrarrevolución y el de perder algunas provincias del antiguo imperio.

La divergencia era irreductible, y sólo desaparecería cuando unos dominaran a los otros. Aunadas la fuerza y la habilidad política, dió el triunfo a los astutos.

Convencidos los bolcheviques de que el Soviet se mantendría a pesar de cuanto se hiciese para destruirlo, de que toda propaganda o acción encaminada a mermarle prestigio hallaría la más fiera resistencia en las multitudes, se acercaron a él, decididos a hacerlo caer en sus manos.

Poco a poco, sin ruido, ni alharacas, ni desplantes, ni prisas, van haciendo su camino. Así se introdujeron suavemente en los Soviets, y cuando éstos lo advirtieron lo desafiaron con decisión.

Los bolcheviques no quisieron dar la batalla. Presintieron la derrota y variaron de táctica.

Recatadamente primero, descaradamente después, forman sus listas de candidatos a todos los Soviets de campesinos y soldados, y allí donde el número no les da la fuerza o el adversario no deja el terreno libre, recurren a la dádiva o a la violencia, según los casos y las personas.

Ante las maniobras del presentido usurpador, el Soviet se reconcentra en sí mismo para resistir; pero como aquél tiene ya la fuerza coactiva que el Estado representa, la resistencia se quiebra poco a poco, y más cuando el terror duro e implacable amenaza a quienes no doblen la cerviz.

No siempre —forzoso es reconocerlo— recurrieron los bolcheviques al terror para triunfar, ya que la fecunda imaginación que los caracteriza, les prestó recursos que evitaran lo cruento.

Las listas de candidatos bolcheviques al Soviet, eran listas cerradas; no podía suprimirse o suplantarse ningún nombre de los que en ella figuraran, y ha de suponerse que todos los candidatos eran adictos al Partido.

Manifiesta el pueblo su descontento por la imposibilidad y quiere que los demás partidos se hallen

representados en los Soviets. Como esto equivale a una fiscalización de la política bolchevique y no quiere tolerarla, inventan un candidato que, según ellos, representará al pueblo, y no a otra organización política cualquiera. El "candidato sin partido", hongo peculiar de la flora bolchevique, aunque sin más clasificación que la que ellos le han dado en la fauna política mundial, sirve para engatusar, para atraer, para cazar con cimbel.

¿Qué papel jugará en la farsa el candidato "sin partido"? El de los lacayos adictos y serviles. A todo cuanto digan los bolcheviques, responderá el candidato "sin partido" que sí; se hará cómplice de todas las vilezas y las calumnias forjadas por el amo, simulando enojarse si se duda de que él obre con entereza, libertad y amplitud de miras en la defensa de los intereses del pueblo, mejor que un candidato adscrito a un partido cualquiera.

El candidato "sin partido" es en la mayoría de los casos el adicto vergonzante o el canalla dispuesto a venderse por un cocido de coles, ya que no por el bíblico plato de lentejas.

Se presta a la comedia por interés, por conveniencia, por temor, a veces por pedantería, y excepcionalmente por candor.

No obstante la añagaza, el pueblo no cae en la trampa, y de día en día manifiesta más abiertamente su despego por la institución tan amada en un principio. Ya no concurre a las elecciones del Soviet; ha perdido todo interés por conocer los nombres de los "agraciados"; tanto le da que sean honrados como que sean unos perfectos bribones. ¿Para qué interesarnos? ¿Para qué votar en el Soviet, si sólo han de ser elegidos los candidatos gratos a los señores que posan en el Kremlin? Clara es la ofensa al arrebatarle por el engaño y por la fuerza su más preciada conquista revolucionaria. ¿No sería ridículo y vergonzoso servir de comparsa?

A caso haya en esta actitud del pueblo ruso más altivez que sentido práctico del momento; pero así son los hechos y a juzgarlos en sus derivaciones hemos de limitarnos.

La sutil política bolchevique va triunfando cada día de los generosos y francos impulsos del pueblo, y solapadamente ocupa los puestos estratégicos que le permitan dominar mejor la situación. Hoy se apodera de este Soviet; mañana del otro. Cuando a pesar de sus previsiones ha sido elegido un candidato no adicto, aprovecha el menor pretexto para anular la elección. A los recalcitrantes los castiga. Si escudándose en el equívoco es elegido un candidato de cualquier partido de oposición y se descubre el engaño, da con sus huesos en la cárcel para que otra vez no se meta en dibujos. Así obra la dictadura del proletariado (?) y así respecta la voluntad popular.

Las elecciones para el Soviet se verifican bajo la mirada inquisitiva de la Tcheka. Siempre celando por los intereses de quien paga, no permite alteración alguna al plan que previamente se le ha ordenado desarrollar.

Antes de cada elección, sea de un Soviet de fábrica, de barriada o de pueblo; ya deba encargarse de los intereses de un solo núcleo profesional, de todo un oficio o bien de una población entera, es obligado el orador oficial que ensalce la bondad, las ventajas y la utilidad del régimen bolchevique. No se olvida tampoco de declarar que los electores pueden votar a quien deseen, aun cuando como ya se sabe, de la lista oficial no pueda excluirse ningún nombre, o presentar candidatura propia si tal es el deseo; pero como no ignoran la oculta amenaza hecha, rara vez aparece una candidatura de oposición o se cambia un nombre de Ja lista oficial por otro del agrado de los votantes.

No se olvida el orador oficial de recomendar al candidato “sin partido”, pues siguiendo las directrices que le han dado ha de manifestarlo así, añadiendo que con ello demuestra al Consejo de Comisarios el interés que tiene por escuchar la voz del pueblo en las discusiones que surjan en el seno del Soviet.

La proporción de candidatos “sin partido” en cada Soviet es reducidísima, lo suficiente para que en la comedia no falte el aspecto cómico, y aun cuando no se conozcan

estadísticas oficiales, puede asegurarse que no excederá del tres o cuatro por ciento como máximo.

Con estos procedimientos se falsea el espíritu del Soviet, y lo que debió ser escuela de educación social y política del pueblo, Instituto donde se perfeccionara para gobernarse a sí mismo prescindiendo de la tutela, de la autoridad y de los servicios de una casta o clase especializada en tal menester, queda reducido a un engranaje más de la máquina del Estado, sin otro objeto que el de dar la sensación de una realidad que no existe, hábil y solapadamente escamoteada.

Surge el Soviet bajo los más halagüeños auspicios. Lo organiza el pueblo porque lo estima como una necesidad imprescindible para ordenar el nuevo estado de cosas creado por la revolución. En estas condiciones, el Soviet es el alma, el espíritu, la medula de la revolución. Por eso el pueblo le ama y hacia él convergen todas sus inquietudes, todos sus anhelos, todas sus aspiraciones, pues espera que de esa acumulación de inquietudes y deseos comunes, brote la síntesis de las soluciones justas y fraternales. Lo considera el punto de apoyo en el cual apoyará la palanca de la nueva estructuración social.

Antes de la dictadura bolchevique, cuando ésta no se había impuesto y el pueblo en masa concurría a la elección del Soviet y elegía a quienes consideraba más aptos, el Soviet tenía un alto valor moral, cumplía una misión delicada, satisfacía una de las más intensas necesidades colectivas. Convertido en receptor de las aspiraciones populares, las fundía unas en otras, y purificadas por el sano ambiente que allí se respiraba, se traducían en realidades bienhechoras capaces de transformar en todos sus detalles el conjunto de la vida social.

Así, cuando ve que se lo arrebatan, que cada día le cercenan un derecho y lo sustraen a su influencia, comienza a desentenderse de él, hasta que cae definitivamente en poder de los bolcheviques. El Soviet queda convertido en su propia caricatura. Para llegar a este final los bolcheviques no han escatimado ningún medio, todos fueron puestos en

juego.

En los momentos aquéllos en que el Soviet opone la mayor resistencia a dejarse absorber y desata las iras de los bolcheviques, el terror y la dádiva muestran su repugnante mueca. Hay que dominar por encima de todo. Esto es lo positivo de la política del Partido.

Para desalojar al pueblo del Soviet, se le imponen candidatos que no sean de su agrado, hasta disgustarle de la función electiva que ha de desempeñar, y cuando esto se ha alcanzado, ya no hay más que mantener la ficción para cubrir las apariencias externas.

Pero el pueblo sigue creyendo en la eficacia del Soviet. Comprende que se le ha vencido por la astucia, pero que no ha fracasado el principio que lo generó. Este se arraiga, penetra más en la entraña del pueblo. No en vano ha puesto en él toda su fe.

El Soviet es una institución de gran utilidad en el comienzo del período postrrevolucionario. Para los demás países, adaptándolo a las condiciones sociales del pueblo; para Rusia tal como fué concebido y organizado.

El que, como en Rusia, no puedan ser electores ni elegibles quienes no justifiquen trabajar o desempeñen una función cualquiera, hace de él una institución transitoria para el período más o menos largo, aunque necesario, que ha de mediar entre la supresión del capitalismo y una sociedad ampliamente socialista, o más exacto: comunista libertaria.

Negando al desocupado la facultad de gobernar y dirigir la cosa pública, se confiere únicamente este derecho a quien preste algún servicio útil a la colectividad. Políticamente, en el régimen sovietista no hay más que productores, intelectuales o manuales, ya se dediquen a labrar la tierra o a producir obras de arte, ya estudien o trabajen, mientras que en los regímenes capitalistas la calidad de ciudadano confiere obligatoriamente ese derecho.

En el régimen de ciudadanía hay aún reminiscencias políticas del aristocratismo de la sangre, en el sovietista

estas reminiscencias se borran completamente. El derecho político —viene a decir el sovietismo—, no debe ser consustancial al nacimiento, ha de vincularse en cualquiera de las dos actividades humanas: la intelectual o la manual. ¿Con qué utilidad se beneficia el acerbo común siendo rentista, casero, clase pasiva, o viviendo del trabajo de los demás? ¿Cómo puede dar derecho a intervenir en la cosa pública el haber nacido conde, marqués, terrateniente, gran propietario o cuentacorrentista de un Banco? Por esto el Soviet declara que sólo tienen derecho a gobernar en su nombre, el del Soviet, quienes contribuyan a aumentar las riquezas colectivas.

Para sustraer al Estado o a cualquiera institución similar con que pretendan suplantarlo, la regulación de la cosa pública, nada tan adecuado como el Soviet8.

Es indiscutible que la tendencia política predominante es la federalista. El centralismo, los Estados monstruos de recia disciplina, de administración centralizada, de rígido unitarismo político y administrativo, nacieron bajo la influencia religiosa, pues así como todas las religiones tienden a la universalidad por el dominio, y confían a un Papa o a un Profeta derecho absoluto sobre todos los demás mortales, nunca han faltado ambiciosos dispuestos a emular, imitar y practicar en provecho propio el principio unitario que las religiones representan. De este principio nacen estas alucinaciones que arrastran a los hombres a empresas guerreras formidables para organizar las monarquías absolutas y unitarias.

Roto este ideal, cada región quiere constituirse aparte, gobernarse a sí propia, regirse según sus usos y costumbres; en una palabra, autodirigirse.

A medida que estas aspiraciones se afirmen, veremos dislocarse los grandes Estados, los que sólo podrán conservar su unidad aparente en la práctica de una autonomía cada vez más amplia para cada región o comarca. Un paso más y ya nos hallamos con que la población recaba también una autonomía para desarrollarse según sus propios medios.

Así como la base de la familia, de la sociedad y de la humanidad es el individuo, la base de todas las instituciones que sirvan a enlazar los pueblos, las comarcas y las regiones, entre sí, será el núcleo que forma la población, sea éste más o menas numeroso. Deducción lógica: si los individuos han de ser libres, es en ellos donde debe residir el principio de libertad, y si han de serlo los pueblos, es el núcleo de población al primero que la libertad ha de concederse. El Soviet, hoy, entidad natural, como lo fué ayer nuestro Municipio, antes de que se corrompiera y envileciese, es el señalado para conservar encendida la antorcha de la libertad.

La revolución rusa, con el Soviet, nos ha mostrado un camino y dado una pauta que no debemos desdeñar.

Cada núcleo de población, por reducido que sea, necesita un órgano que ordene, regule y administra la vida de relación del grupo, principio que sentó la revolución. En consecuencia, quiso crear el órgano, y funda el Soviet. Lo que más tarde se ha hecho de él es otra cosa; lo que nos interesa es el principio. Fundado ya el Soviet, tiende a adquirir personalidad propia, definida, arrebatando al Estado y a los gobernantes todas les prerrogativas. La utilidad revolucionaria del Soviet, como su valor constructivo de un estado de cosas nuevo es innegable, ya que retornan a él funciones que la fuerza y el afán de dominio de reyes y tiranos arrebató a los primeros núcleos de población que intentaron una ordenación en su convivencia social.

Si la realidad de los hechos ha de ser piedra de toque para las ideas, crisol donde se fundan y purifiquen, miremos desapasionadamente hacia el Oriente. Aprenderemos muchas cosas, y, sobre todo, a conocer al Soviet, la institución más fecunda de la Rusia revolucionaria.

En manos del pueblo, por el dirigida y orientada, socavará los fundamentos de los Estados, transformará la convivencia social, dará un sentido más humano a las relaciones sociales, ayudará a educar al hombre y lo

condicionará y hará apto para una vida superior a la que todos los pueblos se encaminan. Esta es su misión si, como es de esperar, y después del eclipse que las necesidades le han impuesto en Rusia, vuelve a ocupar el lugar que naturalmente le corresponde.

La tragedia de la revolución

El sentimiento trágico de la revolución no está, como puede suponerse, en las violencias colectivas e individuales que la lucha origina, ni en las consecuencias que trae consigo la desorganización del antiguo régimen, con ser espantoso el hambre, miseria y privaciones.

La tragedia es un conflicto de orden moral, o si se quiere de naturaleza psicológica y pertenece a las cosas del espíritu.

La revolución rusa ha vivido su tragedia porque en ella se ha planteado el más grande conflicto espiritual que sea dable producirse en un hombre que arrastra a todo un pueblo en su tragedia. Se han encontrado frente a frente el concepto materialista y formulario de la vida con la realidad psicológica y temperamental de un pueblo. Y del choque de estas dos corrientes, dramatizado por determinismos circunstanciales, surgió el conflicto cuyo desenlace no ha llegado aún; pero hemos visto ya lo suficiente para saturarnos de sus emociones.

* * *

Se ha dicho que el alma de la revolución fué Lenin. En esta afirmación hay un craso error, hijo de la incomprensión y de una tendencia general a simbolizar en la figura más destacada y poderosa, los gestos y acciones colectivos, cuyo significado, alcance y transcendencia créese comprender así mejor.

Lenin no pudo ser el alma de la revolución. fué uno de sus impulsores más activos; uno de los más decididos y enérgicos. Pudo infundir a su acción un ardor y un entusiasmo o energía individual superior a la de cualquier otro revolucionario; pero de esto, posible y hacedero, a que se le endose la obra acrisolada de la revolución, que fué

anónima por ser del pueblo, media una distancia de antípodas.

La confusión parte, sin duda, del hecho de ser Lenin el jefe del Partido bolchevique. Triunfante este Partido y a su cargo la responsabilidad muy visible —alma, eso sí, del Partido—, ha confundido todo el mundo el triunfo de la revolución con el triunfo del bolchevismo. Una leyenda más para la Historia.

Descartado el supuesto que la generalidad acepta, ha de orientarse el pensamiento hacia la demostración de una verdad que refleje bien los hechos.

Lenin fué un temperamento autoritario y absorbente, fundó y sostuvo un partido a su "imagen y semejanza", donde tan sólo sus ideas y opiniones debían ser aceptadas.

Lenin, digan cuanto quieran sus admiradores y amigos, no toleró jamás que sus ideas, en cuestiones fundamentales, fuesen rechazadas. Transigía a veces en cuestiones de detalle; en las que él consideraba fundamentales, jamás.

Examinada su obra, cuanto ha dicho y escrito, veremos siempre que las resoluciones del Partido no se apartan nunca de la tesis que él sostuviera.

La interpretación que da Lenin al marxismo, que es la adoptada por el partido bolchevique, ¿no prueba ya su poder absorbente? Frente a este criterio, ¿qué vale el criterio de Trotzky, de Zinovief, de Bujarin, de Kamenef, de Radek, de Rikof y de tantos otros componentes del Partido?

La organización interna del Partido, con sus normas de férrea disciplina, de obediencia ciega al jefe, de sumisión absoluta del individuo a cuanto se le ordene, ¿no es la confirmación plena de una individualidad imponiéndose?

Lenin, por un extraño contraste entre lo que son sus ideas y la idiosincrasia de su raza, todo lo reduce a principios autoritarios, a normas rápidas, a cuestiones uniformes.

De raza mongola, de temperamento eslavo, se acusan en él las características de su origen, y por eso no es raro verle proceder con arreglo a estas condiciones, aun cuando su ideología siga opuestos derroteros.

Lo sorprendente es ver injertado en un temperamento eslavo el uniformismo, la unilateralidad germana.

Disciplinada su mentalidad a lo tudesco, se asimila perfectamente el metodismo que caracteriza a todo lo proveniente de ese país, que luego quiere trasplantar a un pueblo que siente de modo contrario.

El contraste es insuperable. El ruso es apático, lento en el proceder y de una indolencia inconcebible aun para los latinos. Su idiosincrásica indolencia lo lleva frecuentemente a olvidarse de aquello que le rodea y a veces de sí propio.

Enemigo del método, de la fórmula, del ordenamiento, todo lo deja al azar, a lo casual, a lo accidental. Para él, según nuestro modo de apreciar, el futuro es siempre un supuesto con el que nunca se cuenta, más bien obra de algo sobrenatural que no de voliciones. Todo en él: pensamiento y acción está saturado de misticismo, de dinamismo espiritual, por así decirlo, predominando el atavismo.

Si algunos individuos de condiciones excepcionales domeñan por la cultura europea las características de su raza, como sucede en otro sentido con las individualidades de otros pueblos y otras razas, la superación no es siempre completa, pues la idiosincrasia, a la corta o a la larga, se manifiesta y revela lo que la educación y hasta el haberse asimilado una cultura y una civilización repelente cubría.

Lo irracional, sin embargo, es que esa poderosa individualidad, intente adaptar por la violencia una modalidad de pensamiento y de sentimiento a una raza de opuestas condiciones psicológicas por su temperamento.

Lenin estudia a Lassalle9, a Engels y a Marx.

Del socialismo de Estado a que la síntesis de la teoría de los tres dió lugar, conocido con el nombre de marxismo, ¿qué conclusiones saca Lenin?

En su obra capital: “El Estado y la Revolución”, es donde mejor puede analizarse, aparte de sus trabajos de prensa escritos antes de la revolución de 1917, desconocidos en su mayor parte por nosotros. En esta obra se perfila su temperamento, y se abre ancho cauce al curso de sus ideas.

Su interpretación marxista difiere en absoluto de la de Kautsky, Bernstein y otros teorizantes del marxismo, pero se adapta para completo a su manera de ser.

Y él, que niega "eso" del carácter y del temperamento, que reduce la vida a fórmulas, a ecuaciones, casi a una cuestión algebraica, ha interpretado a Marx adaptando las teorías del maestro a su temperamento y carácter. Le ha ocurrido a Lenin lo que a esas almas virtuosas que se pasan la vida flagelándose, maldiciendo de las pasiones, haciendo profesión de fe y que cuando a fuerza de ayunos, de abstinencias, de maceraciones y de cilicios creen haberse salvado de ceder a la tentación, se asoman al mundo, y al primer contacto con los goces terrenales, la virtud cae, débil como un soplo. Y es que la vida se guía por instintos y pasiones, y no por fórmulas o métodos.

Lenin interpretó el marxismo a través de la rigidez alemana, en la que se formó culturalmente.

Después quiso hermanar esa rigidez con su temperamento autoritario. De aquí su discrepancia con casi todos los teorizantes marxistas del mundo, incluso con la mayoría de su propio país. Y aun cuando entre los demás teorizantes marxistas los haya deseosos de mandar y gobernar un país, difícilmente se hubiese hallado un contemporáneo de Lenin con la fuerza dominante y sojuzgadora que éste tenía. De aquí su aversión para todos ellos y la conmiseración sarcástica con los que los trataba generalmente.

Cristalizada en su pensamiento la rectilínea interpretación marxista con voluntad activa y enérgica, modela el Partido siguiendo la misma trayectoria, a la que él, como cuantos le rodeen, han de ajustar sus actos. Establece una jerarquía inamovible para los hombres y para las cosas. Sus relaciones, a partir de este momento, tanto para con los individuos, como para con los partidos que se digan afines, no pueden ser las de la confraternidad a que un pensamiento común induce, sino las de sumisión o de pugna. Discrepar de su criterio es lucha. No queda otra alternativa: luchar o acatar.

Hasta aquí la dualidad latente en Lenin y que repercute en sus relaciones para con los demás, no va más lejos de provocar conflictos y discrepancias de orden interno, cuyas consecuencias, por graves que sean, redúcense al círculo donde él desarrolla sus actividades. Lo grave será cuando rebasado este círculo se ensanche y abarque amplios horizontes.

La revolución, con el acceso al Poder de los bolcheviques orientados por Lenin, señala el límite de esta dualidad.

Hemos expuesto ya, breve y concretamente, los rasgos que mejor caracterizan al pueblo ruso. La educación, que bien orientada pudo contribuir a desarrollar y a dirigir las raras cualidades de los eslavos, congénitas a su propia naturaleza, estaba completamente descuidada, por lo que el ruso, tanto el de las clases altas como el de las clases bajas, se guiaba por sus instintos y pasiones.

Ahora bien: el conflicto estalla desde el momento en que los bolcheviques, secundando el pensamiento de su jefe, quieren imponer al pueblo normas y métodos que en nada se ajustan a su manera de ser.

Lenin sueña para Rusia con una organización metódica, regular, uniforme, que lo prevea y ordene todo, que nada deje al azar de la circunstancia, a la iniciativa fecunda y espontánea. Cada ciudadano ha de saber, hora por hora, día por día, qué es lo qué debe hacer, cómo ha de pensar, cuáles han de ser sus diversiones y cuáles sus ocupaciones. Cómo ha de comer y cómo ha de vestir. Qué debe hacer y qué no debe hacer. Todo está previsto. En política le dan las ideas confeccionadas. En cultura también. El Estado, previsor y benévolo, formará equipos de especialistas en cada materia y en cada actividad, que pensarán por el individuo, se lo darán todo hecho y a mano, y de donde se tomará, no lo que se quiera y desee, sino lo que esos especialistas crean de necesidad. La uniformidad del procedimiento hará que todo se haga en series y el país será un inmenso Bazar, un sistema Taylor, donde todos los movimientos, gestos y acciones estarán previstos de

antemano.

Pero el sueño de Lenin no es realizable. Ni en Rusia ni en ningún otro país; pero en Rusia muchísimo menos. Los hechos lo patentizan.

Su criterio de un Estado centralista, absorbente y unitario, ha podido realizarse por la fuerza de las armas, por la violencia y la coacción. Sobre ellas habrá de sostenerse el Estado mientras pueda, pues el día que le falte esa fuerza se hundirá definitivamente. El zarismo, que tendió a formar un vasto imperio de lo que eran pueblos nómadas y errantes en la inmensidad esteparia, hubo de hacer concesiones, en su propósito unitario, para no verse envuelto en guerras civiles y conflictos que lo hubieran debilitado progresivamente hasta minar su soberanía.

La organización que del trabajo ideara Lenin, ha sido tan desdichada como la del Estado. Con unanimidad raramente alcanzada, cuanto dispuso el Consejo de Comisarios del Pueblo, fué sistemáticamente saboteado. Por fin, ante la invencible resistencia pasiva de las clases trabajadoras, llamó en su auxilio a la burguesía.

El momento del choque, formidable, vibrante hasta producir la tragedia, es cuando se trata de las normas políticas a establecer en las relaciones del Estado para con el individuo. A las discrepancias materiales, se unen las morales; el Estado quiere someter al individuo, despojarlo de su personalidad, convertirlo en accesorio mecánico; pero el individuo se opone y el conflicto se agudiza teniendo por escenario la inmensidad del país.

Los instintos —no nos cansaremos de repetirlo— que son los que guían al individuo, oponen tenaz resistencia a las fórmulas estatales. Es una lucha entre lo real, lo dinámico y lo vivo contra lo ficticio, lo estático y lo yerto. Es la vida exuberante, en todo su vigor, oponiéndose a normas que tienden a destruirla.

Todas las teorías del mago de la dictadura del proletariado, del Estado proletario y de la bolchevización de las masas, se estrellan indefectiblemente contra esa realidad que nadie puede negar: el instinto.

Disposiciones, leyes, mandatos, órdenes, fórmulas, normas, métodos, centralismo, militarismo, disciplina: nada; todo queda reducido a humareda, a negaciones, a entelequias. Antes, cierto es, provocan formidables conflictos. La lucha adquiere impensadas proporciones; los sacrificios se multiplican; mas, al final, triunfa la vida, y es ella la que dicta sus leyes. La tragedia ha pasado, empero, y ha causado víctimas innúmeras. La aberración de Lenin no podría producir otros resultados.

Cada pueblo tiene características propias que es insano atacar por la violencia, sean o no perjudiciales para la civilización.

Verdad es que para los bolcheviques, y más particularmente para Lenin, esto del carácter son reminiscencias pequeño-burguesas, resabios y atavismos burgueses. La realidad, sin embargo, ha debido convencerles, si lo creían de buena fe, cuán equivocados estaban al juzgar trivialmente lo que es congénito a la naturaleza humana por ser su propia esencia.

El resultado infecundo a que ha sido condenada la política bolchevique formulada para todos los países idénticamente como lo hicieran para Rusia, ha hecho que la tragedia, nacida de la dualidad de querer aplicar una cultura en oposición flagrante con la idiosincrasia de un país, después de asolar a éste, de sumirle en el sufrimiento y en el dolor, haya traspasado las fronteras y se haya extendido al mundo entero. Idénticas causas suelen producir idénticos efectos. Si excepcionalmente no es así, se confirma la regla. Los daños que esta política causó a Rusia, se multiplicaron proporcionalmente cuando prevaliéndose de la influencia que la revolución ejerciera sobre las clases trabajadoras del mundo entero, se trató de hacerla extensiva a todos los países. Hungría, Baviera, Finlandia y Estonia, por no citar más que los casos más destacados, han tenido su papel en el drama.

Esta política nace del dualismo que se establece entre el temperamento del jefe comunista y la interpretación autoritaria que da al socialismo. El partido bolchevique

sirvió de vehículo a ese dualismo y a esa interpretación; y la revolución, de campo experimental.

Por eso, entre la idiosincrasia del pueblo ruso y los dirigentes comunistas guiados por Lenin, hay una oposición tan enorme que no puede soñarse en una posible aproximación.

Modelar un partido según las concepciones propias, no es cosa fácil, pero un carácter dominante y enérgico puede conseguirlo. Hay en cada individuo una tendencia natural a unirse por afinidad de temperamento. Las ideas, no atraen tan fuertemente como estas afinidades. Pero modelar todo un pueblo, imponerle normas que repugna por motivos de constitución étnica, no está al alcance de nadie, y el intentarlo solamente es emprender una aventura desdichada.

Rusia ha debido pasar por esa prueba. El concepto que Lenin se formara de la organización a dar al Partido, como de la organización política, económica y social del pueblo, adquiridas en el estudio de metódico cientificismo germano, quiso implantarlas a rajatabla en su país, apenas se vió a la cabeza del gobierno, olvidando —cosa imperdonable en él— las condiciones naturales del pueblo ruso.

Es sorprendente y casi no se comprende que un hombre de las excepcionales condiciones de Lenin cayera en error tan grave. Sólo dos explicaciones caben: o bien incurrió en él por incomprensión —hipótesis inadmisible— o bien por fanatismo —mucho más probable.

Lenin vivía subyugado por el concepto materialista de la Historia que de sus estudios obtuviera Marx. No encontró otra solución al problema social que la de encuadrarlo en una serie de fórmulas y de pragmatismos. Nada de pensamientos, de voluntades, de iniciativas concordantes. Esto tiene sabor burgués y demócrata. Nada de caracteres y de temperamentos. En la sociedad no ha de haber más que un temperamento, un carácter, una voluntad, una iniciativa y un pensamiento. A la mayoría de los hombres les sobra, pues, el cerebro y el corazón. De esta reducción del

hombre, de querer destruir lo que en él hay de más elevado e íntimo es de donde surge el conflicto moral, el choque que había de conmover más profundamente a la Rusia revolucionaria, la tragedia de la revolución.

Concreciones finales

Por no dar excesiva extensión a estas páginas abreviaremos en lo posible cuanto de más interesante nos queda por decir. Lo exigen causas que el lector sabrá comprender; no porque no haya nada más que agregar a lo expuesto por todos los que han escrito acerca de Rusia y de su revolución. Se ha dicho tan poco en comparación con lo que todavía puede decirse, que no nos hacemos la ilusión de haber agotado el tema. Convencidos estamos de que apenas se ha desflorado. Sin embargo, por nuestra parte, y por ahora, poco más agregaremos.

* * *

Sospechamos que algunos de nuestros juicios acerca de la política bolchevique, van a ser triunfalmente esgrimidos para combatir con más saña a quienes se apropian indebidamente el substantivo de comunistas. No faltará quien armándose de esos trofeos, entre en campaña y arremeta contra los partidarios de la política de Moscou, echándoles en cara su proceder.

¿Serán justos al reprochar sus procedimientos? Según quienes hagan estos reproches.

Nuestras observaciones de la política bolchevique rusa, están hechas desde un punto de vista tan ajeno a las parcialidades partidistas, que quien no se coloque en la misma posición no se hallará en condiciones de juzgarla como lo hacemos.

Situados a igual nivel que los demás, nuestros juicios serían muy otros, pues si bien hemos combatido y seguiremos combatiendo la política bolchevique, es en razón de que, habiendo podido desenvolverse en condiciones de superioridad en relación a la política de los demás Estados, apenas si han hecho otra cosa que imitaría,

ya que han caído en casi todos los errores, en todos los vicios y en todas las equivocaciones que venían a destruir; caída imperdonable por reclamarse de una escuela que, aplicadas sus enseñanzas a la vida social de los pueblos con espíritu amplio y comprensivo, habría superado indefectiblemente cuanto hasta el momento se ha hecho en política.

No es, pues, volviendo la vista al pasado, mirando hacia atrás ni aún al presente, como juzgamos la política y la obra bolchevique en Rusia; es mirando hacia el porvenir, dirigiendo nuestro pensamiento al futuro, invocando el mañana venturoso y justiciero. De otro modo, ha de reconocerse que en el orden evolutivo de la política de los Estados actuales, la seguida en Rusia por los bolcheviques representa una fase superior de esa política aun a través de las imperfecciones e incongruencias que la caracterizan. Curad a los bolcheviques de su manía dictatorial —porque se llama dictadura del proletariado, no es aceptada por la burguesía— y no encontraréis un solo hombre de gobierno, uno de esos a quienes ha dado en llamarse estadista, que no aspire a emularlos.

Es más: sin la oposición constante del pueblo, sin la resistencia, pasiva o violenta, que éste ha mostrado a dejarse absorber por el Estado, ¿quién duda de que hace ya mucho tiempo que todos los pueblos habrían caído en el ensayo de estatificación en que ha caído Rusia bajo los bolcheviques?

La revolución francesa, con la destrucción del feudalismo y la entronización de la burguesía en su lugar, abre el comienzo de esa era de estatificación, pues al sentar el principio de la unidad nacional, de la igualdad ante la ley, de la soberanía del ciudadano ejercida por conducto de sus mandatarios en el Parlamento echa los cimientos del Estado democrático futuro, que tendrá como ideal ordenar la vida del individuo, tan metódica y escrupulosamente, que este se hallará encerrado en la legislación como lo está el pájaro en la jaula.

Contra esta metodización de la vida, es contra la que el

individuo se alza. Se siente cohibido, encerrado, coaccionado. Cada disposición gubernativa estrecha más el círculo en que se ha de desenvolver, y comprendiendo que a medida que más se legisle menos espacio libre le quedará, se revuelve contra la autoridad y el Estado cede, con lo que el individuo consigue gozar de más libertad en sus movimientos y acciones. La libertad de que el individuo goza no es, por tanto, el don generoso y magnánimo de quienes gobiernan, sino la recompensa al esfuerzo de no dejarse absorber.

Por esta razón, a la política rusa no le faltarían imitadores, de lo que se infiere que nuestro criterio al juzgarla sólo puede ser compartido por quienes se coloquen de espaldas al pasado, frente a la estatificación y mirando a un futuro de plena libertad individual. Los demás no pueden compartirlo; se hallan más cerca del concepto político bolchevique que del nuestro.

* * *

La revolución rusa ha planteado de nuevo con más calor y mejores elementos de juicio una discusión bastante olvidada en los últimos años: la necesidad y la no necesidad del Estado. Es viejo ya el litigio entre los que afirman y los que niegan. Sin embargo, la discusión no ha terminado ni terminará fácilmente, pues más que entre individuos o partidos políticos, está entablada entre el espíritu de libertad cada día más consciente en el pueblo y la tiranía, fuerza de opresión que se sostiene en los prejuicios arraigados en la mente humana. Es el ayer en lucha con el hoy; el pasado que quiere imponer sus leyes al futuro.

Las dos tendencias, que comienzan: la una, negadora del Estado, en el liberalismo clásico para terminar en el anarquismo, y la otra, que afirma, en el Poder absoluto, en la autocracia, para llegar hasta el socialismo de estado —marxismo—: aprovechan cuantas ocasiones se presentan para hostilizarse, y tienen en los momentos actuales ancho campo de discusión. Marxista o no, el Estado que los

bolcheviques establecieron en Rusia, es el que más se asemeja por sus propiedades a ese Estado superior de que nos hablan los torizantes, a esa organización en la que el hombre desaparece totalmente confundido y eclipsado ante el Poder majestuoso que se eleva sobre todo y sobre todos.

La posición de quienes combaten al Estado y afirman, no sólo la posibilidad de prescindir de él, sino la necesidad de intentarlo, se afianza y robustece a cada paso, pues el ejemplo ruso viene a ser definitivo en la materia.

Los leninistas afirman que de no haberse producido la contrarrevolución interior y la exterior, apoyadas las dos por una parte de la opinión rusa, la concepción del Estado de Lenin hubiese llegado a ser una realidad conveniente en Rusia. No negamos que las influencias proyectadas sobre la vida de aquel país por la contrarrevolución, fueran un impedimento para realizar una obra perfecta; pero ni Lenin, ni los continuadores de su obra, desaparecido el fundador del bolchevismo, pueden demostrar la exactitud de sus afirmaciones.

La certidumbre de que la contrarrevolución fué un impedimento para la completa realización política que soñara Lenin, todos la tenemos. Lo que hace falta demostrar es que sin el obstáculo de la contrarrevolución hubiese realizado el jefe bolchevique su ideal. La perfección de una obra no se percibe totalmente hasta terminada; sin embargo, en la seguridad de los primeros trazos se dibujan ya las armonías del conjunto. Y en la obra comenzada por Lenin, ningún perfil, ningún rasgo deja entrever que su concepto del Estado sea el ideal de organización social superior acariciado por los pueblos.

Y si no puede negarse que la contrarrevolución y las dificultades económicas inherentes a todo estado de subversión contribuyeran a crear dificultades, no es menos cierto también que, en otros aspectos, pudieron desenvolverse con desembarazo. ¿Por qué no aprovecharon esta compensación que se les ofrecía a su actividad?

El crédito y la libertad de movimientos de la revolución les creaba una situación ventajosa. No había que

contrarrestar en muchos aspectos obstáculos de oposiciones organizadas, ni la resistencia de intereses creados. ¿Qué mejores condiciones pueden pedirse, sin crítica ni censuras que afrontar? Todo les era favorable, si exceptuamos, vencida, la contrarrevolución. La misma penuria económica, se convertía en elemento dócil a una mano creadora.

No obstante, el fracaso del Estado como organización superior, es rotundo. Bien claramente se ha visto en Rusia. Cuando al llegar los bolcheviques al Poder se vieron en la necesidad de organizar el funcionamiento del Estado, lo intentaron con el entusiasmo y la energía de todas las fuerzas jóvenes y en plena posesión de sus facultades. A pesar de estas condiciones tan favorables, bien se ha visto que nadie es capaz de hacer milagros. Fracasaron. Y no fracasaron por los atrevimientos de que la reacción mundial les acusa, sino porque el error de un principio lleva en sí los gérmenes de su esterilidad. Por eso, la utilidad o inutilidad de una institución política, no depende exclusivamente y en todos los casos, de la ética de los hombres que la representan. Cuando la institución es inútil en su esencia, la condición de sus hombres representativos, no puede evitar el fracaso. La inutilidad del Estado ha quedado bien patente después de la revolución rusa.

Los pueblos, en su lenta y trabajosa ascensión hacia estructuras sociales superiores, han de prescindir del factor Estado, si quieren con toda potencia alcanzar un ideal de justicia y de convivencia fraternal. Si como hasta el presente no saben vencer errores seculares, irán de Scila a Caribdes, saldrán de una tiranía para caer en otra, se sacrificarán inútilmente. Hacer revoluciones para reemplazar un Estado por otro, es la mayor locura que aqueja a la humanidad.

Digamos, no obstante, que el esfuerzo del pueblo ruso no ha sido infructuoso; nunca lo es por completo. Sería negar la virtualidad a la evolución. Poco a poco y merced a su esfuerzo, las cosas de Rusia irán cambiando. Se debilitará el Poder en la justa proporción que se fortifique

el pueblo, y éste entrará entonces en la plenitud de sus derechos. Pudo evitarse esta dilación y las inquietudes a ella inherentes si, desde el principio, hubiese desarrollado por sí mismo y no confiándose a una institución cualquiera, la acción constructiva propia del ideal que le llevó a la revolución.

* * *

Entre los que niegan y los que afirman la necesidad del Estado, están los que se colocan en el término medio, que no son los menos, por cierto. Si provienen del campo burgués, patrocinan la idea de un Estado paternal que ponga cara de vieja regañona, pero bondadosa, con los que quedan bajo su tutela. A estos hombres de buena fe, se les unen los socialistas demócratas. Si provienen del socialismo de izquierda —como los bolcheviques—, se inclinan por un Estado autoritario, fuerte, poderoso, denominador e impositivo a cuyos mandatos no ha de replicarse y cuyas órdenes han de obedecerse. Quienes así piensan, se confunden fácilmente con los partidarios del Estado absoluto y tiránico, casi con los del poder personal. Se diferencian de ellos en que, los bolcheviques, por ejemplo, afirman que su finalidad es educar al hombre, hacerlo, por la instrucción, apto para vivir en la nueva sociedad, sin leyes coercitivas ni fórmulas que le obliguen, llegando finalmente, a la desaparición del Estado; en tanto que los partidarios del Estado absoluto, quieren mantenerlo incólume en sus formas conservándolo a perpetuidad.

La idea de quienes se colocan en el término medio, de los partidarios de un Estado paternal, ¿es posible?, ¿es hacedera? Y la de quienes como los bolcheviques sustituyen un Estado por otro, afirmando que lo hacen para preparar su desaparición, ¿lo es?

Si la Historia y la vida, con el recuerdo del pasado y la complejidad de los hechos diarios, han de aleccionar acerca de cómo hemos de componernos para vivir entre nuestros semejantes, de cómo los pueblos han de organizarse para

vivir mejor y más libremente: la idea de un Estado paternal, previsor y justo, ha de rechazarse en absoluto. ¡Cuán engañosa es la creencia que la mayoría de las gentes acarician acerca del particular!

Los pueblos han corrido tras el mito del Estado con la misma alucinación que corrieron tras él de un Dios llamado El Salvador. Y tan nefastos han sido los tronos que elevaron en las alturas a seres imaginarios, como los de la tierra, ocupados por hombres a quienes la ignorancia y la superstición rendían pleitesía. El considerar al Estado como eje de la vida social de los pueblos, es una idea tan equivocada como la de nuestros antepasados, que creían que la Tierra era el centro del Universo.

Bien quisiéramos admitir esa idea de un Estado paternal o del otro, del bolchevique, suprimiéndose a sí mismo. Pero ni la una ni la otra son realizables. Por su misma naturaleza el Estado tiende a la absorción de todas las actividades humanas, y cuando ha conseguido encerrarlas en el círculo de su actividad las modela de forma que logre ser invulnerable. Toda idea de desaparición lenta o de aminoramiento en sus facultades, es entonces imposible. Los pueblos se han habituado a vivir en el círculo vicioso que el Estado trazó para ellos, y sólo una revolución lo destruirá… ¿para volver a empezar?

El hombre desea perpetuarse en la especie. La tendencia de todas las instituciones que crea es también la de perpetuarse: que prevalezcan a través del tiempo y de las generaciones, que den fe de una existencia y de una voluntad desaparecidas. Este es su deseo, pues con la idea que les dió vida les trasmitió el ansia de hacerlas imperecederas.

¿Cómo pensar, entonces, en que el Estado, la institución más altamente representativa de cuantas ha ideado el genio creador del hombre, tienda a desaparecer por la voluntad fríamente razonadora de éste? Y aun cuando este caso se diera, los intereses creados, los privilegios y prerrogativas que a su amparo se desarrollan ¿consentirían en ello?

No. Nada de pueriles quimeras. Ni el Estado paternal, ni el Estado condenándose voluntaria y premeditadamente a una desaparición, son posibles. Cualquier cosa puede creerse menos que un Estado se elimine voluntariamente o prescinda de la fuerza como autoridad.

Quédense esas creencias para nuestras clases mesocráticas, entre quienes abundan los partidarios del Estado paternal, o bien para los bolcheviques que nos hablan del Estado como de un "régimen provisional nacido de circunstancias históricas especiales, y que no aspira sino a desaparecer dejando pasa a una sociedad productora autónoma". Ilusión, que la triste realidad se está encargando de desvanecer.

* * *

¿Cuál es el futuro, entonces, de la revolución rusa? ¿Hacia dónde dirige sus pasos? ¿Habrá sido infecundo el esfuerzo revolucionario de varios años? No. Sólo suponerlo sería ya un absurdo.

La revolución rusa se debate entre las incongruencias del régimen bolchevique. Contra ellas lucha y por dominarlas se esfuerza. Es ley ineludible. Todo avance, toda transformación, todo cambio radical y rápidamente realizado en las condiciones de un pueblo, conduce a incertidumbre y vacilaciones que sólo el tiempo elimina lentamente. No se subvierte el estado de cosas en un país sin gran quebranto, cuando ya ocurre en el individuo. Alterad de súbito los usos y costumbres de cualquier persona, el ritmo de su vida externa, puesto que nada puede lograrse contra la vida interna del pensamiento, y le veréis vacilante, descontento y desconfiado hasta lograr adaptarse al medio o modificarlo a sus necesidades.

Rusia, que sale de un pasado abominable y cruel y entra sin transición alguna en un presente cuyas consecuencias es imposible prever, vacila y desconfía.

Ha hecho una revolución. Ha plantado un jalón divisorio entre el pasado y el futuro de su historia. Le

alumbra la luz incierta de un nuevo día ¿Cómo será su mañana? Nadie puede penetrar en las inquietudes que levanta el amanecer de un pueblo henchido de promesas.

Sin embargo, hay un hecho evidente que nadie puede negar: una revolución que ha subvertido todo; que dé un salto, pasa a realizar ensayos de organización socialista, para los cuales, ni aun los países de mayor tradición política se creen preparados.

¿Qué fracasan estos ensayos? ¿Qué han fracasado ya? Esta es otra evidencia. Pero así como el usurero no presta sin quedarse con la mayor parte entre las uñas, la revolución rusa, al caer en la usura bolchevique, nos habrá aleccionado rudamente y desbrozado el camino.

Por lo pronto, no ha de soñarse para Rusia con el retorno de un Poder absoluto y personal como el desaparecido. Ni siquiera algo que se iguale a las formas retardatarias que existen en los demás países. El régimen político ruso de mañana, para cuando las pasiones se hayan aquietado y el período excepcional en que vive aquel país llegue a su término, será una República Federal democrática, muy democrática, con tendencias socialistas tan profundamente acusadas, que harán imposible una completa restauración capitalista. Y así como hemos reprochado a los bolcheviques sus errores, hemos de hacerles la justicia de reconocer que por otra parte, contribuyen al advenimiento de la estructura orgánica que la Rusia revolucionaria adoptará como definitiva al salir del período postrrevolucionario. Detenido el impulso del pueblo y desviado de la trayectoria que en el primer momento se trazara y que había de conducirla al comunismo libertario, lo menos que puede pedirse es que se mantenga bastante próximo a él, que no se aleje demasiado.

Lo que cayó, lo que aplastó la revolución no hay poder humano ni “preces al Altísimo”, capaces de restaurarlo.

Se han transformado muchas cosas y muy profundamente, para que ello sea posible. Las multitudes oponen siempre resistencia a abandonar lo estatuido, pero vencida la resistencia y lanzadas al futuro, a él se aferran

debido precisamente a la misma resistencia que oponen a cualquier cambio de situación. Parece como si el esfuerzo las dejara impotentes.

Cuando un régimen ha sido suplantado, su restauración no se consigue si no es inmediatamente. Transcurrida esa oportunidad ha de perderse toda esperanza en la restauración.

Que la situación actual de Rusia sea mala y que el régimen bolchevique sea combatido, no debe interpretarse como indicio de una posibilidad restauradora, en la que el pueblo, ni piensa ni quiere. Querrá, sí, salir del círculo vicioso en que hace ocho años se debate, pero de esto, sentimiento bien hondo del alma colectiva, a un posible retorno al pasado, hay una diferencia bastante considerable.

Ya nadie habla del zarismo. Se ha descartado como posibilidad contrarrevolucionaria. Ahora se cuenta con la posibilidad de una reorganización de tipo capitalista corriente, de algo que se asemeje a una monarquía constitucional o bien a una república burguesa. A esta restauración es a la que nos referimos en los párrafos anteriores, considerándola también imposible.

Por mucho que retrocedan los bolcheviques o cualquier otro partido que les suceda en el Poder, una organización capitalista idéntica a la de cualquier otro país, no es ya posible. No se trata sólo de afirmar que el zarismo no retornará jamás, sino de añadir que tampoco un Estado de tipo capitalista igual a los de Francia e Inglaterra, por ejemplo.

Ante las dificultades económicas volverá Rusia a conceder cierta beligerancia al capitalismo, pero limitando su acción y su presión. Hará, ha hecho ya, concesiones, pero, paralelamente a las concesiones hechas al capitalismo, existe una corriente socialista tan poderosa en el seno de las clases trabajadoras, que no le dejará apoderarse totalmente del país ni convertirse en árbitro de sus destinos.

El ensayo de socialización realizado por el pueblo en los primeros tiempos de la revolución, que los bolcheviques

transforman en nacionalización al tomar el Poder, no ha podido ser absolutamente infecundo, y la semilla socialista, cubierta por el limo de la revolución, fructificará indefectiblemente. Que la parva no sea tan abundante como deseáramos, no quiere decir que se malogre todo lo sembrado.

Rusia camina resueltamente hacia un futuro no bien definido todavía. Del caos a que fué lanzada saldrá por la fuerza inexorable de la necesidad vinculada en la voluntad popular. Y saldrá remozada en sus costumbres, superada en sus instituciones, mejorada en sus condiciones de vida. La austeridad del deber que el pueblo ruso siente es combustible que acelera la marcha.

El hombre, si es hijo de sus obras, lo es asimismo del ambiente. Obedece, frecuentemente, a determinismos circunstanciales o históricos, económicos o políticos. Modificado este ambiente, aireado y renovado por una fuerte corriente de opinión, proyectaría sus benéficas influencias sobre los individuos que a su alcance vivan. La revolución rusa ha realizado esa modificación. Ha limpiado de obstáculos el camino y conjuntamente ha sembrado nuevas inquietudes en la conciencia colectiva.

¿Qué razones podrán alegarse en contra de nuestras afirmaciones? Ninguna. En cambio, a favor, si no pudieran encontrarse otras, el instinto de conservación, la necesidad de vivir, lo serian más que suficientes. La revolución destruye, pero ha de destruir creando, si no la vida se haría imposible.

El impulso inicial de la revolución y el choque después, dieron al traste con el Estado, sus instituciones complementarias y sus elementos representativos, con la organización interna del país y con cuanto servía a sostener el régimen. Todo quedó derribado o maltrecho. Pero como aun cuando se destruyan las instituciones todas, la necesidad de vivir reclama sus imprescriptibles derechos, si no con la misma celeridad empleada en derribar, hay que ponerse inmediatamente a la tarea de construir.

Subvertidas las normas de la instrucción, en seguida se

pensó en reorganizarlas. Suprimido el armatoste jurídico, se creó otro, aunque de clase, es decir: respondiendo al espíritu de quienes gobernaban. Anulado el Comercio, surgieron organismos que lo suplieran. Desorganizado el trabajo, todos ayudaron a encauzarlo, adaptándolo a las orientaciones que una sistematización más racional y científica de la tenida hasta hoy, ha preparado incesantemente. Expropiada la tierra al antiguo poseedor, se la considera propiedad nacional y a todos con igual derecho a ella, al cultivo y a sus productos.

¿Quién duda que nos hallamos ante una transformación de trascendentales alcances? ¿Quién duda que de esta labor se recogerán abundantes frutos? ¿Quién, que por la fuerza misma de los hechos camina Rusia hacia un futuro, superador del presente?

Dejemos algo a lo imprevisto. El grado de cultura a que hemos llegado, herencia de nuestros antepasados, que nos separa bastante del hombre primitivo, nos obliga a pensar en el mañana algo más racionalmente que el salvaje, ya que para él no había otras inquietudes, que las encerradas entre la salida y la puesta del Sol.

Y sin querer hipotecar el porvenir, ni escrutar sus designios, digamos que, como al conjuro de una varita mágica, de la transformación de las instituciones políticas y sociales, de la instrucción extensiva, del trabajo y de la propiedad privada de la tierra en colectiva, verificada en Rusia, surgirá un nuevo estado de cosas sobre las ruinas del antiguo, un concepto más humano del que hemos tenido hasta hoy de las relaciones entre los hombres; se abrirá cauce a un estado de civilización superior, a una modificación de muchos aspectos de la vida, a una estructura nueva de la sociedad. Nos hallamos, pues, en los albores de un Mundo prácticamente desconocido, en las vísperas de un mañana prometedor, en el atrio del Palacio de nuestras esperanzas.

F I N .

Notas

1 Llamémosle «primera» por seguir la costumbre, aunque no haya primera y segunda revolución. No hay más que fases de una misma revolución.

2 La oposición va desapareciendo a medida que la nacionalización de todas las industrias va poniendo en manos del Consejo de Comisarios del Pueblo los recursos que la prensa necesita para subsistir.

3 El Programa que circula como tal Programa, fué escrito después de la revolución de 1917. En cuanto a la palabra «bolchevismo», diremos sobre ella lo que dice el mismo Lenin «… "pasemos" sobre el vocablo absurdo y bárbaro de "bolchevismo", que no quiere decir absolutamente nada, sino esta circunstancia puramente contingente de que en el Congreso de Bruselas-Londres en 1905, tuvimos la mayoría (bolchintsvo)…» (*L'Etat et la Revolution*).

4 *El Estado y la Revolución*, página 35. Edición de la III Internacional, Moscou.

5 *Setenta días en Rusia. Lo que yo ví.*

6 En una cabaña (isba) de mujik, afirmó persona de mi entero crédito, haber visto un piano de cola sirviendo de pesebre a la vaca y el caballo y de lugar en donde ejercitar sus músculos a los chiquillos. En otra isba, unas butacas forradas de raso servían a los niños de deyectorio.

7 Parece innecesario que llamemos la atención del lector, sobre la imposibilidad de que los Soviets practicasen en el preciso momento de su constitución, los principios que les dieron nacimiento. En la obra que realizaron todo estaba en germen y pronto a la floración. Si se malogró, cúlpese a quienes los desviaron del camino netamente revolucionario.

8 Conviene hagamos una aclaración para los no muy enterados, ya que suelen leerse cosas con frecuencia cosas bastante confusas al

hablar de la significación del Soviet. Hay Soviets de fábricas, de campesinos, de talleres, de despachos, de funcionarios; los hay de una industria, de un oficio, de barriada, de aldea, de pueblo y de población. Como esta profusión de Soviets pudiera desorientar al lector acerca de lo que escribimos, al hablar del Soviet llamado a sustituir al Estado para la ordenación de la vida social en una urbe, población o aldea cualquiera, nos referimos al que desempeña las funciones equivalentes a nuestros ayuntamientos. Todos los demás cumplen misiones especialísimas y necesarias. Pero por lo mismo que se especializan y sólo se ocupan, de un aspecto determinado, no pueden ser los que sustituyan al Estado, ordenando y regulando la cosa pública.

9 Sabido es que Lassalle, aunque posterior a Marx, resulta ser un precursor del socialismo de Estado. De Engels, individualmente no se habla casi nunca. Por lo que fuere, se convirtió en una especie de *alter ego* de Marx, su mejor colaborador, confidente de sus ideas y compañero en muchas de sus andanzas. La Historia ha cometido la injusticia de relegarlo a lugar secundario, esfumado en la popularidad alcanzada por Carlos Marx.

Setenta días en Rusia: lo que yo pienso, Ángel Pestaña

En la Biblioteca Digital Hispánica:

http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000227542

Acerca de esta edición digital

Esta edición digital en formato ePub forma parte de un proyecto puesto en marcha por la Biblioteca Nacional de España encaminado a enriquecer la oferta de servicios de la Biblioteca Digital Hispánica.

En el proceso de digitalización de documentos, los impresos son en primer lugar digitalizados en forma de imagen. Posteriormente, el texto es extraído de manera automatizada gracias a la tecnología de reconocimiento óptico de caracteres (OCR).

El texto así obtenido ha sido aquí revisado, corregido y

convertido a ePub (libro electrónico o «publicación electrónica»), formato abierto y estándar de libros digitales. Se intenta respetar en la mayor medida posible el texto original (por ejemplo en cuanto a ortografía), pero pueden realizarse modificaciones con vistas a una mejor legibilidad y adaptación al nuevo formato.

Si encuentra errores o anomalías, estaremos muy agradecidos si nos lo hacen saber a través del correo bibliotecadigital@bne.es.

Las obras aquí convertidas a ePub se encuentran en dominio público, y la utilización de estos textos es libre y gratuita.

Enlaces relacionados:

- Toda la colección de obras en formato Epub de la Biblioteca Digital Hispánica.
- Todas las obras digitalizadas de Ángel Pestaña por la Biblioteca Nacional de España.
- Ángel Pestaña en el portal de datos de la Biblioteca Nacional de España, datos.bne